

MARIANA GUARINONI

La
ADELANTADA
de los
MARES
del SUR





La adelantada de los mares del sur

Mariana Guarinoni

2016

1.^a edición: octubre, 2016

Diseño de portada e interior: Donagh I Matulich

Mariana Guarinoni, 2016

Ediciones B Argentina S. A., 2016

www.edicionesb.com. Ar

Maquetación ebook: Caurina.com

ISBN DIGITAL: 978-950-15-6177-7

A fines del siglo XVI, cuatro naves parten de Lima rumbo al Pacífico Sur, en busca de nuevos territorios y riquezas para el rey de España. El adelantado Álvaro de Mendaña está a cargo de la expedición que afronta toda clase de serias dificultades.

A su lado, su esposa Ysabel de Barreto, mucho más joven que él, soporta estoica la adversidad sin que melle su ambición de conquistadora. El destino pondrá a Ysabel al mando de la flota diezmada por hambrunas y feroces tormentas. No arribarán a las deseadas Islas Salomón sino a Manila, el centro del imperio español en las Indias Orientales. Allí Ysabel, la primera adelantada y almiranta de la historia española, se pondrá a prueba una vez más cuando se encuentre con Nando de Castro.

Una historia de codicia, traiciones y pasión, basada en personajes reales, que revela la dureza de los hombres y mujeres lanzados a la conquista del Nuevo Mundo. Mariana Guarinoni construye una apasionante novela con mano diestra y amor por los detalles. La verdadera historia de Ysabel de Barreto se torna en estas páginas en la deslumbrante travesía de una mujer audaz y transgresora que no temió explorar su propio territorio emocional.

*A Leo,
el alma de mi inspiración.*

1

Junio de 1590.

*Lima, Ciudad de los Reyes,
colonias españolas en las Indias Occidentales.*

El tintineo de las pulseras esclavas de oro al entrecuchar alrededor de la muñeca cuando movió el abanico acompañó su risa. Ysabel de Barreto estaba contenta, disfrutaba de esas veladas en el salón de música del palacio virreinal mucho más que de las aburridas tertulias en los aposentos de la virreina. Uno de los caballeros frente a ella alzó la barbilla orgulloso de haberla hecho reír, mientras los otros dos no lograban ocultar los celos. Era una de las damas más codiciadas de la corte limeña. Una singular belleza y la fama de una cuantiosa dote la convertían en una tentadora presa.

Una suave tos detrás de ella le llamó la atención e Ysabel se volvió para descubrir a su hermana menor.

—Ven, querida —le dijo con una sonrisa, y tomándola de la mano la ubicó a su lado en el círculo de admiradores que la rodeaba—. Caballeros, mi hermana: doña Marina de Barreto. Hace poco dejó de pertenecer a las meninas de la virreina y ahora la tenemos entre las damas.

La joven se ruborizó ante los tres pares de ojos que la recorrían con interés después de las reverencias. No le gustaba ser objeto de estudio de los caballeros. Con apenas quince años todavía prefería la tranquilidad de las tardes entre las damas de compañía. El intercambio de risas y miradas seductoras con el otro sexo eran la especialidad de Ysabel, que ya había cumplido los veintidós, y disfrutaba con ello. Aunque habían llegado juntas de la España a comienzos de ese año en el séquito de doña Teresa de Castro, esposa del virrey García Hurtado de Mendoza, sólo la mayor de las hermanas disfrutaba de los coqueteos habituales en la corte. La menor los evitaba.

—Ahora su hermanita podrá recrearse de estos conciertos de laúd, doña Ysabel, y quizás un día deleitarnos también ella, como suele hacer vuesa merced. Nos encantaría escuchar las melodías a dúo ejecutadas por tan adorables manos, doña Marina.

Con las mejillas ardiendo, la joven inclinó la cabeza, aterrorizada por la idea de tocar un instrumento en una sala llena de extraños.

—Sólo si la virreina me obliga a ello, señor —respondió, en el límite de la descortesía—. Prefiero escuchar las interpretaciones de estos músicos maravillosos, como ahora —dijo, y enseguida se dirigió a su hermana—: Lamento interrumpir la charla, Ysabel, pero la virreina solicita tu presencia.

—Oh, ¿ahora? Me estaba divirtiendo con las historias de estos galantes nobles.

—Sí, ahora mismo; doña Teresa me ha enviado por ti —insistió Marina.

—Lo siento, caballeros, deberán excusar mi abandono —exclamó compungida al cerrar el abanico con un diestro golpe de muñeca—, aunque los dejo en encantadora compañía.

A Ysabel no le preocupó el sufrimiento por el que pasaría su tímida hermana al encontrarse única dueña de la atención de esos hidalgos. Enfrentar esa situación sería parte del aprendizaje sobre la vida en la corte: el primer paso para conseguir un marido apropiado. Para eso habían viajado ambas hasta allí, enviadas desde Galicia, junto con gruesas dotes que don Francisco de Barreto entregó al virrey para que casara a sus hijas con personajes encumbrados en el Nuevo Mundo.

Antes de marcharse, Ysabel regaló al grupo que la rodeaba una amplia sonrisa y no tuvo dudas de que todas las miradas la seguían cuando se alejó con un majestuoso vaivén de la anchísima falda de seda rosada que, gracias al verdugado, triplicaba sus caderas. Estaba acostumbrada a las nubes de admiración que la envolvían. Su belleza provocaba la curiosidad de quienes la descubrían, y el poder de su personalidad hechizaba a quienes la conocían. La forma de corazón del rostro destacaba los pómulos redondeados y permitía apreciar la fuerza de unos llamativos ojos marrones claros. Eran muy grandes, con un suave tono acaramelado y de una transparencia especial, bien separados por una ancha nariz, y enmarcados por unas arqueadas cejas negras, tan oscuras como el cabello. Coronando el mentón en suave pico, los labios rosados que sobresalían hacia adelante contrastaban con la piel casi transparente. El conjunto creaba un cautivante efecto. Aunque vestía siempre de manera recatada, le gustaba llamar la atención y no se esforzaba por ocultar unas generosas curvas, tan en boga. Su simpatía, además, la había convertido en la dama favorita de la virreina.

Se dirigió al centro del salón, donde doña Teresa descansaba en un sillón dorado y tomaba una masa cubierta con miel de una de las muchas bandejas de plata repletas de confituras y frutas escarchadas ubicadas a su lado. En la flota que llevara al virrey y su esposa desde la España a la Ciudad de los Reyes, además de las quinientas personas que los acompañaban, viajaron también exquisitos muebles, obras de arte y adornos que transformaron al palacio en una verdadera corte. Sillones de terciopelo y brocato labrado, alfombras persas y tapices de Flandes invadieron cada rincón. Cientos de velas en lujosos candelabros de plata se encendían a toda hora para destacar la opulencia de las molduras labradas en los salones. Doña Teresa mandó a decorar cada ambiente a su gusto, destinando varios espacios a la diversión: había salas de música, de pintura y de baile. Y junto con los instrumentos llegaron también músicos para ejecutarlos. El concierto de laúdes que se escuchaba cada tarde creaba un clima digno de la más alta nobleza española en ese alejado rincón del mundo. Ysabel esperaba ansiosa el baile de máscaras que se celebraría la semana siguiente, pero hasta entonces se conformaba con seguir en el interior de su cabeza el suave ritmo que los rodeaba.

—Excelencia —dijo Ysabel, y se inclinó frente a la dama.

—Pide que traigan una silla y siéntate a mi lado, Ysabel —ordenó la virreina.

Cuando ya estuvo ubicada esperó, como marcaba el protocolo, y mientras lo hacía observó con admiración la enorme cruz de oro con rubíes y perlas incrustados que descansaba sobre el pecho de la dama. Ansiaba poder lucir alhajas tan bellas y valiosas como esa algún día. Tras dar cuenta de la masa azucarada que sostenía entre los enjoyados dedos, doña Teresa los enjuagó en un cuenco de plata puesto a su alcance para ese fin y se secó en un delicado paño de lino bordado con el escudo de armas de su marido, que además de virrey de esa región poseía el título de marqués de Cañete. Al finalizar, la marquesa tomó una mano de Ysabel entre las suyas y bajando la voz para dar un tono íntimo a sus palabras dijo:

—No te sorprendas cuando escuches lo que tengo para decir, y haz que tu bello rostro finja que sólo cotilleamos. No quiero que el virrey perciba que te estoy contando esto, pero creo que debes aprovechar y verlo mientras todavía está aquí. Míralo.

—No comprendo, excelencia. ¿A quién debo mirar?

—Al caballero de traje carmesí y dorado que está en el grupo junto a los ventanales que dan al patio de clavelinas. Abre tu abanico y fíjate con discreción.

Ysabel espió hacia donde se le indicaba. Vio a dos hombres de mediana edad vestidos de oscuro y a otro mayor que ellos, con los colores señalados. Era alto y robusto, y se paraba muy erguido. La cabeza descubierta mostraba unos ralos cabellos grises peinados con prolijidad en una coleta; mientras la barba plateada descansaba en una amplia gorguera de encaje, el bigote del mismo tono terminaba en dos puntas filosas que se curvaban sobre las mejillas. El exquisito atuendo de terciopelo revelaba poder y fortuna. Dedujo que el hombre había sido atractivo en la juventud, pero sin duda la doblaba en edad y hasta podría ser su abuelo. No le sorprendió no haberlo visto antes en las veladas palaciegas: muchos caballeros españoles dueños de encomiendas en las montañas fuera de la ciudad sólo asistían en esporádicas ocasiones a la corte.

Sintió cómo se aceleraban sus pulsaciones. Era la primera vez que la virreina le hablaba de un candidato en particular. Las conversaciones sobre un posible galán siempre habían sido superficiales: que el virrey estaba en la búsqueda de un noble rico y gallardo para ella, dueño de una posición encumbrada, pero sin mencionar nombres ni mucho menos señalar a alguien. Ahora doña Teresa le estaba mostrando a un hombre de carne y hueso. ¿Sería el elegido para ella?

—Sé que no tengo derecho a opinar sobre mi futuro y acataré cualquier decisión del virrey —dijo intentando mostrarse sumisa—, pero me gustaría saber: ¿el caballero es tan importante como lo sugieren sus vestimentas?

—Sí, querida mía, es un destacado descubridor de tierras lejanas, y pronto será poderoso también. El rey lo ha nombrado Adelantado y Gobernador de los Mares del Sur —explicó la virreina con una sonrisa—, su autoridad alcanzará todas las tierras que conquiste en su próxima expedición.

—¿En aquellas lejanas aguas?

—Sí, son tierras muy ansiadas por Su Majestad. Estas Indias Occidentales no contienen las riquezas que él esperaba. No hay especias.

—Pero ¿y la plata y el oro de las minas? ¿Las gemas de Nueva Granada?

—No son suficientes, por eso el rey insiste en conquistar territorios en las Indias Orientales y las islas del Mar del Sur. Allí es donde crecen la pimienta, el clavo de olor, la canela y otras invaluables especias, imprescindibles para preparar curaciones, y muy caras. Y esa empresa

depende de ese hombre —finalizó señalando al anciano con la cabeza.

Ysabel abrió la boca en un gesto de sorpresa y dirigió la vista hacia él con creciente interés. Aunque le disgustaba la idea de casarse con alguien tan mayor, ansiaba alcanzar una boda ventajosa, y ésa sin duda podría serlo.

—¿Cuál es la gracia del caballero?

—Don Álvaro de Mendaña y Neyra. Hace muchos años recorrió los Mares del Sur y descubrió las islas Salomón, a las que llamó así por sus grandes riquezas. No pudo establecer un fuerte debido a la agresividad de los nativos. Ahora planea regresar con mejores armamentos para colonizar el lugar, y será dueño de todo lo que encuentre, descontando el quinto para el rey, por supuesto.

—¿Está presto a partir?

—Ahí es donde entras tú en la historia: la expedición es muy costosa, y aunque Mendaña ha invertido una inmensa fortuna en ella, no es suficiente. Necesitará sumar tu dote para concretarla. El virrey cree que esta boda será una alianza ventajosa para todos: cumple con el encargo de tu padre, y también con su amigo al apoyarlo en este viaje.

Ysabel alzó las cejas ante esa información. Saber que su dote era imprescindible para semejante hazaña le otorgaba una sensación poderosa. Aunque una vez casada el dinero pasase a pertenecer a su marido, la aventura conquistadora podría lograrse gracias a ella.

Todavía estaba pensando en eso cuando la sorprendió uno de los caballeros que abandonara un rato antes, agachándose frente a ellas en teatral gesto.

—Querida Teresa..., perdón, aquí en el salón debo llamarte de manera formal: excelencia, ¿me permites privarte de la compañía de esta encantadora dama? Me robaste a doña Ysabel hace un rato, y quisiera concluir la charla sobre música que estábamos teniendo —dijo el agraciado joven a la virreina.

—Puedes llevarla, Beltrán, y te recuerdo que debes comportarte como un caballero con doña Ysabel.

—Ay, hermana, ¿desde cuándo actúas de chaperona de tus damas? Eso está por debajo de tu ilustre cargo —respondió intentando sonar jovial, pero molesto por la orden.

—No me rebajo por cuidar a mis muchachas, lo hago con gusto y por precaución. Ysabel es mi más bella dama de honor y sin duda una tentación para ti, pero mantente lejos de sus faldas. Mi marido tiene planes para ella que no te incluyen, Beltrán —le dijo con seriedad, y dirigiéndose a la joven agregó—: Y tú, no permitas que te seduzca, Ysabel. Mi incorregible hermano tiene un reguero de hijos bastardos en la España. No creo que sea necesario recordarte lo que está en juego si dejas que se te acerque, querida.

—Sí, excelencia —atinó a decir con el rostro enrojecido.

Segura de no ser desobedecida y convencida del candor virginal de su pupila, la virreina hizo un gesto con la mano para despedirlos. De inmediato Beltrán ofreció la palma a Ysabel, quien apoyó allí los dedos con gracia y se dejó conducir por el salón hasta detrás de una columna, que los cobijó de las miradas impertinentes.

—Hiciste mal en exponernos de ese modo delante de tu hermana —lo retó en cuanto estuvieron fuera del alcance de oídos indiscretos.

—Es que te extraño demasiado, mi querida —respondió acariciándole con la mirada el escote, apenas cubierto por un velo de organza—. Anhele nuestros encuentros, echo de menos

tus besos, Ysabel. ¿Cuándo podré visitarte otra vez?

—Ya no podrás hacerlo, Beltrán, debo cuidar mi reputación. Sabes que mi obligación es acatar la voluntad de mi padre y casarme con un noble de alcurnia y fortuna que enaltezca a mi familia. No vamos a encontrarnos más a solas.

—No entiendo por qué has cambiado de opinión. Desde que aceptaste mis visitas nos ocultamos con afán, nadie se ha enterado de ello, te lo aseguro. No hay chismes que incluyan tu nombre en el palacio. Eres la dama más casta y codiciada de esta corte. Vamos, Ysabel, no me castigues retirándome tus atenciones. Seremos cuidadosos en nuestros juegos amorosos, te lo prometo, y tu virtud seguirá intacta, como hasta ahora.

Ysabel se fijó en la pícaro mirada de ojos negros que brillaban al suplicar por su amor, y en esos sensuales labios que prometían una visita especial. Sabía que Beltrán de la Cueva tenía fama de mujeriego y que carecía de fortuna propia, vivía gracias a la generosidad de su cuñado, el virrey. Distaba mucho del candidato ideal al que ella aspiraba, pero se sentía atraída por él. La hacía reír y sus besos le provocaban un extraño cosquilleo en todo el cuerpo. Por eso le había permitido avanzar con las caricias: disfrutaba de ellas. La lengua de él le había quemado el cuello y los pechos hasta hacerla jadear. Sus dedos la habían recorrido, aunque él se había conformado con lo que ella le ofrecía y había respetado el límite de su virginidad.

Pensando en la cálida sensación que le regalaban esos encuentros, decidió no suspenderlos. Con una sugerente mirada a través de sus largas pestañas entornadas le dijo:

—Te esperaré después de que termine el concierto. Quitaré la traba a la puerta del pasadizo secreto que llega a mi alcoba, pero ten mucho cuidado y no hagas ruido. No quiero levantar sospechas entre las damas de las habitaciones cercanas.

—Por supuesto, mi querida —respondió llevando una mano de ella a la boca en un anticipo de la intimidad que vendría después, pero Ysabel se escapó de entre sus dedos.

—No, Beltrán, evitemos generar rumores. No quiero enfadar a tu hermana. Además de deberle obediencia, admiro a la virreina.

—¿La admiras? —preguntó con genuina sorpresa—. ¿Por qué? Teresa no es especial, sólo se casó con un hombre poderoso. Ella debería admirarte a ti, por tu belleza, mi cautivante Ysabel.

—No, mi belleza se acabará algún día, como desaparecieron la de mi madre y la de mi abuela. Una mujer debe ser algo más que bella para perdurar en el tiempo. Tu hermana pasará a la historia como la primera virreina de estas tierras, y ¡hasta tiene un pueblo con su propio nombre, no con el de su marido! Castrovirreina existe, es una realidad, yo misma la acompañé y la vi caminar sobre los lingotes de plata que cubrían las calles en su homenaje. La admiro por haber conseguido tal honor. ¡Y yo quiero lo mismo, Beltrán!

Ysabel se refería a un hecho ocurrido poco después de la llegada de ambas a Lima: un nativo inca se había presentado en el patio del palacio con varias llamas cargadas con lingotes de plata como ofrenda para pedirle a la virreina que amadrinara en la fe católica a su hija recién nacida. Ella aceptó, sorprendida por semejante agasajo e insistió en hacerlo en persona, en vez de enviar a alguien que la representase. Así, unas semanas después partió hacia las montañas junto con un gran séquito: tres capellanes, un oidor de la Audiencia limeña, una decena de hidalgos, cincuenta soldados y media docena de sus damas, entre las que estaba Ysabel. Al llegar al rústico pueblo indígena todos se sorprendieron por el camino que lingotes de plata que llegaba a la puerta de la choza, preparado para mantener los pies de la virreina lejos de la tierra. Ante el descubrimiento

de tal riqueza, tras la ceremonia bautismal de la niña se procedió a la creación de un nuevo poblado español para explotar las minas de plata de ese lugar en nombre del rey, y en homenaje a la soberana allí presente lo llamaron Castrovirreina. Ysabel había regresado maravillada por tanta opulencia.

—¿Quieres un pueblo llamado Barretovirreina? —le soltó Beltrán con una mueca burlona.

—¿Por qué no? ¿Crees que no lo merezco? —exclamó golpeándolo con suavidad en el antebrazo con el abanico cerrado, en fingido enojo.

—Por el contrario, mereces mucho más que eso. No deberías conformarte con un poblado, eres digna de un continente —dijo volviendo a fijar la mirada en el generoso escote y relamiéndose los labios con intención.

—Te estás mofando de mí. Pero ya lo verás: tendré mi propia ciudad, o una isla quizás. ¿Quién sabe? He escuchado que todavía hay mucho territorio por descubrir más allá del océano.

—No seas ilusa, Ysabel: las mujeres no participan en expediciones de conquista. Sólo los hombres parten en barcos hacia aguas desconocidas.

—Que ninguna lo haya hecho hasta ahora no quiere decir que sea imposible. Si yo fuera la primera conquistadora, las tierras que descubriese podrían llevar mi nombre.

—Ignoraba el tamaño de tu ambición, mi querida.

—Hay mucho de mí que no sabes, Beltrán. Sólo te he permitido descubrir algunos secretos de mi cuerpo; no eres dueño de lo que esconden mi alma y mi mente.

—Pero me encantaría conocerlo todo —concluyó con una lasciva mirada mientras se inclinaba frente a ella—, espérame con poca ropa en un rato.

Ysabel sonrió en silencio. Beltrán resultaba encantador, pero era demasiado limitado. Le faltaba fuerza a su espíritu, carecía de empuje. Se conformaba con ser una figura decorativa en la corte de su cuñado. Ella, en cambio, desbordaba de anhelos. La codicia de su padre la había llevado a recorrer medio mundo hacia esas tierras salvajes. El afán de grandeza que brotaba de su propia alma podía impulsarla más lejos aún. Una idea empezaba a tomar forma dentro de Ysabel de Barreto: quería ser la primera mujer en transitar hacia lo desconocido. Y ese anciano caballero que le señalara la virreina podría representar la llave para abrir la puerta de ese nuevo mundo.

2

Junio de 1590.

*Islote desconocido cerca de las islas Filipinas,
colonias españolas en las Indias Orientales.*

Los mosquitos zumbaban alrededor de sus oídos, le picaban en las mejillas y en el cuello, pero él los ignoraba. Sólo prestaba atención al ir y venir de los nativos desde la rústica choza rodeada por frondosas plantas tropicales hasta la orilla de ese atolón. Estaban cargando en la chalupa media docena de barriles de madera, pronto terminarían. Los hombres podrían remar con facilidad la distancia que los separaba de la pequeña carabela que esperaba más allá del arrecife.

Don Fernando de Castro y Rivadeneyra recorrió el cielo con esos ojos que imitaban el color del inmenso mar que se abría frente a él. No había ni una nube y el viento desde el oeste estaba aumentando. Si tenía suerte y seguía soplando así, en una semana o poco más estaría de regreso en Manila celebrando su enriquecimiento. Acababa de comprar a muy buen precio un gran cargamento de perlas. Podría venderlas en la ciudad y obtener el doble de lo pagado. Pero aspiraba a más: si lograba enviarlas a la Nueva España o a Sevilla recibiría el triple, o hasta el cuádruple, del valor invertido. Contento, regaló una sonrisa al nativo con el que había negociado, que no hablaba español pero se habían entendido a través de gestos hasta llegar a un acuerdo. El hombre de piel acaramelada y ojos rasgados mostraba alegría por el oro obtenido a cambio de la pesca. Toda su familia se sumergía con afilados cuchillos de hueso y redes en las manos y sacaban cientos de ostiones del mar para comer el molusco del interior; luego utilizaban la coraza para realizar adornos. Algunas escondían esas bolas nacaradas que los blancos codiciaban y las guardaban. Sabían que cada tanto llegaban en grandes naves esos extraños seres con el cuerpo cubierto y podían cambiarlas por oro, que luego ellos fundían para hacerse brillantes collares y brazaletes. Ambos hombres concluyeron el trato con una suave inclinación y el español subió al bote.

Cuando alcanzaron el barco, Fernando de Castro trepó con agilidad por la escalera de cuerdas que colgaba por sobre la borda, y al llegar a la cubierta ordenó con una amplia sonrisa en el rostro bronceado por el sol:

—Que lleven esos barriles a mi camarote, Sauro. Y dile al timonel que se apreste a partir: en

cuanto icen el bote y leven el ancla, ¡nos vamos a casa!

—Sí, capitán Nando —le respondió sonriendo a su vez.

Sauro Taboada era su mano derecha y compañero de aventuras. Había sido polizón en el barco que trajera al gobernador y su familia desde la Nueva España, el año anterior, y cuando el capitán de la flota lo descubriera, Castro se había hecho cargo del muchacho de diecinueve años tomándolo como su asistente. Tenían la misma edad, y el agradecimiento inicial de Sauro por salvarlo pronto se convirtió en devoción: además de trabajar para él era, desde entonces, su fiel amigo.

Con paso firme Nando se dirigió a la toldilla de la pequeña carabela, de sólo dos palos, que podía ser maniobrada por pocos hombres. Apenas veinte marineros alcanzaban para hacer el recorrido entre las Filipinas y ese desconocido archipiélago hacia el oeste de Manila donde le habían dicho que nacían las perlas debajo del agua. El dato había sido acertado y su osadía al aventurarse hasta allí lo convertiría en un hombre rico. Había invertido en el alquiler de esa nave y en la contratación de la tripulación, pero su ganancia superaría largamente el gasto. Ahora que conocía la ubicación de esas islas, después de vender las perlas sin duda regresaría por más. Eso le permitiría independizarse de su tío, el gobernador. No le molestaba disfrutar del lujo de la residencia oficial en Manila, donde vivía, pero ya había cumplido los veinte años y ansiaba por una casa propia. La búsqueda de fortuna lo había impulsado hacia ese extremo del mundo, dado que era el segundo de ocho hijos y su hermano mayor heredaría a su padre. Había viajado durante más de un año desde su Galicia natal acompañando a su tío, don Gómez Pérez Dasmariñas, designado Gobernador y Capitán general de las islas Filipinas, un lejano archipiélago en el Mar del Sur que recibió su nombre por un homenaje de su descubridor, Fernando de Magallanes, hacia el entonces príncipe Felipe.

Las Indias Orientales prometían grandes riquezas, pero los reyes españoles habían perdido la posibilidad de llegar a ellas por tierra. No podían pasar por Constantinopla desde su caída en manos otomanas, y tampoco habían tenido acceso a la navegación por el océano Índico el siglo anterior, con todos sus puertos en manos de los portugueses. Por eso la insistencia en llegar a ellas viajando hacia el oeste. Pero las Indias Occidentales se interpusieron en el camino y resultaron un escollo: debían rodearlas para poder pasar hacia el Mar del Sur. Para llegar a las Filipinas, Castro y sus parientes, se embarcaron hasta la Nueva España y, tras cruzar el continente por tierra, en Acapulco abordaron otro galeón con destino a Manila. Un viaje largo y peligroso, pero la corte española ansiaba conquistar la tierra de las especias y las perlas, inestimables tesoros. Un talego de pimientas equivalía a la paga de un trabajador español durante toda su vida. Los valiosos granos se vendían de a uno y a altísimos valores en el Viejo Mundo porque eran indispensables para realizar mezclas medicinales y perfumes. Eran más codiciados que el oro y la plata que se conseguían en el virreinato del Perú, y hasta más que las gemas del Nuevo Reino de Granada. Y las perlas eran tan caras como los brillantes que llegaban desde África. Los dos sacos con ducados de oro le habían permitido a Castro llenar su chalupa con seis barriles de perlas esa mañana. En Macau, el puerto chino dominado por los portugueses y principal centro comercial de la región, sólo hubiera podido comprar un barril con cada bolso. Nando agradecía su buena suerte. Aunque iba a compartir las ganancias con su primo Luys, hijo del gobernador y quien le había prestado parte del dinero para la expedición, la suma alcanzaría para hacerlos ricos a ambos.

Los buenos vientos los ayudaron a avanzar con tranquilidad y rapidez en su primer día de navegación. Castro esperaba tener la misma suerte en esa segunda jornada. Estaba apoyado contra las jarcias, disfrutando el oscilante vaivén de la cubierta bajo los pies, pensando en cómo reinvertir la fortuna que ganaría, cuando un vozarrón atrapó su atención.

—¡Capitán! ¡Navío a baboor!

—¿Qué clase de nave? —exclamó con prontitud.

—Es una carabela de tres palos y mucho velamen; tiene paños cuadrados y latinos combinados.

—¿Hacia dónde se dirige?

—¡Viene hacia nosotros, capitán! ¡Y se aproxima a gran velocidad!

El grito del vigía desde la cofa alertó a toda la tripulación. El barco de Castro no pertenecía a una flota; que otra nave los persiguiera sólo podía significar que buscaban alcanzarlos para quedarse con sus pertenencias.

—¡Más trapo! ¡Ahora! —ordenó Nando sin vacilar mientras corría hacia el timón—. ¡Sauro, verifica que suelten las gavias! Quiero toda la fuerza del viento en nuestras velas.

Al alcanzar la caña desplazó al marino que la tenía y la empujó hacia la izquierda para virar a estribor en un intento por alejarse de su perseguidor. El barco tomó la nueva dirección y avanzó veloz, pero una mirada hacia atrás le indicó a Castro que la otra nave seguía acortando distancias y se acercaba más deprisa de lo que cabía imaginar.

—¡Malditos portugueses! Vuelan sobre las olas —masculló entre dientes.

—¿Crees que son lusitanos? —preguntó Sauro, plantado a su lado.

—Son los dueños de estas aguas —asintió—, y sólo ellos llevan a tamaña velocidad las carabelas. Podrían ser piratas o la flota real, pero no me quedaré a esperarlos para descubrir su bandera. De todos modos serán un problema.

—Calculo que en unas tres horas los tendremos encima. ¿Qué deseas que hagamos?

—No creo que logremos alejarnos de ellos —respondió el capitán con el gesto fruncido—, y apenas tenemos cuatro culebrinas para defendernos, eso no será suficiente para repeler el ataque. Cambiaremos de rumbo: pon la proa hacia aquellas franjas de tierra que se ven al noreste.

—Pero son islotes rocosos.

—Si logramos acercarnos bastante antes de que nos aborden, quizás logremos nadar hasta allí y sobrevivir.

—¿Ése es tu plan? —preguntó asombrado el ayudante.

—Ésa es una parte. Llama a alguien al timón y acompáñame abajo.

Un par de horas después ya no había dudas sobre las intenciones de la nave que se aproximaba: estaban tan cerca que se podían escuchar con claridad los gritos en la cubierta enemiga. Los españoles se enteraron cuando en el barco portugués dieron la orden de abrir las escotillas de la artillería. Las pesadas cabezas de cañones y culebrinas fueron asomando, de a poco, por los huecos en el flanco derecho de la nave, a medida que los alcanzaba y se emparejaba con ellos.

—¡Preparar...! ¡Apontar...! ¡¡Fogo!!

Una tras otra las bocas metálicas despidieron fuertes estruendos y el hierro se enrojeció al escupir poderosas balas por el aire.

El caos se desparramó por la nave de Castro con la misma rapidez que el humo y el olor a

pólvora. Gritos de dolor se mezclaban con los sonidos de los quiebres del casco por los impactos. Filosos trozos de madera y astillas volaban por el aire como puñales ante cada nuevo ataque, clavándose en las carnes que se cruzaban en su camino. Una bala seccionó el brazo de un marino, arrancándole desde el codo, y la sangre que manó hizo que otro cayera y resbalara por la cubierta hasta golpear su cabeza contra la base del trinquete, donde quedó inconsciente. Los sobrevivientes corrían, buscando cubrirse de los proyectiles que caían sobre ellos.

A pesar de los dos marineros con experiencia en artillería que se turnaban para disparar las culebrinas, las balas españolas apenas dañaron la carabela portuguesa, que continuó acercándose hasta que la proximidad les permitió lanzar los ganchos de abordaje. Garfios y anclas atados a gruesos cabos unieron los barcos, acortando la distancia que los separaba. Cuando Nando vio los improvisados puentes de tablones por los cuales un portugués tras otro saltaba hacia su nave, no dudó: corrió hacia la santabárbara. En su descenso por la bodega tomó un candil que colgaba de una pared. La mano de Sauro sobre su brazo lo detuvo cuando estaba por abrir la puerta del depósito de pólvora.

—¿Estás convencido de lo que vas a hacer? —preguntó.

—Sí, no te preocupes. ¿Te aseguraste de sellar bien el barril con brea como te indiqué? ¿No le entrará agua?

—Te garantizo que no filtrará ni una gota —respondió sacudiendo la cabeza—. Flotará y mantendrá las perlas lejos del fondo.

—Bien, nuestro futuro depende de ello —dijo con un suspiro—, y de cómo salga lo que voy a hacer ahora. Vete, Sauro, cuenta hasta cinco y da la orden de saltar al mar a nuestros hombres; y luego arrójate tú también.

—No, déjame encender la llama a mí, volar la santabárbara es peligroso. Será mi forma de agradecerte por haberme salvado en el pasado.

—Nada de eso, amigo. Soy el capitán y seré el último en abandonar mi nave. Quiero que explote mientras los barcos están unidos, para hacer volar por el aire a esos malditos. Salta al agua y busca las perlas después de la explosión. Si tengo suerte, te alcanzaré en los islotes. Si no llego, son tuyas. Anda, sal de aquí, ¡es una orden!

—Sí, capitán —murmuró entre dientes y le palmeó el brazo, antes de correr hacia el exterior. En cuanto alcanzó la cubierta Sauro exclamó:

—Atención, una orden del capitán Nando: ¡Todos al agua! ¡Yaaa!

Los hombres lo vieron trepar encima de la borda y quienes podían moverse lo imitaron. Algunos heridos todavía estaban arrastrándose cuando una explosión despedazó la nave. Cientos de maderos subieron entre las llamas y el humo para caer desperdigados en el agua. En pocos instantes, donde había estado la embarcación española sólo quedaban confusión y desesperación.

Sauro Taboada se sintió atrapado con fuerza hacia el fondo del mar a causa del estallido. No intentó luchar sino que se dejó llevar, y reservó el aire para nadar de vuelta hasta la superficie. Cuando sacó la cabeza al exterior aspiró grandes bocanadas, al recomponerse pataleó para cumplir sus órdenes y buscó con la mirada algún barril flotante. En medio del denso humo le costó encontrarlo, pero finalmente se desplazó entre los restos hasta alcanzarlo. Sauro lo había echado por la borda de estribor, en el lado opuesto a la nave enemiga, un rato antes de la explosión. Y el ingenioso sistema creado por el capitán había funcionado. Se sumergió y comprobó que el cabo que lo rodeaba continuaba tirante hacia abajo, por el peso que cargaba.

Las perlas estaban a salvo. Con una sonrisa se sujetó al tonel con un brazo y con el otro empezó a nadar para apartarse de la zona del desastre. Se hallaba lejos de la costa, pero estimaba que podría alcanzarla. El mar no estaba picado.

Había avanzado un corto trecho cuando escuchó unos brazos golpeando el agua cerca de él. Se detuvo, listo para hundir al nadador si pertenecía a la tripulación enemiga, pero los largos cabellos rubios que flotaban alrededor de la cabeza que se le acercaba le hicieron sonreír.

—¡Nando! ¡Capitán! ¡Por aquí! —lo llamó para orientarlo en la humareda.

Fernando de Castro alcanzó el barril flotante, se aferró a uno de sus lados y recostó sus hombros en él para recuperar el aliento.

—Lo logramos, Sauro. ¡Lo logramos! —dijo entre risas.

—Sí, pero estás herido. Hay sangre en tu frente.

—No es nada, apenas un pequeño corte, un madero me cayó encima cuando ya estaba en el agua. Alcancé a saltar antes de que se encendiera la pólvora.

—Fue un plan arriesgado, pero debo felicitarte. Salió cómo lo deseabas.

—Esperemos que la suerte siga de nuestro lado. Aún debemos llegar a aquella isla y luego buscar cómo regresar a casa. Quizás los nativos sean amistosos, tal vez podamos conseguir una canoa.

—Isso não será necessário.

La fuerte voz extranjera atravesó el humo que aún los rodeaba. A través de la densa nube distinguieron una chalupa con media docena de soldados vestidos con el uniforme portugués. Algunos remaban y otros apuntaban sus mosquetes hacia ellos. No eran piratas, como Nando había temido, sino tropas reales. Al desosiego inicial que lo invadió le siguió un cierto alivio: quizás no encontrasen su tesoro sumergido. Pero su alegría resultó infundada: de pie en un extremo del bote, un hombre acercó el barril flotante hasta la embarcación atrapándolo con la punta de un bichero. Con destreza manejó el instrumento para alcanzar la soga que colgaba por debajo y tiró de ella hasta que el conjunto de seis barriles atados entre sí salieron a la superficie.

Nando dejó escapar un sonoro resoplido. Había perdido su fortuna.

Después de subir los barriles, los marineros los izaron a bordo de la barca a ellos también. Sin dejar de apuntarlos, revisaron que no estuviesen armados. Recién entonces quien parecía el jefe del grupo habló:

—São prisioneiros de Sua Majestade Felipe, por comerciar ilegalmente em nosso território.

—No es ilegal comprar productos. No hemos robado nada —intentó explicar Nando.

—*Não* está permitido comprar em águas portuguesas sem licença real.

—Estamos en aguas españolas, cerca de Filipinas, que lo resuelva el gobernador Dasmariñas.

—*Não*, estamos mais perto das costas de Macau, na China. Irão à prisão ali.

Nando y Sauro intercambiaron una rápida mirada. Quizás pudiesen dominar a esos soldados y apoderarse del bote para dirigirlo hacia el este.

—¿Prisión? —preguntó Nando poniéndose de pie, en un intento por distraerlos y evaluar la capacidad de respuesta de sus enemigos—. ¡Eso es ridículo! La España y el reino de Portugal están unidos bajo una misma corona, Felipe también es nuestro rey. Debe escucharme, o dejaré que mis puños hablen por mí —exclamó sacudiendo los brazos.

—Vossa mercê não pode comerciar aqui. Fique quieto, não se resista. Em poucos dias chegaremos à Macau.

—¿Y cómo piensa llegar en pocos días con este simple bote? —insistió Nando sin obedecerle y avanzando unos pasos hacia él.

Antes de que el portugués pudiera responder, sintió que Sauro le tironeaba de la manga de la camisa. Se volvió hacia él y lo que su amigo le mostraba le quitó cualquier esperanza de escapar.

Una fuerte brisa estaba disipando el humo y ante ellos apareció la carabela portuguesa. Lucía algunas maderas rotas, huella de la explosión, pero el mástil y el casco intactos indicaban que estaba en condiciones de navegar

Nando se dejó caer en el fondo del bote y se abrazó las rodillas. No sólo había perdido las ganancias y la inversión. Iría a dar con sus huesos en una prisión portuguesa y no podía predecir por cuánto tiempo. Cerró los ojos intentando imaginar el nefasto futuro. Porque si lograba sobrevivir en Macau, cuando su tío se enterase de su estadía en la cárcel sin duda querría matarlo con sus propias manos por deshonorar a la familia.

3

Enero de 1592.

*Guanaco, al este de San Felipe de Lerma en el Valle de Salta,
colonias españolas en las Indias Occidentales.*

Ysabel movió la reina negra hasta encerrar al rey enemigo con la ayuda de una torre, y anunció:

—Jaque mate.

Marina echó una mirada al tablero bicolor ubicado en una mesa baja entre ellas, reclinadas en almohadones en el estrado, y volcó la coronada figura de madera clara.

—Ganaste otra vez. ¿Quieres jugar una nueva partida?

—No, estoy aburrida —respondió con un mohín.

—Lo siento, no soy tan hábil como tú en el ajedrez.

—No, no es por tu forma de juego, querida, es que estoy cansada de dedicar mis horas al ocio y al rezo. No soporto más la tediosa vida que llevamos aquí, en estas montañas. A veces siento como si hubiese ingresado a un convento de tan aburrida que estoy.

—¡No blasfemes, hermana! —se escandalizó Marina.

—Es que extraño la vida en la corte. Las fiestas, la música, los bailes, los chismes... Y echo de menos a Beltrán —reconoció con un suspiro.

—¡Pero tú estabas entusiasmada, te alegraba la idea de casarte con don Álvaro! Si mostrabas tu oposición quizás la virreina te hubiera ayudado a escapar de la voluntad del virrey.

—Lo sé, lo sé, es que creí que los preparativos para la expedición ya estarían concluidos para esta época y nos encontraríamos rumbo a esas islas cubiertas de oro. Pero ha pasado más de un año desde mi boda —dijo con un suspiro—, y todavía no hay noticias de la partida.

—Debes tener paciencia, Ysabel.

—¡Desde hace años que convivo con la paciencia! Por esperar en la España a que estuviera lista la flota del virrey quedé soltera en la edad en que las jóvenes llegan al altar —remarcó con un quejido—. ¡Y ahora más espera en medio de estas montañas! Si al menos estuviésemos en la corte sería más divertido, pero Mendaña se opone. Prefiere quedarse aquí para juntar más dinero con la explotación de estas tierras, y dice que su esposa debe estar a su lado —refunfuñó.

—Y tiene razón.

—¡Dices eso porque a ti no te han casado con un hombre de cincuenta años! —exclamó enojada—. Sin duda desposarás a un joven conquistador después de que lleguemos a las islas Salomón. ¡Mi marido, en cambio, es mayor que nuestro padre!

—Baja la voz, Ysabel, don Álvaro podría escucharte.

—No lo creo, está cada día más sordo —explicó con una mueca—, y casi no sale de su despacho. Se la pasa escribiendo cartas a Lima. Sería más provechoso para todos organizar la expedición desde allí. Las largas semanas de viaje que nos separan de la capital del virreinato hacen que todo se demore —concluyó con amargura. La alegría la había abandonado mucho tiempo atrás. Apenas quedaban en ella recuerdos de las épocas felices.

La vida en Guanaco distaba mucho de lo que Ysabel había imaginado cuando su flamante marido le comunicara que se trasladarían a esas tierras, una amplia hacienda entre valles y montañas que recibiera en la juventud como pago tras un triunfal regreso de la expedición conquistadora de 1565. Con apenas veinticinco años el capitán Mendaña había descubierto un archipiélago al que bautizó islas Salomón debido a las enormes riquezas que encontró, semejantes a las que rodeaban al nombre del histórico rey judío. Los conquistadores habían construido en una de ellas un pequeño fuerte, pero la hostilidad de los nativos locales y la escasez de pólvora para controlarlos los obligó a abandonar el lugar. Había viajado con dos naves y ciento cincuenta hombres, de los que le quedaban apenas un tercio. Decidido a armarse mejor, regresó a Lima en busca de pertrechos para una nueva expedición. El botín obtenido por Mendaña provocó gran algarabía. Clavo de olor, nuez moscada y jengibre en abundantes cantidades, además de la noticia de ríos de oro, aunque no pudieron extraerlo debido a la agresión indígena. Todo ello significaba una gran fortuna. Pero a las buenas nuevas se contrapuso la ira real por no haber dejado un asentamiento español en el lugar, por eso Mendaña sólo recibió esa encomienda de tierra e indígenas en Guanaco como pago por su descubrimiento. El soberano le negó cualquier apoyo para una nueva aventura: el conquistador debería conseguir los fondos por sí mismo y recién entonces podría solicitar al rey el permiso para otra expedición en su nombre.

Así, durante años, Mendaña explotó esas tierras montañosas ricas en maíz y patatas, y ahorró cada moneda obtenida en pos de un nuevo viaje. Volvió a insistir muchas veces hasta que el rey finalmente firmó unas nuevas capitulaciones a su favor. En ellas le cedió los títulos de Adelantado y Marqués de los Mares del Sur, y Gobernador de los nuevos territorios. A cambio se le exigía la fundación de tres ciudades en un plazo de seis años. Para ello debería llevar a esas lejanas aguas una expedición con quinientos españoles: trescientos hombres armados, cincuenta de ellos casados y con sus familias para establecer las ciudades, y conseguir las tripulaciones necesarias, además de las naves para transportarlos.

Juntar la fortuna para semejante hazaña le demandó a don Álvaro de Mendaña muchos más años que los que había estimado. Tampoco le alcanzó cuando desposó a Ysabel, ni cuando añadió la dote de su joven cuñada. Porque gracias a un acuerdo con el virrey Mendoza, Mendaña consiguió para sí también la fortuna asignada a Marina de Barreto para su boda. A cambio de esa suma él debería ocuparse de dotar y casar a la joven en el futuro, en las nuevas tierras que gobernaría. En ese mismo acuerdo se incluyó a otros hermanos de las muchachas: tres varones que vivían en la España recibirían la propuesta de sumarse a la ambiciosa expedición.

Mendaña ansiaba por la llegada de sus cuñados desde el Viejo Mundo. Conseguir caballeros

de noble cuna para la aventura tampoco le estaba resultando tarea sencilla. La mayoría de los hombres dispuestos a partir hacia tierras lejanas cargaban en sus espaldas pasados de dudosa moralidad. Era sabido que el virrey aprovechaba las expediciones a ultramar para limpiar las calles de la ciudad, deshaciéndose de malvivientes y vagabundos. Incluso algunos prisioneros obtenían la libertad a cambio de embarcarse. Ladrones, estafadores y prostitutas, los primeros; y se decía que algunos asesinos también. Quienes podían costearse el pasaje iban como colonizadores, dispuestos a poblar nuevas tierras. Otros, a falta de moneda, pagaban el viaje como ayudantes u ofreciéndose para limpiar. Aun en esas condiciones, don Álvaro no lograba concluir los preparativos. Y los días se estiraban, haciéndose interminables para Ysabel.

Marina estaba guardando las piezas del ajedrez envueltas en terciopelo dentro de una caja de madera lustrada, mientras su hermana observaba hacia afuera por una ventana sin vidrios.

—¡Todo es tan monótono aquí! Hasta el paisaje... —se quejó la mayor con disgusto.

—No digas eso, Ysabel. Hay pájaros que cantan, animales extraños que corren y distraen la vista, además de los indígenas en sus actividades que acaparan la atención. Conozco escenarios mucho más aburridos, como el mar rodeándolo todo, sólo agua y cielo hasta donde alcanza la vista —suspiró—. ¿Acaso olvidaste la redundancia de la travesía hasta aquí? Yo recuerdo muy bien los meses de navegación desde Sevilla hasta Tierra firme. Aquéllos fueron días tediosos, como sin duda también lo serán los que enfrentaremos hacia los Mares del Sur —concluyó bajando la voz.

—El viaje a Lima fue aburrido porque escoltábamos a la virreina. La excursión a nuestro nuevo destino será diferente. ¡Será una aventura hacia la gloria!

—Sólo será glorioso para ti, Ysabel —dijo sacudiendo la cabeza—, porque irás buscando cumplir tu sueño de grandeza. Para mí será apenas el destino que me asignó alguien más.

—¿Qué dices, hermana? Ambas tendremos un mejor futuro en las nuevas tierras. ¡Con riquezas y poder!

—Pero ése es tu sueño, Ysabel, no el mío. Yo siempre tuve un solo anhelo: formar una familia. Por voluntad de nuestro padre debí viajar al Nuevo Mundo y alejarme de nuestra adorada madre, y ahora por orden del virrey, para obtener algo tan simple como un marido decente, deberé embarcar hacia quién sabe dónde —dijo con un par de lágrimas asomando a sus brillantes ojos negros.

—Ay, lo siento tanto, querida. No había considerado tu situación de esa manera —buscó consolarla conmovida, arrodillándose a su lado entre los almohadones y sujetándole las manos—. Aunque no podemos modificar lo que los hombres han decidido para nosotras, intentaré hacer que tú también cumplas tu sueño. Me ocuparé de que Mendaña te busque el mejor marido en cuanto nos establezcamos en las islas Salomón. Considera mis palabras una promesa.

—¿Y no podrías hacer que él me consiga un marido aquí, en las Indias? —preguntó esperanzada—. Me gustaría quedarme en esta región del virreinato, o en Lima.

—No, no creo que don Álvaro acceda a ello. Ya utilizó tu dote, además de la mía, para pagar el *San Jerónimo*, el navío principal de la expedición. No dispone de fondos para ocuparse de tu boda ahora. Deberás esperar a que él obtenga las riquezas que nos aguardan en esas islas.

Marina no pudo contener un sollozo, pero se recompuso enseguida, conocedora de su deber: acatar lo que los hombres responsables por ella decidieran. Ysabel la abrazaba y le enjugaba las lágrimas cuando las interrumpieron.

—¿Está su hermana enferma, doña Ysabel? —tronó la rasposa voz de don Álvaro.

—Nada de eso, apenas emocionada. Estábamos recordando a nuestros padres —respondió torciendo la verdad.

—Entonces las noticias que traigo la alegrarán.

—¿Qué noticias? ¿De la España? —indagó al ver una carta entre los dedos arrugados.

—Así es. Recibí respuesta de don Barreto: sus tres hijos menores están prestos a embarcar hacia aquí.

—¡Oh! ¿Escuchaste, Marina? ¡Nuestros hermanos han confirmado que viajarán con nosotras! ¡Qué alegría!

—¿Es verdad, don Álvaro? ¿Realmente mi padre le ha escrito eso?

—Sí, doña Marina. Según dice la misiva... —Estiró el brazo por completo delante de los ojos y con esfuerzo leyó los nombres— don Lorenzo, don Diego y don Luis de Barreto serán parte de mi expedición a las islas Salomón.

—¿Cuándo llegarán?

—Por la fecha de despacho de esta carta y calculando los preparativos y el viaje desde Galicia, estimo que ya estén en Sevilla esperando para embarcarse. Quizás los tengamos aquí a finales del año próximo.

—¿Un año de viaje? ¿Tanto? —preguntó quejosa Ysabel.

—Así es, esposa mía. Deben esperar que zarpe la flota a Tierra Firme desde Sanlúcar de Barrameda en los tiempos dispuestos por el Consejo de Indias. Atravesar el mar les demandará dos o tres meses. Luego deberán cruzar por Portobelo en lomo de mula hasta las aguas al otro lado, volver a embarcar y navegar hasta Lima, para finalmente contratar una expedición de guías de montaña y soldados bien armados que los escolten a Guanaco. Estimo que será cerca de un año.

—¡Es increíble! Hace casi un siglo que los españoles estamos en estas tierras y todavía se tarda tanto en viajar como en tiempos isabelinos —agregó con gesto fruncido.

—Lamento tener que reconocer que esas palabras son ciertas, mi querida. A pesar de los esfuerzos de Su Majestad, y también de nuestro adorado virrey, aún no dominamos las Indias Occidentales. Quedan muchos territorios hostiles. Y las grandes distancias dificultan controlarlos por completo. Quizás pase otro siglo hasta que alcancemos la potestad absoluta en la región.

—¿Qué más dice la carta? —lo interrumpió Marina, ansiosa por saber de su familia.

—¡Ah, sí, la carta! Don Lorenzo accedió de buen grado a sumarse a la expedición, pero duda sobre lo apropiado de llevar a sus hermanas en tan riesgosa aventura. Sugiere que las damas esperen aquí a nuestro regreso, para viajar hacia las Salomón dentro de unos años, cuando ya las ciudades estén asentadas.

—¡No! ¡No permitiré que uno de mis hermanos venga a dar órdenes en esta excursión! ¡Ni tampoco en mi vida! —respondió exaltada Ysabel—. Ya soy una mujer casada.

—Pero yo sí puedo opinar sobre este asunto y debo decir que estuve pensando en ello algunas veces... Quizás sería peligroso llevar a dos exquisitas damas a una aventura por tierras tan remotas.

—¿Qué está sugiriendo, don Álvaro? —Lo escrutó con los ojos entrecerrados.

—Que esperen aquí, y que nos reunamos en las Salomón en el futuro.

—¡Nooo! No me quedaré en estas montañas, rodeada de indios —exclamó al ponerse de pie

de un salto.

—Bueno, quizás la virreina acepte recibirlas en la corte limeña.

—¿Y convertirme en una chaperona aburrida? —respondió enojada—. No fue eso lo que habíamos convenido, don Álvaro. Vuesa merced aceptó llevarme en esta gloriosa expedición a cambio de mi dote, y espero que cumpla la palabra otorgada.

—Debo recalcar que los peligros son muchos.

—Lo sabía cuando acepté esta aventura —lo desafió mirándolo a los ojos—, y esta boda —finalizó en voz más baja.

—Quizás no sea lo más adecuado para una dama en estado...

—¡Oh! ¿En estado? ¡No me has dicho nada, Ysabel! —le recriminó su hermana.

—¡No te he dicho nada porque no es cierto, Marina! Apenas un anhelo de mi marido.

—Pero podría serlo pronto, y sería una travesía muy difícil en esas condiciones.

—Por ahora no lo es, señor. No llevo un niño en mi vientre, y si así fuera —dijo con las mejillas enrojecidas— me preocuparía yo por ello. Y como el miedo que originaba su inquietud queda descartado, el viaje sigue en pie —insistió.

—Ah, doña Ysabel, su obstinación no tiene límites.

—No en lo que respecta a cumplir mis sueños.

—Pero la decisión final en este asunto es mía —le soltó don Álvaro recorriéndola de pies a cabeza con su mirada.

Ysabel reconoció la lascivia en el rostro de Mendaña y su rubor se acentuó. Recordó que su hermana estaba con ellos y le dijo:

—Marina querida, ¿podrías dejarnos a solas, por favor?

En cuanto la joven hubo salido de la sala Ysabel alzó el mentón altiva y exclamó sin hesitar:

—Si acaso espera volver a visitar mi lecho con la intención de generar un heredero, más le vale organizar todo para llevarme en esa expedición.

—Frecuentarla es mi derecho como esposo —gruñó amenazante.

—Pero le aseguro que sin mi voluntad no querrá hacer uso de ese derecho, don Álvaro. Puedo convertir su placer en una visita al infierno —lo amenazó—. Sin duda vuesa merced no querrá que se repitan situaciones como las de nuestras primeras noches nupciales.

Estaba parada en el estrado, que se alzaba unos dos palmos del suelo, y ni siquiera así alcanzaba la altura de él, pero eso no la amedrentó. Lo miró con fijeza a los ojos mientras recordaba lo vivido un año antes. Su noche de bodas había sido muy distinta a lo que siempre soñara. En vez de un galán con el don de acelerar su respiración, apareció en su alcoba un hombre maduro, de barba grisácea, con una camisa que cubría hasta las rodillas unas piernas de piel ajada y manchada, con vellos encanecidos. Ysabel había cerrado los ojos intentando pensar en Beltrán, en los besos húmedos y las sensuales caricias que le regalaba, pero los labios secos de Mendaña y unos dedos huesudos la arrastraban de vuelta a la realidad. Cuando sintió el cuerpo extraño encima del suyo, la repulsión la invadió. No pudo evitar golpear a ese desconocido con derecho a poseerla. Sus puños rebotaron contra el pecho que la aplastaba, mientras dolorosos gritos le arañaban la garganta. Sus piernas cerradas se convirtieron en una barrera infranqueable. Tras varias noches de alaridos, llantos y forcejeos inútiles, don Álvaro cambió de táctica. Entró a la alcoba y extendió la mano hacia ella, invitándola a acompañarlo hasta dos sillas cercanas. Temerosa, Ysabel se dejó guiar y se sentó dispuesta a escuchar.

—Estimada esposa, le sugiero que haga un esfuerzo por recibirme en el lecho. Dado que aún no hemos consumado la unión como Dios manda, nuestra boda no tiene validez. Y sería lamentable que este acuerdo tan conveniente para ambos ideado por mi amigo el virrey quedara anulado.

—¿Anulado?

—Sí, el chisme de algún criado podría arruinar nuestro futuro, y no quiero arriesgarme.

—No veo por qué alguien querría divulgar cuestiones de nuestra intimidad.

—Muchos caballeros en la corte envidian los títulos que me otorgó el rey. Y podrían conspirar para que se me retirara el nombramiento de Adelantado si no respeto los plazos estipulados. La dote que recibí es importante para ello, por lo que prefiero evitar que circule el rumor de un matrimonio no válido. Así que le exijo que demuestre voluntad para cumplir con los requisitos de esta cuestión.

—Lo siento, yo no sé cómo hacerlo —logró decir en voz baja, con las mejillas ardiendo.

—Entiendo, es lo que esperaba al desposar a una dama virgen. Por eso mismo no la he tomado a la fuerza, pero hasta aquí alcanza mi paciencia, doña Ysabel. La virtud de vuesa merced podría convertirse en un obstáculo hacia las islas Salomón, y yo corro los impedimentos de mi camino.

—¿Me está anunciando que me forzará esta noche? —Logró articular empalideciendo.

—Sólo estoy sugiriendo que colabore —dijo con voz gruesa y seca.

—Le he dicho que no sé..

—Sólo debe recostarse y cerrar los ojos, sin rechazarme. Yo me ocuparé de abrirme camino en ese cuerpo inmaculado y concretaremos la unión.

La fría mirada a través de los párpados entrecerrados que acompañó esas palabras hizo que Ysabel se estremeciera.

—Lo intentaré, pero no le aseguro que lo logre.

—Doña Ysabel, hoy vuesa merced es la esposa de un caballero designado Adelantado, pero si no zarpa mi expedición habré perdido todo lo que invertí hasta ahora. Será la mujer de un hombre pobre y viviremos para siempre en esta hacienda. En cambio, si coopera, pronto tendremos ambos un título: en cuanto estemos en alta mar se convertirá en Marquesa de los Mares del Sur.

Los ojos de Ysabel brillaron cuando Mendaña acertó al tentarla con un futuro de grandeza. Las palabras envueltas en la miel de la codicia resonaron en sus oídos un largo tiempo y la ayudaron a soportar estoica, en silencio y con los puños apretados, las embestidas brutales que garantizaron la validez matrimonial.

Las noches de rechazo habían quedado muy lejos. Con el tiempo, Ysabel se acostumbró a recibirlo en sus visitas maritales cada semana. Aunque nunca disfrutaba en ellas, él sí. Y sacó ventaja de ello: concedora del poder de que su cuerpo le otorgaba gracias al deseo de su marido, aprovechó ese recurso para presionarlo varias veces. Antes por trivialidades, como conseguir una nueva rica tela o algún collar de perlas, su joya favorita. En ese momento, para garantizar su futuro.

La agitación de las memorias se mezcló en el presente de Ysabel. Su figura de curvas rellenas, de mediano porte, se sacudía por la respiración acelerada que le provocaba la ira y los ojos de Mendaña no dejaban de acompañar los movimientos del generoso pecho ceñido en el

jubón. Parándose bien erguida, llevó los hombros hacia atrás, segura de captar su atención.

—Si desea tocar este cuerpo otra vez, don Álvaro, deberá llevarme a las islas Salomón. Si no lo hace no volverá a sentir mi piel con sus dedos, ni mi vientre debajo del suyo.

Él la observó, incrédulo y silencioso, hasta que ella anunció:

—Ingresaré a un convento.

—¡No! ¡No lo permitiré!

—No podrá impedirlo. Si parte y me deja aquí, lo haré sin dudar. La madre superiora del convento de Santa Clara, en Lima, no se opondrá a recibirme. Goza del favor de la virreina y para mantenerlo me aceptaría gustosa.

—¿Renunciará a la grandeza terrenal para servir a Dios, doña Ysabel? Lo dudo. La devoción no reina en su alma.

—Blasfema, señor. Soy una devota católica y con gusto tomaré el velo.

—No sería por gusto, sino por despecho y venganza.

—Cualquiera fuese mi motivación, ya no me tendría nunca más. Ni ahora, ni a su regreso.

Mendaña dio un paso hacia adelante y se le plantó enfrente, desafiante. Llevó una mano al delicado cuello y lo recorrió hasta envolverle la nuca con los dedos. Ella se mantuvo firme, intentando resistir la presión que la arrastraba hacia un beso que no deseaba.

Antes de que los labios se encontraran, una voz los interrumpió.

—Disculpe, doña Ysabel. Vengo a avisar que la perra Perla está por parir.

A Ysabel le incomodaban los pasos silenciosos de la india Pancha, que nunca anticipaban su llegada y la sorprendían en cualquier situación, pero esa vez agradeció la intromisión.

—Ahora mismo voy, Pancha.

Había encontrado a esa cachorra de raza podenco portugués, con su enrulado pelaje blanco sucio y enredado, en la carabela que la llevó hacia las Indias. Un marino le explicó que tenían varios animales de ésos para que cazaran las ratas en la bodega. A pesar de la desagradable tarea en la que se especializaba, la perra era muy inteligente y nada agresiva. Enseguida Ysabel se encariñó con ella y al llegar a su destino le dio unas monedas al encargado de cuidarla, a cambio de quedársela. La llamó Perla, por el exquisito adorno que tanto le gustaba, y el animal la acompañaba desde entonces. Ahora estaba por dar a luz a sus cachorros, y ella había indicado que le avisaran cuando llegase el momento. Agradeció con una mirada hacia la imagen de la virgen Mariña de Augas Santas, su santa favorita, que descansaba en un rincón de la habitación, y se liberó de la mano que la sujetaba.

—Esta conversación no ha terminado, doña Ysabel —resumió Mendaña en voz baja aflojando la presión en su cuello.

—En lo que a mí respecta, sí. Deme su palabra ahora de que me llevará, u olvídense de mi persona —dijo alzando el mentón con los labios entreabiertos y clavando en él los ojos de un transparente tono miel.

Tras observarla en silencio unos momentos, don Álvaro concedió:

—Bien, se lo garantizo. Tiene mi palabra: vuesa merced será parte de la expedición. Y prepárese para recibirme esta noche, aunque no sea miércoles.

Un suspiro de alivio relajó el pecho de Ysabel. Conocedora de sus encantos, regaló una sonrisa a su marido. La brevedad de la misma no satisfizo a Mendaña, pero tuvo que conformarse.

Mientras salía corriendo de la sala, Ysabel pensaba en la magnitud del logro que acababa de conseguir. Había estado muy cerca de perder lo que más deseaba, pero había alcanzado su objetivo. Aunque la demora hasta la partida se extendiese, aunque los meses se convirtiesen en años seguiría esperando. Decidida a cumplir su sueño, se propuso recordarse a diario su meta, como un recurso para paliar su ansiedad. Salió de allí repitiendo para sí varias veces: *No soy una encomendera atrapada entre nativos en las montañas, esto es apenas un paso para convertirme en la Marquesa de los Mares del Sur.*

4

Enero de 1592.

*Macau, colonia portuguesa en la costa de China,
en las Indias Orientales.*

La luz del sol golpeó sus ojos causándole un profundo dolor. Debía ser cerca del mediodía, los rayos caían con fuerza y la abrasadora claridad lo lastimaba. Nando levantó el brazo para cubrirse el rostro cuando entrecerrar los párpados no fue velo suficiente. Había pasado mucho tiempo en la oscuridad de la prisión, más de un año. Le costaría acostumbrarse al resplandor natural del exterior.

Escuchó el pesado portón de madera de la fortaleza *Nossa Senhora do Monte de São Paulo* cerrarse tras de sí e inhaló con fuerza. Volvía a ser dueño de su destino, podía elegir a dónde ir. Aunque no tenía idea de dónde sería eso.

Se acomodó el pantalón que llevaba sujeto con un cordel, ya que el cinturón que le quitaran al entrar a prisión no le fuera devuelto, al igual que sus armas. El sombrero y la capa habían volado por el aire cuando la explosión lo arrojó al mar. Se sentía desnudo sin todo aquello pero se resignó. Empezó a caminar sin rumbo en esa ciudad desconocida. Los guijarros y raíces de las calles, abiertas entre densos follajes, se le incrustaban debajo de las gastadas suelas; agradeció que al menos había logrado conservar las botas. Caminó y llegó a un templo de estilo oriental pintado de rojo, con varias arcadas y detalles dorados además de las típicas tejas en que terminaban los techos inclinados. Delante de él se levantaba una gigantesca estatua de una figura femenina con rasgos nativos envuelta en una amplia capa. La reconoció porque había visto una similar en el puerto, el día de su arribo a esas tierras: era A-Má, la diosa del mar y patrona de Macau.

Siguió deambulando y, unos pasos más allá, dio contra una impresionante iglesia. Sorprendido por la diversidad de culturas en la misma ciudad y por las dimensiones del edificio, de inmediato su reacción fue santiguarse. Era más grande que cualquiera que hubiese visto en su Galicia natal, y la ornamentación no tenía nada que envidiar a la mejor catedral de Sevilla.

No había comido nada desde el desabrido caldo que le sirvieran el día anterior, y el quejoso vacío en el estómago se lo recordó. Aunque la sensación de hambre lo acompañaba desde hacía

meses, cerca del mediodía se intensificaba, pero decidió que buscaría algo para comer más tarde, primero entraría a la iglesia.

Sus ojos agradecieron la penumbra del templo. Los ventanales estaban demasiado altos, cerca de una esplendorosa cúpula, por lo que poca luz alcanzaba la nave central. Nando avanzó intentando no hacer ruido en el piso de piedras, y se arrodilló frente al altar. Quería dar las gracias por haber recuperado la libertad. Más de una vez había creído que no saldría con vida de la prisión. Las campanas tañeron mientras oraba y al rato lo interrumpió una mano sobre el hombro.

—*Sinto muito*, é hora de fechar a igreja. Deverá continuar mais tarde.

—Pero, padre, acabo de llegar...

—¡Ah! ¡Español! Eres de mi tierra. Bienvenido seas, hijo mío. La casa del Señor está abierta para ti. Pero debo preguntar: ¿deseas rezar mucho tiempo? Porque ya es la hora del almuerzo...

—comentó sugerente el cura de mediana edad, con las manos descansando en un vientre prominente.

—No, sólo necesito unos momentos más.

El sacerdote se retiró a esperar a un costado y Nando volvió a sus oraciones. Al terminar caminó hasta donde estaba el párroco.

—Muchas gracias —expresó con una suave inclinación de la cabeza.

—No es necesario que me agradezcas, hijo. Me complace ver a jóvenes devotos que vienen a rezar en cualquier horario. En estas tierras pocos lo hacen fuera de las misas diarias.

—Temo haber perdido yo también ese hábito, tan lejos de casa —confesó con un suspiro—, pero espero poder retomarlo.

—El Señor acoge con brazos abiertos a las ovejas descarriadas. ¿Has venido como polizón en alguna embarcación portuguesa? —preguntó observando las ropas harapientas, el largo cabello sucio, que dedujo rubio debido a la desprolija barba del mismo tono.

—No exactamente. Llegué en un barco portugués después de que el mío se hundiera, pero los soldados me trajeron a la prisión.

—¿Acabas de salir de allí? —Nando asintió en silencio—. Y supongo que no tienes moneda alguna para pagar un almuerzo decente. Ven conmigo al comedor, que mi plato debe estar enfriándose.

Caminando junto al párroco hacia una construcción lateral, Nando continuó la conversación:

—Vuesa merced es español, pero está en una colonia portuguesa. ¿Puedo preguntar cómo terminó en estas tierras lejanas?

—Toda la península está unida bajo el reinado de Su Majestad Felipe —señaló encogiéndose de hombros—, por lo que primero fui destinado a Lisboa, y de allí me enviaron a esta iglesia, llamada Madre de Dios. Los portugueses le pagan un arrendamiento a los chinos por estas tierras y las manejan a su antojo, las consideran propias. Fue un convenio con un emperador anterior de la dinastía Ming y el actual no puede revocarlo. ¿Y tú, muchacho? ¿Qué haces tan lejos de casa?

—Ya no soy un muchacho, he vivido más de veintiún años. Quizás no lo parezca ahora porque he perdido mucho peso en prisión, pero soy un hombre.

El sacerdote asintió.

—Siéntate —le ordenó a la alta y flaca figura señalando una mesa de madera— y puedes comerte ese plato, iré a pedir que sirvan otro para mí.

Obediente, Nando se sentó y atacó el guiso de arroz, carne y verduras todavía humeante: con una cuchara de madera se llevó una buena cantidad a la boca. *Ciertamente los sacerdotes comen mejor que los presos en esta ciudad*, pensó mientras devoraba esa mezcla con sabrosos sabores desconocidos.

Cuando el religioso regresó lo acompañaba un sirviente con una olla, quien volvió a llenar la escudilla casi vacía del hambriento visitante.

—Desconozco su nombre, padre. No puedo agradecerle con propiedad desde la ignorancia —dijo Nando entre bocado y bocado.

—Soy el padre Belarmino, ¿y tú? Por tu lenguaje deduzco que no eres un simple marinero.

—Tiene razón. Don Fernando de Castro y Rivadeneyra, para servirle —se presentó poniéndose de pie unos segundos para volver a sumergir la cuchara en el plato enseguida, tomar el alimento y continuar con la boca llena—, aunque puede llamarme sólo Nando.

—Veo que has dejado tus modales de caballero en prisión, Nando —exclamó con una simpática carcajada que sacudió su grueso cuerpo.

La contagiosa risa del padre hizo que Nando esbozara una sonrisa, la primera en muchos meses.

—¿Tienes amigos en estas tierras?

—No, mi familia está en Manila —dijo escuetamente, sin revelar que era sobrino del gobernador de las Filipinas. Había logrado mantener el secreto durante su encierro para evitar que la noticia llegase hasta don Gómez Dasmariñas. Su tío tenía poder suficiente para negociar su excarcelación con los portugueses, al fin y al cabo pertenecían a una misma corona, pero Nando no quiso deberle tamaño favor. El orgullo lo obligó a cumplir la condena como un bandido más.

—Te indicaré cómo llegar al puerto, salen naves hacia el sudeste en algunas ocasiones. Podrían acercarte a tu destino a cambio de trabajar como marinero —sugirió el sacerdote.

—No, no regresaré aún —negó sacudiendo la cabeza.

—Sin un maravedí en el bolso, solo y lejos de casa, ¿puedo saber cuáles son tus planes, hijo?

—Hacer fortuna. No volveré pobre y vencido —dijo levantando la barbilla con decisión.

El padre Belarmino observó esa mandíbula cubierta por una desprolija barba, con una boca de líneas rectas, que revelaba un carácter fuerte, dispuesto a enfrentar sin miedo un mundo que desconocía, y concluyó:

—Veo que mis palabras no podrán detenerte. Te bendigo para que el Señor te asista en el difícil camino que tienes por delante.

—Gracias, padre. Sin duda necesitaré esa ayuda.

Ese enorme orgullo que impulsaba a Nando a valerse siempre por sí mismo, y que le había impedido mencionar su parentesco con el gobernador a las autoridades de la prisión, lo llevó a buscar mejorar su situación inmediata en cuanto se despidió del padre Belarmino. No soportaba el hedor que de él mismo emanaba. Con la placentera sensación del estómago satisfecho, decidió ocuparse de su higiene. En ninguna posada lo recibirían en el lastimoso estado en que se encontraba, parecía un mendigo; pero se le ocurrió que había un lugar donde no lo rechazarían cuando mostrase su secreto: un burdel. Como no podía preguntar por alguno al sacerdote, empezó a caminar sin rumbo fijo por las sinuosas calles de Macau. La densa vegetación

amenazaba con invadir todo. El follaje se cruzaba entre árboles y arbustos a los costados, y en forma de plantas rastreras que trepaban desde la tierra, cerrando los ondulantes pasajes en el monte tropical. Cuando las ramas empezaron a disminuir en su camino, aplastadas por el paso humano, Nando dedujo que se acercaba al centro de la ciudad.

Le sorprendió la arquitectura del lugar, a un paso oriental y al siguiente típica del Viejo Mundo. Casas con paredes de piedra y techos rectos alternaban con otras terminaciones en forma piramidal, adornadas con estatuas de dragones. Frente a ellas se movían personas con diferentes rasgos, con ojos alargados y la piel más parecida a la de los filipinos que a la suya, vestidos con livianas camisas de algodón y sombreros de paja, y también algunos portugueses, abrigados a la usanza europea a pesar del agobiante calor.

Interrogó a uno de ellos que vio avanzar dando tropezones, sin duda por exceso de alguna bebida, y el hombre le indicó el camino hacia la mancebía atendida por una portuguesa.

—Pregunte por *Dona Elena* —le dijo con un guiño cómplice y una carcajada.

Al llegar a la casa indicada, nada en el exterior revelaba lo que se escondía detrás de una sobria fachada; golpeó y esperó, hasta que un criado de origen nativo le abrió la puerta y lo hizo pasar. Detrás del alto muro apareció un cuidado jardín, con un sendero bordeado por piedras prolijamente ubicadas, un estanque con flores flotantes y arbustos podados con esmero. Una muchacha con vestimentas orientales de seda reía junto a un caballero portugués, ambos de pie junto a un árbol. Ella ignoró por completo al recién llegado y continuó dedicando toda la atención a su compañero, mientras Nando siguió en silencio detrás del sirviente hasta el interior de la casa.

El primer salón era pequeño, con dos puertas en un costado, una pared cubierta por telas rojas y una tenue iluminación desprendida de un par de candelabros. Había un único mueble, una mesa, con jarras de agua y vino junto a algunas copas, pero ninguna silla ofrecía donde sentarse.

El muchacho lo dejó allí y se inclinó antes de desaparecer por una de las puertas, la misma por la que poco después se asomó una mujer de edad incierta y un vestido a la usanza europea con un escote que revelaba más que lo que la decencia sugería apropiado.

Observó a su visitante de arriba a abajo y preguntó:

—*¿Português ou espanhol?*

—Español.

—Si busca divertirse ha venido al lugar correcto, pero mis niñas no trabajan gratis. Y su aspecto no indica que pueda pagar lo que pido por cualquiera de ellas. Así que le sugiero que se vaya; mi sirviente lo acompañará a la salida —dijo señalando la puerta y girándose para marcharse.

—Quiero un baño y la compañía de una de sus muchachas por toda la noche —le interrumpió Nando la retirada, con su voz más profunda e imperativa—. También necesitare que me provean de ropas nuevas. Puedo pagar por todo ello. Mi aspecto es apenas una circunstancia.

La mujer se volvió y avanzó hacia él:

—Deme las monedas ahora —deslizó con un tono más amable, aunque sus ojos entrecerrados revelaban cierto escepticismo.

Nando abrió la mano y dejó ver sobre la palma una piedra opaca, de tono borravino, rugosa y de bordes desparejos. Casi podría confundirse con un guijarro de las calles, si no fuese por el color.

—Esto pagará por lo que he pedido, y por más también. Es un rubí.

La mujer tomó el extraño objeto y lo sostuvo cerca de una vela.

—No brilla, a mí me parece una piedra pintada. ¿Con qué le ha dado ese tono? ¿Sangre tal vez?

—No está pintada, puede lavarla y cepillarla, verá que es su tono natural. Es necesario pulirla para darle la forma y el brillo de los rubíes que se acostumbran a ver montados en joyas, y yo no dispongo de las herramientas ni los conocimientos para hacerlo. Si hay un orfebre en Macau, muéstrasela y verá que no miento. Vale una fortuna.

Desconfiada, la gorda mujer llevó la piedra hasta la mesa, la mojó en una copa de agua, la secó y la frotó contra su falda, luego volvió a acercarla al candelabro.

—Veo ciertos destellos en su interior al moverla frente a la llama. Le concederé el beneficio de la duda y recibirá lo que pide esta noche, pero si mañana el orfebre dice que es una piedra común, no querrá continuar aquí cuando yo regrese —lo amenazó.

—Aquí estaré esperándola.

La sonrisa confiada en la cara de Nando le hizo pensar a la mujer que quizás haría un buen negocio. Guardó la piedra entre sus senos y lo hizo pasar a la segunda sala.

Las paredes también eran rojas, pero la amplitud del lugar permitía desplazarse con comodidad entre grandes sillones de estilo europeo y decenas de mullidos almohadones de seda decorados con bordados dorados como Nando nunca había visto.

—Aún es temprano y no han llegado más clientes, por lo que puede escoger: ¿nativa o portuguesa?

Después de tantos meses de soledad y órdenes que regían su vida de la mañana a la noche, la posibilidad de elegir lo tomó por sorpresa. Le daba lo mismo el rostro de la prostituta que lo recibiese, pero ante la insistente mirada de la dueña del burdel, decidió:

—Una muchacha oriental, pero no olvide que primero me gustaría darme un baño.

—¡Sin duda! —asintió con acritud la mujer—, en las condiciones en las que está no le permitiría acercarse ni al lecho de la última criada de esta casa. Tengo una reputación que cuidar, no puedo permitir que mis habitaciones huelan como un sucio establo. Pase por la tercera puerta y aguarde junto a la tina, pronto será atendido.

Nando obedeció y entró a una habitación tan rojiza como las anteriores, pero con un mobiliario muy diferente: ocupaba el centro una amplia cama y a un lado, en una mesa, descansaba un servicio de té; en un rincón había una tina metálica con una fina tela en el interior. Se acercó y descubrió detrás una banqueta con jabones y aceites perfumados de los que emanaban delicados aromas. *Tan distinto del lugar de donde acabo de salir*, pensó, y dejó que su mente viajara a través de la memoria. Los olores de la fortaleza todavía estaban impregnados en sus sentidos. La pólvora, la suciedad, el sudor de los prisioneros, los caldos nauseabundos que les servían como único alimento, pero sobre todo la esencia de la muerte. Vio a muchos de sus compañeros de celda morir allí dentro, especialmente los de más edad, cuyos cuerpos no soportaron el hambre y el encierro. Como Ko San, a quien debía su suerte. El anciano intuyó que no saldría con vida de la fortaleza y había pedido a Nando que le cumpliera un último deseo: le entregó un talego de cuero repleto de pequeñas piedras rojizas explicándole que eran rubíes de Birmania, su tierra natal. En aquellas montañas, debido a su abundancia, no valían tanto como en Macau, por eso el anciano había viajado hasta la colonia portuguesa para venderlos. Antes de

alcanzar su objetivo había matado a un hombre en una pelea en una taberna y terminó encarcelado con una condena por muchos años. Presintiendo el triste final que le esperaba, entregó a Nando las piedras, que llevaba escondidas en los tacones huecos de sus botas, diciéndole que podía quedarse con parte de lo que obtuviese como ganancia, a cambio de venderlas y llevar el oro hasta su hijo, en el valle de Mogok. La desolación en los ojos de Ko San por no haber podido ayudar a su familia conmovió a Nando, quien aceptó el encargo de su compañero y desde ese día usó las botas del viejo.

Su mente estaba todavía en el pasado cuando la puerta se abrió y apareció una muchacha vestida con una túnica de seda no muy larga, los ojos rasgados remarcados con lápiz negro alrededor y unos labios extremadamente rojos. La joven avanzó dando pasos cortos con unos pies muy pequeños dentro de unas sandalias de madera, seguida por una criada con dos humeantes baldes, y se inclinó con las manos juntas sobre el pecho antes de decir en español con inconfundible acento extranjero:

—Lo serviré esta tarde, espero que todo sea de su agrado.

—¿Cómo te llamas?

—Maylín.

—Lo primero que quiero es un baño, Maylín.

Tras inclinarse hacia él otra vez, la cortesana habló a la criada en una lengua extraña, y la muchacha se apresuró a volcar los baldes en la tina y salir de la habitación. Después se acercó hacia donde estaban los aceites y eligió varios, que mezcló en el agua.

—Lo invito a entrar antes de que se enfríe —sugirió a Nando.

Él asintió y se agachó para quitarse las botas, que acomodó con prolijidad junto a la cama; desató el cordel de la cintura y los maltrechos pantalones cayeron al suelo sobre sus pies desnudos, se quitó la camisa por arriba de la cabeza y el olor de las axilas lo obligó a fruncir la nariz. No llevaba nada más, ésas eran todas las prendas que sobrevivieron a la estadía en prisión. Caminó hasta la tina y se sentó en el interior con las piernas encogidas. La cálida sensación del líquido alrededor del cuerpo le hizo soltar un suspiro y cerrar los ojos. Juntó agua en las manos unidas y la echó sobre su rostro, repitiendo el acto una y otra vez. Pronto la exótica muchacha le restregó un paño mojado por los hombros, la espalda y el pecho, y continuó con las extremidades.

Nando volvió a suspirar. Durante años se había bañado con irregular frecuencia en su tierra natal, apenas en ocasiones especiales y días de fiesta. Aun cuando dispusiera de las condiciones para hacerlo en su acomodado hogar, eso era lo que le habían inculcado desde la infancia. Pero la imposibilidad de hacerlo a gusto a lo largo de los interminables meses de prisión y la acumulación de suciedad le habían generado una gran añoranza por sentirse limpio. Disfrutó de las caricias del agua perfumada y se prometió a sí mismo que a partir de ese momento se regalaría un baño cada vez que fuese posible.

Después de lavarle el cabello, la muchacha lo ayudó a ponerse de pie, lo secó con esmero y lo guió hasta el lecho. Nando la dejó hacer, embelesado por la suavidad de esas manos que lo recorrían por entero. Su cuerpo respondió a las caricias de inmediato, y al poco rato encontró el alivio en esa extranjera que se movía sobre él con subyugantes conocimientos.

Antes de que oscureciera volvió a tomarla dos veces más, luego pidió a Maylín que le trajeran comida a la habitación y, aunque exhausto y desnudo, tuvo el cuidado de volver a

ponerse las botas para evitar que lo robaran. Finalmente, tras la cena, se quedó dormido.

En cuanto abrió un ojo la tenue luz que entraba por una ventana le indicó que ya era de día. Buscó con la mirada, pero la muchacha no estaba a su lado. Lamentó la ausencia, pues le hubiera gustado volver a disfrutar de aquel cuerpo una vez más. Se sentía lleno de energía. Estaba desperezándose cuando la puerta de la habitación se abrió sin previo aviso y entró la gruesa matrona propietaria del lugar.

Se incorporó en el lecho y estaba comenzando a ponerse de pie cuando recordó su desnudez. Con rapidez volvió a sentarse y se cubrió con la sábana, lo que provocó una risotada de la mujer.

—Querido, he visto más hombres desnudos que los números que alcanzo a contar. No es necesario que se esconda frente a mí. —Nando enrojeció y se quedó en donde estaba—. Y que me ría por su pudor se debe a mi alegría: ¡porque la piedra es de buena calidad! —dijo volviendo a soltar una carcajada—. El orfebre la valuó en veinte ducados. Puede quedarse a retozar toda la semana con Maylín en ese lecho, si lo desea.

—No tenía dudas de que era un rubí verdadero —asintió Nando con una sonrisa—. Y aceptaré su oferta. Regresaré a pasar la noche con la muchacha, ahora debo salir a atender unos asuntos. ¿Podría conseguirme ropa limpia y en buen estado?

—Sin duda su piedra cubre eso, con un par de los ducados que obtuve haré que lo vistan para pasar por un auténtico caballero, muchacho —exclamó.

—Y una cosa más: necesito la dirección de ese orfebre.

La mujer lo observó unos segundos y preguntó:

—¿Cuánto vale ese dato?

—Su codicia podría hacerle perder un excelente negocio, señora. Si espera que regrese a su *maison* con más piedras en el futuro, le aconsejo que me indique lo que le pido. ¡Y deprisa! —exclamó con algo de su antiguo aplomo.

—Enviaré a un criado con las ropas; él le mostrará el camino —decidió con prontitud la dueña de casa, y salió de allí tras sacudir su voluminoso cuerpo en una torpe reverencia.

El talego de cuero en el bolsillo de Nando pesaba mucho más al partir que cuando llegara al taller. El orfebre había insistido en comprarle todas las piedras en cuanto las revisó, y luego de negociar un rato sobre el precio, finalmente llegaron a un acuerdo por una gran cantidad de monedas. Nando salió satisfecho con la operación. En la calle miró a ambos lados, pero el silencioso muchacho nativo que lo había guiado hasta allí no estaba a la vista. Calculó que no le sería difícil encontrar el camino de regreso y marchó por donde había venido. Pero la irregularidad de las callejuelas de Macau no le facilitó la tarea de orientarse. Pronto se dio cuenta de que no reconocía la ruta, y tampoco encontró a nadie con rasgos europeos para pedir indicaciones. En medio de un follaje cada vez más denso, y con viviendas muy distantes entre sí, agradeció escuchar voces en español que se acercaban. Pero cuando los sonidos se unieron a quienes los pronunciaban, su alivio desapareció.

—¡Vaya, amigos! Miren lo que tenemos aquí. ¡Un caballero! —dijo quien parecía ser el líder de una banda de cuatro andrajosos muchachotes.

—¡Y desarmado! —exclamó otro batiendo palmas—. No le veo espada ni pistolas. Será una presa fácil.

Nando maldijo para sí imaginando el aspecto que debía ofrecer. Las ropas que le habían

conseguido eran demasiado llamativas para andar por las calles, más apropiadas para un salón. Además, el equipo estaba incompleto: la capa de terciopelo roja con ribetes de piel y el sombrero emplumado de ala ancha, que le quedaba grande y cubría parte de sus ojos, no condecían con sus gastadas botas ni con la falta de armamento. Un caballero no saldría a la calle en las colonias sin su estoque colgando de la cintura.

—¿Qué suerte encontrar españoles en estas tierras! —expresó, mostrando una seguridad que no sentía y evaluando con cuál de ellos le convenía ir a las manos primero.

—La suerte es nuestra, pero no así de vuesa merced: vacíe sus bolsos. ¡Ahora! —ordenó el más bajo del grupo.

—¿Qué es esto? ¿Van a robar a un coterráneo? ¡No he surcado los mares para que mis propios hermanos españoles me asalten en este fin de mundo!

—No hacemos distinción en cuanto al origen de lo que obtenemos en las calles. Las monedas de un español nos sirven tan bien como las de un portugués o un chino —explicó riendo el líder. Entregue lo que tenga ahora o...

—¿O qué? —preguntó amenazante. No estaba dispuesto a ceder su fortuna sin pelear.

—O recibirá una lluvia de palos. Somos cuatro a uno, no tiene chance alguna de escapar ileso.

—Bien, peleemos, pero ¿ya han decidido cuál de los cuatro recibirá mis golpes primero? ¡Mis puños hablan por mí!

—¿Nandooo? ¡Santo Dios! ¡Estás vivo, amigo! No te había reconocido con esas ropas. ¡El sombrero es tan grande que oculta tu rostro! Pero la frase «mis puños hablan por mí» es tuya, ¡inconfundible! —exclamó uno de los malvivientes que había estado callado hasta entonces.

Sauro Taboada terminó de hablar y abrazó a su amigo con tanta fuerza que casi lo hace caer, pero ni siquiera así Castro dejó de controlar con la mirada a los bandidos. Con una sonrisa hacia su fiel servidor le preguntó:

—¿Qué haces con un grupo de salteadores de caminos?

—No tenía dónde ir al salir de la cárcel hace unos meses. No había buques hacia Manila por zarpar, así que tuve que hacer algo para sobrevivir —explicó con un encogimiento de hombros.

Nando palmeó su espalda, contento por el reencuentro.

—Basta de palabrería, vacíe los bolsos, caballero. ¡Ya! —insistió el líder de los delincuentes.

—Tu situación ha cambiado, muchacho. La batalla será tres contra dos, y nosotros somos mucho más altos, por si no lo han visto —replicó Nando.

—Amigos —interrumpió Sauro antes de que continuaran discutiendo—, esto no tiene sentido. Mi colega ha estado en prisión conmigo, si tiene esas ropas es porque probablemente las ha pillado él mismo. No vamos a robarnos entre bandidos —intentó convencerlos.

—Entonces que comparta su botín con nosotros —sugirió uno de ellos.

Sauro miró a Nando inquisitivo y su amigo buscó salvar la situación, por lo que respondió:

—El dueño de esta capa sólo tenía dos monedas de oro: pueden quedarse con una —dijo y sacó un ducado del talego escondido en su bolsillo, con cuidado para que el resto no hiciese ruido.

—¡Queremos las dos! —insistió el malviviente.

—Una y el sombrero; o ninguna y nuestros puños. Pueden elegir —los amedrentó con los brazos en jarra y las manos en la cintura.

Tras cruzar algunas miradas, el líder asintió y para conservar parte de su dignidad aclaró:

—Acepto sólo porque es amigo del buen Sauro. Y ahora venga, las cosas.

Después de la entrega los rateros se marcharon por donde habían venido, y Nando y su amigo se estrecharon en otro abrazo.

—¿Cuándo saliste de la fortaleza?

—Apenas ayer.

—Y ya estás vestido como un caballero —rió con admiración—. Tienes que contarme todo.

—Lo haré mientras caminamos, quiero llegar a un lugar seguro antes de que oscurezca. ¿Sabes dónde queda el burdel de la portuguesa Elena?

—He pasado mucho tiempo en las calles —asintió Sauro—, conozco el camino, aunque nunca lo he visitado.

—Pues prepárate amigo, porque hoy pasarás la noche allí —le dijo con un guiño.

—No entiendo...

—Ya te explicaré los detalles. En principio ocúpate de divertirme un rato y descansar bien. Nos espera un largo viaje por delante.

—¿Regresaremos a Manila?

—Aún no —negó mientras sacudía su cabeza—. Primero iremos hacia el oeste, a las montañas de Birmania, a la cuna de las fortunas.

—¿Qué quieres decir?

—Iré a buscar rubíes directamente a las minas.

—¿Acaso has enloquecido? Ningún blanco sabe en dónde están. Es uno de los secretos mejor guardados de los nativos birmanos. Ni siquiera los portugueses lo saben, ellos les compran rubíes a los chinos, que son quienes los comercian.

—Los secretos valen mucho, querido amigo. Y yo tengo uno esperándome en los valles de Burma. Hacia allí iremos. Pero eso será mañana: esta noche tendremos un mullido lecho y buena compañía —concluyó sonriendo, mientras pensaba en Maylín.

5

Abril de 1595.

*El Callao, puerto de la Ciudad de los Reyes,
colonias españolas en las Indias Occidentales.*

—¡Buen viaje nos dé Dios!

Las trescientas setenta y ocho voces de los viajeros se levantaron al unísono en la plegaria habitual de partida. El vicario Juan de la Espinosa bendijo cada una de las cuatro embarcaciones que formaban la flota de la expedición: los galeones *San Jerónimo* y *Santa Isabel*, la galeota *San Felipe* y la fragata *Santa Catalina*, y entonces sí se repitió en todas el grito tan esperado:

—¡Levar áncoras!

El viento marino golpeó la piel de Ysabel y le arrancó del corazón las humillaciones sufridas durante los últimos años en manos de Mendaña. Ya nada de aquello importaba. Se había ganado su lugar en esa expedición y finalmente ella también estaba allí, embarcándose hacia la aventura.

La envolvía un halo de serenidad que no tenía en su anterior visita a Lima. Mucho tiempo había pasado desde sus días en la corte virreinal. Ysabel ya había cumplido los veintisiete años y su porte revelaba la distinción adquirida con el tiempo. Se sabía dueña de ese barco, era una integrante importante de la expedición. Estaba de pie en el alcázar del *San Jerónimo*, junto a la borda, con la capucha de la capa sobre la cabeza, absorbiendo la inmensidad del océano que se abría ante ella, cuando escuchó una agria voz a sus espaldas.

—En este barco las mujeres no pueden salir a cubierta. Deberá quedarse debajo de la misma, en el sitio que se le haya asignado, señora.

—¿Cómo osa decirme dónde puedo estar? —Se giró y exclamó indignada, con voz envolvente y autoritaria. Su tono acariciaba y ordenaba a la vez, pero ese hombre lo ignoró.

—Porque aquí mando yo, soy el piloto mayor de la expedición y capitán de esta nave, don Pedro Fernández de Quirós.

—Y yo soy la esposa del Adelantado —le respondió con altivez.

Sin amedrentarse, Quirós hizo una inclinación ante ella y continuó:

—Aun así, no quiero mujeres circulando por *meu* barco —dijo el marino de origen

portugués, haciendo hincapié en la posesión en su propio idioma.

—Le aclaro que este barco es mío y haré aquí lo que me plazca.

El piloto no pudo evitar el asombro ante la réplica. Estaba acostumbrado a ser obedecido sin chistar; cualquier respuesta requería osadía y valentía ante su musculoso cuerpo y pocos se animaban a enfrentarlo, pero en ese momento lo desafiaba nada menos que una mujer.

—Señora, fui contratado para guiar esta incursión hasta las islas Salomón.

—Entonces hágalo, y no me moleste con impertinencias —dijo volviéndose hacia el mar.

Entre ellos irrumpió Lorenzo Barreto y con la mano en la empuñadura del estoque inquirió:

—¿Este hombre te está molestando, hermana mía?

—No te preocupes, Lorenzo, yo misma puedo poner orden en mi propio barco. El piloto ya no me incomodará más —explicó altanera y alzando la voz, a la vez que ignoraba la presencia del capitán, como si no estuviese allí. Aunque la reconfortaba sentir que contaba con el apoyo incondicional de sus hermanos, le gustaba la sensación de poder valerse por sí misma. El respeto que lograba por ser la esposa del Adelantado era apenas una muestra de lo que vendría cuando llegasen a su destino, cuando una de las islas Salomón llevase su nombre, cuando fuese la marquesa de los mares que conquistarían.

El marino de rostro curtido por el sol y el viento cavilaba sobre cómo continuar la conversación con esa extraña y pretenciosa dama, pero una fuerte discusión en la cubierta inferior del galeón lo obligó a dirigirse hacia allí.

Los gritos provenían del contraмаestre del barco y de un hombre elegantemente vestido, con capa y sombrero, y una imponente espada colgada de su cinto. Quirós llegó hasta ellos a tiempo para escuchar al ofuscado caballero gritándole al contraмаestre de la nave.

—¡No toleraré esta clase de maltrato! ¡Soy el maese de campo de la expedición y exijo respeto!

—Apenas tropecé... —Intentó explicar un joven marinero.

—Coronel Manrique, por favor, tranquilícese —intervino Quirós.

—Es que el contraмаestre me ha empujado, piloto, y ahora se niega a disculparse. Si no lo hace lo obligaré a ello —dijo amenazante, apoyando la mano en el puño de la espada.

—Si lo ha ofendido, sin duda se retractará —buscó apaciguarlo el portugués, ante la prepotencia del recién llegado.

El coronel Pedro de Merino y Manrique era el jefe militar de la expedición, con el título de maese de campo. Sólo el Adelantado poseía una autoridad superior a la suya, pero mientras navegasen, el cargo de capitán de Quirós igualaba su poder. Para evitar que una pelea marcara la partida, el piloto ordenó:

—Contraмаestre, acabamos de zarpar, tenemos muchos días por delante, exijo paz a bordo de mi nave: pronuncie las disculpas necesarias.

—Sí, capitán —asintió el joven marinero, y se excusó.

Enseguida Quirós despidió al muchacho y encaró a Manrique:

—Espero que situaciones como ésta no se repitan, coronel. Al Adelantado no le gustará saber que vuesa merced trata a mi gente como si fuesen enemigos. Todos vamos juntos tras un mismo objetivo en esta expedición.

—Nadie puede decirme lo que debo hacer —respondió engreído—. ¿No sabe que soy el maese de campo? Si navegamos y le ordeno embestir este barco contra unas peñas porque eso

facilita la tarea de combate, ¡vuesa merced ha de obedecer!

—Si ese día llegase, haré aquello que me pareciere más atinado. Yo no reconozco en esta armada de nuestro rey otro líder sino el Adelantado Mendaña, quien me ha entregado esta nave y el puesto de capitán.

El maese de campo Manrique era un hombre corpulento, pero la dureza de su mirada no amedrentó a Quirós. El portugués apretó los puños dispuesto a trabarse cuerpo a cuerpo. Antes de que la pelea avanzara, resonaron unos tacones sobre la madera de la cubierta y el mismo Mendaña se acercó para poner fin al enfrentamiento.

—Es suficiente, caballeros. Quirós, acompáñeme, tenemos que ver las cartas de marear —ordenó, y se llevó al piloto hacia el interior del barco. Al llegar a su camarote se sentó frente a una mesa y le invitó a hacer lo mismo con un gesto.

Mientras se alejaban, Ysabel, que había observado el altercado en silencio, reflexionó sobre la batalla de egos masculinos todavía presente en el aire y concluyó que sería más sencilla la convivencia en una flota formada apenas por mujeres. *En ese caso*, reconoció para sí con una sonrisa, *las discusiones serían de otro tipo: menos obvias y más astutas.*

—Don Álvaro, el coronel Manrique va a dar problemas en esta expedición. Apenas hemos zarpado y ya puedo anticiparlo —se lamentó Quirós ante el Adelantado.

—Temo que esa predicción sea acertada. No me gusta Manrique, pero fue una elección del virrey. Él está a cargo de las tropas reales y nada puedo hacer más que mantenerlo bajo control —dijo resoplando con fuerza—. Le pido que me ayude en esa tarea evitando pugnas como la de recién. Y ahora vamos a lo que nos interesa: deberá realizar una carta del Mar del Sur desde Perú hasta las islas Salomón. Acabamos de partir de El Callao con rumbo a Payta, que está al norte, para recoger las doscientas armas que el virrey ha puesto a nuestra disposición. Las islas que buscamos están por aquí —mientras hablaba anotaba sobre una hoja desplegada, marcando pequeñas cruces—. No le daré la localización exacta hasta que estemos más cerca. Vuesa merced debe llevarnos en esa dirección, navegando durante cuatro meses hacia el oeste.

—¿Eso es todo lo que me dirá?

—Es todo lo que necesita saber por ahora, capitán.

—¿Acaso no confía en mí lo suficiente para darme nuestro destino exacto?

—No confío ni en mi sombra, Quirós. El secreto de esa ubicación es lo que me ha garantizado el privilegio de volver a dirigir una expedición. Si pongo mis conocimientos sobre esas islas en un papel, nada me asegura que llegaré a pisarlas otra vez. Avíseme cuando la carta esté terminada.

Lo despidió con un gesto de la mano y el portugués salió sin saludarlo.

Habían navegado más de una semana, bordeando la costa hacia el puerto de Payta, al norte del virreinato del Perú, cuando Ysabel levantó la cabeza de la almohada y creyó estar un poco mejor. Sintió que el terrible malestar que la había mantenido en su litera desde la partida disminuía y por primera vez dejó de pensar en cuánto se arrepentía por estar allí y no en tierra firme. Había iniciado el viaje cargada de energía, feliz por cumplir su sueño de embarcarse hacia la conquista, pero su alegría había durado menos de un día. Las sacudidas del barco sobre las olas habían convertido su cuerpo en una piltrafa en pocas horas. Su estómago no conseguía retener ni agua y su cabeza daba vueltas en un carrusel sin fin. Las escasas veces en las que intentó levantarse del

lecho porque creía estar mejor, apenas alcanzó a correr hasta el orinal y doblarse en dos por las agrias náuseas que la sacudían.

Felizmente esos desagradables incidentes habían quedado atrás y llevaba más de un día sin vómitos. Se despezó, se sentó en el lecho, y al pensar en comida descubrió que no se descomponía: tenía algo de hambre. Hizo sonar la campanilla que estaba sobre un baúl y entró al camarote la india Pancha. La diminuta figura se movía con comodidad en el reducido espacio que quedaba libre entre pilas de baúles, una mesa de lavado, un escritorio mediano y dos estrechas camas. Ysabel estaba sentada en una, todavía en camisón, envidiando la resistencia física de su hermana a los mareos. El rincón de Marina prolijamente tendido indicaba que hacía horas se había levantado.

—Busca agua fresca, y dile a Belita que venga a vestirme —ordenó a la india, refiriéndose a su doncella—. Y quiero que me traigas algo liviano para comer, creo que podré tolerar unas galletas y queso. Luego anúnciale a doña Elvira que la recibiré aquí; recuérdale que no olvide papel, pluma y tinta.

Pancha asintió en silencio y salió a cumplir los encargos.

Después de asearse, vestirse y comer unos bocados, Ysabel se sintió mejor, aunque todavía débil. El espejo de mano le devolvía una imagen de pálidas mejillas y marcadas ojeras, pero se animó a dar unos cuantos pasos por el camarote. Al llegar Elvira de Elcano, le anunció:

—Buenos días, doña Elvira. Acomódese con sus petates de escritura, que estoy lista para dictarle.

La joven a quien Mendaña había contratado en Lima como dama de compañía y escriba para ella obedeció con prontitud.

—Quiero que relate en el papel mi alegría por sentirme mejor. No pasaré en el lecho la mitad de la travesía, como cuando partí de la España. Esta vez no sólo disfrutaré del viaje, sino que podré ocuparme de algunos asuntos relativos a los pasajeros. Hay familias con niños, y don Álvaro me ha indicado que puedo organizar actividades grupales a mi gusto.

—Bien, estoy tomando breves notas, luego lo ampliaré en soledad, para no incomodarla.

—Se me ocurre que quizás hasta podamos planear juegos, dicen que es favorable exponerse al aire de mar y... ¡Ya sé! Vayamos a la cubierta ahora mismo. Quiero empezar a conocer a los otros colonos, a las damas que me venerarán cuando lleguemos a las Salomón, como yo antes veneraba a la virreina.

—¿Quiere salir al exterior ahora?

—Sí, vamos. Deje el tablero portátil aquí, luego lo recogerá.

—Como desee, doña Ysabel. Pero si vamos a subir, primero debo colocarme de modo correcto mi manto. ¿Puedo pedir a su doncella que sujete el espejo frente a mí?

Tras el consentimiento de Ysabel, Belita hizo lo que se le indicaba. Con destreza, en pocos minutos la joven limeña utilizó la tela que descansaba sobre sus hombros para envolverse por completo: desde la cabeza hasta la cintura, dejando al descubierto solo un ojo. Nada de la piel quedó expuesta, ni tampoco el sedoso cabello castaño.

A Ysabel no le importó que el atuendo de la joven violara las Leyes de Indias. Ya no estaban en tierra, ése era su barco y ella decidió hacer la vista gorda a ciertas normas. Porque un dictamen virreinal vetaba el uso de ese atuendo con origen moro en las calles, pero la tradición estaba tan arraigada entre las mujeres limeñas que muchas desafiaban la orden cubriéndose en

cada salida. Y ésa había sido la condición de doña Elvira para aceptar participar de la arriesgada aventura hacia los Mares del Sur: poder vestir el manto siempre que tuviese que aparecer en donde había hombres. Ysabel accedió porque la necesitaba, existían pocas damas de compañía con conocimientos de escritura. Además Elvira era viuda, estaba en condiciones de viajar sin tener que pedir autorización a nadie. Como su reducida herencia se estaba acabando, la joven aceptó embarcarse, con la promesa de una boda provechosa en el futuro, en las nuevas tierras.

Así, con la limeña oculta debajo de un manto verde oscuro siguiéndola de cerca, Ysabel se asomó a la cubierta del *San Jerónimo* por primera vez en muchos días. Vio a su hermana recostada contra la borda y se dirigió hacia ella. A pesar de su paso tambaleante, con la ayuda de Elvira logró llegar sin caerse. Sujetándose con ambas manos del borde de madera pulida, inspiró con fuerza y sintió que el viento en el rostro la fortalecía.

—Me alegra verte recuperada —la recibió Marina con una sonrisa.

—Ya no soportaba el aire fétido de ese aposento. Aquí se respira mejor.

—Sin duda —reconoció, y agregó hacia la dama tapada—: ¿Por qué no se quita el velo, doña Elvira? Así podrá sentir la fresca brisa marina en la piel.

—No será necesario, doña Marina. Estoy bien así —respondió desde atrás de la tela.

—¿Pero no se siente incómoda teniendo que ocultar su rostro?

—No, es una tradición familiar. Todas las mujeres de mi familia han usado siempre manto y saya para cubrirse en público, y eso es lo que me han inculcado. Por respeto a mi difunta madre, yo también lo uso. No me molesta, ya es parte de mí.

Marina no insistió, aunque no entendía esa costumbre. A ella le encantaba sentir el viento golpeándole el rostro mientras el barco avanzaba sobre las olas. Desde que partieran elegía pasar muchas horas allí en cubierta, disfrutando de esa sensación. El tono rosado de sus mejillas y la sonrisa que no la abandonaba revelaban su alegría interior.

—Me alegra verte tan bien, querida —le dijo Ysabel apretando una mano sobre el brazo de su hermana—. Temía que te deprimieras en la travesía. Espero que tu buen espíritu se conserve cuando estemos en alta mar.

—Sin duda así será, Ysabel. Escuché que esta noche llegaremos a Payta y fondearemos frente a la costa, pero aún no saben cuánto tiempo estaremos allí.

—¿Cómo estás al tanto tú de esas cosas?

—Escuché por casualidad la conversación de unos marineros —respondió enrojecida.

—No debes hablar con ellos, Marina. Los dichos de estos hombres no son apropiados para una joven; mantente alejada de la tripulación.

—Por supuesto —concedió ansiosa por cambiar de tema—. ¿Te unirás a nosotros para la cena ahora que ha pasado tu malestar?

—Sin duda, ansío disfrutar de una noche de buena conversación. ¿Con quién has comido estos días, querida?

—He compartido la mesa de don Álvaro. También la frecuentan los sacerdotes, nuestros hermanos, los capitanes de las otras embarcaciones, unos oficiales con sus esposas, y doña Elvira, por supuesto. Tu dama me ha escoltado entre los caballeros.

—Me complace saber que ha cumplido con su rol como buena compañía.

La cabeza cubierta se inclinó, en señal de reconocimiento por el elogio.

Era la última hora de la tarde y un viraje del barco hizo que el viento llevara hasta ellas un

fuerte olor a comida, proveniente de un caldero que se cocinaba en un fogón ubicado dentro de una caja de arena en la proa.

Ysabel frunció la nariz y la arcada que sintió le hizo anunciar:

—Creo que mi estómago no está listo para enfrentar una cena completa aún. Esperaré mejor hasta mañana, ahora regresaré a recostarme.

—Que descanses, hermana —le deseó Marina, pero no se ofreció a acompañarla. Su vista estaba fija en el océano, en el segundo barco de la expedición, que se acercaba a ellos a medida que se aproximaban al destino.

El *San Jerónimo* arriaba las velas y reducía la velocidad cada noche durante una hora para permitir que los capitanes de las otras naves acudieran en botes de remo a reunirse con Mendaña y a veces comían en la mesa del Adelantado antes de marcharse. Marina sabía que esa noche sería diferente porque fondearían frente al puerto y los visitantes se quedarían más rato. Aguardaba ansiosa por ese momento.

Desde que conociera a don Lope de Vega, capitán del *Santa Isabel* y almirante de la expedición, Marina sólo podía pensar en él. La imponente figura estaba fija en su mente. Aunque se presentaba como caballero, vestía siempre con escotadas camisas sueltas, sin puños de encaje y sin gorguera. Y una larga melena oscura enrulada y los vellos de igual tono que asomaban en su pecho entre varios collares de plata lo asemejaban más a un pirata que al tercero al mando de esa poderosa flota española, detrás de Mendaña y de Quirós. A Marina le fascinaba esa mezcla. Un caballero con aspecto de delincuente. Porque la mirada y los gestos de la boca que don Lope le dedicaba eran más propios para una fiesta en un burdel de alguna calurosa isla de mares lejanos que para la mesa del Adelantado del rey.

Esa noche no fue la excepción. Vega se dedicó a saborear a la joven con los ojos mientras comían un especiado guiso de cerdo servido por Myn, el esclavo personal de Mendaña. Cuando llevó la copa de jerez a la boca no apartó la vista de ella, como si estuviese bebiendo de esos labios. La incomodidad hizo que Marina se acalorase. Más miradas de él expandieron esa extraña ola cálida que hormigueaba por todo su cuerpo.

Sólo habían cruzado algunas palabras de cortesía delante de todos en las noches previas. Inexperta en las artes de la seducción, Marina supuso que esa relación se mantendría así, cargada de intenciones pero distante durante el resto del viaje. Después de terminar las frutas almibaradas que sirvieron, enjuagó y secó los dedos en una servilleta y se excusó para marcharse. Doña Elvira todavía estaba disfrutando del postre y no se ofreció a acompañarla.

El amplio camarote de Mendaña y su comedor ocupaban toda la primera cubierta inferior de la popa. El alojamiento que ella compartía con doña Ysabel estaba en el castillo de proa. Para alcanzarlo Marina debió salir a la cubierta principal y recorrerla en la oscuridad. Risas y gritos de júbilo poblaban la noche. Pasó junto a varios grupos de hombres jugando a los naipes, quienes a pesar del abundante vino que estaban tomando no profirieron ningún tipo de insulto ni desmán. Sabían reconocer a una dama, y aquélla en particular era familiar del Adelantado. Nadie osaría ser irrespetuoso con ella.

Le faltaba poco para alcanzar su destino cuando una figura salida de las sombras la acorraló contra la borda, impidiéndole avanzar.

—Ansiaba encontrarla a solas desde el primer momento en que la vi, doña Marina.

Sorprendida, no supo qué contestar. Se quedó muy quieta en donde estaba, apretando las

manos unidas para tranquilizarse.

—No me tema, podemos conversar, ya hemos sido presentados con formalidad.

—No le temo, don Vega.

—Entonces dígame sólo Lope.

—¿Qué más desea que le diga? —Lanzó nerviosa, con una osadía inusual en ella.

—Que siente tantas ganas como yo de que estemos a solas; que anhela saber cómo sería la explosión del encuentro de nuestros cuerpos.

Sobresaltada por esas palabras, Marina dio un respingo que no pasó desapercibido para él. Enseguida sus dedos le cubrieron el dorso de la mano y el pulgar que la recorrió le provocó escalofríos a pesar del cálido aire nocturno que los rodeaba. Estaba aterrada por lo que oía, pero a su vez quería decirle que tenía razón. Disfrutaba de las infinitas y novedosas sensaciones que le causaba la proximidad de ese extraño. No las reconocía, ni siquiera podía darles nombre. Pero estaba descubriendo un mundo nuevo a través de él, y quería explorar más.

Cuando los dedos ásperos alcanzaron la suave piel de la muñeca, sintió el vaivén del barco acentuarse. Creyó que las piernas no la sostendrían mucho tiempo sin doblarse. Dejó escapar una suave exhalación, que él interpretó como símbolo de placer y lo animó a llevar los dedos hasta la delicada mejilla, semioculta por la capucha de la capa. La acarició y luego tomó la barbilla en la palma curvada.

Marina escuchó sus palpitaciones aceleradas. Los latidos golpeaban en sus oídos. La yema del índice recorriéndole la boca de lado a lado la hizo inspirar con fuerza. Sintió los labios tirantes, resecos por la brisa marina y, sin pensarlo, asomó la punta de la lengua para mojarlos. Fue como si Vega hubiese estado esperando esa señal. De inmediato avanzó el paso que los separaba y atrapó esa boca con la suya, adueñándose de ella.

La fuerza de la unión desató una tormenta en el interior de Marina. Sentía la sangre correr más deprisa, llevando calor a cada rincón del cuerpo y regalándole el conocimiento de partes que ignoraba. Las manos de él en su cuello y detrás de los hombros la sujetaron mientras profundizaba el beso, invadiéndole la boca. La respiración acelerada y el sorprendente latido en la entrepierna le mostraron una conexión inesperada dentro de su ser.

Satisfecho por la respuesta de la joven, Vega abandonó la boca para descender con los labios por el delicado cuello. Al llegar a la gorguera de encaje la arrancó y continuó avanzando. Marina gemía, obnubilada por las sorprendentes sensaciones que la invadían, y en ningún momento se le ocurrió detenerlo.

Con indudable experiencia, el capitán aflojó los botones de perlas del jubón femenino y lo corrió hasta alcanzar los pechos con ambas manos. Sólo la fina tela de una camisa separaba la delicada piel virginal de esos fuertes dedos curtidos por las exigencias de años de navegación. Cuando Vega acarició los suaves montículos y luego apretó los erguidos pezones, Marina se sintió desnuda en sus manos. Asustada, dio un paso atrás e intentó cubrirse el escote.

—No —dijo casi sin aliento.

—¿Por qué no? Te estaba gustando tanto como a mí, no tengo dudas por tus reacciones. Sigamos avanzando y haré que esas estrellas lejanas —dijo apuntado hacia el cielo— bajen hasta nosotros y nos rodeen en la explosión cuando nuestros cuerpos se unan.

—Eso no ocurrirá, no soy una cualquiera —dijo con labios temblorosos, hinchados por los besos recientes—, soy una dama.

—Nunca puse eso en duda, pero algunas damas también se atreven a disfrutar de las delicias que ofrece el cuerpo. Y por tus gemidos, por la reacción de tu boca al encontrarse con la mía, y por tus pechos endurecidos, sin duda eres una de ellas —dijo con una sensual sonrisa. Volvió a acercarse un paso, tomó una mano de Marina con la suya y en un rápido movimiento la llevó hasta su propia entrepierna—. Tócame, siente cómo me has dejado con nuestros besos. No puedo irme a dormir así. Mi cuerpo anhela por el tuyo.

La dureza y el calor que sentía bajo su palma la sorprendían y provocaban su curiosidad. Quería descubrir qué se ocultaba en esos pantalones, pero sabía que si él se quitaba la ropa, ya no conseguiría escapar de allí.

—Soy virgen —intentó justificarse.

—Eso no es problema, puedo ayudarte a abandonar esa situación ahora mismo —dijo seguro y empujó la pelvis contra la palma de ella.

—Pero yo no quiero abandonarla —respondió sacudiéndose para liberarse.

—Yo creo que sí, hermosa dama. Mis besos te recordarán el ardor de hace un momento.

Volvió a besarla. El intenso encuentro de las bocas la dejó sin aire, mareada. Marina casi no podía respirar. Pero para sorpresa de él, todavía agitada, la joven se escapó de su abrazo, sujetó los bordes de la falda y corrió sin darle tiempo a reaccionar, perdiéndose en la oscuridad.

6

Enero de 1593.

*Valle de Mogok, Birmania,
en el imperio Toungoo.*

La ventana sin vidrio permitía que el viento golpeará la cara de Nando, asomado a las suaves penumbras. El amanecer apenas desenmascaraba las siluetas de las montañas en los alrededores. Un frío helado lo alcanzó mientras se desperezaba, por lo que envolvió la manta de piel sobre su pecho desnudo. Miró hacia el lecho y el oscuro cabello lacio que colgaba hasta el suelo en uno de los lados le recordó que tenía compañía. Sacudió la cabeza en silencio, invadido por la revelación de que hubiera preferido un momento de soledad. Las mujeres eran una presencia habitual en su vida. En los largos meses del viaje hasta los montes birmanos no había sentido la falta de cuerpos femeninos a su alcance. En cada pueblo por el que pasaba encontraba a más de una muchacha dispuesta a compartir su manta de dormir, y disfrutaba de todas ellas. Con rasgos orientales o con ojos redondeados, con piel algo más oscura que la suya o absolutamente blanca, siempre alguna joven se le entregaba, rendida ante sus encantos. Él sabía que en esas tierras era un hombre fuera de lo común. El gigante dorado lo llamaban, le tradujo su guía en una ocasión, cuando al salir de una densa selva dos aldeanas reían señalándolo. La mirada azulada y la melena del color de la arena que descansaba en sus hombros resultaban muy extrañas en esa tierra donde todos lucían cabellos y ojos renegridos.

En ese momento, en el corazón del imperio Toungoo, a pocos pasos de él, en un lecho realizado con troncos y cueros de caballos, dormía una de las mujeres más exóticas que había conocido. Sus exquisitos ojos almendrados parecían dibujarse hacia las sienes, mientras cada curva de su cuerpo tenía las formas redondeadas que a él tanto le gustaban. Y esa belleza asiática llevaba varias noches a su lado. Aeysuú era la nuera de Ko San, su compañero de celda en Macau. Cuando Nando llegó a Mogok, la aldea minera de donde era oriundo el anciano y donde debía buscar a su familia, encontró que el hijo de Ko San había muerto muchos meses antes. Apenas quedaban la viuda del muchacho y las dos pequeñas hijas de ambos. Nando consideró que debía entregarle la fortuna que llevaba porque correspondía a las nietas de su colega de encierro. La hospitalidad de Aeysuú ante esos dos extraños que llegaron para regalarle una gran

cantidad de oro fue inmediata: los invitó a quedarse en su casa. Las primeras noches Nando y Sauro durmieron en la sala principal, en unas mantas de piel junto al fuego en la chimenea. Hasta que pronto las hijas de Aeysuú pasaron a ocupar el lugar del gigante dorado, mientras él compartía el lecho de la madre.

El intercambio lo había sorprendido una noche sin aviso previo. Nando estaba tratando de dormirse a pesar de los ronquidos de Sauro a pocos pasos de distancia, cuando sintió que alguien corría la piel que lo cubría con delicadeza y la mano de la bella Aeysuú lo invitó a ponerse de pie. Vestido apenas con una camisa, tomó esa mano y se dejó guiar a la alcoba.

Sin una palabra en común con la cual entenderse, ambos permitieron que sus cuerpos hablaran un lenguaje mudo. Las manos de ella acariciaron el pecho y los anchos hombros de Nando tras sacarle con cuidado la camisa. Los labios de él jugaron en el cuello largo, corrieron la melena oscura y se detuvieron en la nuca, saboreando la delicada piel. Respiraciones agitadas y vellos erizados parlotearon un idioma universal, y las sonrisas de ojos y bocas sellaron el entendimiento. Envueltos en abrazos silenciosos, rodaron por el lecho, descubriendo los secretos uno del otro. Sólo gemidos interrumpieron la quietud de la noche en la unión final. Los de Aeysuú, como quejidos, eran casi una súplica buscando retenerlo mientras se abrazaba a la cintura de él con sus piernas. Los de Nando, más bien gruñidos, representaban el grito final del guerrero en la batalla, pero mientras exhalaba escapaba de ella para derramarse sobre sus muslos.

Noche tras noche la escena se había repetido. Los cuerpos encontraban alivio a su deseo encendido, pero Nando nunca dejaba su semilla en Aeysuú. Cuando ella intentaba atraerlo hacia sí, él se escabullía; sólo después de aliviarse fuera de ella regresaba y la abrazaba. No conocer su idioma le evitaba tener que dar explicaciones, y agradecía secretamente por ello, porque aunque hubiese podido dialogar con la muchacha, Nando no quería revelar los motivos para esa conducta.

Esa mañana, frente a la ventana, Nando no pensaba en su relación con Aeysuú, que llevaba varias semanas, sino en cómo reiniciar las tratativas con los mineros del lugar, ya que todos los intentos de aproximación para comprarles importantes cantidades de piedras habían fracasado. Apenas había conseguido dos o tres rubíes de dudosa calidad, incrustados en otras rocas, que le vendiera un excavador solitario. Los grandes recolectores se habían negado a negociar con él por extranjero, le había explicado el traductor, un hombre parco, que apenas hacía su trabajo con escuetos vocablos a cambio de las monedas de Nando.

Lo distrajo de las cavilaciones una figura caminando en círculos afuera de la cabaña. Era el excéntrico padre de Aeysuú, quien vivía al lado, en una construcción independiente. Nando nunca había entrado en ella, ni tampoco había intercambiado palabra alguna con él. Era un hombre de mediana edad con una barba que le llegaba a la barriga, cubierto con una amplia túnica y una gruesa capa de piel encima, que nada dijera ante la decisión de su hija de recibir a esos extraños en el hogar familiar. En realidad, siempre se había mantenido en silencio absoluto, reflexionó Nando, y se planteó si el padre de la joven sería mudo. Continuó observándolo y tuvo ganas de reír: el hombre seguía dando vueltas en círculos y al mismo tiempo levantaba un cazo al cielo, cada tanto se inclinaba, le echaba en el interior manojos de tierra que tomaba del suelo y volvía a elevarlo. En la última vez que se agachó, algo cayó de sus prendas pero el hombre no lo vio. Al rato dio por terminadas las vueltas y regresó al interior de la cabaña.

En ese mismo instante el sol asomó por encima de los montes que rodeaban el valle y los

rayos provocaron un reflejo que llegó a los ojos de Nando. Lo que fuese que se le cayera al padre de Aeysuú brillaba. Intrigado, salió a ver qué era. Todavía desnudo, cubierto apenas con la abrigada piel, caminó por la tierra hasta el objeto caído, que fue tomando forma al acercarse: una daga. La recogió y la giró entre sus dedos, sorprendido por las coloridas gemas que brillaban en la empuñadura. Sabía que estaban en la tierra donde se hallaban los mejores rubíes del mundo, pero el cuchillo tenía, además de una exquisita piedra roja, también una inconfundible esmeralda verde, un zafiro azul profundo y un diamante amarillo, los cuatro ubicados en cruz. El aspecto del hombre no permitía suponer que pudiese ser el dueño de un arma tan valiosa.

Todavía la estaba observando con interés cuando la puerta de la cabaña se abrió y el hombre corrió al exterior mirando el suelo. Sin duda buscaba la cuchilla perdida. Al divisarla en las manos de Nando se dirigió hacia él con paso firme y anunció en perfecto español:

—Eso me pertenece. Le ruego que me lo devuelva, por favor.

—Por supuesto —dijo, y le extendió la daga, sorprendido por escuchar su idioma en boca de ese extraño ermitaño y por el refinado lenguaje que usara—. ¿Puedo preguntar por qué no me dijo antes que habla español? Llevo semanas aquí.

—Puede preguntar lo que desee, pero no siempre obtendrá respuestas.

—Entonces comencemos por algo más simple: ¿cómo se llama?

—Basilius.

—No es un nombre español.

—Nunca dije que lo fuera. Soy un hombre sin origen ni destino. Mi cuna estuvo en Europa, pero mi hogar es el mundo.

—¿Y Aeysuú?

—Es mi hija, aunque nunca le enseñé el español; su madre era una nativa de estas montañas, aquí nació y el idioma local es el único que conoce.

—Lleva una vida muy solitaria aquí arriba, Basilius. ¿Acaso vuesa merced es un sacerdote?

—Mi meta es superior a la de evangelizar infieles —respondió moviendo la cabeza en negación, y se dio vuelta para marcharse. Pero Nando no se conformó y corrió unos pasos para interponerse frente a él.

—¿Cuál es su meta? ¿Tiene que ver con esa costosa daga?

—Demasiadas preguntas, y ahora no tengo tiempo para responder. Me espera trabajo por delante —dijo, y empezó a andar.

—¿Qué clase de trabajo? —volvió a insistir, caminando a su lado.

—Experimentos. ¿Por qué tanto interés?

—Para distraerme —explicó con un encogimiento de hombros—. Mis negocios con los mineros no van por buen camino y hablar con vuesa merced me permite postergar la decisión de regresar a casa con las manos vacías.

Basilius se detuvo de golpe:

—¿Planea irse?

—Si no consigo lo que vine a buscar me veré obligado a hacerlo —dijo con resignación.

—¿Y si obtiene lo que busca se quedará? —indagó mirándolo con fijeza.

—Sí, al menos unos meses.

Tras pensar unos momentos, Basilius le ordenó:

—Acompáñeme.

Nando lo siguió hasta su cabaña y una vez en el interior alzó las cejas ante todo lo que vio.

El lugar no parecía en absoluto una morada, sino más bien un taller. Aunque después de observar con detenimiento, no encontró herramientas que indicaran una labor de orfebre o artesano. En cambio llamaron su atención dos amplias bibliotecas: había cientos de libros y estantes abarrotados de bolsitas de cuero; algunas abiertas, otras firmemente cerradas. Distinguió un polvo por el olor: azufre. Sobre una larga mesa de trabajo se amontonaban decenas de frascos de diversos tamaños. Los había de barro, de madera, de metal y hasta de vidrio, un material raro y muy caro.

—¿Cómo consiguió vidrio en estas tierras lejanas? —Curioseó Nando sin poder evitarlo.

—Lo hice yo mismo —respondió con simpleza.

—Pocos artesanos saben hacerlo, se requieren materiales especiales.

Sin responder, Basilius señaló un extraño objeto cuadrado que ocupaba el centro de la habitación. Tenía una puerta en el frente con evidentes signos de calor sufridos por el metal y una enorme pila de leños ubicada a un lado, lo que llevó a Nando a deducir qué era.

—Un horno —afirmó, y continuó interrogando al anfitrión—. ¿Allí hace vidrio? ¿De dónde lo obtiene?

—Del sílice, que está en la arena. Aunque necesita un punto de fusión muy alto, puede reducirse si se le aplica sosa.

La explicación superaba los conocimientos de Nando, y alzó las cejas en un interrogante:

—¿Sosa?

—Un ácido sódico —respondió Basilius y lo invitó a sentarse con un gesto, señalando dos rústicas banquetas—. Después le explicaré más, ahora negociemos.

—No comprendo.

—Diga qué necesita para quedarse aquí en Mogok para siempre.

—No está en mis planes quedarme indefinidamente. En algún momento voy a partir.

—Cambiaré la pregunta: ¿cómo puedo lograr que extienda su estancia aquí lo más posible?

—Vine en busca de rubíes, pero no logro que los mineros me los vendan —explicó—, por eso estoy pensando en regresar a mi hogar.

—Eso puede resolverse con facilidad, soy dueño de una de las minas. Perteneció a la familia de mi esposa y ahora es mía, pero como no deseo que me compre las piedras y se vaya, le ofrezco un trato: le cederé una parte de mi filón para que lo explote. Lo que obtenga será suyo, así se quedará aquí.

—¿Por qué cambió su actitud conmigo? —preguntó Nando desconfiado—. Hasta hoy ni me había dirigido la palabra, y tampoco lo hubiese hecho de no haber sido necesario para recuperar la daga. Y ahora hace todo lo posible para que no me vaya. ¿Por qué?

—Porque a su lado mi hija es feliz. La he visto reír —resumió con un suspiro.

A Nando no se le había ocurrido esa posibilidad. La idea de que Basilius buscase atarlo a la muchacha encendió todas sus alertas. Él no quería ningún tipo de unión estable, disfrutaba de los encuentros físicos, pero no deseaba formar una familia con Aeysuú. Se acostaba con ella por comodidad: porque era bonita y la tenía a su disposición, pero le escapaba a cualquier clase de intimidad emocional.

—Yo no... No puedo aceptar —dijo sin dudar. Ni siquiera por una mina de rubíes estaba dispuesto a perder su libertad.

—Piénselo.

—No hay nada que pensar. Le agradezco la oferta pero el pacto representa un compromiso y yo no tengo intenciones de casarme con Aeysuú. Cuando me marche no la llevaré conmigo. Soy un hombre solitario. Lamento si eso lo ofende, pero al comenzar mi relación con ella no sabía que era hija de un cristiano. Los asiáticos tienen costumbres diferentes a las nuestras —intentó disculparse, en parte avergonzado porque ese educado hombre sabía que él se acostaba cada noche junto a su hija en concubinato, y sin intenciones de modificar esa conducta.

—No se disculpe pensando en valores religiosos, hágalo por el conocimiento de que al dejarla destrozará su corazón. Mi hija sufrirá por esa partida más de lo que lamentó la muerte del marido. Aquel malnacido la lastimaba, la golpeaba cuando se enojaba, la hacía dormir en el suelo, sólo llamándola a su lecho cuando le apetecía tomarla. Y yo no pude evitarlo porque él tenía derecho a ello. Las lágrimas acompañaron a Aeysuú todo el tiempo que estuvo a su lado. Agradecí al universo cuando aquello terminó.

—¿Al universo? ¿Vuesa merced no cree en Dios?

—No niego su existencia, pero creo que el poder del universo es superior a todo.

—Esas palabras lo pondrían en aprietos frente a algún miembro de la Inquisición.

—No estamos en territorios evangelizados, puedo hablar con libertad.

—¿Por eso elige este lugar para vivir?

—Entre otras razones —concedió—, aquí encuentro paz para trabajar.

—¿Cuál es su trabajo? Aún no me lo ha dicho.

—Creo que tiene razonamiento suficiente para entender lo que le diré. El universo está compuesto por cuatro elementos: aire, fuego, tierra y agua. Yo busco preparar un quinto elemento, que dará equilibrio a los anteriores y potenciará su fuerza.

—¿Preparar un elemento? ¡Es un alquimista! Por eso el horno.

—No es un horno común. Es un horno alquímico, un atanor —asintió—. Tiene un sistema de tubos de barro cocido por el cual circulan ciertos elementos. Da calor a la mezcla con temperatura uniforme.

—¿Para qué lo usa?

—Para lograr las preparaciones que deseo.

—Persigue la quimera de convertir el plomo en oro —se burló Nando, sacudiendo la cabeza.

—No, no me interesa la transmutación de los metales. Es más importante la transmutación de la propia alma. Busco purificarla.

—¿A través de mezclas?

—No sólo así. Ése es el primer paso —concedió.

—¿Es un hechicero?

—No, no hago hechizos ni brujerías. Apenas preparo pociones y aceites sanadores. Estudié la ciencia de la alquimia con el maestro Paracelso en la universidad de Basilea.

—Y deduzco que de allí tomó su nombre, que debe ser ficticio.

—¿Acaso eso importa? —preguntó sin inmutarse.

Nando sacudió la cabeza.

—Le daré un tiempo para que analice mi oferta, Nando, no es necesario que me responda ahora —insistió Basilius.

—Sabe mi nombre.

—Lo escuché a su amigo llamarlo muchas veces. Parece un buen hombre, consulte con él la decisión de quedarse.

—Sauro me seguirá a donde yo vaya, pero no cambiaré de parecer en cuanto a unirme de manera definitiva a una mujer. Puedo hacer feliz a Aeysuú mientras esté aquí, pero ella debe saber que algún día partiré y no la llevaré conmigo. Ésa es mi única condición para aceptar —explicó con gran determinación.

Después de pensarlo unos momentos, el hombre asintió:

—Bien, me conformaré con eso. Veré sus ojos brillar de alegría al menos por un tiempo. La propuesta sigue en pie aunque su estadía sea temporal.

—En ese caso, ya mismo acepto —concluyó Nando con una sonrisa y extendiendo su mano hacia adelante—. Sólo necesito que me explique cómo se hace para explotar una mina de rubíes, pues no tengo la menor idea sobre ello.

Sauro Taboada ordenó al capataz que tradujera su orden a los nativos. Aunque ya llevaban más de dos meses trabajando en el yacimiento de Basilius, todavía no conseguía entender esa extraña lengua de cortos sonidos.

—Diles que entren a la mina y que usen los picos con fuerza para buscar en las grietas. Quiero que extraigan todas las rocas medianas que vean con alguna veta rojiza. ¡Todas! ¿Has entendido? ¡O los despediré hoy mismo! —profirió amenazante.

El guía birmano, que hacía las veces de intérprete, asintió. No le gustó el tono de voz del extranjero que lo contratara, pero reconoció que esos jefes blancos tenían motivos para mostrarse enfadados. Unas semanas antes Nando y Sauro habían entrado a la precaria mina después de que los empleados terminaran su labor y encontraron varias piedras grisáceas con destellos rojos de diversos tamaños arrojadas en los rincones: no las habían acarreado al exterior para lavarlas y después cincelarlas, buscando desprender el rubí de la roca. Aunque estaban prevenidos, se enfurecieron. Basilius les había explicado que muchas veces los obreros tenían la costumbre de esconder los pedruscos que revelaban rubíes en el interior para evitar el esfuerzo de extraerlos después. Preferían llevar sólo las piedras menores que se soltaban con facilidad de las zonas de grava, para lavarlas y separar los rubíes pequeños. Eso causaba pérdidas a los dueños de los filones, pero a ellos no les afectaba, ya que cobraban por la labor diaria, sin importar la cantidad de piedras que recolectasen.

Después de encontrar pruebas del trabajo mal realizado en el sector de la excavación cedido a Nando por Basilius, Sauro decidió ajustar la vigilancia sobre los empleados. Trabajaba él mismo junto a los mineros, supervisando las actividades, y muchas veces Nando se sumaba en persona a ayudarlo. Codo a codo, con el torso descubierto y transpirados por el calor en los túneles bajo tierra, ambos transportaban las pesadas rocas hasta el exterior. Allí se separaban las que deberían enfrentar el cincel de las que necesitaban pasar por el agua antes de determinar su utilidad.

Estaba Sauro lavando piedras en enormes canastos de esterilla cuando Nando se aproximó.

—Déjame ayudarte, pásame uno —ordenó, y pronto él también estaba agachado en la orilla del río. Sumergía los cestos y hacía escurrir el barro hacia abajo una y otra vez, hasta que encima de la red sólo quedaban las piedras limpias. Entonces seleccionaba las que eran de tono rojizo nítido, porque algunas se veían opacas o descoloridas, y otras nubladas, como con una bruma que impedía distinguir su brillo. Había tantas para elegir, que todas las que podían representar un

valor menor se descartaban—. Hemos juntado una buena cantidad, Sauro —dijo Nando con una sonrisa de satisfacción—. Tenemos unas cinco veces más que las piedras que me dio Ko San, que ya era mucho. Sin duda somos ricos, amigo. Creo que con un par de meses más de extracciones volveremos a casa cargados con una enorme fortuna.

Taboada sonrió a su vez. Sabía que su amigo sería generoso con él.

—Sigo desconfiando de tanta buena suerte, nadie regala parte de una mina porque sí a un desconocido, aun cuando sea el concubino de su hija. ¿Me explicarás el secreto de ese trato?

—La condición de Basilius fue que le mostrara todos los rubíes que extrajéramos de su mina que superen el tamaño de una nuez. Está tras uno en particular y él no tiene tiempo para trasladarse a la mina en persona. Nuestro trabajo lo ayuda en su búsqueda.

—¿Cómo es? ¿Qué forma espera encontrar?

—Dice que no puede describirlo porque su aspecto es igual al de todos, pero que cuando él lo vea sabrá que es el que busca. Por eso quiere examinar todas las piedras al final de cada día. No olvides llevárselas cuando regresemos a la casa.

—Claro, como siempre, pero no entiendo que te permita explotar su mina a cambio de buscar sólo un rubí para él.

—Hemos mantenido varias charlas desde que comenzó a hablarme, y he descubierto que Basilius es un hombre especial. Está buscando lo que todo alquimista sueña hallar: la piedra filosofal.

—¿Y eso qué es?

—Una roca con poderes particulares, que podría actuar sobre otros elementos y le permitiría alcanzar las mezclas que él anhela —explicó Nando.

—¿Y es un rubí?

—Así lo cree Basilius.

—¿Y si no la encontramos?

—Él seguirá buscando.

—Es un hombre extraño.

—Es un hombre sabio —concluyó Nando.

—Bien, iré a llevarle lo que encontramos hoy al hombre sabio —exclamó jovial Sauro—. Cargaré el buey. ¿Vienes?

—Sí, te acompañaré, estoy cansado y me duele la cabeza. Ansío por un baño y un delicado masaje en la espalda. Las manos de Aeysuú son mágicas.

—Creo que la extrañarás más de lo que tú piensas cuando nos vayamos, amigo. ¿Estás seguro de que no la llevarás con nosotros? —preguntó sacudiendo la cabeza burlón.

—Muy seguro. No hay lugar para ninguna mujer en mi vida.

—Pues a mí me parece que ésta ya lo tiene.

—No, es sólo temporal —negó con rapidez Nando, y cambió de asunto, para no tener que profundizar en sus explicaciones—. Cuando veas a Basilius, ¿puedes pedirle que te dé un poco de esa preparación que él hace para aplacar el dolor y me la alcanzas, por favor?

—¿También es médico?

—No, pero me ha dicho que tiene conocimientos de medicina. Los alquimistas saben muchas cosas. Y como ya te he dicho, Basilius es un hombre especial —concluyó y cerró los labios con fuerza, para evitar que las ideas que invadían su mente llegaran a sus labios. *Igual que su hija,*

pensó, y continuó andando el resto del camino en silencio.

Nando no quería reconocer, ni siquiera para sí, que se había encariñado con Aeysuú. La muchacha de suaves ojos rasgados había logrado romper la coraza que él con tanto cuidado levantara alrededor de su corazón. A pesar de las pocas palabras que habían aprendido el uno del otro para comunicarse, sus gestos lo conquistaron en silencio. Sabía que cuando se fuera la iba a extrañar. Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos. Él no podía permitirse sentimientos profundos por ninguna mujer. Decidió que cuando llegase a la cabaña disfrutaría de ella en el lecho como siempre, pero a la hora de marcharse, lo haría sin mirar atrás.

7

Mayo de 1595.

*Aguas frente a Payta, puerto al norte del virreinato del Perú,
colonias españolas en las Indias Occidentales.*

La doncella Belita estaba terminando de colocar en el peinado de Ysabel las cintas que la india Pancha planchara con un rolo de hierro cargado con carbones encendidos. La esposa del Adelantado dedicaba grandes cuidados a su aspecto personal. Hacía lavar sus prendas a diario, aprovechando que las naves todavía estaban ancladas y habría tiempo para reponer las botijas de agua dulce antes de hacerse al mar abierto. La estancia en Payta se había estirado más de lo previsto debido a que las armas que estaban esperando recién habían llegado esa mañana. El Adelantado estimaba que pronto se completaría la carga de agua y leña, y finalmente partirían.

Ysabel se había santiguado al recibir la noticia. Llevaban más de un mes en ese paraje solitario. Su paciencia estaba agotada. Ansiaba empezar la travesía hacia las islas Salomón. Revisó el resultado de las manos de Belita en un espejo de marco dorado y dio su aprobación.

—Dile al vicario Espinosa que le daré la audiencia que solicitó ahora. Lo recibiré aquí —ordenó a Pancha, mientras se trasladaba hasta el rincón del camarote donde estaba el escritorio.

Se encontraba ya instalada en una silla cuando el sacerdote con mayor jerarquía de la expedición, quien tendría rango equivalente al de un obispo al llegar a las nuevas tierras, entró con paso cansino.

—Bendición, padre —solicitó inclinándose frente a él y besando su anillo.

—Dios la bendiga, doña Ysabel. Le agradezco que me reciba con presteza. Lo que debemos hablar no puede demorarse. He intentado explicarle la importancia del asunto al Adelantado, pero está demasiado ocupado con algo relacionado al armamento y me ha derivado a consultar con vuesa merced.

—Lo escucho —dijo señalando una silla y volviendo a sentarse.

—La moral de la población embarcada ha caído por debajo de lo deseable.

—Entiendo que la gente se haya desanimado por tan larga espera, padre. A mí misma me ocurre. La paciencia no está entre mis virtudes.

—No me refiero a cuestiones de ánimo, doña Ysabel, sino de libertinaje —dijo con un

carraspeo—. Decenas de hombres y mujeres comparten el pecado del fornicio a bordo de esta flota.

—¡Padre! ¡¿Cómo puede sugerir semejante cosa?!

—Porque es la realidad. Sin caer en la violación de revelar secretos de confesión, puedo afirmar que eso ocurre. Muchos ojos los han visto y me lo han contado. El capellán mismo, el padre Antonio de Serpa, ha encontrado una pareja revolcándose sobre unos cabos en la cubierta exterior, hoy a la madrugada, cuando se dirigía a los jardines por sus necesidades. Me lo ha relatado esta mañana y eso me ha decidido a buscar una solución al asunto.

—¿Y qué solución propone, padre? Entiendo que algunas de nuestras pasajeras no tienen pasados inmaculados y les debe resultar difícil cambiar sus hábitos a quienes vienen de prostíbulos, pero no podemos ponerles cintos de castidad, ni castrar a los hombres.

—Propongo casarlos.

—No comprendo. ¿Casar a quiénes?

—A todos los que han pecado a bordo.

Ysabel se removió incómoda en su asiento. No le resultaba fácil debatir ese tema con el sacerdote. Maldijo en su mente a Mendaña por haberle derivado esa situación. Quería ser la líder de la nueva población que iban a formar, pero no se le había ocurrido que tareas como ésa recaerían sobre ella. Sin amedrentarse, evaluó unos instantes la situación y luego preguntó con practicidad:

—¿Y cómo sabremos quiénes son?

—Tengo una lista con los nombres. Son al menos quince parejas. He estado indagando y algunos muestran voluntad de casarse, pero para el resto necesitaré una orden del Adelantado. Aquí es donde cuento con vuesa merced para que me ayude a mantener alta la moral en esta expedición. No sería ventajoso para nadie llegar a las islas Salomón con nuestra gente habituada a las costumbres de un bacanal; ni que niños bastardos fuesen los primeros vecinos nacidos en el lugar.

—Comprendo, y estoy de acuerdo con lo que dice, padre. Organice una boda multitudinaria para esta misma tarde o mañana. Yo me ocuparé de que el Adelantado obligue a aquellos que se nieguen.

—Agradezco su colaboración. Pero no he concluido, debo decirle algo más... —titubeó, incómodo.

—Sí, diga.

—Es un tema muy delicado.

—Adelante, lo escucho.

—Una de las damas que deberá casarse es su hermana.

Ysabel se puso de pie con rapidez y exclamó ofendida:

—¡No permitiré que ensucie el nombre de mi casta hermana con mentiras!

—No es mentira. Fue con doña Marina de Barreto con quien el padre Antonio se tropezó esta madrugada. Estaba con las piernas abiertas debajo del capitán del *Santa Isabel*, don Lope de Vega, en inequívoca situación —concluyó con un mohín de disgusto.

Ysabel se dejó caer en la silla desolada. Marina había mencionado una o dos veces al capitán Vega en los últimos tiempos, pero ella no dio importancia al asunto. Al escuchar ese nombre dedujo que las palabras del padre Espinosa podrían ser ciertas, y le dolió saberlo. Pero más que

la falta a la moral de su hermana, le molestaba que no hubiese confiado en ella lo suficiente para contarle sobre su amorío.

—Entonces ella también deberá casarse y limpiar su honor —concluyó con tono agrio, sin siquiera pensar en consultarla. Si iba a ser ama y señora de las islas Salomón, podría decidir sobre las vidas de sus colonos. Decidió que no esperaría hasta llegar a su destino: empezaría a mandar en ese mismo momento.

El sacerdote asintió y se retiró para organizar todo.

Convencer al capitán Lope de Vega para que se casara con la noble dama a la que había deshonrado resultó más sencillo de lo que Mendaña estimara. Había contratado a ese español en Lima, junto a su barco y su tripulación, a pesar de la fama de filibustero que lo rodeaba, por conveniencia: el galeón de Vega, el *Santa Isabel*, era casi tan grande como el *San Jerónimo*, y él necesitaba llevar muchos expedicionarios, armas y pólvora a las Salomón. Le había dado el cargo de Almirante y entablaron una agradable relación durante las cenas a bordo. Nunca sospechó que el hombre fuese a seducir a su cuñada y que, además, debería pagarle para que se casara con ella. Con resignación, llegó a un buen acuerdo. Aunque no tenía dote alguna para entregar en ese momento, tal como correspondía, el Adelantado se comprometió a cederle los mejores terrenos en la primera ciudad que fundase, además de un pago en oro y un importante cargo con autoridad en el nuevo asentamiento.

—Acepto su propuesta, general. Estaré encantado de llevar a doña Marina en mi propia nave durante el resto de la travesía.

—Le recuerdo que mi cuñada será más que un divertimento para su viaje, capitán. La desposará y deberá tratarla con dignidad, además de velar por ella durante toda su vida.

—Eso haré —dijo con una extraña sonrisa—, le aseguro que eso haré.

Marina estaba exultante. La chalupa de remos se sacudía mientras se dirigían de una nave a otra. Su flamante esposo daba las órdenes desde la popa del bote mientras ocho marineros remaban. El viento sacudía los largos cabellos sueltos del capitán, revelando una fuerte mandíbula oscurecida por la desprolija barba. Se estremeció al recordar las sensaciones que le provocaba esa barba contra su propio cuello, y que volvería a sentir en breve. Le costaba acostumbrarse a pensar en Lope como su marido. Siempre había soñado con casarse y formar una familia, pero nunca imaginó que su deseo fuese a cumplirse tan pronto y de esa manera. El enojo de Ysabel opacaba su felicidad; la vergüenza frente a don Álvaro y a sus hermanos también, pero decidió ignorar sus pesares y pensar sólo en lo que vendría: la noche de bodas con el hombre que amaba. Aunque ya se había entregado a él arrastrada por apasionados arrebatos, no dudaba de que estar a solas intensificaría los encuentros. Suspiró y recordó con felicidad que ese español con apariencia de pirata que la había cautivado sería su compañero para siempre. La ceremonia había sido sencilla. Un centenar de personas en la cubierta de la nave capitana aplaudieron después de que el vicario uniera las almas de quince parejas en nombre de Dios. Después de eso Vega la había ayudado a bajar por la escala de sogas hasta ese bote y la estaba llevando a su propio barco, junto con sus pertenencias.

Cuando llegaron al *Santa Isabel* el capitán reunió a toda la tripulación y anunció:

—Les presento a mi esposa, doña Marina de Barreto y Vega. Quien ose ponerle un ojo

encima o se atreva a incomodarla soltando un comentario vulgar en su presencia caminará por el tablón. ¡Están todos avisados!

El dominante y cruel gesto de su esposo sorprendió a Marina, pero a su vez la enorgulleció. Lo hacía para protegerla a ella de esos intimidantes marineros. Después de la proclama, Vega la escoltó al camarote principal en popa.

—No tengo una cabina libre para ofrecerte, así que compartirás la mía.

—No me opongo a ello —respondió con una sonrisa. El espacio era cómodo, aunque se notaba la falta de una mano femenina en la decoración.

—Desde hoy ya no podrás oponerte a ninguno de mis deseos. Eres mía.

—Hace muchos días que soy tuya.

—Pero ahora también lo eres legalmente.

—¿Eso cambiará algo entre nosotros?

—Sí, hará que todo sea mejor.

—¿Mejor? —preguntó con ingenuidad.

—Sí, porque no podrás negarte a lo que te haré descubrir.

Sin comprender del todo lo que él quería decirle, le dedicó una cautivante sonrisa.

—Estoy ansiosa por aprender más a tu lado.

—Estaré encantado de complacerte, mi querida. Empezaremos ahora mismo. Desnúdate —le ordenó.

Marina se estremeció. No había estado desnuda a su lado antes. A pesar de haberse entregado a él y de la intimidad compartida, nunca se había quitado la ropa por completo. Sólo la había aflojado lo suficiente. Obediente, pero avergonzada, empezó a deshacerse de las prendas una a una, dejándolas en el piso a sus pies. Capa, falda, jubón, camisa y medias fueron cayendo. Terminó parada dentro de una gran pila de telas, vestida solo con su camisa de liencillo y los calzones de encaje hasta las rodillas.

Vega la observaba, sentado en el borde del lecho, mientras se quitaba su propia camisa.

—Ven acá —le dijo— y deshaz tu peinado. Quiero tocar tus cabellos.

Con lentitud Marina se sacó las horquillas, deshizo varias trenzas, y una larga cabellera castaña cayó cubriéndole la espalda en un sensual gesto.

—Desnúdate —volvió a repetir, con voz ronca por la excitación.

—Ya tengo sólo mi ropa interior.

—Quítatela. Quiero verte por completo.

—Me da vergüenza —respondió incómoda, sin levantar la vista.

—Ya se te pasará.

—Pero no quiero...

—Ahora —la interrumpió con un tono de voz que no admitía réplicas y exigía ser obedecido.

Con pudor Marina se agachó para bajarse las calcillas, pero se dejó la túnica superior que la cubría hasta los muslos. Se paró erguida y lo miró. Él llevaba sólo unas ajustadas calzas y ella esperaba que la abrazase con su torso desnudo antes de poseerla, como había hecho en cada encuentro. Sólo con verlo ya ansiaba por su proximidad. Quería tocarlo, sentir la fuerza de esos tensos músculos bajo las yemas.

El capitán cumplió con sus expectativas al ponerse de pie, caminar hasta ella y detenerse a escasa distancia. Era muy alto, dueño de un cuerpo poderoso. Llevó las manos hasta el delicado

cuello y lo rodeó, jugueteando con los dedos en la nuca. Un escalofrío la recorrió y Marina inclinó la cabeza a un lado, esperando el beso que no tardó en llegar. La boca ardiente de Lope cubrió la suya y la absorbió con pasión. Mientras se entregaba al disfrute, percibió que esas manos fuertes que amaba bajaban hasta el escote de la camisa. Un instante después sintió la tela rasgarse y ser arrancada de su cuerpo en un mismo movimiento.

—Cuando te doy una orden, espero que la obedezcas —le dijo con sequedad, arrojando la prenda al piso y apartándose apenas de su boca para hablar, para enseguida volver a besarla con fuerza.

Aunque sorprendida por el gesto, y extraña en su desnudez, Marina cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones que el beso le provocaba. Pero el encantamiento duró poco. Enseguida Lope abandonó esos labios hambrientos y giró despacio alrededor de ella hasta ubicarse detrás de su espalda, mientras con dos dedos le trazaba una línea curva desde el ombligo hasta los omóplatos. Marina no pudo evitar estremecerse cuando su piel se erizó. Luego sintió los dedos detrás de la rodilla derecha, desde allí fueron subiendo con lentitud por el muslo, el trasero y la espalda, hasta la nuca, alterando todos sus sentidos. Era la caricia más excitante que Vega le regalara hasta ese momento. Pensó que casarse había sido maravilloso si eso era lo que le esperaba cada noche. Hasta que un sopapo en la nalga derecha la sacó de su sensual limbo.

—¿Qué...? —Intentó decir, pero él no la dejó continuar. Otro manotazo la hizo callar. De inmediato sintió que él la tomaba por las caderas y la acercaba a sí hasta pegar los cuerpos.

—Shhh, no hables. Sólo siente —dijo en su oído con voz gruesa mientras acariciaba con su muslo la zona donde acababa de castigarla.

—Pero...

La tercera nalgada ardió más que las anteriores.

—Te he dicho que no hablaras.

—¿Vas a golpearme si te desobedezco?

—Sí, estoy en mi derecho. Soy tu esposo. Ese primer sopapo fue por desobedecerme y no quitarte la camisa. —Lope la miró frunciendo la frente hasta juntar las cejas y Marina contuvo el aliento—. Bien, veo que entiendes quién manda aquí, querida.

—Pero no adivino por qué te has transformado y ahora me pegas —se animó a expresar, asustada, al borde de las lágrimas.

—Te permitiré unas palabras para que comprendas la nueva situación, pero luego de eso deberás obedecerme en todo lo que diga, en especial si te ordeno silencio.

—¿Y si no lo hago?

—Te convenceré para que lo hagas, créeme.

—¿Por la fuerza?!

—No, mi querida: con el deseo. Estos golpes son sólo un juego —dijo con suavidad junto a su oreja y luego le absorbió el lóbulo y jugueteó en él con la lengua—. Harán que nuestros encuentros sean más placenteros aún, tanto que tú misma me pedirás que avive tu cuerpo con ellos.

Un suave pellizco en el límite entre el muslo y el glúteo remarcó sus palabras. Marina se estremeció. Porque, a pesar del dolor, la sensación que le provocó le gustó. Antes de que pudiera reponerse de la sorpresa, las manos de Vega desde atrás de ella alcanzaron los senos. Como había hecho tantas veces antes, los estrujó entre los dedos, provocándole un gemido ahogado.

Pero esa vez no se quedó solo en caricias. Tomó los pezones con las yemas y los apretó con fuerza, tirando de ellos hasta hacerla gritar.

Enseguida la rodeó para ubicarse frente a ella, pero no demasiado cerca. Se alejó un paso y con el brazo extendido le abofeteó los pechos, una y otra vez hasta enrojecerlos, y luego insistió sobre los pezones. Marina echó los hombros hacia atrás y se sorprendió al escucharse decir a sí misma con la respiración agitada:

—¡Ah, sí! Así. ¡Así!

Las puntas de los pechos le ardían en un calor enloquecedor. Tan fuerte que no se aplacó ni siquiera cuando la boca de él los cubrió. Después de besarlos y absorberlos, Vega los mordisqueó con fuerza, hasta hacerla quejarse otra vez.

—¿Quieres que me detenga?

—No, no, continúa —articuló con esfuerzo, sujetándole la cabeza contra sí.

Él accedió a su deseo y la besó hasta escucharla gemir. Entonces se alejó para buscar un objeto en la mesa.

—Cierra los ojos —le ordenó mientras regresaba a su lado.

Obediente, se resignó sin saber qué esperar a continuación de ese extraño que la había desposado. Lo que siguió la sorprendió más que los ardientes golpes de antes: una suave textura que no lograba identificar recorría diferentes partes de ella. Abdomen, piernas, brazos, senos, cuello, hombros. Disfrutó de las caricias que le abrasaban la piel haciéndola erizarse, hasta que la curiosidad pudo más:

—¿Qué es?

El extraño objeto debía tener dos lados. Porque la misma mano que la seducía con toques de seda le aplicó un doloroso coleteo en donde estaba el muslo.

—¡Ayyy!

—Te dije que sólo puedes hablar cuando yo te lo ordene.

—Pero...

—Basta ya. Te ayudaré a que lo entiendas —le dijo con voz grave, arrastrándola hacia el lecho.

La ubicó en la cama boca abajo y se arrodilló sobre sus piernas para impedirle moverse. En esa posición empezó a golpearla en el trasero con vehementes sacudidas. Marina torció la cabeza y descubrió cuál era el instrumento de su placer y luego su tortura: un cepillo de madera lustrada. Vega descartó las suaves cerdas que tanto la habían deleitado un rato antes y le pegó una y otra vez con el lado liso. La fuerza de los breves toques fue creciendo y en pocos minutos Marina sintió las nalgas al rojo vivo. Mezclado con el dolor, descubrió que la excitación aumentaba a la par del ardiente tormento. La humedad entre las piernas se intensificaba ante cada azote y su cuerpo empezó a retorcerse, pidiendo más entre gemidos. Vega reaccionó recostándose sobre ella con el miembro fuera de las calzas y resbaló en su interior, sin pedir permiso.

Ante la invasión, Marina empezó a temblar y estremecerse sin poder controlarlo, gritando, y llevándolo pronto también a él a alcanzar el placer. Todavía con el peso de Vega sobre la espalda, pensó, asombrada, que ninguna de las explosiones que había sentido en los encuentros anteriores había tenido tal intensidad. Y se maravilló más aún con la delicadeza de Lope, quien tras salir de ella acarició y besó con suavidad el enrojecido trasero para luego apoyarle la boca contra el hombro y decir:

—Ahora vamos a dormir, amada mía. Me complace que hayas disfrutado con esto tanto como yo. Te despertaré al alba para enseñarte más secretos, y a mediodía zarparemos hacia nuestro destino. Te prometo que será un intenso viaje de placer.

Marina no pudo decir nada. Cuando su agitada respiración se calmó, las ideas seguían dándole vueltas en torbellino. Se acurrucó junto a ese fuerte pecho y se quedó dormida.

Mendaña dejó de observar el mar que los rodeaba y fijó su atención en doña Ysabel, que jugaba con la perrita en la cubierta junto a doña Elvira. Se veía hermosa, con las mejillas arreboladas por el sol, tan alegre en sus juegos, tan llena de vida. Sin percatarse de esa vigilancia, Ysabel gritó entre risas:

—¡Intente alcanzar a Perla, doña Elvira! Lleva una madera entre los dientes y está esperando que se la quitemos. ¡Por allá, por la derecha!

La dama de compañía obedeció y le cerró camino, por lo que el animal se vio obligado a correr hacia Ysabel.

—¡Ya te tengo! —dijo entre más risas mientras la tomaba en brazos y, sujetándola junto a su pecho, jugueteaba tirando del palito en el hocico del animal.

—¡Doña Ysabel, por favoor! ¡Compórtese!

El vozarrón de Mendaña acabó con el juego.

Sorprendida, Ysabel se volvió con lentitud, con la cabeza erguida y el mentón en alto. Su marido le había gritado dándole una orden, y en público. Lo escrutó, intentando descifrar en la mirada de él un motivo para esa conducta, pero no lo logró.

Desde la toldilla de popa el Adelantado le hizo un gesto con la mano para que se aproximara, pero Ysabel se mantuvo firme en donde estaba. Acarició la cabeza de Perla sin mover sus pies del lugar.

Finalmente él se acercó hasta allí, y plantado con los brazos en jarra dijo severo:

—Esta conducta es inapropiada, señora. Le ordeno que se retire a su cabina.

—¿Me ordena? ¡Cómo osa dirigirse a mí con semejante destrato! —exclamó indignada.

—Estoy en mi derecho, como esposo y como Adelantado.

—Jamás había sido ofendida de esta manera —murmuró entre dientes, de modo que las palabras sólo alcanzaran los oídos de él.

—Es que vuesa merced no había merecido una reprimenda antes, pero esta conducta es inaceptable —murmuró Mendaña en voz apenas audible.

—¿Inaceptable? ¿A qué se refiere? No comprendo.

—¡Está montando un espectáculo para la tripulación! Todas las miradas la siguen, y son hombres de mar que hace mucho dejaron en tierra a sus propias mujeres. ¡Me avergüenza!

—Vuesa merced exagera, don Álvaro, nadie me mira. Apenas jugaba con mi perra —buscó quitarle importancia al asunto.

—Sé reconocer la lascivia cuando la veo en los ojos de un hombre, y la acabo de detectar, hace unos momentos, en dirección a mi propia esposa.

Ysabel enrojeció, pero continuó decidida:

—No le creo, lo dice para mortificarme.

—¿Y por qué habría de hacer semejante cosa, cuando yo fui el gran ofendido aquí?

—¿Ofendido? No me diga que piensa batirse a duelo por mí...

—Claro que no, no sea ridícula. Tengo autoridad para mandar a matar a quien me ofenda sin necesidad de un duelo, pero no puedo hacerlo todavía.

—No comprendo.

—Varios marineros la observaron, pero la mirada que más me molestó fue la del piloto, y lo necesito con vida para alcanzar las Salomón.

Ysabel soltó un respingo. Nunca hubiera imaginado que el desagradable Quirós la miraba con bajas intenciones. Sin darse vuelta para observarlo, apenas dijo:

—Oooh...

—Terminemos ya con esta incómoda situación: retírese al camarote, y le sugiero que si desea volver a salir a tomar aire otro día, lo haga cubierta por un velo, tal como doña Elvira.

—¡Eso nunca! —exclamó y golpeó con uno de los tacones la madera del piso para remarcar sus palabras—. El velo está prohibido por el Consejo de Indias y si me obliga a usarlo le aseguro que denunciaré su conducta. Al rey no le gustará que uno de sus más encumbrados funcionarios incite a quebrar las leyes.

Mendaña apretó los puños y los labios, exasperado.

—¡Esta mujer es imposible! —exclamó y se alejó, abriendo los brazos y dejándolos caer con fuerza en los muslos.

Sin amedrentarse, Ysabel dejó a Perla a sus pies y caminó hasta la borda. Necesitaba aferrarse a algo, el borde de madera resultó el soporte ideal donde anclar sus miedos y tratar de serenarse. Varios minutos después todavía temblaba, asustada por su propia hazaña: había desafiado al Adelantado, máxima autoridad en esas naves, y representante directo del rey. *¡Y he conseguido lo que quería!*, pensó sorprendida. No otorgó ni una gota de credibilidad a lo que él dijera sobre el piloto. No tenía dudas de que ese desagradable portugués le tenía tan poca estima como ella a él. Las miradas que intercambiaban solían ser despectivas desde ambas partes. *Mendaña se confundió*, concluyó para sí, y se dedicó a saborear su triunfo.

Inspiró con fuerza el aire marino para despejarse y se fijó en las naves que seguían al *San Jerónimo*. Extrañaba a Marina. Ya habían pasado casi dos meses desde la boda de su hermana y la echaba mucho de menos. Principalmente las charlas con ella. También extrañaba las partidas de ajedrez, pues doña Elvira no le resultaba una rival tan entretenida. Aunque a veces jugaba con Lorenzo, el mayor de sus hermanos, prefería evitarlo como oponente ya que se enfadaba cuando ella le ganaba. Debería pensar en alguna estrategia para que Mendaña hiciera regresar a Marina a la nave principal. Después de la pequeña victoria obtenida en la discusión anterior, su confianza aumentaba: se creía capaz de volver a vencerlo otra vez.

—¡Tierra! ¡Tierra! ¡¡¡Tierra a la vista!!!

El esperado grito del vigía interrumpió los pensamientos de Ysabel y de todos los viajeros. Decenas de cabezas se asomaron a la cubierta buscando ver algo. Pero apenas se alcanzaban a distinguir un grupo de pequeñas manchas en el horizonte.

—¡Las Salomón! ¡Las Salomón! —corrió el rumor entre la multitud.

—No, es demasiado pronto —los desilusionó el Adelantado—. Piloto, ¿aparecen en las cartas?

—No, general —respondió Quirós.

—Entonces las conquistaremos para nuestro amado rey. ¡Proa hacia ellas!

A la mañana siguiente las cuatro naves cruzaron el arrecife que rodeaba a la primera isla, a la que llamaron La Magdalena. Se acercaron a la costa, soltaron las anclas y el vicario encabezó el canto de un *Tedéum laudamus* entre todos los viajeros. Al terminar descubrieron que no estaban solos. Cientos de nativos se acercaban en unas setenta canoas hechas con grandes troncos ahuecados, y unas cañas sujetaban otros más pequeños, como flotadores, a ambos costados. Iban de tres a diez hombres en cada una. Unos sentados, otros de pie remando, y algunos nadando sujetos de donde podían. En pocos minutos rodearon las naves y después de golpear el casco del *San Jerónimo* varias veces y entender que ese gigante extraño era de madera, se animaron a trepar a bordo.

Mendaña indicó tranquilidad a todos y se plantó para recibirlos en la cubierta amistosamente, con la frase colonizadora de rigor:

—Atención, aborígenes, a partir de ahora deberán someterse a mi autoridad en representación del rey de España, abandonar a sus ídolos paganos y abrazar la fe cristiana.

El coronel Manrique, precavido, ordenó a sus hombres que cargaran los arcabuces. Ysabel se quedó con su séquito en la toldilla de popa, pues no pensaba perderse el primer acercamiento con los nativos, que parecían más salvajes que los del virreinato del Perú que estaba habituada a ver. Iban desnudos, sus cuerpos cubiertos apenas por infinitos tatuajes de color azul. Tenían piel clara, casi tan blanca como la de los españoles. Eran grandes, fornidos, de miembros largos y buen talle. Llevaban largas cabelleras sueltas y rostros lampiños. Uno de los soldados exclamó:

—¡Lindos muchachos! Da gusto verlos. Y si así son ellos, no puedo esperar a que encontremos a las mujeres.

Las risotadas no se hicieron desear, pero el Adelantado las acalló porque el estruendo asustaba a los visitantes. Varias decenas de ellos ya estaban en la cubierta, con una ofrenda de frutas en las manos: cocos, plátanos y cierta especie de nueces. Se percibía el miedo en sus miradas ante los extraños seres que veían con cascos brillantes en lugar de cabellos y sin piel a la vista. Hasta que Quirós sugirió:

—Marineros, ¡a quitarse jubones y túnicas! Que estos salvajes vean nuestros pechos y brazos desnudos.

Mientras hablaba se deshizo del casco y la camisa, y se arremangó los pantalones. El isleño más cercano a él se animó a rozarlo y rió. Dijo algo inentendible a sus colegas, que hizo que los forasteros entraran en confianza: empezaron a tocar todo lo que les llamaba la atención. Tiraron de las barbas y los cabellos, palparon las pieles, pero se veían especialmente fascinados por los objetos metálicos. Y lo que les gustaba y no estaba sujeto al barco, se lo apropiaban, lanzándose al mar con el botín en las manos. La orden del Adelantado ante el desmán fue implacable:

—¡Detenganlos! Nos están robando —dijo, y sembró el caos.

La batalla que siguió incluyó golpes de puños y navajas. De hierro las de unos, de cañas afiladas las de los otros.

Desde las canoas repicaban los canaletes contra los troncos, arengando a sus compañeros. La mayoría arrojaron piedras, y algunos, lanzas hechas de ramas. Un arcabucero apuntó hacia la multitud en el agua y dio en el blanco: un padre con su hijo, de unos diez años, que buscaban escapar nadando. Las figuras se retorcieron abrazadas un rato y luego se hundieron en el agua enrojecida por su propia sangre.

—¡Dos de un tiro! ¡A ver quién puede superar eso! —se jactó.

—Pero ha sido por la espalda, eso no cuenta. Vamos a darles de frente —respondió otro dirigiendo el arma hacia los que estaban en las canoas.

Después de las primeras descargas otros arcabuces más se les unieron y dispararon. Y recargaron y volvieron a tirar, una y otra vez. Los aullidos de dolor provenientes del mar hicieron que las damas se cubrieran las orejas con las manos mientras escapaban hacia el interior de las naves, gritando también, asustadas por los estruendos. Ysabel se negó a seguirlas. Se quedó firme en donde estaba, aturdida por lo que veía, pero sin querer perderse detalle. Nunca había imaginado que sería testigo de una batalla verdadera, en la que moría gente a su alrededor. La novedad le aceleraba las palpitaciones, podía escuchar los latidos de su propio corazón. Vio a un nativo que se le acercaba y extendía el brazo hacia ella. Dio un paso atrás y nunca supo si él sólo quería tocarle los cabellos o si tenía intenciones de lastimarla: la espada de Mendaña atravesó al nativo desde la espalda y asomó la punta metálica ensangrentada por el pecho, a escasa distancia de Ysabel. Espantada por el muerto que cayó a sus pies, no logró emitir sonido. Se quedó muy quieta en donde estaba. Enseguida vio que otro indígena intentaba trepar a la cubierta, sujeto al borde del barco con ambas manos. Con horror presencié cómo la gruesa espada de Mendaña lo golpeaba con fuerza hasta alcanzar la madera, seccionando el brazo en un solo movimiento. El puño sangrante cayó cerca de ella y le salpicó la falda, mientras el hombre aullaba y se desplomaba hacia el mar.

El grito hasta entonces atrapado en la garganta de Ysabel escapó con fuerza.

—¡Nooo! ¡Basta yaaa! ¡Deben dejar de matar gente!

—¡Doña Ysabel, no se quede aquí! Vaya abajo con las damas, para protegerse de los salvajes —le ordenó Mendaña sin hacerle caso, tajeando a otro nativo con su espada hasta hacerlo caer.

—¡No me iré! Esto sin duda acabará en breve. ¡¿Qué espera para detener esta masacre?!

—No la detendré. La batalla cesará por sí misma cuando los bárbaros se retiren, o cuando estén todos muertos.

—¡Santo Dios! —Se santiguó indignada—. ¿Acaso ésta es la forma de colonizarlos?

—Pues sí. Hay que dominarlos, mostrarles quién es más poderoso. Así nos obedecerán y aceptarán a nuestro rey y a Nuestro Señor.

—¡¿Cómo puede decir eso?!

—¡Porque así lo ha dicho Su Majestad! El rey Felipe dictó en sus «Ordenanzas para la población y pacificación de las Indias» que hay que reducir a nuestra obediencia a los naturales a cualquier costo.

Ysabel sintió que las náuseas la dominaban. Su marido ni siquiera había intentado convencer a los indígenas por las buenas para que abandonaran la nave. Le costaba creer que ése era el método de colonización habitual. La naturalidad de Mendaña le hizo entender que ya lo había utilizado en el viaje anterior y que planeaba repetirlo a pesar de lo que ella pudiera decir. Se inclinó sobre la borda para vomitar hacia el exterior, y descubrió cientos de cuerpos sin vida, entre las canoas y el agua.

El caos duró largos minutos. Hasta que los sobrevivientes heridos se retiraron hacia la arena.

—Listo, no nos molestarán más —dijo el Adelantado, y sus palabras remarcaron el pesado silencio que se había instalado sobre la flota. Los hombres, con las armas humeantes en mano, no hablaban. Las damas, alejadas, no se escuchaban. Ysabel sufría por el dolor apretado en su garganta, que le impedía decir lo que sentía. Todo era quietud. El viento dejó de soplar, los

insectos cesaron su vuelo y ya no saltaban peces en el agua. Hasta la naturaleza había callado frente al horror. Ni pájaros ni monos ni ningún otro ser vivo se animaba a interrumpir el mutismo tras la matanza.

Manrique fue el primero en hablar:

—No estuvo mal el primer combate. Aprendieron la lección —proclamó orgulloso.

Quirós asintió con un movimiento de cabeza. Luego Mendaña continuó al disiparse la nube de pólvora que los rodeaba:

—No veo desembocaduras de cursos de agua dulce desde aquí. ¿Sugiere acercarnos más a tierra, piloto?

—La costa no parece accesible, general.

—Tiene razón. Mejor vayamos a la próxima isla.

Quirós dio las órdenes necesarias y al rato dejaron atrás la orilla teñida de rojo, sin inmutarse por el tendal de cadáveres que la marea acumulaba en la arena, comenzando a formar una escollera de seres humanos sin vida.

Navegaron un par de días alrededor de los siguientes islotes buscando dónde desembarcar pero las costas inhóspitas no les ofrecían las condiciones necesarias para acceder a tierra y reabastecerse. Apenas les dieron nombre: San Pedro y Dominica.

Al tercer día alcanzaron la cuarta isla, a la que llamaron Santa Cristina. Entre la tupida selva de palmeras y arbustos que poblaba la orilla descubrieron un canal navegable que les permitió entrar a una ensenada con facilidad.

—¡Atención! ¡Enemigos a estribor! —clamó el vigía al divisar un grupo de canoas con nativos acercándose a la flota.

Antes de que se aproximaran el maese de campo Manrique ordenó:

—¡Todos los arcabuceros a sus puestos! ¡Preparen pólvora y pedernales, soldados! No quiero que ni uno de esos salvajes ponga los pies en las naves de Su Majestad esta vez. ¡Fuegooo!

Las primeras estampidas alcanzaron para espantar a los visitantes. Con algunos heridos, pero sin emular la matanza anterior, las canoas se dispersaron con rapidez.

Con la costa libre, Mendaña ordenó el desembarque. Primero puso pie en tierra el coronel Manrique, acompañado por medio centenar de soldados armados, para reconocer el lugar. Al regresar informaron que los naturales de esa isla eran amigables. Por lo que el Adelantado indicó que todos bajaran para rezar una misa. El vicario se santiguó, agradecido. Desde hacía meses que no oficiaba la ceremonia religiosa, ya que la Iglesia no permitía la celebración a bordo. Sólo podía realizarse en tierra firme y en territorio no infiel. Para eso, bendijo la propiedad que el Adelantado acababa de reclamar para el rey Felipe II, tras llamar al conjunto de islas Las Marquesas de Mendoza, en honor al virrey Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete. Arrodillada junto a su marido durante la oficialización del nombre del lugar, Ysabel se entusiasmó pensando en que pronto ella también tendría ese título. Estaba muy cerca de alcanzar su sueño. Intentó alejar de su mente la desolación que la acechaba, buscó espantar la nube de melancolía que empañaba el brillo de la hazaña conquistadora, prometiéndose rezar por los muertos que la expedición dejaba en su camino.

Poco después comenzó la misa, y los cantos entonados por la multitud llamaron la atención de los nativos. Al ver a los visitantes rezando, muchos se acercaron y se mezclaron con los

expedicionarios imitándolos: se arrodillaban cuando ellos lo hacían y hasta unían las manos copiando la pose durante las oraciones. Eso hizo que Mendaña proclamara, orgulloso:

—La tarea evangelizadora de esta expedición ha comenzado. Ya tenemos nuevos fieles para Nuestro Señor.

Ysabel lo miró a través de los párpados entrecerrados. Le costaba creer que su marido estuviese convencido de lo que decía. Nadie podía pensar que esos indígenas habían abrazado la nueva fe por haber escuchado una misa. Estaban allí sentados por casualidad. Sin duda Mendaña hablaba para convencer a los demás de un logro de la expedición, pero al tanto de su error. Aunque no conocía bien el alma del hombre que la desposara, y apenas estaba descubriendo sus facetas más oscuras, sí sabía que no era tonto. Su inteligencia le permitía observar la realidad con agudeza, pero en ese momento no lo estaba haciendo. *¿O sí?*, se preguntó. *¿Sería una estrategia del Adelantado, que aprovechaba una situación fortuita en su provecho?* Estaba analizando si eso le provocaba admiración o rechazo, cuando percibió extraños movimientos a su alrededor. Al terminar la ceremonia los españoles se habían encontrado con muchos nativos sentados entre ellos, hombres y mujeres, todos desnudos por igual. La afabilidad de los lugareños y sus sonrisas fueron tomadas por los soldados como una invitación carnal. La falta de ropa de las mujeres les sugirió que podían acariciarlas libremente. Pocos minutos después los toques derivaron en lascivas uniones de los cuerpos.

Espantados por las cópulas que se multiplicaban alrededor de ellos, los tres sacerdotes y el hermano lego presentes corrieron entre las parejas que buscaban refugio detrás de árboles y arbustos, intentando separarlas, pero al rato abandonaron el vano esfuerzo. Resignados y escandalizados, Mendaña, las damas y los religiosos regresaron a las naves, sin volver la vista atrás.

—¡Es una vergüenza! Una afrenta intolerable a la fe cristiana —se quejó el vicario—, debe castigar con toda la fuerza de la justicia del hombre a los culpables de este comportamiento, don Álvaro. Yo me ocuparé de las penitencias divinas.

—Lo sé, padre. Pero será difícil sancionar a las tropas cuando el propio Manrique estaba entre los licenciosos. Lo vi corriendo con una joven de la mano hacia los pastizales —respondió incómodo—. Resultará más efectivo escarmentar a las nativas y enseñarles a comportarse.

—Estoy de acuerdo, la evangelización de estas indígenas es una de las misiones de esta expedición. Debemos aleccionarlas con el látigo y salvar sus almas, antes de que con sus malas costumbres envicien a nuestros fieles.

—¿Eso significa que sólo castigarán a las mujeres? Los soldados también participaron de este bacanal, y hasta diría que lo promovieron. ¡Ellos son los responsables! —los interrumpió Ysabel, ofuscada.

—Doña Ysabel, las nativas fueron la tentación que llevó a nuestros hombres al pecado. Sólo debemos apartar esa manzana del camino de los soldados.

Indignada por la torcida visión de la realidad que alcanzaba al sacerdote, Ysabel se mordió la lengua para no responder. En su mente se forjó otra idea sobre quiénes eran culpables de aquellos libertinos encuentros. Si don Álvaro y el vicario se proponían instruir a los indígenas sin antes educar a los soldados que ellos mismos habían llevado hasta allí, la tarea de civilizarlos sería apenas una utopía.

8

Octubre de 1593.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

La fuerza del abrazo le reveló a Nando que su tío no se había enterado de la estadía en la cárcel. El gobernador Gómez Pérez Dasmariñas lo recibió en la principal residencia de Manila demostrando su alegría por el reencuentro, a más de tres años de la partida de su sobrino.

—¡Que traigan vino! El mejor de mi bodega para celebrar este momento —ordenó a un par de criados con rasgos nativos que esperaban de pie en un rincón.

—Le agradezco el recibimiento, tío Gómez.

—Es que estoy feliz por verte. ¡Creí que estabas perdido con tu barco en el fondo del mar, muchacho! Cuéntame dónde has estado.

—Es una larga historia, tío. Me gustaría darme un baño antes de sentarnos a charlar, si no se opone. He estado mucho tiempo viajando y ansío sentirme limpio.

—Claro, por supuesto. Ve a refrescarte, y luego te espero para saborear un buen vino español. Le diré a tu primo Luys que se nos una para la charla.

Nando se retiró disfrutando de la sensación del baño por anticipado. Acaba de pasar más de un mes en un barco, donde apenas podía lavarse con agua fría. El viaje de regreso de Mogok a Manila había sido más rápido que la ida, cuando marcharan desde Macau hasta las minas a través de las selvas de la península malaya. Durante la vuelta, él y Sauro sólo habían viajado una semana por tierra, alternando entre bueyes y asnos según las dificultades del camino. Luego se habían embarcado para descender cientos de leguas por el río Ayeyarwadi hasta las costas del Mar Índico, y desde allí seguir con rumbo a las Filipinas.

Recorrió ensimismado los pasillos de la gran casona de piedras, casi un palacete, con el típico diseño español de muchas habitaciones ubicadas alrededor de varios patios continuos, tan diferente de la cabaña de Aeysuú. Agradeció que nada allí le recordaría a la muchacha que había abandonado. Conocedor del enorme poder de su mente sobre su corazón, decidió que aquella etapa estaba cerrada, no volvería a pensar en ella. Caminó y disfrutó del fresco y dulce aroma de las sampaguitas, la delicada flor blanca típica de esas tierras, que perfumaba todos los ambientes.

Respiró hondo para llenarse los pulmones con él y lo invadió una reconfortante sensación: estaba en casa. Después de cenar con la familia ajustaría los planes que había empezado a delinear para el futuro. Pensaba vender parte de los rubíes a los vecinos filipinos, y enviaría el resto a la España, donde tendrían un valor mucho mayor. O quizás le conviniese llevar las piedras él mismo y ofrecerlas al rey a cambio de un título. El problema era que el Galeón de Manila, la nave de la corona española que hacía la ruta entre las Filipinas y Acapulco cada año cargada de mercancías orientales destinadas a Sevilla, ya había zarpado. Nando debería esperar la llegada del Galeón del año siguiente, dada la relación de comercio monopólico entre las colonias y la península, para embarcarse en él con sus rubíes. Sacudió la cabeza, molesto por una espera tan larga, y trató de controlar la ansiedad. Se recordó que tendría tiempo para evaluar todas las opciones antes de tomar una decisión. En ese momento todos sus anhelos se concentraron en el agua caliente que encontró esperándolo en la habitación: se sacó las ropas sucias del viaje, se sumergió hasta el cuello y no pensó en nada más.

Regresó a la sala una hora después, vestido como el caballero que era. No había elegido grandes galas sino una amplia camisa ajustada a la cintura con una faja de seda sobre un pantalón del mismo material, muy adecuadas para la comodidad de una cena íntima en la residencia oficial.

A poco de entrar en el salón donde lo esperaba su tío, Nando se vio atrapado en un abrazo que le cortó el aliento.

—¡Pensé que estabas muerto, maldito seas, pero parece que el infierno no es tu lugar aún!

—¡Luys, primo! Me enviarás allí pronto si no me permites respirar —dijo entre carcajadas y devolviendo a su vez el cariñoso gesto.

Don Luys Pérez Dasmariñas era apenas un par de años mayor que su primo hermano y a pesar del parentesco no se parecían en nada: los rizos oscuros y piel muy blanca contrastaban con la cabellera rubia y lacia de Nando, y con su tez más dorada; tampoco era tan alto como él. Habían crecido compartiendo maestros, juegos y primeras armas. Al llegar a la adultez se convirtieron en compañeros de aventuras y también en socios en los incipientes negocios. Luys había financiado la expedición de Nando en busca de perlas y planeaban lanzarse juntos al mar, pero el azar de unas insistentes fiebres le había impedido unirse a su primo.

—Realmente me complace verte, primo. Es un milagro recuperar a alguien a quien creías muerto. ¡Dame otro abrazo! —exclamó con genuina felicidad. Con el reencuentro Luys volvía a sentirse alegre. Había sufrido mucho por la pérdida del primo a quien amaba como a un hermano desde su niñez. El duelo no sólo había causado la disminución de sus risas, sino también lo había llevado a beber buscando aplacar el dolor.

El cariño de Luys calentó el corazón de Nando. No había pensado en lo que sus parientes habían tenido que enfrentar al creerlo muerto. Para compensar aquel dolor, los entretuvo con anécdotas de sus viajes, y luego prometió a su tío obsequiarle el primer rubí tallado que obtuviese de su colección. Entre risas, copas, una exquisita cena de tres platos y luego unos puros, relató sus aventuras, torciendo un poco algunos detalles: cambió la cárcel de Macau por una isla deshabitada, de la que, según dijo, le había costado mucho salir.

—Ah, sobrino, debo decir que no sólo me alegra que estés vivo, sino que me satisface que hayas regresado precisamente en este momento —se regocijó don Gómez—. Porque debo hablarles a ambos de un asunto importante.

—Diga, padre —lo alentó su hijo arrastrando las palabras mientras se llevaba a la boca otra copa llena de vino.

—Sugiero que dejes de beber, Luys. Lo que quiero explicar es trascendente y ya estás tan borracho que dudo que puedas caminar en línea recta. Agradezco que tu primo esté aquí para acompañarte en la tarea que voy a encargarte, no podrías comandar una expedición naval tú solo.

—Lo escuchamos, tío —intervino Nando para evitarle un bochorno a su primo, quien difícilmente podría ponerse de pie y cumplir la consigna.

—Ha llegado la hora de ampliar las posesiones españolas en esta región. Buscaremos ganar almas para el Cielo y reinos para la España —pronunció con solemnidad—. Iremos a conquistar Tornate, una isla en las Molucas. Necesito que ambos partan hacia el sur, al frente de unas cien naves bien armadas y me esperen en Pintados. Yo llevaré el resto de la flota en una semana y juntos avanzaremos sobre los nativos.

—¿Ternate no está en manos portuguesas, tío?

—Ya no, el fuerte que tenían fue destruido por los salvajes y sus habitantes, asesinados. Por eso quiero ocuparla, antes que de lleguen más portugueses, flamencos o británicos por ella. Sé que todos tienen los ojos puestos en los exquisitos productos de esa isla. Dicen que hay grandes cantidades de nuez moscada y clavo de olor; más que en ningún otro lugar. Quien se apropie de esas tierras obtendrá enormes ganancias al vender las especias en el Viejo Mundo. He escuchado que un clavo llegó a pagarse diez ducados, debido a su escasez, hace unos meses.

Nando analizó la información recibida en silencio. No deseaba volver a partir tan pronto, ansiaba por un período de descanso en casa y poder ocuparse del negocio de los rubíes, pero tampoco podía negarse al pedido de su tío. Sabía que Luys no estaba en condiciones de dirigir la flota sin ayuda. Lo que antes le pareciera apenas una afición juvenil a la bebida, se había intensificado durante su ausencia: en la cena lo vio vaciar su vaso casi una decena de veces. Se sintió en la obligación de asistir a sus parientes en ese emprendimiento.

—Puede contar conmigo, tío —dijo sin que se notara la resignación en la voz—. Pero ¿no sería más conveniente llevar una flota mayor toda junta?

—Sí, sin duda, pero aún se están construyendo algunas naves: varias galeras de remo con cuarenta asientos. ¡Tomarán gran velocidad con ochenta hombres en cada una! —concluyó exultante—. Los alcanzaré en pocos días, sin que nos afecten los vientos, y llegaremos todos juntos a Ternate. Te agradezco tu apoyo sobrino y cuento contigo para encarrilar a mi hijo.

Nando se volvió hacia su primo, esperando encontrarlo incómodo por semejantes palabras paternas, pero Luys estaba profundamente dormido en la silla, con la cabeza caída hacia un lado y la boca entreabierta. Sin duda necesitaría de toda su ayuda.

—¡Suelta la moneda que me debes, ladrón! ¡Has hecho trampa!

—¡No es cierto! Te gané en buena ley. Si me llamas manilargo otra vez te romperé la nariz.

Las risotadas que habían rodeado a los cuatro hombres durante el juego de naipes unos momentos antes estaban a punto de convertirse en golpes de puño. Los marineros y soldados a bordo de la fragata piloteada por Nando habían perdido la paciencia muchos días atrás. Llevaban casi un mes fondeados frente a la isla de Pintados, esperando la llegada del gobernador, pero no

había señales de la flota en el horizonte. Nando estaba evaluando si enviar una nave correo a Manila en busca de nuevas órdenes de su tío, cuando el vigía anunció que se aproximaba una embarcación pequeña con bandera española. *Sin duda traerá noticias de mi tío*, pensó esperanzado. Pero cuando los dos mensajeros subieron a bordo no escuchó lo que deseaba: Gómez Pérez Dasmariñas había sido asesinado pocas horas después de partir de Manila. Los remeros chinos contratados para impulsar la galera se amotinaron y mataron a casi todos los españoles a bordo para robarles la nave durante la madrugada. Su tío había recibido el golpe de una filosa catana en la cabeza mientras se levantaba del lecho para reprimir la rebelión, y murió en el acto. Apenas un párroco y un soldado habían logrado escapar a nado hasta otra de las naves para pedir ayuda. Así llegó la noticia de la muerte del gobernador a Manila, lo que hizo que de inmediato su segundo, Pedro de Rojas, asumiera su lugar; y una de sus primeras órdenes fue hacer regresar la flota que esperaba en Pintados. La conquista de la rica Moluca sin dueño quedaba descartada.

Nando asimiló la principal noticia en pocos segundos: su tío estaba muerto. El dolor le invadió el pecho pero, como siempre, logró controlar sus sentimientos: desplazó la melancolía e ignoró la tristeza. Debía dar las indicaciones para el tornaviaje. Y, además, tenía que comunicárselo a Luys.

Lo encontró en el camarote, inconsciente sobre el escritorio, con restos de vino volcados cerca del rostro, sobre las cartas de marear. No había manera de hablar con él en esas condiciones. Sin titubear Nando tomó una jarra de agua de la mesa contigua y la vació sobre la cabeza de su primo. Sobresaltado, Luys se enderezó en la silla y se restregó los ojos.

—¿Qué...? ¿Te has vuelto loco? ¡No era necesario hacer eso!

—Sí, lo era. Debemos hablar.

—¿Acaso no podías esperar a que me despertase?

—No, porque al despertarte lo primero que haces es beber, y conviene que estés sobrio para esta conversación —replicó con paciencia.

—¡No quiero conversar! —exclamó molesto—. Déjame dormir.

—Tu padre ha muerto —soltó con brutalidad para hacerlo reaccionar—. Fue asesinado por unos remeros chinos amotinados.

La frase logró despejar los últimos vahos de alcohol de la mente de Luys. Empalideció y se sentó muy derecho, con la espalda pegada al respaldo.

—¿Me estás mintiendo? ¿Es una de tus bromas?

—Jamás te mentaría con una broma de tan mal gusto. De verdad lo siento, primo.

Luys asintió y bajó el mentón hasta el pecho. De inmediato llevó la mano hasta la copa cercana, pero estaba vacía. Intentó tomar la bota pero Nando la corrió de su alcance.

—No, debes mantenerte sobrio. Alguien ha ocupado tu lugar y debemos pensar en cómo hacer para recuperarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu padre te designó su sucesor. El rey le otorgó el poder de elegir a quién lo reemplazase si le ocurría algo en estas tierras lejanas, y sé que el tío Gómez dejó las indicaciones con tu nombre por escrito: yo firmé como uno de los testigos del acta. Debemos ir a buscar ese documento y sacar al actual gobernador de la silla de tu padre, ese puesto es tuyo.

Luys dejó caer la cabeza entre los brazos.

—No puedo, Nando. Ese cargo es demasiado para mí. Yo sólo ayudaba a mi padre, no me atrevo a ocupar su lugar. Habrá que tomar muchas decisiones y no seré capaz de hacerlo.

—Déjate de tonterías. Es lo que tu padre quería y así lo ordenó, debes cumplir su deseo. Te preparaste durante años para ser un funcionario real, por supuesto que podrás hacerlo.

—No lo creo, me cuesta concentrarme, tengo problemas de memoria.

—Tu problema no es la memoria, sino la bebida. En cuanto la dejes estarás bien.

—No creo poder enfrentar todo esto. ¿Me ayudarás?

—Por supuesto —respondió, conmovido por la desolada mirada de su primo y le palmeó la espalda—. Enjuágate el rostro y ve a la cubierta a tomar aire fresco, te hará bien.

Luego salió llevándose la bota de vino. Debería cuidar a Luys durante los tiempos que se aproximaban. No podría ausentarse de Manila para vender los rubíes. Su viaje al Viejo Mundo tendría que esperar.

Las campanadas de la iglesia convocaban a la misa del mediodía, pero al igual que los demás hombres a su lado, Nando de Castro no pensó en abandonar la reunión para asistir. Respetuosos, todos esperaron en silencio que dejaran de tañer. Estaban en el Cabildo, ubicado en uno de los laterales de la Plaza Mayor y enfrente de la Iglesia Mayor, que aún no reunía las condiciones para ser nombrada Catedral. En los otros costados del cuadrado central que marcaba el ritmo de la vida en Manila estaban la residencia del gobernador y las casas de los vecinos principales. La ciudad estaba construida con el mismo modelo que ordenaban las Leyes de Indias para todas las colonias españolas: casas que se expandían a partir de una plaza cuadrada en medio, a cuyo alrededor se debían levantar la iglesia, el Cabildo y la morada oficial.

Esa mañana había más de dos docenas de vecinos filipinos en la sala capitular, todos de origen español, dada la importancia de la cuestión por resolver: habían pasado más de cuarenta días desde la muerte del gobernador Pérez Dasmariñas, y el autoproclamado sucesor, Pedro de Rojas, no estaba dispuesto a abandonar su sillón.

La llegada del hijo del difunto el día anterior obligaba a Rojas a participar en esa reunión, pero apenas pensaba dar el pésame a don Luys y después pedirle que desocupara la residencia oficial, a donde él ansiaba mudarse. Aunque la designación de don Gómez hacia su hijo era un secreto a voces, durante la ausencia de los Dasmariñas el flamante gobernador había revisado todos los papeles de su antecesor, incluida la caja fuerte, y no había hallado nada. Por lo que decidió aferrarse al nuevo puesto y tomó la palabra antes que nadie.

—Caballeros, estamos aquí reunidos para realizar un homenaje al difunto gobernador. Todos lamentamos el inesperado deceso, sin duda su familia se ocupará de que se rece una apropiada cantidad de misas por el descanso del alma de don Gómez. Y dada la notable asistencia de vecinos a la sesión de hoy, propongo que tratemos un tema de vital importancia para la ciudad cuyo destino está en mis manos: ¿deberíamos ampliar la construcción de la muralla de piedra alrededor de Manila? La obra que comenzó Dasmariñas ya está concluida, ¿qué opinan de prolongarla?

—Disculpe la interrupción, señor gobernador interino —tronó la voz de Nando en su tono más grave. Buscaba llamar la atención y lo logró—. Creo que los caballeros aquí presentes coincidirán en que expandir el muro de nuestra ciudad no es lo más importante hoy. Hay un tema prioritario, por el cual estamos todos reunidos: el nombramiento de vuesa merced fue provisorio,

dada la lejanía de don Luys, pero ahora que está de regreso, todos saben que él fue designado gobernador por su padre para sucederlo post mortem.

—¿Todos lo saben? ¿Quién puede afirmar que sea verdad? Ese nombramiento no tiene fundamentos, don Castro —respondió sin mostrar alteración el hombre, aunque la mano que se pasó por la cabeza reveló cierto nerviosismo.

—Sí los tiene: se halla en mi poder el acta por el cual don Gómez Pérez Dasmariñas designa gobernador de la capitanía de las Filipinas a su hijo Luys.

El murmullo que recorrió la multitud fue acompañado por una ola de cabezas que asentían.

—¿Trajo el documento, don Nando? —preguntó complacido el escribano real, amigo de don Gómez y redactor del papel en cuestión.

—Aquí está —dijo, y extrajo un pliego lacrado de su chaqueta—, a disposición de quien quiera leerlo.

Su tío le había confiado el documento después de que ambos lo firmaran, a poco de su llegada a Manila, y la intuición de Nando le había hecho ocultarlo fuera de la residencia del gobernador: lo había entregado a un sacerdote bajo secreto de confesión, y el religioso lo había escondido para él. La noche anterior, al bajar del barco, había ido hasta la lejana iglesia de San Francisco a recuperarlo.

El escribano lo tomó y tras examinarlo unos momentos anunció:

—Es verídico. Lleva mi firma y sello, además del de don Gómez, por supuesto. Caballeros, a partir de este momento tenemos nuevo gobernador: don Luys Pérez Dasmariñas.

Nando fue el primero en inclinarse ante su primo y pronto los demás lo imitaron.

—¡Larga vida al gobernador!

Las demás voces repitieron el buen augurio. Y mientras el flamante funcionario agradecía, su primo continuó abriéndole camino, esta vez en sus primeros pasos en el rol de anfitrión.

—Caballeros, cuando se cumpla un mes del luto riguroso, el gobernador Dasmariñas tendrá el honor de recibir a todos en una fiesta en la residencia oficial, para celebrar su nombramiento —anunció.

Mientras un coro de aplausos vitoreaba a Luys, Nando se preguntó si estaría empujándolo por el sendero correcto. Estaba tan ocupado evaluando las actitudes de su primo, que no percibió el odio en la mirada que don Rojas dirigía hacia él.

Aunque no era vecino de la ciudad, Sauro Taboada había sido invitado a la fiesta del gobernador y se paseaba por el salón del palacete orgulloso de estar allí. Los rubíes obtenidos en Mogok le habían permitido comprar un exquisito vestuario. Cubierto por una elegante capa que llegaba hasta el piso, de la que asomaban pantalones de seda y zapatos de terciopelo, y con los rulos bajo control en una tirante coleta, nadie podía sospechar de su origen humilde. Lo mejor de la sociedad filipina lo trataba como a un par, dedicándole inclinaciones de cabeza y formales sonrisas. Sauro estaba exultante. Cuando un criado nativo se detuvo frente a él y le ofreció una bandeja cargada con copas de plata, no pudo evitar soltar una carcajada. Aceptó una y mientras la llevaba a los labios sus ojos se fijaron en una joven al otro lado del salón.

Después de estudiarla en silencio un rato dedujo que estaba a cargo de la dueña de más edad que dormitaba en una silla a su lado. Aunque el mohín de la boca no buscaba ocultar el aburrimiento, la muchacha se ocupó de disimular el inevitable bostezo tras un abanico de nácar.

Una rica pieza, sólo accesible en esa región del mundo. *En la España podría costar el valor de un rubí*, calculó Sauro. *Y yo puedo pagarlo*, se enorgulleció. Eso lo envalentonó y con paso firme se aproximó a ella, decidido a iniciar una conversación.

—Lamento que la fiesta no sea de su agrado. Un rostro tan hermoso no debe esconderse —dijo con una profunda inclinación que dio vuelo a la capa.

—No me escondí, fue apenas un gesto de decoro —respondió con una fugaz sonrisa, que si bien no incentivaba la charla, tampoco la descartaba del todo. Los movimientos del abanico y una mirada pícara lo invitaron a continuar.

—¿Está aburrida?

—Ansío por el momento del baile. Las recepciones de bienvenida son demasiado largas —respondió con educación.

—La ansiedad es un defecto de la juventud, pero puede quedar oculta detrás de las incontables virtudes que sin duda se esconden en el alma de una joven dama.

—Palabras muy galantes, caballero —agradeció con un gesto de la cabeza y otra sonrisa.

—Espero hayan sido tan de su agrado como para concederme la pieza de apertura del baile.

—Lo pensaré... —Jugó con él, entre displicente y seductora.

—Mientras lo piensa, ¿puede revelarme su gracia?

—Clementina de Monteagudo, para servirle.

—Sauro de Taboada, a sus órdenes.

Las breves sonrisas de la muchacha se repetían a medida que la conversación avanzaba. Sauro se sentía en las nubes. Hasta que algo cambió en ella. Sus labios se abrieron de golpe en un inequívoco gesto de admiración. Él siguió la vista de Clementina, para descubrir el motivo de esa variación, y se encontró con su entrañable amigo: Nando acababa de entrar al salón de baile. La imponente figura actuaba como un imán para todas las miradas. El cabello dorado brillaba sobre la capa de terciopelo oscuro, del color de la noche.

—Ohhh —escapó de los labios de Clementina. Un sonido de múltiples interpretaciones, pero después no dijo nada más.

—Me tomaré el atrevimiento de preguntar —anunció Sauro incómodo, con la mandíbula contraída—: ¿conoce al caballero?

Clementina no respondió, apenas sacudió la cabeza de lado a lado con el rostro enrojecido. Satisfecho con la respuesta, Sauro decidió continuar avanzando por el sendero del galanteo. Estaba narrándole parte de sus aventuras en la búsqueda de unas exquisitas perlas, cuando la música de los laúdes cambió: dejó de ser un simple detalle de fondo para convertirse en protagonista, estaba por empezar el baile. Contento por haber acaparado la atención de la muchacha durante tanto rato, se animó a ofrecerle la mano para llevarla a la pista y ella aceptó.

Con los dedos enguantados enganchados, repitieron armoniosas vueltas por el salón entre varias decenas de parejas. Pero cuando al terminar la pieza él le pidió que lo acompañara en otra más, ella se negó y se despidió con una reverencia, para regresar sola a su sitio, junto a la chaperona adormecida.

Aunque ansiaba por más, Sauro debió conformarse. Se retiró al salón principal, donde Nando le hizo gestos para que se le uniera a la charla junto a otro caballero.

—Ven, amigo. Quiero presentarte a quien nos ha comprado una buena parte de nuestros rubíes. Don Manuel, Sauro de Taboada es mi socio en el negocio de las piedras. Si alguna vez

estoy de viaje y desea más, cómprele. Confíe en él como confiaría en mí.

Presentarle a los clientes era un generoso gesto de parte de Nando; él ya era socio en el asunto, pero eso le daba más poder. Copas en mano, la conversación se extendió. Aunque ansiaba volver a bailar con la misma muchacha, no podía retirarse de allí. Y halagado por las palabras que dijera de él, tampoco pudo negarse cuando Nando le pidió que controlara que el flamante gobernador no bebiera. El grupo ya se había disuelto y estaban a solas.

—He ordenado al negro Teodoro que esté siempre detrás de Luys y le sirva sólo agua. Pero un esclavo no puede intervenir si alguna copa de vino llega al alcance de mi primo. En ese caso tú deberás actuar y detenerlo.

—¡Yo tampoco puedo impedirle hacer algo! ¡Es el gobernador! —exclamó espantado.

—Pero podrás hablar, interrumpirlo de alguna manera. Estás vestido como un caballero, ya hallarás la forma de evitar que se emborrache. Por favor, amigo, es importante.

Sauro no encontró cómo rechazar un pedido de Nando. Guardó las ganas de regresar junto a Clementina y se convirtió en la sombra de don Luys durante el resto de la fiesta.

Cuando unas horas después el gobernador, agotado, se despidió y marchó a sus aposentos, Sauro buscó a la muchacha pero no la encontró. Sin duda se había retirado mucho antes.

Tras la partida del anfitrión la fiesta se disolvió con rapidez. La música todavía sonaba pero apenas quedaban algunos invitados borrachos que no querían despegarse de las copas con buena bebida, otros durmiendo en cómodas sillas, y una fila de damas esperando que sus esclavos las fuesen a buscar cargando las sillas de manos. Sauro dio la última vuelta por los salones en busca de Nando pero no lo encontró. Estaba a punto de retirarse él mismo a su habitación, en un sector más modesto de la residencia, cuando llamó su atención un griterío. Exaltadas voces de hombres y lamentos de mujer se entremezclaban. Siguiendo los sonidos llegó a la biblioteca. Antes de que alcanzara a golpear, la puerta se abrió con fuerza y salió corriendo con pesadez una gruesa mujer con cabellos blancos. Llevaba un pañuelo contra la boca y sacudía la cabeza entre sollozos. A Sauro le pareció familiar, pero no logró reconocerla. Cuando él mismo entró a la sala no pudo evitar que su quijada cayera ante la escena.

Un caballero entrado en años gritaba acalorado, con el rostro enrojecido. En una banqueta a sus pies una joven lloraba, intentando cubrir la desnudez que revelaba el jubón abierto del delicado vestido de fiesta. A unos pasos de ella, un elegante hombre se abrochaba con prisa los pantalones e intentaba acomodar el resto de las desarregladas prendas.

—¡Es un sinvergüenza! ¡No es digno del título de caballero!

—Yo no...

—¡No puede negarlo! ¡Mi hermana los ha visto! Yo mismo he llegado a esta sala cuando todavía estaban desvestidos. Es innegable la indecencia que acaba de ocurrir aquí. ¡Ha deshonrado a mi hija! ¡Deberá compensar esta afrenta! ¡Lo obligaré a desposarla!

—No, señor, no lo haré. Lamento que nos haya encontrado en tan poco decorosa situación, pero la virtud de su hija ya había desaparecido antes de que yo me acercara a ella esta noche.

Los sollozos de la muchacha y los gritos del padre se unieron en un poderoso aullido.

—¡No mienta! ¡Ofenderla no lo ayudará a escapar a su destino! ¡Se casará con ella!

Sauro cerró la puerta de la biblioteca por dentro para evitar que más gente presenciase el escándalo. Su mano temblaba sobre el pomo, todavía tratando de asimilar lo que estaba presenciando, mientras el padre de la llorosa Clementina intentaba alcanzar con el puño la

mandíbula de Nando.

9

Agosto de 1595.

*Aguas frente a La Solitaria,
isla bautizada por el Adelantado Mendaña en los Mares del Sur.*

El calor se había vuelto insoportable. El sol abrasaba a quienes se animaban a asomarse a la cubierta durante el día para tomar aire y liberarse del ambiente viciado del interior de las naves, por eso muchos optaban por refrescarse después del atardecer. Estaban fondeados frente a una isla, lo que impedía disfrutar de la brisa que regalaba la velocidad del barco. Los viajeros hacían malabares para estirar la paciencia mientras soldados y marineros juntaban agua y madera para los braseros donde cocinaban. También recogían las frutas que encontraban. Se abastecían cada vez que tenían la oportunidad, ya que las bodegas no disponían de espacio libre para almacenar carga extra. Por eso iban deteniéndose en el camino, y a su paso reclamaban los territorios para el rey. Dos semanas antes habían descubierto la isla San Bernardo, y esa tarde habían llegado a esta isla, que don Álvaro proclamara La Solitaria.

Ysabel aprovechó la última luz diurna para dirigirse hacia el camarote de su marido. Las amplias ventanas de la popa permitían refrescar ese espacio más que los otros, y necesitaba hablar con él a solas, antes de la multitudinaria cena.

El esclavo Myn la hizo pasar sin la necesidad de anunciarla, sabiendo que él estaba solo.

—¡Qué agradable sorpresa, querida esposa! ¿Me pregunto qué dádiva vuesa merced viene a pedirme que le conceda?

—Por favor, don Álvaro, le suplico que ordene al capitán Vega que Marina continúe el viaje con nosotros —explicó el motivo de la visita sin amedrentarse por el ácido recibimiento.

—Doña Marina es la esposa del capitán, su lugar es junto a él.

—Pero también es mi hermana y de verdad la necesito conmigo.

—¿A cuento de qué tanta necesidad?

Ysabel no podía decirle la verdad: quería a su hermana en el camarote para que él tuviera que desistir de las visitas nocturnas. La presencia de Marina había impedido la cercanía en la primera parte del viaje. En los últimos tiempos Mendaña, eufórico por los descubrimientos que había realizado, se presentaba con renovadas energías para frecuentes encuentros conyugales.

Demasiados, para el gusto de Ysabel. Por eso se le ocurrió esa estrategia, aunque tuviera que desviarse de la verdad para conseguir su meta.

—La necesito a mi lado porque creo que estoy en estado... —dijo con la vista baja para no enrojecer por la mentira.

—¡Oh! ¡Mi querida esposa! ¡Alabado sea Dios! —exclamó y se arrodilló a sus pies para besarle la mano—. Pues entonces ordenaré el traslado de doña Marina mañana mismo. Cuando abandonemos La Solitaria podrá disfrutar de su compañía. Iré esta noche para que celebremos la feliz noticia. Con delicadeza, por supuesto, pero festejaremos.

El gesto triunfal en la cara de su marido le provocó repulsión, pero intentó alegrarse: sería la última vez que debería soportarlo en mucho tiempo. La compañía de Marina lo mantendría lejos de su cabina hasta llegar a las Salomón y él no se atrevería a pedirle que lo visitara. Una dama no debía circular de noche por el barco. Eso sembraría rumores sobre su reputación, aun si estuviese casada. Las mujeres viajeras compartían un amplio espacio debajo de la cubierta principal, todas juntas, en el que cada una debía encontrar la mejor forma de ubicarse para dormir: en mantas en el suelo o hamacas colgantes al igual que los marineros, y se esperaba que ninguna saliese de allí ni se pasease por la nave en la oscuridad. Y según esas normas, la mujer del Adelantado tampoco podría ir a visitarlo.

Anticipándose a lo que vendría, don Álvaro llevó la mano de Ysabel hasta los labios y la besó, en un movimiento más sensual que el que había tenido un rato antes. Ella controló el espasmo de aversión que le provocaba el contacto y le dedicó una suave sonrisa.

—Espero sentirme bien para recibirlo.

—He anhelado por años recibir esta noticia, querida esposa —continuó, exultante, ignorando el posible subterfugio—. La llegada de un heredero completará mi heroica hazaña de conquista, ya que legaré mis dominios y mis títulos a mi hijo, y nuestro nombre se perpetuará en la historia.

Ysabel asintió en silencio, sin saber qué decir, sorprendida por la importancia que daba él a lo que acababa de contarle. Y de inmediato comenzó a temer el momento en que su vientre no creciera y su marido descubriese la verdad.

Una semana después de abandonar La Solitaria, el calor era más intenso que nunca. Ysabel y Marina pasaban mucho tiempo en el exterior, buscando el suave frescor de la brisa marina. Aunque después sufrieran la huella del sol, las pieles enrojecidas eran más tolerables que el sofocante aire caliente del camarote. A Ysabel ya no le afectaba el zarandeo del barco y ambas disfrutaban la inmensidad del mar de tono turquesa que rodeaba las naves. Esa tarde estaban charlando sentadas sobre unos cabos adujados, cuando la voz del vigía anunció la cercanía de tierra y generó las mismas expectativas que las veces anteriores. La cubierta se pobló de viajeros ansiosos por alcanzar su destino, pues según los cálculos iniciales del Adelantado ya deberían estar allí. Pero otra vez Mendaña los desencantó cuando se aproximaron.

—No son las Salomón —informó sombrío.

—¿Cómo puede asegurarlo desde tan lejos? —lo desafió Manrique, ávido por llegar.

—Porque veo una isla con la forma de una gran montaña, la primera, aquella rodeada de nubes bajas en el pico —explicó extendiendo un brazo hacia tierra—. No la recuerdo de mi viaje anterior.

—Mis hombres claman que vuesa excelencia ha olvidado el camino, y empiezo a creer que

tienen razón. Quizás sea hora de que otro se ocupe de guiar esta flota.

Mendaña se giró y vio que dos oficiales secundaban a Manrique. Detectó también la presencia de sus tres cuñados en las cercanías y no dudó:

—Pues sólo el rey tiene autoridad para decidir eso. En mi barco yo soy quien da las órdenes. Y si no le gusta, maese de campo, lo invito a regresarse a Lima ahora mismo: ¡Nadando! —tronó imperioso.

De inmediato Lorenzo de Barreto se ubicó a su lado, y los jóvenes Diego y Luis unos pasos detrás, todos con una mano en el estoque y otra en la pistola que llevaban en el cinto.

—Creo que no son nubes, general. Me parece más bien humo —interrumpió Quirós, que observaba a través de un catalejo, y apostó a ahuyentar el aroma a motín que los rodeaba.

—Ahh... ¿Humo? No lo creo. Iremos hacia allí para reabastecernos —ordenó fastidiado el Adelantado, sin voluntad de continuar el altercado.

Cuando ambos bandos se dispersaron, Ysabel, que presenciara la disputa de poder, se dirigió a su marido:

—El coronel Manrique se ha convertido en un hombre peligroso, don Álvaro. ¿No cree que merece un castigo ejemplar?

—A su debido tiempo, mi querida, a su debido tiempo —respondió con tranquilidad.

—¿Qué quiere decir?

—Que si me deshago de él ahora colgándolo del palo mayor, como se merece por desafiar mi autoridad, sus hombres no me responderán cuando debamos dominar a los salvajes en nuestro destino. Una vez que estemos instalados, y con la fortificación debidamente protegida, me desharé de este problema —explicó saboreando la venganza de antemano.

Ysabel admitió que su marido era más astuto que lo que ella imaginara, y un buen estratega. El letargo que caracterizara sus acciones en tierra había desaparecido desde que se hicieran a la mar. Decidió aprender de él, y aplicar ese conocimiento en provecho propio.

Horas después, Ysabel daba vueltas en la cama. El calor la había despertado. El camarote se le asemejaba al interior de un horno de barro. Recordaba con cariño el que había en su casa natal en la España. La cocinera sacaba bollos de pan recién hechos para repartir entre los niños y antes de comerlos calentaban las manos con ellos en los días invernales, en una agradable sensación. El ahogo que sentía en ese momento, en cambio, se parecía más a un infierno. Tomó el paño que la india Pancha había dejado junto a la jofaina y buscó refrescarse el cuello una vez más humedeciéndolo y mojando la piel, pero fue inútil.

Se incorporó para sacudir la campanilla de plata que estaba en la mesita y al rato la criada llegó hasta ella.

—Tráeme una copa de agua fresca para beber. Y otra para mi hermana, sin duda también querrá.

—Doña Marina no está en la cama —respondió señalando el rincón vacío.

Preocupada, Ysabel se levantó y se puso la capa sobre el camisón para salir a buscarla, seguida por la india.

La luz que reflejaba la luna le permitió encontrarla con facilidad. Estaba recostada contra la borda, escudriñando el horizonte mientras el barco avanzaba, en esa travesía intensa en la que se navegaba día y noche, sin descanso.

—¿Por qué saliste sola a tomar aire? Debiste pedirme que te acompañara. Yo tampoco logro dormir con este calor.

—Es agobiante, pero no sé si es el clima lo que me causa esta desazón. Siento una profunda angustia.

—¿Y a qué se debe?

—Extraño a mi marido —su voz se quebró al decirlo.

—Oh, querida, ya se te pasará.

—No lo creo. Dime, Ysabel, ¿por qué ya no puedo viajar con él? Lope no me explicó el motivo de mi traslado, dijo apenas que era una orden de don Álvaro que yo fuera al *San Jerónimo*.

—¿Lope? ¿Lo llamas así? Demasiada confianza para alguien a quien apenas conoces hace un par de meses.

—Me he casado con él, es la persona con quien más confianza tengo.

—¿Más que conmigo? —preguntó celosa.

—Es diferente —respondió con cuidado, para no exasperarla—, con él he compartido cosas únicas. Descubrí sensaciones que no sabía que existían.

—Oooh... ¿Te refieres a la intimidad? —preguntó con la voz seca. Y aprovechando la oscuridad de la noche que le escondía el rostro se atrevió a continuar—: ¿Es tan maravilloso como contaban algunas damas en la corte de la virreina?

—Sí, Ysabel. ¡Mejor aún que lo que decían! Cuando estoy con Lope solo quiero que me bese y me haga suya, nada más me importa —exclamó contenta. Y enseguida se dio cuenta de la magnitud de la consulta, por lo que cambió el tono a uno más suave cuando continuó—. Tú nunca sentiste algo especial con don Álvaro, ni siquiera algún cosquilleo de esos que encienden la sangre, ¿no es verdad?

La compasión que escuchó en la voz de Marina y una mano sobre la suya le provocaron ganas de llorar. Ysabel sabía que existían infinitas sensaciones que estallaban entre parejas que se atraían, pero ese sensual mundo estaba vedado para ella, atada a un hombre que detestaba. Pensó en Beltrán y en su sangre encendida cuando él la besaba, y las lágrimas contenidas apretaron su garganta. Tragó con fuerza y sacudió la cabeza en negación como única respuesta. Reconoció en silencio que la pasión había quedado fuera de su vida por una elección suya. La había dejado atrás para perseguir sus sueños de grandeza. No tenía derecho a quejarse por perder ese mundo cargado de sensualidad que otras mujeres tenían la dicha de disfrutar. Ella hallaría la felicidad de un modo diferente, más adelante, cuando alcanzara su destino y se convirtiera en marquesa, dama y señora de un nuevo territorio. *Eso deberá compensar la falta de cariño, será mejor un gran título que cualquier hombre*, concluyó para convencerse. Resignada, inspiró profundamente para despejarse, pero eso le causó un ataque de tos.

—¡Qué extraño olor! Me hace picar la garganta —dijo para cambiar de tema al recomponerse.

—Sí, es cada vez más fuerte, al igual que el calor, que aumenta a pesar de ser noche tardía. ¿Qué será?

Una terrible explosión tapó las últimas palabras y las sacudió a ambas.

Aferradas a la borda, lograron no caer. Enseguida miraron más allá de la popa del barco: por donde habían pasado un rato antes se alzaba una inmensa masa de fuego de color anaranjado que

surgía de la nada, como si manase de la oscuridad. Y por encima de ella una espesa columna de humo, dueña del mágico poder de unir las nubes con el fuego. Antes de que pudiesen hablar, otra detonación llegó hasta ellas.

Para entonces el vigía ya había dado el alerta, y casi al mismo tiempo el Adelantado y Quirós llegaron a la cubierta.

—¿Qué ha sido eso? ¿Nos atacan piratas? —preguntó Mendaña.

—No, general. Creo que es un volcán.

—¿Un volcán aquí en el mar?

—Sí, por la ubicación de esos fuegos, diría que es la isla de la que manaba humo: ha hecho erupción.

—¡Santo Dios! —dijo santiguándose—. ¿Cree que las llamas o la lava llegarán hasta aquí?

—Pronto lo sabremos.

El rugido de la tercera explosión fue más enérgico y prolongado. Cientos de fogonazos volaron por el aire durante largos minutos. Y los rayos flagrantes que iluminaron la noche les permitieron ver los otros barcos de la flota navegando muy cerca de la isla que estallaba.

Marina ahogó un gemido. Más explosiones le impidieron hablar. Ruidosos destellos encendidos interrumpían las sombras.

—Rocas incandescentes vuelan sobre nosotros —explicó Quirós, mientras partía a dar las órdenes para aumentar la velocidad—. ¡Hay que izar más velas! ¡Y soltar los rizos! ¡Deprisa! ¡Tenemos que alejarnos de aquí!

Los marineros del turno nocturno respondieron con presteza, atentos en sus puestos. Al poco rato, con muchos de los viajeros todavía en el exterior, un sonido diferente a los anteriores, como un extraño y poderoso rugido salido del fondo del mar, los envolvió. Desde el timón, Quirós gritó:

—¡Sujétense todos!

El *San Jerónimo* se sacudió cuando una potente ola pegó de lado en su casco, haciéndolo escorar peligrosamente. Sólo la destreza del piloto les impidió naufragar. Quirós dominó la caña del timón y la inclinó haciendo que el pesado galeón se ubicara encima de la cresta de la gigantesca marejada y avanzara sobre ella. Todos sus ocupantes se agarraron con fuerza de donde alcanzaron mientras persistió el movimiento. Casi al amanecer, la enorme ola sobre la que navegaban desapareció y llegó la calma, aunque durante horas las cenizas continuaron lloviendo sobre ellos.

Ysabel y Marina seguían agachadas junto a la borda, asidas a una jarcia. Al ponerse de pie, no vieron nada a su alrededor. Una densa nube de ceniza los rodeaba e impedía cualquier visión a más de un par de brazos de distancia. Con la ayuda de un catalejo, y mucho esfuerzo, el vigía alcanzó a distinguir las luces de farol de dos navíos. Quirós ordenó intercambiar señales con ellos y procurar noticias del tercero, pero no hubo respuesta. Hasta que después del mediodía la espesa bruma se disipó y entonces percibieron que había desaparecido el *Santa Isabel*.

Preocupado por la ausencia de la nave almiranta y las más de cien personas que llevaba a bordo, Mendaña ordenó recorrer la zona en busca de la embarcación, restos o sobrevivientes. Marina, desesperada y ansiosa sólo por una de las almas faltantes, no se movió de la proa, revisando el horizonte en busca de señales de su amado. Las tres naves deambularon durante toda la tarde, pero sin resultados. Cuando al anochecer el Adelantado ordenó interrumpir la

búsqueda, cuestionó con vehemencia esa decisión:

—¡Nooo! ¡No podemos abandonarlos aquí! Quizás tengan problemas para navegar, y al encontrarlos los ayudaremos y todo se solucionará —exclamó esperanzada.

—Debemos continuar. Si Dios decide salvarlos, sabrán alcanzarnos.

—Pero dejarlos librados a su suerte es un destino cruel, ¡sería como matarlos! —soltó con fuerza en la cara de su cuñado.

—Mi estimada joven, me temo que ya estén muertos —concluyó y se santiguó—. Que sus almas descansen en paz.

Los desgarradores alaridos de dolor sólo fueron interrumpidos por los quedos ruidos de los marineros en acción, moviendo velas y ajustando cabos. Nadie hablaba. Algunas mujeres rezaban mientras Marina lloraba. Ysabel la arrastró de allí con esfuerzo y la obligó a recostarse. Con desgano la muchacha tomó la infusión preparada por Pancha y el profundo sueño que se apoderó de ella la ayudó a no sufrir por un rato.

Ysabel pasó la noche junto a su hermana, intentando lo imposible: consolar su aflicción cada vez que se despertaba y recordaba que Vega había desaparecido. Al amanecer habían conseguido dormirse ambas, cuando un grito del vigía sacudió a la mayor. Un nuevo anuncio de la tierra en las cercanías la hizo subir a cubierta y finalmente el alivio la invadió cuando al aproximarse a una gran isla el Adelantado afirmó:

—¡Debe ser una de las Salomón! ¡Aleluya! ¡Hemos llegado!

Estaba a punto de concretarse su sueño: sería ama y señora de la ciudad que fundasen. Sin despegar los ojos de la codiciada mancha que representaba la tierra prometida, aplaudió con fuerza acodada en la borda, igual que la mayoría de los pasajeros. En pocos minutos la conmoción se apoderó de todos. Botas de vino español y de chicha limeña pasaron de mano en mano para celebrar mientras se acercaban al ansiado destino.

Cuando unas horas después el grupo de reconocimiento del coronel Manrique regresó con la noticia de nativos amigables, Mendaña ordenó que todos desembarcasen. La comitiva apenas había alcanzado la costa cuando unas cincuenta canoas salieron a recibirlos. Las ocupaban hombres desnudos de piel oscura como los esclavos africanos que estaban acostumbrados a ver en el virreinato del Perú, pero todos tenían llamativos cabellos rubios, tan claros y dorados como el oro. En una embarcación algo mayor que las demás, un joven de pie en el borde abanicaba con una hoja de palmera a un anciano cuyos cabellos amarillos mostraban vetas grisáceas, y se destacaba entre los demás por llevar más adornos que nadie. Tenía en el cuello decenas de collares hechos con conchas marinas, dientes de pescados y pequeños huesos. Traía los brazos envueltos en finas hilachas de enredaderas negras, de las que colgaban infinitas patenas talladas.

Mendaña se acercó al inequívoco jefe, y con las palabras que recordaba de su anterior expedición, lo saludó y agradeció las frutas que le estaban ofreciendo. Para su sorpresa, el líder sacudió la cabeza en señal de no entender y le respondió en una lengua que no conocía.

El Adelantado se volvió y dijo a Lorenzo de Barreto, que lo acompañaba:

—Temo que no estamos en nuestro destino aún.

—¡No diga eso, don Álvaro!

—Ese hombre no comprende el lenguaje de los nativos de la isla San Cristóbal. Y tampoco recuerdo haber visto hombres oscuros con cabellos rubios. Lamento reconocer que no hemos

llegado aún a las islas que buscamos —dijo con un suspiro.

—¿Y no podría ser esta otra de las Salomón? Estamos donde la carta indica, según el piloto.

—No lo sé, quizás estemos cerca. Por lo pronto, vamos a dar nombre a esta isla y tomarla en posesión para nuestro amado rey. Estos salvajes parecen afables, y nuestra gente ya está cansada del mar. Ansían por vivir en tierra, por lo que les cumpliré ese deseo: esta isla es un buen lugar para un asiento. ¡Fundaremos la primera ciudad en los Mares del Sur!

Su cuñado resopló pero, obediente, partió a dar las órdenes necesarias para la ceremonia de colonización de las tierras.

Durante el resto del día, hombres, mujeres y niños, ayudados por los amigables nativos, se dedicaron a despejar un claro en la zona donde la amplia franja costera de fina arena blanca se transformaba en selva. Mientras observaba las tareas, Ysabel descubrió a una niña de unos ocho o diez años, que la miraba con fijeza, sin despegar su vista de ella. Con sonrisas la invitó a acercársele. La piel oscura contrastaba con crespos cabellos rubios que rodeaban su cabeza hacia arriba y hacia los costados, formando una especie de halo. Eran muy claros y brillaban como el sol. Fascinada con ese aspecto tan único, Ysabel intentó ganarse su amistad. Le ofreció unas llamativas cintas de seda rojas que sacó de su propio peinado, y la chiquita las aceptó gustosa. Desde entonces por donde ella andaba, la niña iba detrás.

Antes del atardecer ya había un sector libre en el terreno. Allí un grupo de soldados plantó un tronco liso, al que habían quitado todas las ramas y raíces: el rolo de justicia de la nueva colonia española. El Adelantado, ladeado por Ysabel y sus hermanos, con formalidad decretó la fundación de una aldea a la que llamó Santa Cruz, al igual que a la isla.

El vicario Espinosa completó la ceremonia con la bendición del acto y de esa tierra. De inmediato rezó una misa en la que oraron por las almas de los navegantes perdidos poco antes de alcanzar la meta. Pero la congoja generalizada duró poco, fue rápidamente eclipsada por la euforia por la creación del asentamiento. Al concluir las oraciones, todos celebraban por la conquista de ese nuevo territorio. Sólo de la garganta de Marina desbordaban inconsolables sollozos, que no alcanzaban para paliar su dolor.

—¡Esa botija de agua es mía! ¡Suéltala, ladrón!

—No la he robado, estaba en el camino, sin dueño. ¡Ahora me pertenece!

—¡Nada de eso! La dejé allí unos momentos porque pesaba demasiado, y ahora he regresado por ella. ¡Si no me la devuelves te mataré! —exclamó con la mano en la empuñadura de la espada el más bajo de los dos hombres, sin intimidarse por la altura del otro.

Al cabo de un mes en Santa Cruz la vida era rutinaria y estaba marcada por el malhumor de los habitantes. Con la empalizada lista alrededor de una treintena de chozas, muchos colonos ya habían traslado sus pertenencias desde las naves. El vicario Espinosa celebraba la misa todos los días y después de eso cada uno se dedicaba a sus tareas, que siempre incluían juntar madera y mantener encendidas unas enormes fogatas, pues resultaban imprescindibles para mantener alejados con su humo a las nubes de mosquitos que los rodeaban día y noche. Los insectos, las incomodidades y la falta de las riquezas prometidas impacientaban a los españoles. No veían ríos de oro ni perlas gigantes esperando ser recolectadas en la orilla. Apenas había frutas para comer

y debían ir a recoger el agua para beber ellos mismos hasta un arroyo no muy cercano. Y, para empeorar la situación, muchos habían caído enfermos, presas de violentas fiebres que los sacudían en cada ataque. Como consecuencia, la mitad de los dolientes habían muerto y cada día amanecían nuevas víctimas.

Lorenzo de Barreto llevó la noticia del descontento generalizado a su cuñado, por lo que don Álvaro estaba preparado cuando Manrique lo visitó en la nave para exigirle abandonar esa isla y continuar con la búsqueda de las ricas Salomón. El Adelantado e Ysabel vivían a bordo, y ella presenció la conversación.

—Nadie más que yo decidirá si nos marchamos de aquí, coronel. Le sugiero que no vuelva a intentar decirme qué hacer.

—Pero, general, la situación es insostenible. Mis hombres quieren las riquezas prometidas, o al menos, algo de acción combatiendo indígenas. Ya casi no puedo controlarlos.

—¡Pues deberá poder! Son sus tropas y le corresponde hacerse cargo de ellos.

Mendaña despidió al maese de campo con un gesto displicente de la mano, que lo hizo salir taconeando con el rostro enrojecido de rabia.

—Deberá tener cuidado, don Álvaro. Manrique es un hombre peligroso —dijo Ysabel, preocupada. Si el coronel se amotinaba y mataba a don Álvaro ella quedaría en una situación difícil. Y eso en el caso de que el rebelde se apiadara de ella y le permitiese vivir.

—Lo sé, está fuera de control. Pero no tema por mí, querida esposa. Ha llegado la hora de terminar con este problema.

Trinos y gorjeos que los españoles nunca antes habían escuchado anunciaban la llegada de cada amanecer en la precaria aldea. Una fiesta de pájaros cantaba al despertar del día. Silbidos extraños y chillidos, que pronto aprendieron a reconocer como de monos, los acompañaban. Todavía estaba oscuro. El resplandor de dos grandes fogatas que se mantenían encendidas toda la noche en la Plaza Mayor, un cuadrado central entre las chozas, sólo alcanzaba a las más cercanas. El resto se escondía en las penumbras. Un par de soldados que deberían estar de guardia dormitaban de pie, apoyados en sus arcabuces. Los hermanos Barreto aprovecharon la modorra de todos en Santa Cruz y salieron de su rancho sin ser vistos, cruzaron por entre los demás y llegaron hasta el del coronel Manrique, que vivía solo con un esclavo. Ese privilegio de su rango significó la perdición del maese de campo: se despertó con Lorenzo y Luis de Barreto apuntándole las espadas al pecho, mientras el tercer hermano, Diego, degollaba al africano.

—¡Malditos! ¡Han venido a matarme a traición! No se atreven a enfrentarme de pie y de a uno, como caballeros —exclamó con fuerza y escupió hacia don Lorenzo.

—Vuesa merced no merece trato de caballero: ha atentado contra la jerarquía máxima del Adelantado y pagará por ello con su vida —dijo Luis y levantó su espada sobre el pecho del hombre aún tendido en el lecho.

—Si me matan ahora no podrán evitar que todos en esta aldea mueran —soltó Manrique en un desesperado intento por ganar tiempo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lorenzo, deteniendo la espada de su hermano con un gesto.

—Que un grupo de mis hombres está en este momento camino a asesinar al cacique local. Las represalias de los nativos sin duda dejarán muertos entre los nuestros y forzarán a Mendaña a que abandonemos esta isla. Si quieren salvar a sus hombres, sólo yo puedo lograr detener a los

míos.

Lorenzo de Barreto dedujo con rapidez que lo que decía Manrique debía ser cierto, pero también calculó que sería imposible para el coronel detenerlos: no habían llevado palomas mensajeras en la expedición. Por lo que preguntó:

—¿Cuándo salieron sus hombres?

—Ayer por la mañana, y hay un día de caminata hasta la aldea de los indios. Decidan de prisa si me dejan partir a detenerlos.

—No, el cacique ya debe estar muerto —calculó Lorenzo—. Y vuesa merced también —concluyó, y dio una señal a su hermano, que atravesó el corazón del coronel con una profunda estocada, y la dejó clavada allí hasta que la sangre manó por la boca y los ojos perdieron el brillo de la vida.

El final de Manrique no acababa con el problema. Barreto supo que pronto los atacarían los nativos para vengar la muerte del jefe. Pero antes tenía que ocuparse de otro asunto: los seguidores del maese de campo. Para evitar que intentaran un motín contra el Adelantado, ordenó a su hermano que con la espada seccionara la cabeza de Manrique para exponerla en el rolo, en el centro de la aldea. Todavía seguía allí, rodeada de moscas, cuando la tropa de asalto a los indígenas regresó, dos días después. Pero antes de que pudieran reaccionar por la muerte de su líder, los soldados tuvieron que cargar sus armas contra los cientos de nativos que llegaron tras ellos y atacaron la aldea.

—¡Cierren la empalizada! —ordenó Mendaña, que había bajado a tierra con su esposa y el resto de los navegantes para la misa, como todas las mañanas.

El Adelantado tomó a Ysabel por el brazo y la hizo correr hasta dentro de una choza para ponerla a salvo de las filosas lanzas, flechas y piedras que llovían sobre ellos, arrojadas desde el otro lado del muro. Tras el reparo de las paredes de troncos, asustada, ella preguntó:

—¿Por qué nos atacan?

—Son salvajes, no necesitan motivos para atacar, aunque esta vez debo reconocer que tienen una buena razón: Manrique los ha provocado. Pero vuesa merced no debe preocuparse por esos asuntos, sólo ocúpese de proteger a mi hijo. Quédese aquí a resguardo hasta que le avise que puede salir, cuando nuestras tropas hayan dominado a los enemigos.

Ysabel asintió en silencio y se preguntó si él hubiese tenido esos mismos cuidados en caso de no haberle dicho sobre el embarazo. Sacudió la cabeza para alejar los oscuros pensamientos que comenzaban a invadirla. Se dedicaría a enfrentar el día a día sin temer por el futuro. Ya llegaría el momento en que Mendaña descubriese que no había niño en camino, y que probablemente ella nunca le daría un hijo. Si no había ocurrido en tantos años de matrimonio, sin duda su cuerpo estaba seco, incapaz de cumplir con esa obligación como esposa, reconoció para sí por primera vez con tristeza. Evaluó su situación con objetividad y estimó que podría ocultarle la verdad por varias semanas más, después debería decirle a Mendaña que había perdido el niño. Tal vez su próxima fecha de la costumbre femenina fuese una buena oportunidad, simularía que la sangre se debía a un aborto debido a las preocupaciones por los ataques indígenas, pensó, sobresaltada por los estruendosos disparos que empezaron a sonar muy cerca de donde estaba.

Varios isleños se habían animado a trepar el cerco con la intención de entrar a la aldea, pero los obligaron a bajar con certeros tiros de arcabuz. Eso los detuvo por un rato, mas no bastó para calmar los ánimos al otro lado. Gritos y alaridos de guerra enturbiaron el aire durante todo el día,

y la siguiente noche también.

Encerrados por la valla pensada para defenderlos, los colonos pronto sintieron los efectos del sitio: no podían salir a buscar agua ni frutas para alimentarse. Aunque tenían armas y bastante pólvora y las utilizaban contra el tumulto que entonaba irritantes cánticos, la cantidad de nativos los superaba en varios centenares. El hambre y la sed se instalaron entre los conquistadores, además de la enfermedad: la extraña peste que acarreaba temblores cobraba nuevas víctimas cada día, llevándose a hombres, mujeres y niños por igual.

El mal no respetaba edades ni tampoco jerarquías: en un mismo día murieron dos sacerdotes, y al poco tiempo cayó enfermo el mismísimo Adelantado. Pero Mendaña no se rindió ante las fiebres. Entre un ataque de convulsiones y otro, ordenó a don Lorenzo, devenido en su mano derecha:

—Hay que terminar con esta guerra que nos tiene en desventaja. Las cabezas de los hombres que mataron al cacique calmarán la sed de venganza y eso nos permitirá salir. Además nos libraremos de los seguidores de Manrique que podrían causarnos problemas: que los maten y los expongan sobre la empalizada, con los rostros hacia el exterior, usando las puntas de los troncos como picota.

El plan funcionó. Ante la muerte de los asesinos de su jefe, cesaron los golpes de los tambores y los nativos se fueron dispersando, por lo que los soldados pudieron salir a buscar provisiones.

La ardiente situación bélica se enfrió, pero eso no alcanzó para bajar la temperatura del Adelantado. Temblores profundos y calenturas extremas lo obligaron a quedarse recostado en un camastro en la choza principal. Durante muchos días y noches Ysabel se quedó a su lado y lo cuidó. Buscaba alejar la peste mojándolo, tal como sugiriese el hermano lego Juan, experimentado asistente de enfermos. Controlando su asco, lavó con agua fresca ese cuerpo de piel arrugada que temblaba de frío a pesar del tórrido fuego que lo abrasaba por dentro.

Aunque lo detestaba, Ysabel ansiaba por la recuperación de Mendaña. No se animaba a imaginar cómo sería su futuro si don Álvaro no se levantaba de ese lecho para continuar su travesía hacia las codiciadas islas. ¿Quién quedaría al frente de la expedición? ¿Quirós? Ella perdería su posición privilegiada, pasaría a ser apenas una pasajera más, una viuda sin derecho a opinar sobre el destino de los demás. La invadió el miedo ante semejante posibilidad, pero sacudió la cabeza. *No, nada le ocurrirá a Mendaña*, se quiso convencer. *Es un hombre mayor, pero muy fuerte. Se recuperará pronto. ¡Debe recuperarse!* Una idea se formó en su mente y la aterró: sin él, ella no sería nadie. No tendría futuro y sus sueños desaparecerían para siempre. Espantada por su propia debilidad, reconoció que necesitaba a su marido, por eso rezaba día y noche para verlo ponerse en pie.

Ysabel se desmoronó y lloró cuando sus oraciones no alcanzaron. Tras una semana agonizante, el vicario otorgó la extremaunción al enfermo: en esas tierras lejanas del Mar del Sur que eran la razón de su vida, el 18 de octubre el Adelantado Álvaro de Mendaña, a los cincuenta y cuatro años, dejó de respirar.

10

Junio de 1594.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

—Listo. Está hecho.

El gobernador firmó el documento que autorizaba la partida de dos embarcaciones ese año hacia Acapulco. Sería una flota excepcional, ya que las Leyes de Indias preveían el viaje de una nave solitaria realizando la travesía por el Mar del Sur, pero ésta iba siempre cargada al máximo de su capacidad y aun así muchas mercaderías quedaban sin embarcar, por lo que un grupo de comerciantes filipinos exigió al gobernador Dasmariñas que viajaran dos barcos juntos hacia el Nuevo Mundo. En realidad, había sido Nando quien convenciera a Luys de la necesidad de ampliar las bodegas del Galeón de Manila, pero como no había tiempo para construir una nave mayor antes de la época de los fuertes monzones, la solución fue permitir que partiesen dos.

Nando de Castro y Rivadeneyra se estaba convirtiendo en uno de los vecinos más ricos de Manila. Era un hábil negociante y su fortuna crecía a pasos agigantados. Una de sus últimas adquisiciones había sido un barco repleto de productos originarios de China. Lo había conseguido a buen precio al interceptarlo poco antes de que llegara al puerto y ofrecerle a su capitán una suma diferente de la que podría obtener en la costa. Le dio a elegir entre diez rubíes del tamaño de una nuez por la nave y su carga, o decidir el precio en una apuesta a un juego de ajedrez. La diferencia serían cinco piedras: si el mercader portugués ganaba recibiría quince, pero si perdía apenas cinco. El increíble brillo de las rocas rojizas ya talladas en la palma extendida de Nando despertó la codicia del dueño de la nave.

Un par de horas después la embarcación se dirigía a Manila con un flamante capitán. Nando eligió viajar en la toldilla de popa, donde disfrutaba estudiando las delicadas piezas de jade del conjunto de ajedrez que acabara de ganar en la partida, junto con la nave y su carga. Con los cientos de objetos de porcelana y los rollos de seda que encontró en la bodega ya se hubiese dado por satisfecho, pero además había en el barco algunos marfiles e incienso. Productos que al descargarlos en Manila ocuparon un galpón entero, y que en poco tiempo fueron todos vendidos

entre los filipinos, dejándole a Castro una importante ganancia.

A la par de sus riquezas aumentaba su fama de mujeriego, pero eso no le preocupaba. Nando siempre encontraba la forma de limpiar su reputación. Incluso pagando a otro hombre para que se casara en su lugar cuando alguna dama reclamaba por su honra perdida. Así había hecho cuando Petronila de Zurano adujera que esperaba un niño suyo un año atrás. Él estaba seguro de que no era el padre, puesto que se había cuidado de no dejar en ella su semilla, y se defendió remarcando que el vientre de la muchacha ya estaba hinchado cuando la conociera, por lo que se negó a cumplir el pedido. Aunque para no abandonarla a su suerte, se ocupó de conseguirle un marido a cambio de una dote que él pagó con discreción. Lo mismo había querido hacer con Clementina de Monteagudo pero, para su sorpresa, Sauro se ocupó de ese asunto.

Después del desafortunado final de fiesta en la gala del gobernador, don Monteagudo había regresado a la residencia a la mañana siguiente, reclamando una boda para limpiar el nombre de su hija. Pero Nando no estaba dispuesto a ceder: él no se casaría, aunque se ofreció a buscarle esposo a la joven deshonrada. El padre se negó al principio, pero luego entendió que si no aceptaba esa propuesta tendría una hija mancillada y solterona.

Nando había salido de la reunión con la tarea de conseguir un candidato sobre sus hombros. Caminaba por los jardines entre perfumadas nubes de sampaguita e ylangylang, cuando Sauro lo alcanzó, con la cara pálida y ojeras que revelaban la falta de sueño.

—Acabo de ver partir a Monteagudo. ¿Han decidido algo? ¿Te casarás con su hija? —preguntó sin disimular el nerviosismo que lo dominaba.

—¡El Señor me libre de ello! Claro que no.

El suspiro inmediato reveló el alivio de Sauro, quien no quería que su amigo desposara a la muchacha. Conocía la personalidad de Nando mejor que nadie, lo sabía generoso en sus actos, pero egoísta en sus sentimientos: no estaba dispuesto a entregar nada de sí. Mucho menos su corazón. Sauro se apiadaba de la mujer que lo desposase algún día, y quería evitarle una vida de desamor a Clementina, la única que le había acelerado las palpitaciones a él.

—¿Y qué harás?

—Le buscaré un marido. Existen muchos hombres dispuestos a vender su soltería a cambio de una buena dote. Además la muchacha no es fea, yo mismo estaba pasando momentos muy agradables con ella cuando su tía nos interrumpió —recordó con una mueca ambigua y ahuecando las manos, como si rememorase ciertas formas entre los dedos—. No será difícil encontrarle candidato. Hoy mismo empezaré con la tarea entre mis conocidos.

—No deberás buscar. Yo mismo me ofrezco —articuló con rigidez.

—¿Tú? No, amigo. No es necesario que te sacrifiques por mí. Ya resolveré esto.

—No es un sacrificio, puedo hacerlo —dijo, y se detuvo en el sendero—. Quiero hacerlo —insistió.

—¿Dices que quieres casarte con ella? —preguntó Nando observando a su amigo con ojos entrecerrados—. Pero escuchaste que no es virgen, y debo aclarar que tampoco lo era antes de que yo me acercara a ella en la fiesta...

—No me importa, nunca he estado con una doncella pura, apenas con prostitutas y mujeres fáciles en los puertos donde paraban los barcos en los que era polizón. Aunque ahora tengo fortuna gracias a ti, recuerdo siempre de dónde vengo. Casarme con una dama de noble cuna sería un halago, y resulta que, además, Clementina me gusta mucho —concluyó enrojando.

Nando no pudo evitar reír ante la vergüenza de su camarada.

—Pues entonces así será: te casarás con ella. Pero para evitar futuros problemas, será mejor que esperes un tiempo. Fijemos la fecha para dentro de un par de meses —sugirió con un carraspeo—. Estoy convencido de que Clementina no lleva un hijo mío, pero de ese modo tú también tendrás la certeza de que cuando nazca un niño, será tuyo.

La inevitable incomodidad se disipó en el abrazo que los envolvió.

—Espero que seas feliz con ella, Sauro.

—Gracias, amigo, yo también lo ansío. Y ojalá también tú puedas encontrar la felicidad algún día junto a una mujer —le deseó.

—Lo dudo mucho —declaró sacudiendo la cabeza—, nunca me ataré a nadie. He visto cuánto se sufre en un matrimonio. No deseo formar una familia ni engendrar hijos.

—¿De verdad no quieres tener descendencia? Alguien que lleve tu apellido...

—No, estoy bien solo. Eso no es para mí —respondió con sequedad, y la rígida línea de su mandíbula indicó a Sauro que no preguntara más.

Habían pasado ocho meses desde aquella conversación y seis desde la boda, y Sauro se mostraba contento junto a su esposa. La pareja vivía en la residencia oficial, a un par de patios de distancia de las habitaciones del gobernador y de las de Nando, y muchas veces cenaban juntos en el comedor principal, al igual que esa noche.

Con Luys en la cabecera, a su derecha Nando y del otro lado de la mesa Clementina y Sauro, la conversación giraba en torno a las lluvias, que ese año habían arrancado antes de su temporada habitual y ya estaban instaladas sobre ellos.

—Las calles de Manila están intransitables. El barro salpica tanto cuando los esclavos caminan que debo mantener cerradas las cortinas de mi silla de manos y el calor en el interior es insoportable —se quejó Clementina con una mueca de disgusto.

—Siempre es así en esta época, húmedo y agobiante. Entiendo que éste es su primer año en las islas, doña Clementina, ya se acostumbrará —le respondió Luys condescendiente, mientras se llevaba una copa con agua a la boca. Llevaba muchos meses sin probar alcohol.

—Me cuesta creer que alguien pueda acostumbrarse a semejante sofoco —pronunció, inclinó la cabeza en señal de duda y se mordió el labio para no continuar. Dejó de mirar al gobernador y pasó su atención al guapo caballero sentado enfrente de ella.

Desde la boda, Nando la trataba con cordial distancia, casi ignorando su presencia en la casa. Aunque en la charla en la que se arreglaron los detalles nupciales quedó especificado que Sauro de Taboada sería quien la desposase, ella había imaginado otra cosa. Su padre le dijo que el caballero que la había deshonrado no podía casarse, y ella entendió que se lo impedía una esposa en la España que nunca llegaría al Nuevo Mundo. Muchos viajeros mantenían a sus familias al otro lado del océano y no volvían a verlas nunca más, pero el vínculo sacramental no les permitía volver a casarse. Por lo que dedujo que Nando estaba en esa situación y había ideado ese plan para tenerla cerca de él: supuso que se casaría con uno de los amigos pero que compartiría la cama del otro. Encerrada dentro de la casa por su padre, la novia no volvió a ver a ninguno de ellos hasta el momento de la ceremonia en la iglesia, lo que le impidió confirmar esa teoría. Aunque todas sus ilusiones desaparecieron cuando, tras los festejos, en la noche de bodas no llegó a la alcoba ese alto hombre rubio de magnética mirada a quien ansiaba volver a entregarse, sino su simpático amigo.

En pocos instantes Clementina descubrió que su flamante marido no esperaba una boda ficticia, sino que tenía intenciones de consumir la unión esa misma noche y se entregó al encuentro resignada. Aunque más tarde reconoció para sí que Sauro había superado sus expectativas como amante, se había dormido pensando en otro hombre. En el mismo que en ese momento estaba sentado frente a ella, pero que evitaba cualquier encuentro a solas.

Clementina lo vio sumergir la cuchara de plata en el *sinigang*, la sopa de origen nativo hecha con pescado, guayabas verdes y tamarindos, y no pudo evitar que sus ojos absorbieran el caldo que mojaba los labios de Nando. Le hubiera gustado levantarse y besarlo en ese mismo instante. Asomó la lengua y repasó su propia boca con ansias.

Incómodo por el inequívoco mensaje que le transmitía la osada muchacha, Nando continuó comiendo sin que su mirada se detuviera en ella. Terminó el sabroso arroz cocido en agua de tamarindo mientras hablaba con Sauro y con Luys de asuntos triviales y se excusó ni bien los criados retiraron los platos. Estaba enojado consigo mismo por haber accedido al pedido de su amigo. Esa boda no había sido una buena idea. Las miradas de Clementina eran cada día más sugestivas. En cualquier momento podría tener un enfrentamiento con Sauro si ella no controlaba los gestos. Con pasos presurosos abandonó el comedor y se dirigió a la biblioteca. Quería buscar algún manuscrito sobre alquimia en la amplia colección de libros traída por su tío de la España. Las conversaciones con Basilius habían despertado su curiosidad y le gustaba leer sobre el tema.

Ensimismado en la lectura, Nando no escuchó la puerta al abrirse. Reclinado sobre el escritorio donde estaban el libro y un candelabro, se sobresaltó cuando sintió una caricia en la espalda sobre la fina tela de la camisa y unos dedos recorriéndole la nuca. El brusco movimiento al ponerse de pie hizo que se volcaran las velas sobre la mesa. Con rapidez cubrió el incipiente fuego con el jubón de cuero que se había sacado por el calor y lo extinguió con unos cuantos golpes.

Aun a través del humo, la tenue luz de una vela solitaria en un rincón le permitió confirmar lo que suponía: que esas manos pertenecían a la esposa de su amigo.

—Pudo provocar una desgracia, doña Clementina. Le sugiero que no vuelva a sorprender a nadie de esa manera —le dijo con acritud.

—¿Por qué el trato distante? ¿Acaso has olvidado lo que ocurrió entre nosotros en esta misma sala hace unos meses? —preguntó insinuante.

—Por eso mismo que ocurrió es que ahora vuesa merced está casada con Sauro.

—Eso no impide que revivamos lo pasado.

—Para mí, sí. Es un claro obstáculo.

La frialdad en la voz de Nando no la disuadió de aproximarse y apoyarle las manos en el pecho.

—No creo que a Sauro le importe. Él sabe lo que hicimos y me ama a pesar de ello.

—Justamente porque te ama es que no voy a lastimarlo —dijo, sujetándola por las muñecas para alejar esas manos de sí, y cambió el trato, iracundo—. ¡Apártate de mí!

—¡Pero yo me casé con él para estar contigo!

—Pues no debiste —dijo abriendo los ojos con sorpresa por esa confesión—, y si así fue, lo lamento. Nunca dije que yo fuera parte de ese acuerdo nupcial.

Clementina inspiró con fuerza y, deduciendo que con peleas no iba a alcanzar su objetivo, cambió de táctica. Con voz melosa, continuó:

—Entiendo que quieras ser leal a tu amigo, que acudió en tu ayuda cuando debiste enfrentar a mi padre por nuestros apasionados arrebatos. Él te cubrió cuando tu no pudiste casarte conmigo debido a tu esposa en la España; comprendo tu situación, mi querido.

Nando la observó en silencio, sorprendido por la confusión de ella, pero no hizo nada por aclararle la verdad. No quiso lastimarla revelándole que era soltero y sin impedimentos legales de cualquier tipo. Prefirió aprovechar el engaño.

—Entonces entenderás que no puedo agradecer el solidario gesto de Sauro con una traición. Por más que desee volver a repetir lo que vivimos en aquella fiesta, me controlaré y respetaré tu matrimonio. Te sugiero que hagas lo mismo.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —preguntó con la respiración agitada—. Te deseo como nunca he deseado a nadie. Tener tu cuerpo en el mío fue maravilloso; quiero volver a sentirte como aquella noche, que siempre revivo en mis sueños. Quiero que lo repitamos aquí, ahora, en el mismo lugar. Abriré mi jubón, tú arrancarás mi camisa y lamerás mis pechos. Enloqueceré con tus caricias, con tus dedos dentro de mí. Me inclinaré sobre la misma mesa y tú me tomarás parado detrás de mí. ¡Quiero volver a vivir aquella noche! ¡Por favor! —exclamó y levantó sus faldas mientras hablaba y se echaba sobre la mesa.

—¡No, Clementina! Ve a tu alcoba y sugiere eso mismo a tu marido. Ofrécele tu fuego interior a él, olvídate de mí.

—Nando... Por favor...

—Lo siento, no puedo. Mi lealtad me impide traicionar a un amigo.

Clementina se incorporó y cubrió su trasero desnudo, intentando recomponerse de la humillación del rechazo.

—Me duele, pero te comprendo. Intentaré acostumbrarme a amarte en silencio, a la distancia. Tan cerca, y tan lejos a la vez —dijo y soltó un suspiro—. Pero lo soportaré con la esperanza y el anhelo de que no será una separación para siempre. Volveremos a estar juntos.

—¿Qué quieres decir?

—Que mi marido no vivirá por toda la eternidad. Y su partida podría acelerarse. Entonces tú y yo tendríamos libertad para encontrarnos cuando nos diese la gana. Viviríamos en la misma casa, sin impedimentos.

—Haré de cuenta que no oí lo que estás insinuando —le dijo con frialdad.

—Existen muchos tipos de venenos —continuó entusiasta—. Mi criada me ha dicho que...

—¡Detente! —rugió amenazador—. ¡Si Sauro muere te irás de esta casa, regresarás a vivir con tu padre ese mismo día!

—¡No! Podríamos estar juntos.

—Eso no ocurrirá. Descarta la idea de atentar contra la vida de Sauro porque si enviudas nunca me tendrás. No disfrutaré por encima del cadáver de mi amigo. Debes entender que esto es el adiós para nosotros. Lo siento, Clementina.

Y antes de que ella pudiera volver a insistir salió de allí. Tomó su capa y su sombrero y se marchó de la casa con grandes zancadas. Caminó por las calles barrosas esquivando charcos a la luz de la luna. Al cabo de un rato llegó a su destino: una exquisita mansión con un importante escudo de armas en la puerta. Golpeó y un sirviente nativo lo hizo pasar con una reverencia. Nando avanzó con paso firme por esos pasillos que ya conocía hasta la alcoba principal. Allí lo esperaba su última conquista: Sebastiana de Figueroa, una viuda española no muy mayor. Él no

quería interferir en la felicidad marital de su amigo Sauro, prefería alejarse y, al mismo tiempo, disfrutar de su soltería sin límites, fiel a su estilo.

11

Noviembre de 1595.

Isla de Santa Cruz,

colonias españolas en el Mar del Sur.

De pie con Perla en brazos, dentro de la choza adornada con una rústica cruz que indicaba su condición de capilla, Ysabel acariciaba el pelaje del animal y observaba hacia afuera por el agujero entre los troncos que imitaba a una ventana, de espaldas al ataúd ubicado en el centro de la estancia.

—Que lo carguen en el *San Jerónimo*, piloto. Llevaremos a don Álvaro con nosotros. No voy a dejar su cuerpo aquí, a merced de estos salvajes. Le daremos una sepultura con honores en las Salomón.

—¡No! ¡No podemos llevar un cadáver a bordo! Va contra las reglas del mar. Me niego a hacerlo. Además el calor, la descomposición... ¡Han pasado semanas desde la muerte, el hedor ya es insoportable y será peor aún!

La última parte de la explicación de Quirós la hizo repensar en el asunto, pero Ysabel apenas modificó el destino de la orden mientras escondía la nariz en la cabeza de la perrita.

—Entonces que lo suban en el *Santa Catalina*, va a la cola de la expedición y el olor no nos alcanzará. Y no quiero hablar más de esto. ¡Es una orden!

—Sí, Adelantada —respondió, y salió rumiando esas palabras, que Ysabel disfrutó internamente.

El testamento de su marido le había concedido ese título. Un día antes de morir Mendaña había dictado su última voluntad al escribano real, Andrés Serrano, y alcanzó a firmar el papel delante de dos testigos. Allí decía:

«A los diecisiete días del mes octubre del año de Nuestro Señor de mil quinientos noventa y cinco, yo, don Álvaro de Mendaña y Neyra, Adelantado y Gobernador de los Mares del Sur por la gracia de Su Majestad Felipe II, y en pleno uso de mis cabales, nombro a mi mujer, doña Ysabel de Barreto, por Adelantada y Gobernadora de los Mares de Sur, y la declaro la legítima

heredera de todos los bienes que poseo, de los que viniera a poseer, y de los que en algún tiempo parecieron ser míos, y también del título del marquesado que del Rey tengo, y de todas las mercedes que Su Majestad me ha hecho. Todo ello le es propio. Y ella podrá, a su vez, transferirlo a quien desee, designando un nuevo propietario, o heredero, de esos bienes y títulos.

Asimismo, nombro a mi cuñado don Lorenzo de Barreto como Capitán general y Almirante de la expedición.

Dejo a la Santa Iglesia la suma de cincuenta ducados, que han de ser destinados para que se recen en mi nombre trescientos sesenta y cinco misas durante un año, por el eterno descanso de mi alma. En estas tierras de Santa Cruz que he obtenido para nuestro amado rey Felipe, me entrego a la gracia de Dios, Nuestro Señor».

Ysabel recordó cada una de las palabras que leyera el escribano después de la muerte y confirmó que ese extraño nombramiento tenía un motivo oculto de Mendaña: traspasar sus títulos al hijo todavía no nacido. Convertirla en Adelantada, un honor hasta entonces sólo masculino, fue el truco para que ella pudiera designar, en el futuro, al bebé como su legítimo heredero. Por eso al despedirse de ella sus últimas palabras habían sido: «Cuidalo mucho».

Una sonrisa curvó los labios de Ysabel. Ese niño inexistente le permitiría alcanzar por sí misma la gloria con la que siempre había soñado. Sería ella quien conquistase las islas Salomón, la fundadora de sus ciudades, la dueña de sus riquezas y la guía del destino de sus habitantes. Acurrucó a Perla contra sí y disfrutó de la victoriosa sensación por anticipado. Aunque emociones opuestas se alternaban en su pecho, sacudiendo su ánimo como un barco a merced de una tempestad, el extraño vacío y el temor que la invadieran por la pérdida de su marido habían sido reemplazados por la euforia que le causaban los títulos obtenidos a través del testamento, pero antes de acostumbrarse a disfrutar del flamante poder, empañó su alegría la muerte de su hermano Lorenzo.

El Almirante Barreto había fallecido apenas una semana después de Mendaña. Los bríos de los nativos no estaban del todo pacificados tras la muerte del jefe, y cada tanto algún pequeño grupo atacaba a los españoles. Una flecha envenenada lanzada por encima de la empalizada convirtió una de las piernas de don Lorenzo en un tormento. A pesar de que el hermano Juan tratara la herida con vinagre y sal primero, y luego la hiciera sangrar varias veces, el miembro adquirió un tono violáceo, pasó al verde oscuro y luego al negro, mientras violentas fiebres lo hacían arder y convulsionar, hasta que su cuerpo se rindió. Eso dejó a Ysabel de Barreto con otro título más, también insólito para una mujer: el de Almiranta de la flota española en los Mares del Sur.

Ysabel tenía en su haber los máximos títulos posibles, que le permitirían alcanzar una posición privilegiada mayor a lo que había soñado, pero a la vez era dueña de una gran desolación: no sabía cómo manejar tanto poder. La autoridad que tanto ansiara, el imperio de hacer y deshacer a su antojo, y a la vez ser responsable por la vida de tanta gente, resultaba una carga agobiante. Ignoraba si lograría cumplir sus sueños, si sería capaz de fundar las ciudades tal como requerían las capitulaciones, pero decidió que probaría. Volvió a acariciar la cabeza de la perrita entre sus brazos buscando fuerza en el cariño del fiel animal.

Estaba todavía dividida entre sus fluctuantes emociones cuando cuatro marineros entraron y

se llevaron el cajón de madera con el cuerpo del Adelantado. Los ceños fruncidos de todos revelaban que se oponían a transportar un cadáver a bordo, pero se veían obligados a obedecer. Ysabel disfrutó de la maravillosa sensación de reconocer su absolutismo. Su palabra tenía peso de ley en esa expedición. Además, se regocijó al recordar que nadie podía darle órdenes. Estaba donde quería: a punto de encontrar enormes riquezas, y fundar ciudades para la corona española por sí misma. Sería la primera mujer conquistadora. Su nombre pasaría a la historia junto al de poderosos caballeros. La grandeza de una hazaña mayor a lo que siempre soñara estaba a su alcance. Sólo tenía que controlar su miedo y animarse a continuar.

Como jefa máxima de la expedición, Ysabel decidió abandonar esa isla que consideraba maldita, pues seguía muriendo gente por la peste cada día, como el vicario Espinosa, cuya partida los dejó sin sacerdote. La Adelantada soportó ese duro golpe sin revelar su desánimo. La expedición conquistadora no podría cumplir su misión de evangelizar almas infieles, pero aun así eligió persistir en busca de su destino original: las Salomón.

Para poder embarcarse necesitaban cargar agua, madera y frutas, como de costumbre. Para ello envió a medio centenar de hombres a la selva. Mientras esperaban su regreso Ysabel se dirigió a uno de los botes para que la llevara a la nave principal. Pensaba despedirse de Trinidad antes de partir. Aunque había entendido que la pequeña nativa que la seguía a sol y a sombra se llamaba Mía muchos días atrás, prefería llamarla con el nombre cristiano que le diera el vicario al bautizarla. Además Ysabel la había vestido con una de sus camisas de liencillo, para cubrirle la impúdica desnudez y así estar más cómoda con esa compañía constante. Con los días la confianza entre ellas había ido creciendo. Compartían risas y simples juegos. Sin duda, iba a extrañarla. Había llegado la hora de la despedida, pero cuando la abrazó, Trinidad se aferró a ella y no la soltó, no quería dejarla ir. Invasión por un cariño como antes nunca había sentido, Ysabel reconoció que tampoco quería separarse de la chiquita, y en un arrebato siguió el dictado de su corazón. No necesitaba pedir permiso a nadie para hacer su voluntad, se recordó. Entusiasmada, giró hacia su hermano Diego, que la acompañaba, y dijo:

—Ordena que suban a Trinidad a uno de los botes. Vendrá con nosotros.

Sorprendido pero sin oponerse, Diego de Barreto obedeció. Él no impediría que su poderosa hermana obtuviese una nueva esclava si ésa era su voluntad.

—Carga a la negrita, hay que llevarla al *San Jerónimo* —dijo a un marinero.

El joven Alejo Plumet, de origen español pero cuyas vestimentas de materiales toscos y poco elegantes lo ubicaban muchos escalones debajo de los caballeros, dejó los bultos que acarreaba, se sacó el sombrero para enjugarse el sudor de la frente y asintió:

—Sí, don Diego —respondió en voz alta, a la vez que tomaba a la niña de piel negra de la orilla y la depositaba en uno de los botes, mientras murmuraba más bajo—: Frutos, maderas y ahora niños... ¿Qué más tomaremos de estas tierras?

La pequeña de cabellos dorados respondió a esas palabras extrañas apenas con una sonrisa.

La chalupa ya había alcanzado el *San Jerónimo* y estaban sus ocupantes terminando de subir la escala de cuerdas cuando se escucharon gritos y golpes provenientes de la orilla. Todas las cabezas se voltearon para descubrir a un gran cantidad de nativos persiguiendo a los soldados españoles, que corrían cargando decenas de objetos en sus brazos: unos llevaban cerdos vivos, con restos de las lianas que los indígenas les ataban alrededor de los pescuezos; otros traían frutas envueltas en gigantescas hojas de palmeras, tarea que sin duda no habían realizado ellos

mismos.

El estruendo de los mosquetes que disparaban desde las naves dio la victoria a los españoles. En poco rato cuerpos oscuros con cabellos claros mancharon la arena. Los nativos sobrevivientes se ocuparon de cargar a los heridos ensangrentados, mientras la tropa colonizadora escapaba hacia los barcos con su botín.

A pocos días de haber partido, Ysabel llamó a Quirós a su camarote, el del Adelantado, que había pasado a ocupar ella. Para impresionarlo había desplegado la carta de marear sobre la mesa y señalándola, aunque sin marcar ningún punto fijo, le ordenó:

—Muéstreme en dónde estamos, y en dónde están las Salomón.

—La primera parte de su pedido es sencilla. Estamos aquí —respondió apoyando un dedo con seguridad en el mapa que él mismo había dibujado—. Pero ignoro dónde se hallan las benditas Salomón; deberían estar aquí también, pero no las veo al asomarme a cubierta —concluyó con un sarcástico resoplido.

—¿Quiere decir que estamos viajando sin rumbo fijo?

—Estamos en la zona donde don Álvaro creía que estaban las islas, pero sin duda se confundió. La memoria le jugó una mala pasada al Adelantado después de tantos años y no pudo recordar la ubicación con exactitud. Hemos estado dando vueltas inciertas, sería mejor regresar a Lima.

Ysabel pensó unos momentos y anunció:

—Nada de eso. Vamos a continuar la búsqueda de las Salomón.

—No me parece lo más acertado. Hemos perdido muchos tripulantes por la peste, además de los que viajaban en la nave de Vega. Y tampoco tenemos hombres de Dios para bendecir las islas, si es que llegamos a encontrarlas. Seguirían siendo tierras infieles, no podrían fundarse ciudades, por lo que nuestra misión estaría incompleta.

—No le pregunté su opinión. ¡Yo doy las órdenes aquí! Mi marido me nombró Adelantada para que continuara con esta expedición, y eso haré —exclamó levantando la barbilla decidida.

—¡Pero es una insensatez! ¡Ignoro dónde se hallan las Salomón! El Adelantado nunca me lo reveló. Debemos regresar.

—No. Don Álvaro me dijo antes de morir que la isla San Cristóbal podría estar muy cerca de aquí. Debe estudiar las cartas y encontrar nuestro destino, piloto. Cumpla con su tarea —indicó, y lo despidió.

El portugués se marchó refunfuñando. Al cruzar la cubierta inferior se encontró con doña Elvira, tapada por su manto como siempre, y le hizo un gesto con la mano sobre el propio hombro, indicándole que lo siguiera. Ella asintió con disimulo y fue tras sus pasos.

Quirós se cercioró de que nadie los viese entrar a su pequeño camarote y cerró la puerta.

—¡Maldita bruja! ¡Es inaudito que una mujer me dé órdenes en la nave que yo mismo capitaneo! Nunca pensé que llegaría este día —exclamó al tiempo que daba un fuerte puñetazo en la pared de madera.

—Tranquilízate, mi amor. No ganarás nada con lastimarte la mano.

—Pero al menos descargo mi ira. No tolero tener que obedecerle. ¿Adelantada?! ¡Habrase visto semejante descaró! Ese título no existe. Fue un invento del difunto. Y ahora tengo que soportar a esa bruja dándose ínfulas en la cabina principal y, lo que es peor: ¡dándome órdenes!

—Por favor, Pedro, intenta tranquilizarte —buscó apaciguarlo, con las manos sobre el pecho de él.

—Me cuesta calmarme ante tamaña injusticia. ¡Me correspondía a mí ese nombramiento para reemplazar al Adelantado! ¡A mííí! ¡Esta expedición debería ser mía ahora!

—Serénate, querido. Podremos lograr que sea tuya. Sólo debemos actuar con inteligencia.

—¿Estás sugiriendo que la matemos? —preguntó con lentitud.

—No, nada de eso, podrían acusarte de amotinarte y te colgarían, no obtendrías sus títulos. Me refería a algo más sutil, como que Su Majestad le retire el nombramiento y te lo pase a ti.

Mientras hablaba la limeña se había quitado el paño que la cubría. Quirós la observó liberar su cabellera de las horquillas que la sujetaban, haciendo caer esa gruesa cortina oscura sobre los hombros y la espalda.

—¿Y cómo planeas obligar a Su Majestad? —preguntó sarcástico—. El rey Felipe no revocará una capitulación porque sí, sólo porque alguien se lo pida.

—Podría hacerlo si preparamos el terreno de la manera adecuada. Para empezar, tendríamos que sugerir que doña Ysabel ha fallado como Adelantada, que ha puesto en riesgo esta misión y a los súbditos reales que están a su cargo. Tenemos la ventaja de que yo soy quien escribe su diario de viaje, puedo modificarlo a voluntad, contando lo que nosotros quisiéramos. Tú puedes hacer lo mismo con tu bitácora de navegación. Sólo necesitaremos algunos testigos que confirmen lo que les haremos creer de ella, como maldades contra los viajeros, para que luego tú aparezcas como el salvador de todos.

La admiración en los ojos de Quirós hizo que Elvira se inflamara de orgullo.

—Intuía que eras más que una belleza limeña, querida mía. Me alegra tanto haberte encontrado —dijo acercando la boca a su cuello mientras los dedos le corrían los cabellos para besarla allí.

Elvira se dejó transportar por esos besos a una nube lejos de la realidad. Desde que conociera a Pedro de Fernández y Quirós, unos meses después de enviudar, toda su vida giraba alrededor de él. Habían coincidido en una visita al Adelantado para arreglar detalles del viaje. Aunque Quirós sólo había visto uno de sus ojos atrás del paño negro que la escondía, la chispa oscura del mismo lo cautivó. Siguió a esa extraña figura por las calles, hechizado por los sensuales movimientos de las caderas, y descubrió que en la misma casona donde ella alquilaba una habitación había otras disponibles. Allí se instaló con la esperanza de obtener los favores de la viuda. Los meses de espera en Lima por la demorada partida lo ayudaron a alcanzar su deseo.

A partir de aquel momento, Elvira comenzó a imaginar un futuro al lado de ese hombre. Por él había aceptado la propuesta de don Álvaro de Mendaña para embarcarse. Sus conocimientos de escritura le habían valido el ofrecimiento de ser dama de compañía de la esposa del Adelantado. Ella no estaba segura de querer participar en tan riesgosa aventura, pero por acompañar al piloto decidió lanzarse hacia mares lejanos.

Fue solo después de zarpar que se enteró de la existencia de la esposa de Quirós en la España, por boca de doña Ysabel, pero para entonces ya estaba enamorada. Todavía le dolía cada vez que resurgía en su memoria el diálogo del momento en que lo fuera a confrontar.

—¿Casado? ¿Es cierto que estás casado, Pedro? —La palabra se repetía en su cerebro, aunque ella se negaba a creerlo. Debía ser un error, una confusión de doña Ysabel, sobre la que ella no se había animado a indagar más. Decidió preguntarle directamente a él. A Pedro, a su

adorado portugués, al hombre que le había dicho que la amaba, al que se había entregado sin reservas. No podía ser verdad.

—Bueno, en realidad sí, pero ya no somos como un matrimonio, casi nunca la veo, y hace años que no pienso en ella. Para mí sólo existes tú, ven acá, mi hermosa Elvira, mi preciosa morena, la única mujer en mi vida.

Los besos de Quirós lograron nublar su entendimiento, y el amor que sentía la hizo encontrar en sus palabras lo que ella quería escuchar.

Más tarde él la convenció de mantener el romance en secreto para cuidar su honor de viuda y Elvira accedió.

—Será apenas por un tiempo, hasta que logre resolver algunas cosas y podamos casarnos.

—¿Cómo podremos casarnos? —preguntó con la vista empañada por las lágrimas.

—Ya lo he decidido: cuando regresemos de las Salomón mandaré a alguien a envenenar a mi esposa —explicó con frialdad en la mirada y naturalidad en la voz—, entonces seré libre para ti, amada mía.

Las ilusorias promesas le llenaron el alma de esperanzas. Si Pedro estaba dispuesto a librarse de su esposa para estar a su lado, ella sería capaz de cualquier cosa por él. Hasta de falsificar lo que escribía y arruinar la reputación de otra persona con mentiras. Por eso ideó alterar las notas que la Adelantada le dictaba durante el viaje. Una traición en nombre del amor.

—¡Capitáán! Veo algo a baboor —proclamó una voz lejana desde la cofa.

—¿Las islas Salomón? —inquirió Quirós.

—No, creo que es un barco a la deriva, está desarbolado.

—¡Santo Dios! ¿Es el *Santa Isabel*? ¿El barco de Vega?

—Por el tamaño podría ser.

—Proa hacia él —ordenó al marinero que estaba en el timón—. ¡Ahora!

Marina había presenciado el diálogo en silencio, junto a su hermana. Ysabel le aferraba la mano, apretándosela con fuerza, mientras sus miradas no se apartaban del punto en el horizonte que poco a poco se iba agrandando, a medida que se acercaban. No lograba despegar los labios, pero pensaba en Vega y una palabra se repetía en su mente: ¡vive, vive, vive!

Tras una angustiosa espera las naves finalmente se emparejaron, y Marina divisó por unos segundos a su marido en la cubierta haciéndole señas con el brazo en alto. Sonrió con todo su ser, con una felicidad que le brotaba desde el alma, pero pronto lágrimas de alegría le nublaron la vista y dejó de verlo. Después todo ocurrió demasiado deprisa: estaba en la cubierta entre cientos de personas que festejaban y, casi sin entender cómo, Marina se halló de pie en su cabina, abrazada al hombre que amaba. Se sujetaba a él con fuerza, no quería soltarlo, temía volver a perderlo.

Vega la reconfortó acariciándole la espalda, a su vez, y coronándole la frente con infinitos besos.

—No imaginas cuánto te he extrañado, preciosa esposa.

—No necesito imaginarlo: yo también he convivido con el dolor de no tenerte. Pero felizmente ese horrible sufrimiento ha quedado atrás. Dios me ha regalado una nueva

oportunidad a tu lado, y ya nunca nos separaremos —aseguró decidida, pero la falta de respuesta de él le hizo dudar y agregó—: ¿no es verdad?

—Por supuesto, amada mía —respondió Vega con voz ronca y al instante siguiente Marina se encontró entre sus brazos, en el lecho, con la boca de él recorriéndole el cuello, la mandíbula y el mentón. Cuando le alcanzó los labios sintió que cada vello de su cuerpo se erizaba. Devolvió los besos con el ardor contenido durante meses, y se dejó llevar por las infinitas sensaciones que la atravesaron.

En pocos instantes se encontró desnuda y una suave brisa marina sobre la piel de la espalda la hizo temblar. ¿O quizás la lengua de él recorriéndola fue la autora de esos estremecimientos? Marina estaba recostada boca abajo, con los ojos cerrados, como Vega le indicara. Siempre obedecía los dictados de él en la cama. Había aprendido que podía resultar mucho más excitante seguir sus indicaciones que preguntar o intentar actuar de otro modo. Desde su boda había tenido que acostumbrarse a desprenderse de la vergüenza, ya que muchas veces él insistía en que caminase desnuda por la cabina. Y aunque al principio le costó, después de algunas semanas se había acostumbrado a andar sin ropas y disfrutaba verse reflejada en las sensuales miradas que provocaba en él. Le gustaba gustarle. La encendía encender el deseo de él.

Volvió a sentir un escalofrío en su cuerpo caliente y saboreó de antemano la sensación de la unión que por tanto tiempo extrañara. Se dio vuelta y lo vio sobre ella, los ojos negros clavados en los suyos, que la miraban con fijeza, cada vez más cerca, cada vez más grandes, hasta cubrirla por completo.

Todavía envuelta en la oscuridad de esos ojos que tanto extrañaba, se sentó en el lecho sobresaltada. Miró a su alrededor varias veces, y una dolorosa punzada la invadió: estaba sola.

Tan sola como había estado desde que Vega desapareciera.

Se dejó caer hacia atrás, sacudida por fuertes sollozos, golpeada por la cruel realidad. No lo había recuperado de la muerte. Las ansias por el regreso de él habían invadido cada rincón de su ser, vibraban en ella, y hasta invadían sus sueños.

Se dio vuelta en el lecho y abrazó la almohada. Un torpe e insatisfactorio reemplazo para el hombre amado perdido. Mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, apretó los ojos con fuerza. No por un vano intento por contenerlas, sino por la angustiante necesidad de dormir para escapar de allí. Marina ya no quería vivir así, quería dormir para siempre.

Unos días después Ysabel intentó arrastrar a su hermana a la cubierta.

—Vamos, querida, salgamos; un poco de aire te hará sentir mejor.

—No lo creo. Nada me devolverá las ganas de vivir —respondió con su apatía habitual, y se acomodó en la litera para seguir durmiendo.

—Vamos, Marina, que no puedes pasar el resto del viaje allí echada. Ya has tenido un tiempo de duelo razonable, pero es hora de que te levantes y continúes con tu vida.

—Ya no tengo vida. Mi corazón murió con Lope, sólo espero que el resto de mi cuerpo se dé cuenta de ello y lo acompañe —murmuró con un sollozo.

—¡No digas eso! Desear morir es pecado.

—Es que sólo la muerte me liberará de esta agonía. Cada minuto sin él me duele en el alma, saber que ya no volverá a besarme, que ya no sentiré el aroma de su piel al esconder mi nariz en su cuello... —La voz se quebró y los sollozos se convirtieron en alaridos.

Tan fuerte lloró que Trinidad se asomó de su escondite favorito, debajo del escritorio de Ysabel. Los gritos desgarradores no asustaron a la chiquita, hicieron que se acercara al lecho para apoyar con cuidado su pequeña palma en la mejilla de Marina y con los dedos recorrer las huellas de las lágrimas hasta borrarlas. Enseguida una sonrisa le iluminó el rostro mientras tiraba de ella para sacarla del lecho. Y Marina calló, conmovida por el cariño de esa niña a quien apenas conocía. Con docilidad permitió que la vistieran, y luego, arrastrada por una pequeña mano oscura, se dejó llevar al exterior por primera vez en mucho tiempo. Ysabel las acompañó con una sonrisa de satisfacción, y el corazón desbordando agradecimiento hacia Trinidad, quien no se separaba de ella desde que subiera a bordo. Su hermana, aunque pálida y demacrada, mostraba un indicio de esperanza: podría recuperarse.

Mientras estaban afuera el viento cambió. Un fuerte aire cálido barrió la cubierta, el tono celeste del cielo desapareció tras oscuras nubes y casi de inmediato el barco empezó a sacudirse.

—¡Corran al interior! —ordenó el piloto, mientras él mismo se dirigía a reemplazar al joven que llevaba el timón y mandaba achicar los paños de las velas—. ¡Será una fuerte tormenta!

Sus últimas palabras fueron tapadas por los rugidos de los truenos. Las damas las oyeron entrecortadas, pero igualmente entendieron, zarandeadas por los vaivenes del mar. En medio de pobres intentos por asirse de algo fijo Marina, Elvira, Trinidad y la doncella alcanzaron el castillo de proa. Ysabel no las siguió. Decidida a demostrar que estaba a la altura de su cargo, se dirigió a la toldilla de popa, avanzando de a poco, agarrándose de donde podía, para ganarle al incesante bamboleo del galeón. Allí tomó un grueso cabo, se ató uno de los extremos alrededor de la cintura y el otro a una de las jarcias firmes, tal como había visto hacer al difunto Mendaña en una tormenta anterior.

A pocos pasos de ella, Quirós luchaba con fuerza para sujetar el timón y mantener el galeón a flote. La tarea era ardua. El mar hervía en gigantescas olas, sacudiendo la nave como nunca antes en la travesía. Más fuerte aún que en la noche en que explotara el volcán. El cielo, oscurecido por nubarrones, arrojaba un rabioso aguacero. Las velas se henchían al máximo, a pesar de los infructuosos esfuerzos de los marineros por arriarlas. Una enérgica marejada invadió la cubierta y atrapó a dos hombres con su fuerza, llevándoselos con ella. Con un poderoso estrépito que superó al del viento, la parte superior del palo de proa, el trinquete, se quebró y cayó, arrastrando el encordado de cabos y la vela redonda que sujetaba. A pesar del miedo y del peligro inminente de morir en cada embate de ese mar enfurecido, ninguno de los marineros dejó de combatir las fuerzas de la naturaleza.

Entre tinieblas, disipadas apenas por momentos gracias a la luz azulada de los rayos, Ysabel aguantó firme en su puesto, como correspondía a la Almiranta al frente de la expedición. Quería demostrar a la tripulación que era una digna jefa para ellos. Vio a decenas de marinos luchando contra la tormenta, ajustando los aparejos para resistir a los asaltos del viento. Ahogó el grito que poblaba su garganta cuando el hombre que estaba subido a una verga, buscando achicar el velamen, fue barrido por una gigantesca ola hacia la oscuridad del océano. Durante toda la noche la figura vestida de luto no se movió de su sitio en la toldilla, cerca del timón. Cada sacudida de la nave aumentaba su miedo, pero a la vez alimentaba su fortaleza. *Debo resistir, voy a demostrarles que puedo ser tan buena líder como don Álvaro*, se repitió más de una vez, aferrada con tanta fuerza a los cabos que le dolían los puños apretados. Estuvo tentada de abandonar la

cubierta y correr a refugiarse en la cabina principal, pero se obligó a soportar uno y otro embate de la naturaleza. Estaba convencida de que nadie se animaría a desafiar su autoridad como Adelantada después de enfrentar la tormenta de esa noche como un marino y respetarían sus órdenes durante la fundación de las ciudades en las Salomón.

El amanecer llevó montada en sus luces la calma, pero también las malas noticias. El recuento de daños reveló la vela mayor hecha jirones y el trinquete, en la proa, inservible. Además, tres marinos habían caído del *San Jerónimo* hacia las profundidades del mar, otros dos del *Santa Catalina*, que también resultó dañado, y no había noticias del *San Felipe*: la galeota había desaparecido del horizonte junto con todos sus ocupantes.

—Adelantada, le informo que no podemos continuar hacia las Salomón. Tenemos menos hombres que los necesarios para dominar las naves, instrumentos rotos y le recuerdo la falta de un sacerdote para bendecir las nuevas tierras a las que pudiéramos llegar. En estas condiciones nunca lograremos completar la misión —dijo el piloto con voz cansina, agotado.

La desazón invadió el alma de Ysabel. Con otro barco perdido, pocos hombres y sin aparejos de marear, resultaría difícil continuar con la exploración de esas peligrosas aguas.

—Bien, acepto su sugerencia de regresar a Lima —accedió resignada.

—No, eso ya no es una opción: no llegaríamos. Necesitamos reparaciones urgentes, no podemos enfrentar una travesía tan larga. En nuestras actuales condiciones con suerte alcanzaremos Manila, que es el puerto español más cercano.

—Entonces ponga rumbo a las islas Filipinas, piloto —asintió con la cabeza, pero sin darse por vencida del todo—, después de recomponer los barcos allí y conseguir más gente, continuaremos con la expedición por estos mares.

Quirós la observó en silencio sorprendido, con un dejo de admiración en su mirada. Aunque se mordería la lengua antes de decirlo en voz alta, reconoció para sí que esa mujer tenía algo especial en su determinación: era tan decidida como un hombre.

Con menos velas, perdieron velocidad. Las dos naves a las que había quedado reducida la poderosa flota española avanzaban sobre las olas con lentitud. En la semana transcurrida desde la tormenta no habían vuelto a ver islote alguno. Apenas aguas transparentes los rodeaban. Por momentos con tonos celestes y otras veces verdosos; mar de turquesas o de esmeraldas, según la hora del día y el reflejo del sol. La inmensidad azulada los envolvía, hasta fundirse en el horizonte, donde cielo y océano multiplicaban sus colores para volverse uno. Pero el espectacular efecto visual ya no deslumbraba a nadie. Los viajeros solo ansiaban por lo que no tenían: tierra en las cercanías para abastecerse.

Tras otra semana donde la vista sólo alcanzaba a distinguir agua, la apatía se había apoderado de los navegantes. También de Ysabel. Sin vientos, las naves se mantenían en el mismo lugar. Apenas un golpeteo suave de largas ondas les otorgaba un movimiento de cabeceo, como para recordar a todos que seguían en el mar. La falta de brisa alguna no permitía hallar refugio en la cubierta cuando el sofocante calor de la cabina se volvía insoportable. El sol abrasador sobre las cabezas aumentaba la sed y recalentaba las gargantas, haciendo imposible que olvidaran la escasez de agua para beber. Los viajeros se acurrucaban en los rincones buscando las mínimas sombras de alguna vela a medio henchir. La Adelantada prefería quedarse en el lecho, en camisón, sin verse obligada a vestir su abrigado atuendo formal. Recostada, observando el techo

de madera, sentía las gotas de sudor corriéndole por el cuello, entre los senos, en las piernas. Las palmas húmedas no le ofrecían ningún alivio cuando las pasaba por la frente. Transpiraba sin cesar por el aire caliente que todo invadía. Tenía sed. Se sirvió una copa de agua de la jarra que Pancha dejara en una mesa y le halló mal sabor. A pesar de lo que dictaba su instinto no la escupió. La tragó con esfuerzo y volvió a recostarse. Sabía que el agua dulce que cargaban en las bodegas estaba llegando a su fin, debido a las vasijas rotas en la tempestad. No podía darse el lujo de desperdiciarla. También se habían acabado las frutas y las carnes, y quedaban pocos troncos, tan necesarios para cocinar. El hambre se había instalado en las naves. Para subsistir, los cocineros preparaban galletas y tortas secas mezclando harina con unas gotas de aceite y agua salada, y las cocían en el fogón de proa. Por la falta de madera, el capitán Quirós había ordenado que sólo se encendiese una vez al día. Muchas veces las galletas no alcanzaban a cocinarse, por lo que debían saciar su apetito con un pegajoso engrudo desabrido.

El hambre aumentaba y las peleas por conseguir comida se multiplicaban, porque en poco tiempo la harina también empezó a agotarse y Quirós ordenó racionarla. Lo que entregaban no era suficiente para llenar más de un centenar de vientres hambrientos cada día. Las gallinas, enflaquecidas, ya no daban huevos, por lo que fueron a parar a un gran caldo, aunque eso apenas apaciguó el hambre por un día. El ayuno crecía, y la desesperación lo acompañaba. Un soldado llegó a herir a otro con un puñal en el pecho por haberle robado una rata que había atrapado en la sentina y pensaba guisar. Ante el ataque, el hombre, desesperado, se la comió cruda.

Por sugerencia de Elvira, el piloto deslizó que la orden de racionar la harina había partido de la Adelantada, lo cual caldeó los ánimos contra ella.

—Te agradezco que me ayudaras a desacreditarla, querida mía. Sin duda pocos hablarán a favor de ella si creen que es responsable del hambre a bordo. Al rey sólo le llegarán rumores negativos sobre esta pretenciosa mujer, y a la vez nadie dudará de mi apoyo y lealtad hacia la representante de la corona. Yo apenas cumplo sus órdenes.

La limeña sonrió complacida por el reconocimiento, mientras se perdía en el abrazo del hombre al que amaba.

Bajo la escasa luz de una luna creciente, dos hombres hurgaban entre unos cabos cerca del castillo de proa. Buscaban algún roedor, tras haber escuchado a un compañero alabando su sabor.

—Shhh... No hagas ruido —ordenó uno.

—¿Por qué? ¿Has visto una rata? —preguntó el otro.

—Algo mejor. Mira: es la hermana de la Adelantada. ¡Y está sola! Disfrutaremos de ella y será mejor que una cena. Hace mucho que no toco a una mujer, desde aquellas indias después de la misa —exclamó relamiéndose con lascivia, y señalando con la cabeza a la figura que se acercaba a la borda.

—Hmm... No lo sé... Cuando ella lo cuente nos matarán. ¡No perderé mi cuello por zambullirme entre unas piernas!

—Ella no podrá contar nada, porque los muertos no hablan. Yo mismo me ocuparé de lanzar su cuerpo sin vida al agua y nunca la encontrarán. ¡Vamos, hombre! Iré por delante, tú ubícate a su espalda, por si intenta escapar.

Antes de que el dubitativo marinero pudiese detenerlo, el que había urdido el plan ya estaba junto a la pensativa dama, quien parecía buscar respuestas en la oscuridad del océano.

Marina escudriñaba el horizonte con la esperanza de avistar un farol en la distancia, una señal del barco de Vega. Se negaba a creer que su amado estuviese muerto. Sus ojos vagaban incansables dentro de la negrura de la noche, cuando un golpe sobre el brazo la sobresaltó. Creyó que sería Belita, enviada a buscarla por Ysabel, pero se sorprendió cuando una sucia mano le cubrió la boca para impedirle gritar. Demasiado tarde Marina comprendió que no se trataba de la doncella.

En pocos segundos dos hombres la rodearon y la arrastraron hasta detrás de unos barriles. Allí la tumbaron y uno de ellos tironeó de la pesada falda para subirla. Mientras se debatía y pataleaba, Marina sentía la falta de aire. La mano que le tapaba nariz y labios la estaba sofocando. En una desesperada búsqueda por respirar, mordió esa palma maloliente y apretó las mandíbulas con todas sus fuerzas, hasta sentir el sabor de la sangre. Cuando el hombre se apartó dolorido aprovechó para llenar los pulmones de aire y con la exhalación soltó un profundo grito.

Una bofetada la calló de inmediato e hizo que golpeará la cabeza contra el piso de madera. Atontada, sintió un grueso paño presionándole la boca, silenciándola. Se debatió y pataleó inútilmente mientras sus prendas íntimas la abandonaban, rasgadas por toscos tirones. El peso de un hombre sobre el vientre le indicó que el maldito estaba por alcanzar su objetivo. Cerró los ojos, esperando lo peor, cuando de repente todos los movimientos cesaron y ya no tuvo al extraño sobre ella.

—Cálmate, amigo, no es necesario que nos apuntes esa pistola, podemos compartirla contigo. ¿Quieres tomarla primero?

Marina abrió los ojos y se incorporó de prisa; asustada y sin comprender lo que escuchaba encontró a un desconocido encañonando a quienes sin duda la habían atacado: uno tenía la mano ensangrentada y el otro los pantalones bajos.

—Aléjense de ella —dijo el hombre, que por su vestimenta debía ser parte de la tripulación, aunque marinero de escasa categoría—. No tomarán a esta mujer por la fuerza.

—¿Acaso crees que sólo tú disfrutarás de su cuerpo? —se mofó uno de los atacantes.

—No, nadie lo hará.

—¿Y cómo piensas impedirlo? Tu pistola sólo tiene un disparo, y nosotros somos dos.

—Eres tan tonto... —se burló el recién llegado con una mueca y sacudió la cabeza—. En cuanto mate a uno, el estruendo hará que todos en el barco acudan a ver qué ha ocurrido, y el sobreviviente no podrá explicar por qué la dama tiene las prendas rotas. Además, ¿ya han decidido cuál de los dos recibirá mi plomo? —preguntó alternando la punta del arma entre uno y otro.

—Vamos, vamos, amigo. No es necesario llegar al extremo de disparar —exclamó el de los pantalones bajos, buscando escapar de la situación—, sólo queremos pasar un buen rato. Únete a nosotros. Es una dama, su piel debe ser suave y su carne delicada. Podemos disfrutarla los tres, será un buen desahogo en estos días difíciles.

Marina se estremeció.

—He dicho que no. Y creo que ya hemos perdido bastante tiempo. Largo de aquí ahora, ¡o disparo en este mismo instante! —los amenazó.

Los dos hombres se movieron deprisa, pero dieron de lleno contra un pecho cubierto con una elegante capa. Don Diego de Barreto se acercaba a la proa buscando aliviar las necesidades del vientre en los jardines, como llamaban a las sillas colgantes sobre la borda, con sólo un aro como

asiento que permitían a los hombres liberar sus cuerpos en el océano. El caballero intentó esquivarlos, pero la desesperación de los malintencionados atacantes los hizo tropezar con él, y entonces Marina gritó:

—¡Diego, detenlos! Estaban a punto de abusar de mí. Si no fuera porque este marino me ha salvado... —quiso explicar Marina, pero las lágrimas se lo impidieron.

Con rapidez el hidalgo sacó la pistola que llevaba en la cintura y la apuntó hacia los dos sujetos.

—¡Quietos! El primero que se mueva irá a parar al fondo del mar.

Barreto vociferó para llamar a sus hombres, y en pocos minutos los atacantes fueron llevados maniatados a la sentina.

—Mañana consultaré con Ysabel qué haremos con ellos. Ahora lo importante es que vayas a descansar, Marina. Yo mismo te escoltaré a tu cabina. Le agradezco lo que hizo, marinero. ¿Cuál es su nombre?

—Alejo Plumet, señor. Pero no debe agradecerme, sólo cumplí con mi deber: hice lo que cualquier hombre de bien hubiese hecho —dijo con una inclinación, y luego se perdió en la oscuridad.

Al día siguiente, mientras la india Pancha le servía unas galletas como desayuno, Ysabel escuchó lo ocurrido de boca de su hermano, y no dudó:

—Que los cuelguen del palo mayor. En mi barco nadie puede tomar por la fuerza a una mujer.

—¿No crees que es un castigo excesivo? No llegaron a deshonar a Marina.

—No, no creo que sea demasiado, es lo que merecen. Mendaña me explicó que la ley del mar indica que los ataques a mujeres tienen diferentes castigos. Si se abusó de una india se reciben golpes con varas de junco y si la víctima fuese una criada blanca, azotes con el látigo. Aquí se trata de una dama: merecen la horca. No la lastimaron porque alguien más se interpuso. Si ese marinero no hubiese estado allí... Hablando de eso, dile al muchacho que venga, quiero agradecerle en persona.

Con un suspiro de resignación, Diego de Barreto volvió a insistir:

—¿Estás segura de colgarlos? Tu alma se está endureciendo, hermana.

—Sí, es lo que hubiera hecho el Adelantado ante este agravio. No actuaré con menos ímpetu por ser mujer. Que los cuelguen al amanecer.

—Bien, veré que se realicen los preparativos —dijo y se retiró con una reverencia.

A Ysabel no le gustaba sentirse responsable de esas dos muertes, pero debía dar un ejemplo de orden al resto de los viajeros. Trató de convencerse de que ellos mismos habían sido los artífices de su destino, debido al infame plan de abusar de una mujer, aunque no lo hubieran logrado. A pesar de mostrarse fuerte y decidida, se le revolvía el estómago al pensar que estaría obligada a ver los cuerpos colgando sin vida al día siguiente.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Adelante —ordenó con voz segura.

—Viene a verla Alejo Plumet —anunció la india Pancha, y se corrió para permitir el acceso a un marinero, quien enseguida se sacó el deteriorado sombrero de la cabeza. Los sucios y descuidados dedos estrujándolo revelaban nerviosismo mientras Ysabel lo observaba, pero se

tranquilizó y mostró una sonrisa cuando la perrita Perla se frotó el lomo contra una de sus piernas después de olisquearlo en reconocimiento.

Ysabel recordó haberlo visto antes, era uno de los ayudantes habituales de Mendaña. Más alto que ella, iba vestido con sencillez: una camisa tosca y amplia, atrapada debajo de un gastado jubón, calzas de lana ajustadas a unas piernas no muy musculosas, pero que revelaban una evidente protuberancia a la altura de la entrepierna, y unos sencillos zapatos sin hebilla, y varias veces remendados, que habían perdido el brillo mucho tiempo atrás. La mata de enrulados y desgreñados cabellos castaños luchaba contra el tiento que los sujetaba y formaba una coleta en la espalda. Al estudiarlo de cerca a Ysabel le pareció más joven de lo que había creído. El rostro lampiño revelaba que no podía ser muy mayor, aunque el mango de la pistola que asomaba en la cintura indicaba que ya no era un niño.

La Adelantada se puso de pie y se quedó detrás del escritorio al decir:

—Agradezco lo que hizo por mi hermana.

—No debe agradecerme nada, señora —respondió con voz no muy gruesa, inclinándose en profunda reverencia—, apenas cumplí con mi deber.

—Estoy convencida de que las buenas acciones deben ser reconocidas, por eso le mandé llamar. Sin vuesa oportuna intervención, doña Marina hubiera sufrido en manos de esos villanos.

—Por eso los detuve. Es una vergüenza que sujetos de esa calaña se permitan ofender así a una dama, deben ser ajusticiados. No serían la clase de gente ideal para poblar las nuevas tierras. Ansío vivir en una aldea con vecinos de almas nobles.

—Es un hombre diferente a la mayoría, señor —dijo Ysabel alzando las cejas con sorpresa.

—Escuchar sus palabras me llena de orgullo. Formar parte de esta expedición es un sueño cumplido, uno que acaricié durante largo tiempo. Y que su líder me felicite es un honor más allá de lo imaginable.

—¿Y no le incomoda que esta nueva líder lleve faldas?

—En absoluto, señora. Si el Adelantado le dejó el título, por algo habrá sido. Debo confiar en la capacidad de don Mendaña, a quien admiraba profundamente, para designar a su sucesor.

Ysabel se giró y se mantuvo en silencio, observando las aguas azuladas por el amplio ventanal de popa. Después de un rato se volvió y mirándolo a los ojos, que descubrió muy oscuros, dijo:

—Me gustaría que pase más tiempo a mi servicio, marinero Plumet. Necesito hombres de confianza alrededor mío. Hablaré con don Diego para que se ocupe de reasignarle nuevas tareas. Puede retirarse.

—Sí, señora.

—Una última cosa: no me diga señora, sólo Adelantada.

—Sí, Adelantada —respondió el muchacho fijando en ella esos extraños ojos negros, antes de salir del camarote.

Desde que Pancha cerrara la puerta tras Plumet, Ysabel se quedó pensando en él. Estaba agotada después de tantos meses en el mar y tras las penurias que debía enfrentar cada día. El hambre, la sed y el calor la agobiaban. Las responsabilidades de su cargo la abrumaban; y la incertidumbre sobre el futuro le pesaba en el alma. Con Marina deprimida, Lorenzo muerto, Diego y Luis demasiado jóvenes para tomar decisiones, se sentía sola, sin ningún sostén cercano. Ysabel dedujo que necesitaba un hombro donde apoyarse. Se preguntó si Alejo Plumet sería la

opción que buscaba, una nueva bifurcación en el sinuoso camino de su vida.

12

Diciembre de 1595.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

Dio otra vuelta más al mantón de seda entre los dedos. Nando revisaba la mercadería una y otra vez con ojo crítico buscándole una falla que le permitiese bajar el precio en la negociación, pero no la encontraba. La exquisita pieza presentaba infinidad de flores bordadas con hilos de colores y terminaba en delicados flecos que colgaban con idéntica simetría alrededor de los bordes.

—Ofrezco los mejores mantos de Hong Kong. No hay superiores.

—¿Cuánto pide por él?

—Medio ducado.

Un valor demasiado alto para esa región, pero que podría triplicarse en la península ibérica. Nando asintió con la cabeza sin inmutarse y su sombrero de ala ancha hizo sombra sobre las brillantes botas del español de mediana edad que acaba de bajar de un bote. Estaban en el puerto de Manila, en la zona que llamaban muelle, donde se acumulaban los toneles, cajas y baúles que llegaban desde las naves así como los que esperaban para ser embarcados. Era la primera línea de las negociaciones. Los mejores acuerdos se cerraban allí. Nando no quiso perderse la llegada de Nicanor de Palos, el mercader de Formosa, un vendedor famoso en esos mares. Había pasado varias horas sentado al acecho de esa carga. Desde su fallida excursión en busca de las perlas a su sitio de origen, Castro ya no salía a recorrer islas en busca de productos para enviar al Viejo Mundo: esperaba en Manila que llegaran a él. Unas veces interceptaba a los barcos antes de que alcanzaran la costa, y otras esperaba a los vendedores en tierra firme. Las compraba y las guardaba en unos galpones que había construido con ese fin. Ya tenía tres, y si seguía adquiriendo mercancías debería construir un par más, ya que faltaba medio año para que se vaciaran. Hasta comienzos de verano, en mayo o junio quizás, no zarparía el próximo Galeón de Manila con destino a Acapulco. Desechando la preocupación por la falta de espacio, Nando apreció la delicadeza de la tela que sostenía entre los dedos y apostó fuerte para obtenerla.

—¿Cuántas mantillas tiene para vender?

—Demasiadas para un solo comprador.

—¿Cuántas?

—Casi un centenar

—Me las quedo todas. Le daré veinticinco ducados por ellas.

A pesar de su experiencia, el mercader alzó las cejas, en un gesto que revelaba sorpresa, aunque se recompuso para decir:

—Puedo conseguir más si las vendo por separado. Quiero cincuenta.

—No hay tantos compradores en esta ciudad y si regresa a mí más tarde porque no logró venderlas, mi precio bajará. Si es astuto tomará mi oro ahora: treinta —anunció Nando mientras buscaba un talego en su jubón y lo sacudía para hacer tintinear las monedas.

—Trato hecho —concedió, y extendió la mano.

Después de pagarle, y mientras controlaba cómo bajaban las mercaderías, Nando le consultó:

—¿Sabe si hay algún comerciante de pimienta en la nave?

—No, amigo. Ningún pimentero ha venido esta vez.

—¿Podría traerme pimienta en un próximo viaje?

—No es mi especialidad —negó mientras sacudía la cabeza—, pero vuesa merced podría ir por ella a las islas.

—No es mi especialidad —lo imitó, burlón.

—Pues debería considerarlo. He escuchado que en Ternate la bolsa del tamaño de un puño cuesta apenas una moneda de cobre. Desde que los portugueses se fueron, los nativos casi están regalando las especias fascinados por el brillo de las monedas.

—¿Y vuesa merced va a dejar pasar esa oportunidad? —dijo Nando desconfiado, conocedor del precio real: en Manila se pagaba un maravedí de cobre cada grano, y ese valor se multiplicaba cientos de veces en Europa. Una baya de pimienta podía valer hasta diez ducados de oro, según la urgencia del comprador.

—Las Molucas están demasiado lejos para mí. Vivo en la costa de China y me lleva varias semanas llegar hasta aquí, si siguiera más hacia al sur debería pasar muchos meses lejos de casa, y prefiero regresar a donde me espera mi esposa Lin, la oriental más bella que cualquiera haya visto —explicó con una suave sonrisa.

—¿Por una mujer? ¿Va a dejar de hacer negocios por correr a casa junto a ella? —preguntó incrédulo.

—Responderé con una pregunta: ¿para qué me sirven mis ganancias si no puedo permitirme disfrutar de mis días de la manera que deseo? No comercio para acumular fortuna, sino para llevarle obsequios a Lin y que ella me regale su tiempo.

—Entiendo, una cortesana...

—¡No! ¡Mi esposa! Y no toleraré que la ofendan. Ella es china, pero un sacerdote portugués la bautizó y bendijo nuestra unión.

—Lo siento, no quise ofenderlo. Es que me tomó por sorpresa la revelación: un hombre que descarta ampliar su fortuna porque ansía volver a casa junto a su esposa.

—Vuesa merced es demasiado joven. Con el paso de los años quizás tenga suerte y encuentre una mujer que le haga desear regresar a su lado —respondió condescendiente—. ¡Ahhh! Creo que el barco demorará algunos días en prepararse para partir. Iré a una posada y beberé una copa de vino. ¿Gusta acompañarme?

Nando estaba a punto de aceptar la invitación cuando llamó su atención una figura que

avanzaba con paso lento pero firme por los muelles.

—No, gracias. Quizás otro día —dijo, y se despidió con prisa del mercader.

Buscó con la mirada al hombre mayor de amplia capa y corrió hacia él. Las profundas zancadas de sus largas piernas le permitieron alcanzarlo con facilidad. Estiró el brazo para tocarle el hombro y pronunció dubitativo:

—¿Basilius?

El anciano se giró y sin demostrar gran sorpresa atrapó a Nando en un abrazo.

—¡Muchacho! Esperaba encontrarte pronto, pero esto supera mis expectativas —dijo riendo.

Entre ellos había crecido una profunda amistad. Más allá del negocio de rubíes que compartieran, el interés de Nando por la alquimia lo había llevado a pasar muchas horas en el taller de Basilius durante su estadía en Mogok. Habían sostenido largas charlas y aunque el anciano nunca le enseñara a preparar ninguna mezcla ni le permitiera acercarse cuando el horno estaba encendido, las conversaciones parecían las de un maestro y su discípulo. Nando había partido de Birmania con la certeza de que iba a extrañar su compañía, y no se había equivocado.

—¡Qué alegría verte! ¿Qué haces en Manila?

—Ya te explicaré, pero es una historia demasiado larga para compartirla en un muelle. Primero ayúdame a buscar alojamiento, por favor.

—Nada de eso. Te quedarás en mi casa. En realidad es la residencia del gobernador, pero hay lugar de sobra. Serás mi invitado todo el tiempo que estés en Manila.

—Hummm, pero no tendré la privacidad que necesito. Te lo agradezco pero aceptaré tu hospitalidad apenas por unos días, hasta que consiga una vivienda propia.

—Parece que tu estadía será prolongada. ¡Lo celebro, amigo! Vamos, tengo mi carreta por aquí, y haré que mis criados se ocupen de tu equipaje. Lo llevarán junto con las telas que he comprado.

—Que tengan cuidado, por favor. He traído muchas piezas delicadas, incluido el atanor.

—Imaginaba que no partirías sin él —dijo riendo—. No te preocupes, serán cautelosos.

Se ubicaron en el rústico carro, dado que el rey no permitía el uso de rimbombantes carruajes en las colonias más allá de los océanos, y al poco rato la frondosa selva que ocupaba todo el espacio entre la costa y la muralla de la ciudad los protegió del sol.

—¿Me contarás a qué has venido a Manila? —Curioseó Nando en cuanto los carabaos se pusieron en movimiento.

—Estoy buscando algo, y espero que me ayudes a encontrarlo.

—Por supuesto, te ayudaré con lo que sea. No olvido que te debo la vida. Tú me salvaste en Mogok al bajarme las fiebres con esa poción mágica que preparaste. Te dije que podrías contar conmigo siempre y es cierto. —Un extraño mal había aquejado a Nando durante su estadía en el valle birmano. Altas temperaturas lo habían puesto al borde la muerte, pero una mezcla poderosa creada por Basilius en sus extraños aparatos hizo que se recuperara.

—No fue una poción mágica, apenas láudano —respondió con sencillez.

—Pero en mí hizo magia —dijo con una carcajada—. Dime qué es lo que buscas. ¿Sigues detrás de la piedra filosofal?

Basilius sacudió la cabeza negativamente:

—Mi mina quedó enterrada bajo media montaña por culpa de un terremoto. Esa búsqueda quedó suspendida. Ahora estoy detrás de un libro muy especial.

—¿Un libro especial en Manila? ¿Estás seguro? Ni siquiera tenemos una imprenta en estas tierras y los monjes han abandonado la antigua tarea de escribas. Aquí sólo encontrarás manuscritos traídos desde otros lugares.

—Pues eso es lo que estoy buscando: un libro realizado en un monasterio en las montañas de Bohemia.

—¿Y está en Manila? —preguntó escéptico.

—El original no, en realidad está en la corte del emperador Rodolfo II. Es un libro muy valioso, codiciado por muchos y guardado con gran celo por ser único y por su especial contenido —confió Basilius en tono solemne—. Pero me han revelado un secreto que pocos conocen: que en realidad no se hizo un solo ejemplar sino dos, ¡y el segundo está aquí!

—¿Sabes quién podría tenerlo?

—No, no tengo ninguna pista. Por eso necesito tu ayuda.

—Te asistiré en lo que esté a mi alcance, pero no tengo acceso a las bibliotecas de los vecinos filipinos, apenas a la que dejó mi tío, la cual desde ya pongo a tu disposición.

—No creo que quien posea este libro lo mantenga a la vista de todos en una biblioteca. Imagino que debe estar oculto.

—¿Hay necesidad de esconderlo? ¿Es un libro prohibido? —concluyó la pregunta bajando la voz, dado que el brazo de la Inquisición llegaba también hasta ese alejado rincón del mundo. Manila era el centro de la campaña evangelizadora en las Indias Orientales. Había órdenes de monjes agustinos, franciscanos y jesuitas, además de los temibles dominicos, soldados del Santo Oficio.

—No está en el *Index Librorum Prohibitorum*, la lista de libros vedados de la Iglesia, pero se lo conoce como La Biblia del Diablo.

—¿Estás buscando el *Codex Gigas*? ¡El llamado Libro gigante!

—Me sorprende que estés al tanto de su existencia —exclamó admirado Basilius.

—He leído bastante sobre alquimia desde que te conocí, amigo. Sé que llama la atención por su tamaño de casi un brazo de largo y sus seiscientas páginas. Dicen que pesa como una persona y que se necesitan dos para cargarlo. ¿Es cierto?

—Supongo que sí. Ésa es su descripción, pero no lo he visto aún.

—No entiendo por qué una transcripción de la Biblia genera tanto revuelo; supe que sabios de todo el mundo lo codician. Y tu búsqueda me lo confirma. ¿Por qué es especial, además de sus dimensiones?

—Es más que una Biblia con una imagen del diablo en una de sus páginas, que es lo primero que llama la atención. También posee representaciones de hierbas especiales, curas para enfermedades del cuerpo y del alma, y algunos conjuros.

—Imagino que también debe haber mensajes alquímicos ocultos para ojos inexpertos.

Basilius asintió en silencio.

—¿Y no me dirás nada sobre eso, no es así?

—Sería peligroso para ti saber lo que contiene. Aunque no está en la lista negra oficial, más de un inquisidor podría elegir mandarlo a la hoguera si lo encontrase, y las sospechas recaerían en todos los que tuviesen contacto con él.

—Entiendo los peligros que lo rodean. Aun así me gustaría saber más sobre ese libro prohibido.

—Quizás seas uno de los elegidos para apreciar los verdaderos valores de la alquimia —asintió Basilius—. En Mogok me pareció intuir que serías un buen aprendiz, pero no me decidí a enseñarte en aquel entonces, y luego partiste. Esta ciencia debe pasarse como un legado a alguien que crea en ella, es como una herencia y yo no tengo herederos varones. Cuando mis pistas sobre el *Codex Gigas* señalaron Manila lo tomé como una señal del universo: algo me dice que tú podrías ser mi discípulo. ¿Estás interesado?

Sorprendido por la propuesta de Basilius, Nando no supo qué responder. La alquimia le provocaba un profundo interés, y había leído varios libros sobre el tema, aunque sin intenciones de dedicarse a ello. Estaba preguntándose en ese mismo momento si le gustaría convertirse en un alquimista, cuando la llegada del carro a la altísima muralla de piedras que rodeaba la ciudad interrumpió sus pensamientos. Había fila para entrar y debieron detenerse.

Mientras esperaban para atravesar el grueso portón de madera que se cerraba todas las noches, respondió:

—Tu propuesta me ha sorprendido. Déjame pensarlo antes de tomar una decisión.

—Por supuesto. Volveremos a hablar de esto cuando tenga mi vivienda.

Pocas calles después llegaron a la residencia principal, ubicada sobre la plaza Mayor. Nando detuvo la carreta en la puerta y dio indicaciones al mayordomo de rasgos nativos vestido con librea que salió a recibirlos:

—El señor Basilius será nuestro huésped por algunos días, Datú. Ocúpate de ubicarlo en una habitación confortable —ordenó.

—Sí, señor.

—Basilius, te dejaré asearte y descansar. Te veré a la hora del almuerzo.

—Bien, pero como es obvio que no vas a preguntarme por Aeysuú, te lo contaré yo porque no quiero resquemores entre nosotros: se ha casado y es feliz junto a su nuevo marido. No te guardo rencor por no haberte quedado junto a mi hija, Nando. Entendí que tu destino no estaba ligado al de ella.

—Te agradezco la sinceridad, amigo.

Nando estaba a punto de marcharse cuando el mayordomo lo detuvo:

—Una dama lo espera en la biblioteca.

—¿Una dama? ¿No dijo su nombre?

—No, señor.

—Descríbela.

—Viste como una dama española, con muchos encajes en su atuendo.

—Me refiero a su edad, su aspecto físico, Datú —replicó impaciente.

—Oh, su cuerpo es voluminoso, como el de muchas damas.

—¿Qué más? —Lo apuré.

—Yo diría que tiene unos treinta años, su cabello es de un extraño tono rojo y...

—Y lleva sus llamativos rizos sueltos alrededor de su escote —interrumpió Nando con un resoplido—. Ya sé quién es. ¿Insistió en esperarme?

—Cuando le anuncié que vuesa merced no se hallaba en casa dijo que tenía tiempo, que no se marcharía hasta encontrarlo. No pude impedirle que pasara —explicó nervioso el mayordomo.

—No te preocupes, Datú. Iré a verla ahora.

Con paso firme avanzó hasta la biblioteca, preparándose para un encuentro que sabía difícil.

Abrió la puerta y encontró a una elegante dama sentada en un sillón, con un criado nativo a su lado que la abanicaba con unas enormes hojas de colocasia, a las que los filipinos llamaban orejas de elefante.

—Buenos días. Me sorprende esta visita sin invitación, Sebastiana.

—Pues no deberías sorprenderte, querido. Me dejaste plantada hace dos noches y no respondiste a los mensajes que te envié ayer —contestó molesta—. No me quedó otra opción: tuve que venir a verte.

—Pensé que había sido claro en nuestro último encuentro. Te dije que no volvería a visitarte esta semana ni la próxima —comentó con tono respetuoso, y luego señaló al criado de ella—. ¿No crees que deberías despacharlo para que hablemos con más privacidad?

—Sal, Bayani. Espérame afuera —ordenó con un gesto de la mano.

Doña Sebastiana de Almagro y Figueroa estaba acostumbrada a ser obedecida al instante. La enorme fortuna que heredara de su marido le otorgó el poder de elegir dónde vivir tras enviudar y ella decidió quedarse en Manila a pesar del clima caluroso y húmedo. Allí era una de las damas más encumbradas de la sociedad local. Había tenido varios amantes más jóvenes que ella desde la muerte de Figueroa, pero todos habían terminado por aburrirla, por lo que los descartó sin miramientos. Pero Nando de Castro, su última conquista, era diferente a los anteriores. Además de su obvio atractivo físico, Sebastiana se divertía con él en la cama como con ningún otro, y se reían juntos fuera de ella. No quería perderlo, por eso se preocupó cuando él no apareció a su cita habitual de los jueves: no le había creído que no iría al encuentro. Angustiada por la falta de respuesta a los dos mensajes que le enviara tras su ausencia, había decidido confrontarlo en persona.

—No permitiré que faltes a nuestras noches de pasión, Nando querido. Es de mala educación dejar plantada a una dama —fingió regañarlo con un mohín.

—Te avisé que no iría, Sebastiana. No fui descortés contigo. Lo siento si no comprendiste mis palabras. Lo diré nuevamente y con claridad: ya no iré a visitarte más.

—Te perdono que hayas faltado una vez, pero no vuelvas a hacerlo. Podrás compensar el tiempo perdido esta misma noche —insistió, ignorando la última frase de él.

—No, Sebastiana. Ya no habrá más encuentros —anunció Nando con serenidad.

—¿Por qué no? —exclamó con voz ríspida.

—Porque tú quieres sentirte dueña de mi tiempo. Lo percibo por tus crecientes demandas, y esta actitud tuya de hoy lo comprueba. Te avisé desde que nos conocimos que no estaba dispuesto a asumir ningún compromiso, y tú estuviste de acuerdo. Ahora me exiges que te visite con regularidad y me haces una escena si no cumplo. Esto no es lo que quiero.

—¿Y acaso no cuenta lo que yo quiero? ¡Te quiero para mí!

—Lo siento, Sebastiana. Tú buscaste cambiar las reglas de nuestra relación, por eso prefiero dejarla.

—Me estás abandonando —resumió dolida.

—No, esto no es un abandono, porque nunca estuvimos comprometidos, apenas fuimos amantes. Y me gustaría quedarme con el mejor recuerdo de los momentos que compartimos, Sebastiana. No me lo impidas dejando en mi memoria una desagradable escena de despedida.

—Querido, te daré una muy agradable despedida ahora mismo, tan especial que hará que vuelvas a mí mañana —dijo con una mueca y pasó la lengua por los labios, al tiempo que se

arrodillaba delante de él.

Las manos de Sebastiana buscaron el borde del pantalón y con rapidez deslizó la mano en su interior. Nando soltó un suspiro cuando los dedos alcanzaron su miembro y lo sintió inflamarse.

Buscó apartarla de sí empujándola pero el forcejeo hizo que el pantalón se abriera. Sin perder el tiempo Sebastiana corrió la tela y lo atrapó en su boca. Se adueñó de él y le hizo olvidar de sus intenciones de escapar. Los labios húmedos se deslizaron con rapidez por toda su extensión y un gemido ronco le indicó a Sebastiana que él no volvería a apartarla por un rato. Ante cada movimiento de esa boca Nando empujaba la pelvis hacia adelante con fuerza, buscando alcanzar el placer. Las expertas maniobras de la lengua en su sensible piel lo ayudaron en la tarea. En pocos minutos una sacudida atravesó su cuerpo, obligándolo a cerrar los ojos con fuerza.

Después que ella terminara de limpiarlo y con la respiración ya vuelta a la normalidad, Nando se sintió molesto consigo mismo por haber cedido, y también con ella por haberlo llevado a esa situación. Se acomodó las prendas con cuidado y descargó su rabia en palabras.

—¡Una excitante escena de despedida! Te la agradezco, pero no me harás cambiar de idea con tus notables cualidades amorosas. Sé de lo que eres capaz en la cama, y aun así elijo dejarte. Has tenido mi sabor en tu boca por última vez. ¡Esto ha terminado, Sebastiana! Debes aceptarlo.

—Nunca lo aceptaré —pronunció con los labios y las mejillas enrojecidos—. Vendré a verte cada día, y te aseguro que te haré cambiar de idea. Te enloqueceré con mis encantos y ya no querrás vivir sin mí.

—No puedes visitarme a diario. Todas las lenguas en Manila hablarán de ti —intentó hacerla razonar—, y no será con halagos sino con chismes que afectarán tu reputación.

—Mi reputación no me preocupa. No necesito la compañía de los filipinos, apenas la tuya.

—Sebastiana...

Antes de que él pudiera volver a insistir, la dama recompuso su arrugada falda y se dirigió a la puerta.

—Si no vienes a mi casa mañana, regresaré. Te lo prometo, querido —dijo y formó un beso con los labios—. Vamos, Bayani, busca mi silla de manos —ordenó al salir.

De pie en medio de la biblioteca, ante la perspectiva de recibir las visitas diarias de Sebastiana, Nando tomó una decisión sobre su futuro inmediato: se embarcaría lo antes posible. Lo que le comentara esa misma mañana el mercader de Formosa sobre las Molucas le pareció una buena alternativa, y que además le dejaría ganancias. Conseguir un barco y una tripulación podría llevarle algunos días. Esperaba mantener a Sebastiana lejos de él hasta el momento de la partida. Además el viaje le brindaría el tiempo necesario para analizar la propuesta de Basilius. No estaba decidido a aceptar aún, no sabía si quería dedicarse con profundidad al estudio de la alquimia. Sin duda ese viaje sería la salida ideal para los problemas que lo acuciaban: podría pensar sobre su futuro y a la vez poner distancia. Esa viuda se había vuelto demasiado demandante. Con algo de suerte, a su regreso Sebastiana lo habría olvidado. Nando no quería compromisos estables. Por eso resolvió que desde ese momento buscaría pasar su tiempo solo con mujeres casadas. No se involucraría más con viudas.

13

Enero de 1596.

Aguas del Mar del Sur.

—No se ve por ningún ladooo...

La voz del vigía desde lo alto resonó en sus oídos e Ysabel se santiguó. No había señales del *Santa Catalina*. La nave iba siempre a la cola de la expedición, y en la oscuridad de una noche sin luna habían dejado de ver la señal de su farol. Lo habían buscado desde entonces, durante varios días, sin resultados. Incómoda por el destino incierto del cadáver de su marido, que no tendría sepultura cristiana, aflojó el férreo control que contenía sus emociones y permitió que las lágrimas desbordaran sus ojos. Se sentía más sola que nunca. Era el segundo barco que perdían en unas semanas, el tercero ausente de la flota. Había desaparecido el *San Felipe* poco antes, en diciembre, y en ese momento el vigía estaba destrozando sus esperanzas de encontrar al *Santa Catalina*. Con su escuadra reducida a una sola nave, ya no pudo mentirse a sí misma sobre el fracaso de la expedición. Apenas quedaba navegando el *San Jerónimo*, pero con menos de la mitad de su tripulación y sin bastimentos tenían pocas posibilidades de completar la misión, aun después de reparar la nave en Manila. Con la gente agotada, enferma y hambrienta, Ysabel veía sus ansias de gloria perderse en el fondo del mar.

Apoyada contra la borda, la reconfortó el brazo que Marina deslizó cruzado debajo del suyo.

—Vamos, hermana, debes ser fuerte. Ahorra tus lágrimas, don Álvaro ya estaba muerto; no cambiará nada si no aparece el ataúd.

—No puedo evitarlo, el dolor nace muy adentro de mí; es mi alma la que llora —dijo con un estremecimiento.

—No te vi afligirte demasiado por su fallecimiento, ¿a qué viene esta tristeza tardía?

—No lloro por él, conoces cuáles eran mis sentimientos hacia mi esposo. Mi llanto es por mis sueños destrozados, que ya no se cumplirán. Aunque las Salomón aparecieran en este instante frente a la proa del barco, no podríamos conquistarlas. No disponemos de materiales ni de gente para fundar ciudades en ellas. Deberíamos continuar con nuestro viaje, ignorando sus riquezas.

—¿Y eso te desanima? Yo en cambio deseo llegar a una ciudad ya establecida, donde pueda

darme un baño caliente, dormir en un lecho mullido que no se zarandee y con una buena mesa servida. No me gustaría vivir en otro grupo de rústicas chozas en la selva, como en Santa Cruz.

—Eso que tú ves como un poblado precario para mí representa mucho más: ¡significa el acto de fundar una nueva ciudad! Ése era mi mayor anhelo, pero sin hombres ni armas suficientes, se ha convertido apenas en una ilusión, una quimera —concluyó tragándose las lágrimas.

—Podrás cumplir tu sueño más adelante. Aún tienes tus títulos, eres la Adelantada.

—Pero no tengo fortuna para equipar una nueva expedición.

—No te preocupes por eso todavía. Ya verás cómo hacerlo cuando llegue ese momento. Por ahora debemos ocuparnos de enfrentar esta travesía y sobrevivir.

Ysabel asintió en silencio, agradecida porque Marina finalmente estaba de buen ánimo.

—¿Por qué no cantamos? Eso mejorará la moral de todos —sugirió la muchacha. Y antes de que Ysabel pudiera siquiera responder, hizo un gesto a doña Elvira para que se aproximara a ellas y empezó a entonar unas coplas que recordaba de su infancia.

La limeña se le unió y al rato la misma Ysabel logró arrancar unas frases de su garganta áspera por el llanto. Mía las seguía, acompañando la melodía con las palmas y suaves movimientos de la cabeza y tratando de repetir las letras. Pronto se sumaron a los cánticos algunos hombres, mientras realizaban sus tareas. Pero la armonía a bordo duró poco, interrumpió el recreo una ruda voz:

—Me embarqué para hacer fortuna, no para formar parte de un coro de niñas mientras muero de hambre. ¡Esto es intolerable! Propongo que viremos y regresemos a la Ciudad de los Reyes ya mismo, además de repartir entre todos la comida que se guarda bajo llave en la despensa de la Adelantada. ¡Vamos! ¿Quién me acompaña?

Los gritos de un hombre poco amigable habían acallado los cantos. Todas las miradas lo apuntaban mientras las manos ya no se ocupaban de velas y cabos, los tripulantes seguían atentos la afrenta. Una corta fila empezó a formarse junto al osado marinero. Antes de que más rebeldes se les unieran, Ysabel se adelantó y se plantó con los pies separados y los brazos apoyados en la baranda de la toldilla de popa. Con un discreto gesto indicó a sus hermanos que la acompañasen. Por la esquina del ojo distinguió que Plumet también estaba detrás de ella, mientras que Quirós piloteaba la nave muy cerca, en el timón. Desde allí observó a toda la tripulación reunida en la cubierta y dijo con voz firme:

—No toleraré insurrección alguna en mi barco. Le doy la posibilidad de retractarse, marinero.

—No pienso hacerlo —soltó con un gruñido, y viendo que varios hombres se movían a su alrededor, continuó desafiante—. ¡Ya es hora de que una mujer deje de liderar esta nave!

Diego de Barreto le ordenó:

—Discúlpese ahora mismo por esa ofensa. La Adelantada está al frente de esta expedición.

Pero el murmullo que recorrió la multitud envalentonó al hombre, que dio un paso adelante mientras sacaba la daga de la cintura. Eso fue su perdición. Una certera bala en la frente lo hizo caer, con los ojos velados por la muerte antes de que el cuerpo golpeará el piso de madera.

Todas las miradas se dirigieron hacia el arma humeante, en el extremo del brazo extendido de Alejo Plumet, quien no dijo nada y con tranquilidad volvió a cargar pólvora y municiones en la pistola.

—¿Alguien más desea decir su opinión sobre este asunto? —preguntó Ysabel sin titubear,

aunque sentía que un puño le oprimía el pecho y suponía que todos podrían oír el golpeteo en su interior.

Un marinero muy alto, con las ropas colgando de un cuerpo que sin duda había tenido más peso, se animó a hablar:

—Es que tenemos hambre, y nadie se ocupa de mejorar nuestra situación. No podemos continuar así. ¡Alguien debe hacer algo! ¡Queremos regresar a casa!

Para sorpresa de Ysabel, esa vez el arma de Quirós fue la encargada de callar al rebelde.

—Nadie puede dudar de la voluntad de la Adelantada de alimentarnos a todos. Aquel que se oponga a la autoridad real en ella investida tendrá el mismo fin que ellos —concluyó el piloto señalando los cuerpos ensangrentados—. Si alguno desea unírseles puede levantar la mano ahora.

La brisa marina sólo llevó silencio en su silbido.

—¡Regresen todos a sus tareas! ¡Ya mismo!

Las palabras del piloto y el segundo muerto funcionaron para disuadir a los rebeldes. En pocos minutos la muchedumbre se dispersó.

—Que arrojen esos cadáveres al agua —ordenó Ysabel, asqueada por la sangre que se expandía a sus pies.

Quirós se acercó a ella con una sugerencia:

—Sería mejor colgarlos del palo mayor hasta mañana. Serviría como recordatorio de la intolerancia frente a los motines.

Ysabel asintió en silencio, todavía angustiada por lo vivido, y se retiró mientras Quirós daba las órdenes necesarias. Plumet la siguió.

—Hay muchos hombres hambrientos y mal intencionados. No es seguro que ande desarmada.

—Yo no sé disparar.

—Entonces la escoltaré durante el resto de la travesía, si me lo permite.

Ysabel asintió. Al cruzar el umbral de su camarote ya no pudo controlar las lágrimas y se desmoronó. Se sentía sola, con una carga descomunal para sus hombros. Aunque contaba con el apoyo de sus hermanos, Diego y Luis eran demasiado jóvenes. Se veían fuertes y sabían manejar armas, pero se notaba su falta de experiencia a la hora de tomar decisiones. Ninguno de los dos había tenido la iniciativa de desafiar a los amotinados. Para su sorpresa, había sido el desagradable capitán Quirós quien saliera en su defensa.

¿Cómo podría ser una verdadera líder para esa expedición si ni siquiera era capaz de cargar una pistola? Mucho menos dispararla. Por primera vez se le ocurrió plantearse si el anhelo de gloria que ocupara su mente durante años, la tarea que tanto ansiara y finalmente tenía en sus manos, no era demasiado dura para una mujer. Pero no pudo cavilar demasiado sobre ello. Estaba con la cabeza recostada sobre el escritorio, llorando, cuando sintió una caricia en su coronilla. Supuso que el consuelo vendría otra vez de la mano de Marina, pero al erguirse se sorprendió por encontrar a Alejo Plumet a apenas un paso de ella. No lo había escuchado seguirla dentro del camarote principal.

—No llore, señora. Esos malnacidos no merecen esas lágrimas.

Ysabel se incorporó deprisa y mientras se secaba las mejillas respondió:

—Agradecerle ya se está haciendo una costumbre, Plumet. Por salvar a Marina primero,

luego a mí, y ahora por reconfortarme.

—No es necesario que me agradezca nada. Lo hice con gusto en todas las ocasiones. Y especialmente ahora —dijo con voz más baja, mientras volvía a llevar una mano hacia ella, en un intento por acariciar su mejilla.

Ysabel lo esquivó, echándose hacia atrás en la silla.

Plumet volvió a insistir, y esa vez los nudillos doblados alcanzaron a deslizarse por la suave piel del pómulo, mientras el pulgar rozaba el extremo de sus labios. La caricia hizo que Ysabel se estremeciera. Hacía años que no sentía algo así. Los últimos besos de Beltrán en la corte limeña estaban enterrados en el fondo de su memoria, pero ese toque cariñoso los sacó de su escondite, haciéndola revivir sensaciones perdidas. Sin poder evitarlo, un suspiro escapó de su boca. El marino lo interpretó como de complacencia y asintió con una sonrisa. Se acercó más a la silla y tomó a Ysabel por los brazos, alzándola hasta ponerla de pie. Enfrentados, muy cerca, él agachó la cabeza y adelantó sus labios hasta encontrar los de ella. Fue un beso delicado, casi temeroso, cargado de ternura. A Ysabel no le provocó la repulsión que le causaba la boca de Mendaña sobre la suya, pero tampoco le recordó el lejano cosquilleo que le despertaba Beltrán. Sólo le causó un calor fraternal. No tenía sentido dejarlo continuar con esa situación, que no los llevaría a nada. Cuando Plumet quiso avanzar con la lengua, Ysabel apoyó las dos palmas sobre el pecho que tenía enfrente y empujó para alejarlo de sí.

—Oooh... —Escapó de la boca de Ysabel.

Con rapidez el marino dio un salto hacia atrás, pero fue demasiado tarde. Esas delicadas manos habían descubierto el secreto que con tanto esmero guardaba. La faja que usaba desde hacía años no alcanzó para esconder sus pechos redondeados del tacto de la Adelantada.

—Por favor, señora, le suplico que no grite, no llame a nadie, no se asuste, le puedo explicar —exclamó Plumet con desesperación en frases pegadas, una tras otra.

Ysabel observó la tez enrojecida del que hasta entonces había creído un fiel tripulante y ordenó:

—Hable ya. ¿Quién es?

—Mi nombre es Alina Plumet. Y soy un buen marinero, aunque nací hembra.

—¿Y por qué tengo un marinero mujer en mi tripulación? ¿Acaso el Adelantado lo sabía? ¿Quirós está enterado?

—No, señora. Nadie lo sabe. Y a vuesa merced le conviene que mi secreto continúe como tal.

—¿Por qué lo dice?

—Porque los mismos que no la respetan por ser mujer a pesar de sus títulos, ya no temerán a mi puntería si saben la verdad, y eso aumentaría el peligro para vuesa merced.

Ysabel observó en silencio a la figura frente a sí. Conocedora de su índole, no le fue difícil descubrir rasgos delicados detrás de la suciedad en la piel lampiña, y entendió la contextura mediana, que Plumet lograba disimular gracias a una buena altura. Después de un rato dijo:

—Explíqueme por qué se disfraza.

—No es un disfraz, es mi forma de vida.

—Si pretende continuar con esa vida en mi barco debo saber más.

Con esfuerzo, Alejo Plumet, nacida como Alina veinticinco años antes, se animó a narrar su historia. Reveló que su padre había sido un marinero español que se casó con la joven más bonita de un pueblo costero, en el sur de la España, y la dejó viviendo con sus propios padres para que

cuidaran de ella y del niño en camino durante su ausencia en el mar. El bebé nació y todo marchó bien durante un año, hasta que cansada de la soledad, la joven madre buscó consuelo en unos brazos extraños y al poco tiempo quedó embarazada. En esos mismos días llegaron noticias de la muerte de Joan Plumet. Para ocultar su vergüenza la viuda juntó sus pertenencias y anunció que iría a llorar su duelo a casa de unos parientes en otro pueblo. Los suegros le dieron una bolsa con algunas monedas y le aseguraron que allí siempre tendría un hogar. La muchacha se instaló lejos con su niño, tuvo a su nueva hija y sobrevivió un par de años en condiciones precarias. Cuando una peste mató al hijo mayor, decidió que era hora de pedir ayuda a sus suegros, pero para eso se vería forzada a engañarlos. Así, vistió de niño a la pequeña Alina y desde ese día comenzó a llamarla Alejo, el nombre del hermano muerto. Los Plumet acogieron gustosos a la nuera y al supuesto nieto, y la muchacha fue criada como varón. La pubertad trajo inequívocos cambios en su cuerpo, pero la madre le enseñó a fajarse los senos, le cosió una media rellena con telas al interior de los pantalones para simular su masculinidad y le ayudó a buscar trabajo entre los colegas de su padre. Al poco tiempo Alejo Plumet estaba embarcado y adquirió todas las costumbres de los hombres de mar: el juego, la bebida, las guarradas y también su inclinación por las mujeres. En los burdeles siempre encontraba alguna muchacha dispuesta a pasar un buen rato con él, sin revelar a nadie que en realidad era ella.

La compasión en los ojos de Ysabel provocó un nudo en la garganta de Plumet y le dificultó continuar.

—Ha sufrido injustamente, Plumet. No ha tenido la oportunidad de elegir la vida que iba a llevar, pero entiendo que sí se inclinó por ser una persona de bien. Lo ha demostrado a bordo de esta nave, por lo que estoy dispuesto a mantenerlo a mi servicio. Me será más útil que un custodio hombre, pero debe entender que para mí será siempre una mujer, y nunca podré verla de otra manera, ni aceptar sus intenciones amorosas. En agradecimiento por habernos salvado, guardaré su secreto.

Plumet tragó saliva e inclinó la cabeza, asombrado por no recibir un castigo a su osadía.

—Sí, Adelantada, lo entiendo. Y no se arrepentirá de esta decisión, se lo prometo.

El festín a bordo había dejado a todos agotados. Comieron grandes cantidades de frutas, unos pequeños animales, una extraña mezcla entre lechones y osos, que asaron en la proa; bebieron el jugo del interior de los cocos, y toda al agua que quisieron. En pocas horas la cubierta principal y las bodegas inferiores se convirtieron en gigantescos tendales de pasajeros saciados que dormitaban la digestión. Algunos habían comido tanto que sus estómagos hambrientos no soportaron la exigencia y corrían en busca de la borda para vomitar.

Ysabel observaba, satisfecha, desde la toldilla de popa, mientras con una mano se cubría los ojos del poderoso reflejo del sol.

—El Señor fue generoso al poner esta isla en nuestro camino. La llamaré Espíritu Santo —dijo santiguándose— aunque no tengamos un sacerdote para oficializar el nombre. En cuanto los hombres estén en condiciones de ponerse de pie, envíe dos grupos en busca de más provisiones y madera —ordenó a Quirós—, llenaremos las bodegas y partiremos.

Cuando el equipo recolector estaba regresando y los marineros estaban izando el bote, uno de los cabos se reventó y la barca cayó desde gran altura, rompiéndose en decenas de pedazos la madera medio podrida al chocar contra el mar.

Ni los gritos de Quirós ni la desesperación de la tropa pudo hacer nada por salvarlo. Con ese último bote, ya que los demás habían sido quemados en el fogón semanas antes, se fueron a pique sus esperanzas de volver a abastecerse: no podrían bajar en otra isla por provisiones.

Unos días después los ánimos de los viajeros eran tan fluctuantes como el vaivén de las olas. Se mezclaban la euforia por disponer de comida con la desesperación por saber que se acabaría indefectiblemente. Los invadía el ansia por llegar, pero la ausencia de vientos no ayudaba al *San Jerónimo*. La depresión se instaló entre la tripulación ya enferma. Muchos habían muerto; los sobrevivientes tenían los cuerpos enflaquecidos y las encías sangrantes, síntoma de que no resistirían mucho más. Agotada, hambrienta y con la garganta seca por la sed, Ysabel pasaba los días en el lecho, esperando por un milagro o por un final misericordioso. A través de Plumet se enteró de que arrojaban varios cadáveres al mar cada día. Los hombres llamaban a ese viaje «La travesía del infierno».

Habían pasado doce semanas desde que abandonaran Santa Cruz, cuando las palabras del vigía acariciaron los oídos de los navegantes:

—¡Tierra a la vista! ¡Tierra! Y por el enorme tamaño de la costa, sin duda es la colonia española que buscamos, ¡una de las islas Filipinas!

—¡Hemos llegado! ¡Loado sea Dios! —El rezo de agradecimiento de Ysabel llenó sus ojos de lágrimas, aunque buscó controlarlas frente a sus hombres. A su lado, Marina le tomó la mano y el abrazo que siguió liberó todas las emociones contenidas: ninguna pudo resistirse al llanto y a las carcajadas compartidas. Momentos después intentó recomponerse, buscando mostrarse digna jefa de esa expedición, pero al mirar a su alrededor se sorprendió: hombres duros, curtidos y acostumbrados a la soledad del mar abierto, también lloraban ante esa visión milagrosa. Fue solo entonces que entendió cuán cerca habían estado de morir en esas aguas lejanas.

Quirós interrumpió sus pensamientos y las risas:

—Disculpe, Adelantada. Debo advertirle que no todo son buenas noticias. Mis cartas de marear marcan la ubicación de las Filipinas pero desconozco la posición exacta de Manila. Son muchas islas, creo que miles, y Luzón es muy grande, podría llevarnos semanas encontrar la capital.

—¿¿Semanas?! Esta gente no soportará más días navegando... Muchos han perdido los dientes, sangran por la boca y después mueren.

—Lo sé, es el escorbuto —dijo asintiendo con gravedad—. Por eso vine a advertirle que es necesario controlar la euforia. Y debemos seguir racionando las escasas tinajas de agua que quedan para beber.

Ysabel sacudió la cabeza, negándose a asimilar que ese infierno aún no había acabado. *¡No, no, no! Esto debe terminar ya*, clamaba una desesperada voz en su interior. Estaba segura de que no soportaría más días de viaje. Lágrimas corrían por sus mejillas sin que se molestara en secarlas, cuando el vigía volvió a captar su atención.

—¡Barco a estribor! ¡Barco a estribor!

—¿Puede ver su bandera? —preguntó Quirós.

—Aún no.

—¡Avísame cuál es su rumbo en cuanto lo distinga! —gritó a su vez.

—Sí, capitán.

—¿Qué le preocupa? —indagó Ysabel—. Estamos en aguas españolas.

—Los piratas también surcan estos mares, especialmente portugueses, aunque también chinos y japoneses. Me sorprende no habernos cruzado con alguno antes.

Ysabel palideció. No disponía de joyas para contentar a posibles saqueadores, y sabía lo que esos bárbaros sanguinarios hacían a las mujeres que tomaban por prisioneras. Mendaña se lo había explicado al insistirle para que lo esperara en Lima. Ella descartó el peligro, pensando que nunca se cruzarían con un barco sicario. Y en ese momento esa amenaza podía estar cerca de convertirse en realidad.

Pasó las siguientes horas en su camarote con Elvira, revisando el inventario de objetos valiosos con los que podrían negociar con los piratas. La lista incluía candelabros y bandejas de plata, varios cálices y cruces para altares adornadas con piedras. *Bastante poco como botín*, pensó. Estaba a punto de mandar a buscar todo ello a la bodega cuando Plumet abrió la puerta sin avisar y con una reverencia anunció:

—Disculpe la intromisión pero traigo excelentes noticias de parte del capitán: ¡el barco que se aproxima es español!

—¡Alabado sea Dios! —exclamó cayendo de rodillas con las manos juntas—, no tendría fuerzas para afrontar otra calamidad. Creo que me recostaré y dormiré hasta que llegemos a tierra.

—Temo que deberá esperar y continuar en pie. El piloto ha sugerido que se presente en la cubierta para recibir a los enviados del otro barco. Vuesa merced es la Adelantada de esta expedición.

Con un suspiro Ysabel reconoció que debía continuar cumpliendo su deber. Asintió y ordenó a la india siempre silenciosa agachada en un rincón:

—Pancha, tú y doña Elvira me ayudarán a vestirme para la ocasión —dijo con tono solemne, revelando cuánto extrañaba a Belita, la doncella que llevaba varias semanas descansando en el fondo del mar—. Salga, Plumet.

Unas horas después Ysabel estaba de pie en la toldilla de popa, escoltada por sus tres hermanos, Plumet y Quirós. Las velas estaban arriadas para esperar al bote de remos que habían descendido desde la otra nave, a corta distancia de ellos. Las hábiles manos de doña Elvira lograron que los suaves rizos de Ysabel le enmarcaran el rostro con delicadeza, aunque no pudo ocultar las ojeras que subrayaban sus ojos, y la oscuridad del luto no ayudaba a iluminarle la piel opaca debido al sol. Ysabel se veía tal como se sentía: cansada después de muchos meses en el mar, con el vestido flojo sobre un cuerpo que había pasado hambre y con una enorme carga en sus hombros. Aun así, se mantuvo de pie, con la espalda erguida y el mentón en alto.

Los viajeros, hacinados en la borda de babor para ver la llegada del bote, aplaudieron y vitorearon cuando ocho visitantes alcanzaron la cubierta.

Al ver a esos extraños en su barco, Ysabel se estremeció: todos estaban fuertemente armados, con sables y pistolas, y no llevaban uniforme alguno. Nadie podía asegurar que no eran piratas. Por culpa de los gritos de su propia tripulación Ysabel no logró escuchar lo que decían los recién llegados. Los observó con detenimiento, buscando alguna señal, y lo que descubrió la preocupó más aún. Muchos lucían brillantes cadenas de plata alrededor del cuello, que descansaban sobre escotadas camisas de mangas amplias, sujetas con cinturones de los que pendían también

cuchillos, chuzos y otros elementos de pelea. El más alto del grupo llamó su atención, su grueso collar era de oro y brillaba tanto como la larga cabellera dorada que cubría sus hombros. No tenía aspecto de soldado. Vio cómo daba indicaciones a los otros hombres y dedujo por sus movimientos seguros y autoritarios que se trataba del jefe de esa banda.

Sin esperar a ser invitado, el desconocido se dirigió hacia la toldilla de popa y mientras se acercaba escuchó las palabras de Ysabel a Quirós:

—¡Creí que había indicado que no se trataba de un barco pirata, capitán! ¿Por qué nuestros hombres no están preparando las armas?

Antes de que el portugués pudiera responder, una poderosa voz desconocida, tan grave como un trueno, llegó hasta sus oídos:

—No somos piratas, señora.

Sorprendida por ese tono áspero, asustador y elegante a la vez, logró decir:

—Pues su aspecto así lo sugiere.

—No debe temer, somos españoles y nos dedicamos al comercio.

Las palabras del desconocido la tranquilizaron, pero apenas en parte. Estaba a punto de preguntarle dónde se hallaba Manila, cuando el hombre dirigió su atención a Quirós, ignorándola por completo.

—Escuché que la dama lo llamaba capitán, así que me presento: soy don Nando de Castro y Rivadeneyra, a cargo del *Sirenas*, a sus órdenes. Veo que esta nave no se encuentra en buenas condiciones de navegación —dijo señalando los restos de las velas hechos jirones y el lugar vacío que ocupara el trinquete—, ¿necesita ayuda, capitán?

—Le agradezco su oferta, don Castro. Estamos por culminar una dura travesía. Venimos de la Ciudad de los Reyes y perdimos las otras tres naves de la flota durante el recorrido. No tenemos agua ni comida, ni bote para reabastecernos, además de los desperfectos que están a la vista. Cualquier ayuda será bienvenida.

—¿Cuál es su destino?

—Intentamos llegar a Manila, pero desconocemos la ruta, no la tengo marcada en mis cartas de marear. ¿Estamos muy lejos aún?

—Diría que a unas dos semanas de navegación, pero hay demasiados canales y estrechos. No será fácil que hallen el camino sin las cartas de la zona. Yo mismo los guiaré, por un pequeño precio, claro está.

—¿¡Precio?! ¡Yo sabía que era un pirata! —los interrumpió Ysabel, que había seguido la conversación en silencio—, ningún caballero se aprovecharía de la necesidad ajena.

—Y ninguna dama osaría interrumpir una conversación que no le concierne —dijo con una suave inclinación de la cabeza y una sonrisa en los labios—. Ahora que ya hemos establecido nuestras respectivas categorías, permítanos continuar con la negociación de la paga por mis servicios.

—Pues si ése es su asunto, deberá hablarlo conmigo. Y le aseguro que su actitud me ha quitado cualquier voluntad de negociar.

El tono despectivo, la mirada de desprecio y las chispas que encendieron los ojos de Ysabel no alcanzaron para incomodar al visitante.

—No sabía que ahora otorgaban el cargo de tesorera a una mujer —dijo con sorna.

—No soy tesorera, soy la Adelantada de esta expedición —le respondió con la inflexión más

helada que pudo alcanzar y la espalda bien erguida.

El caballero alzó sus tupidas cejas claras y abrió mucho los párpados, revelando unos intensos ojos azules, mientras repetía con una gruesa y cautivante voz:

—¿Adelantada? Es un título nuevo, sin duda. Nunca lo había escuchado.

—Me tiene sin cuidado su falta de conocimiento. Soy la viuda de don Álvaro de Mendaña y Neyra, Adelantado del rey, y heredé su título. Estoy al frente de esta expedición y si pretende recibir algo a cambio de ayudarnos, deberá hablar conmigo, pero no dispongo de oro para pagarle —explicó con frialdad. A pesar de sus ganas de enviar a ese desconocido de vuelta por donde había venido, toleró tener que tratar con él porque necesitaba que guiara al *San Jerónimo*.

Nando de Castro entrecerró los ojos ante las palabras de ella y la observó un largo rato. Él no sabía que los títulos pudiesen heredarse a una mujer, pero si el capitán se mantenía en silencio a su lado, sin interrumpirla, probablemente estaba hablando con la verdad. Volvió a prestarle atención, recorriéndola con lentitud, y lo que vio le gustó: el negro del luto no lograba ocultar del todo las formas de un cuerpo sinuoso, aunque sobraba tela en algunos puntos. Y bajo la rigidez de la línea recta que formaba su boca, detectó unos labios rellenos que, con prontitud, se imaginó junto a los suyos. Sacudió la cabeza y sonrió complacido ante esa imagen, pero de inmediato se recordó a sí mismo que era viuda, y él había decidido alejarse de esa clase de mujeres. Por lo que prosiguió la charla con corrección, pero manteniendo la distancia:

—Pido disculpas si la ofendí de alguna manera, señora. Soy un caballero, no un corsario desalmado. Y no puedo dejar un barco español librado a su suerte en el mar. Esta nave no llegará muy lejos en las actuales condiciones, le ofrezco provisiones, algunas velas y cabos; y los guiaremos hasta el puerto de Manila. Ya veremos el asunto del pago más adelante.

Aunque sorprendida por el cambio de actitud, Ysabel estrechó la mano que él le tendió para cerrar el trato; sintió la fuerza de ese puño alrededor del suyo, que lo sostuvo más tiempo del necesario y luego arrastró hasta su boca para rozarle el dorso con los labios. El breve contacto la desconcertó. El calor ascendió por su brazo y durante un largo rato la agradable sensación del beso se mantuvo en la mano. Ysabel se estremeció. Esperaba no haberse equivocado al aceptar la oferta de ese desconocido con aspecto de pirata.

14

Febrero de 1596.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

Asomada en la proa, Ysabel observaba la estela que marcaba el *Sirenas* en el mar turquesa justo delante del *San Jerónimo*. Durante más de dos semanas habían estado siguiendo al barco del extraño sujeto con apariencia de aventurero que se presentara a sí mismo como un caballero. Pasaron junto a pequeñas islas de arenas muy blancas y cerca de otras tan rocosas que no tenían orilla. Atravesaron finos estrechos, rodearon islotes y se guarecieron en una bahía durante una tormenta, hasta que el 11 de febrero finalmente alcanzaron el río Pasig, cuya costa alberga a Manila, y se internaron en él. El barco de Castro les cedió el paso, se puso a la par del *San Jerónimo* y desde el timón el capitán gritó con su poderosa voz:

—¡Bienvenidos a Manila! Pronto podrán ver la ciudad a estribor. Cuando lleguemos frente al fuerte, fondeen donde gusten, les enviaré un bote para que puedan empezar a desembarcar y mandaré a avisar de nuestra llegada al gobernador.

Ysabel lo vio agitar el brazo en señal de saludo y se quedó observándolo, impresionada por la seguridad que destilaba ese hombre. Daba órdenes con gran naturalidad y con la certeza de que sería obedecido. Actuaba como un líder. Ysabel sintió envidia de esa capacidad. Aunque ella se plantase con firmeza en la toldilla de popa e impartiese mandatos a su tripulación, siempre tendría un resquemor: la duda de si acatarían sus palabras o no.

Estaba en la cubierta analizando esa diferencia de actitudes cuando Quirós la interrumpió para consultarle cuestiones relativas a la llegada.

—¿Desea bajar a tierra primero? Es lo que correspondería, dado que estamos en un puerto español seguro.

—No, la prioridad será trasladar a los más enfermos, y a las mujeres con niños. Quienes seguimos sanos podemos esperar —ordenó.

—Acaban de informarme que dos hombres más murieron en el día de hoy —le comunicó el piloto.

—¿Cuántos hemos llegado con vida?

—Noventa, Adelantada.

El largo suspiro que vació los pulmones de Ysabel no alcanzó a expulsar la congoja de su alma.

—Apenas noventa de los trescientos setenta y ocho que embarcamos. ¡Cuántas vidas perdidas! ¡Que Dios me perdone por tanta soberbia! Por haber creído que podría llevar a cabo esta expedición —exclamó bajando el mentón hacia el pecho en un gesto de vencimiento.

—No fue su culpa —acotó el piloto a modo de consuelo—, cuando recibió el mando ya estábamos en serios problemas, señora. Aunque estoy de acuerdo en que el Adelantazgo no es tarea para una dama —finalizó con su frialdad habitual.

Ysabel estaba agotada, sin ánimo para rebatirle esas palabras que tanto le molestaban. Vencida, con el corazón traspasado por heridas invisibles, se marchó a su camarote a esperar su turno para desembarcar.

Plumet, que permanecía a unos pasos de ella como era su costumbre, la escoltó. Al alcanzar la cabina no se quedó en la puerta.

—¿Puedo pasar? Necesito hablarle sobre algo importante, seré breve.

—Adelante —lo autorizó Ysabel.

—Mi tarea concluye con el fin de esta expedición, Adelantada, pero me gustaría continuar a su servicio.

—Soy la dueña de un barco que apenas se mantiene a flote, Plumet —dijo sacudiendo la cabeza en negación— y no dispongo de fortuna alguna. No creo que pueda armar otra cruzada de conquista en breve. Le sugiero que busque trabajo en alguna nave en el puerto de Manila. Le daré mis mejores recomendaciones, por supuesto.

—Estoy al tanto de la difícil situación, señora, pero me ofrezco a seguir cuidándola.

—No puedo pagarle para que me custodie.

—Lo haré a cambio de techo y comida. Estamos llegando a una ciudad desconocida y una viuda puede ser una presa vulnerable.

—Soy una viuda pobre, Plumet. No seré tentadora para nadie —murmuró amargada—. Deje de ser la poderosa Adelantada y Gobernadora de los Mares del Sur, para convertirme en la poco gloriosa propietaria de un enorme galeón en pésimo estado. Ya no me quedan ni fortuna ni sueños. Y mi belleza desapareció, el espejo no miente; soy una anciana sin futuro. Mi vida está acabada.

—No diga eso, todavía posee sus títulos. ¡Y no es una anciana! No tiene ni una cana. ¿Acaso ha llegado a los treinta? —preguntó con una cómica expresión.

Ysabel se tentó, se pasó una mano por el cabello y con una risita respondió:

—No, tengo veintiocho.

—Le queda mucho por vivir —insistió Plumet—. Era una mujer hermosa hasta hace poco y puede volver a serlo. Sólo le hace falta alegría, en el rostro y en la vida. Es hora de iniciar otra etapa, permítame acompañarla en su nuevo camino. ¡Seré su asistente!

—¿Cómo dama de compañía? —ofreció burlona, algo más animada gracias a las frases de la marinera oculta tras las ropas masculinas.

—Como un fiel servidor. No tengo intenciones de cambiar mis armas por unas faldas —dijo con una mueca—, ni mis costumbres —finalizó rascándose el trasero.

Ysabel no pudo ocultar la risa y asintió:

—Me ha convencido, Plumet. A pesar de mi fracaso puedo hacer lo que me plazca, no debo darle explicaciones a nadie por mis decisiones. Será uno de mis ayudantes.

Esa tarde Ysabel fue llevada en una carreta a la residencia del gobernador. Acorde al cargo de Adelantada, se alojaría allí durante su estadía en Manila. En el séquito, además de sus hermanos, su dama de compañía oculta por un paño, su criada india y la pequeña Mía, estaba Plumet. El resto de los integrantes de la expedición fueron ubicados en las casas de vecinos principales o menores, según los respectivos rangos.

En la puerta de la mansión a la que llamaban Palacio gubernamental la esperaba el mismísimo Luys Pérez Dasmariñas, quien la recibió con gran pompa, vestido con sus mejores galas. Ysabel se avergonzó por el sucio y gastado atuendo de luto que llevaba. Al encargar en Lima el guardarropa para la excursión no había tenido en cuenta la posibilidad de enviudar. Había ordenado apenas dos sobrios vestidos negros, apropiados para asistir a entierros cuando ocurriesen entre los vecinos de las Salomón. La muerte de Mendaña la había obligado a llevarlos sin descanso durante los últimos tres meses.

A pesar del sofocante calor, Ysabel se envolvió en una capa de terciopelo negra para aportar algo de dignidad a la llegada. Durante el recorrido desde el puerto decenas de personas se habían reunido para observar el paso de tan llamativo personaje, y a Ysabel le llamó la atención que muchas de las damas no llevaban capas gruesas, sino que se resguardaban con coloridos paños de seda terminados con flecos. Se imaginó que eran más frescos que el abrigo español, por lo que se le ocurrió que quizás adquiriría uno así para su estancia en esa ciudad. Aunque de inmediato sacudió la cabeza: recordó que sus arcas estaban vacías. Los últimos ducados habían sido destinados para el rezo de misas por el alma del difunto Mendaña.

—Lamento las condiciones que forzaron su arribo a Manila, Adelantada Barreto, pero me complace recibir en mi ciudad a tan ilustre visitante —anunció el gobernador con una profunda reverencia frente a Ysabel.

—Agradezco la gentileza de recibirnos, don Dasmariñas. Mi nave no está en condiciones de continuar navegando. Necesitará profundas reparaciones antes de poder volver al mar, pero tampoco dispongo de fondos para ello.

—No se preocupe por eso ahora. Por las corrientes y los vientos propios de esta región, faltan meses antes de que se pueda pensar en el tornaviaje hacia las Indias Occidentales. Aproveche este tiempo para descansar y recuperarse de tan dura travesía. Han llegado a mis oídos comentarios de los marinos enfermos desembarcados más temprano —dijo con gravedad—. Me apena todo lo que han debido enfrentar. Será mi invitada en la residencia oficial. Aquí haremos lo posible para ofrecerle una grata estadía. Podríamos empezar con una celebración de bienvenida, hoy mismo si está de acuerdo.

Agotada, Ysabel aprovechó la conmisericordia en la voz del gobernador y le pidió:

—No quiero sonar descortés, pero dada su amabilidad me animo a solicitar que me ahorre el esfuerzo: preferiría cenar en mi habitación esta noche, estoy muy cansada. Le agradeceré si podemos posponer el festejo unos días.

—Por supuesto, como guste. Siéntase en su casa. El mayordomo, Datú, guiará a todos los de su comitiva hacia las habitaciones. La cena se servirá en el comedor a las siete, para quienes deseen asistir —anunció y volvió a hacer una reverencia frente a Ysabel, para después indicarle

con un galante gesto el camino por donde seguir al criado.

Una vez en la alcoba, Ysabel agradeció el silencio y la quietud del lugar. Se sentó en una delicada silla tapizada en seda a esperar mientras la india Pancha encargaba agua caliente y una tina. Intentó relajarse, pero una incómoda sensación la invadió: le pareció que el piso se movía como cuando estaba a bordo, aunque se hallaba completamente quieta. Ya había experimentado algo similar durante su estadía en la isla Santa Cruz. Al principio lo adjudicaba al calor del lugar y luego a una variante de la exuberante enfermedad que matara al Adelantado. Luego descubrió que lo suyo no se trataba de un raro achaque tropical ni tampoco era grave: se llamaba «mal del marinero» y afectaba a quienes regresaban a tierra firme después de largos períodos de navegación. Con resignación aguardó a que cedieran los mareos antes de comenzar a quitarse las ropas. Lo hizo detrás de un biombo de tres paneles, entelado en seda y decorado con pájaros pintados en vivos colores. A su lado había un reclinatorio y la imagen de la Virgen María. La mezcla de lo oriental y lo español era una constante en esa mansión.

Después del baño, en el que flotaban pequeños pétalos blancos agregados por una criada nativa, Ysabel se sintió mucho mejor. Pancha le había lavado el largo cabello y estaba terminando de peinarlo con la ayuda de un aceite cuando Marina asomó la cabeza por la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Sí, querida. Ven acá y dime: ¿te sientes bien? ¿Tu habitación es confortable?

—Estoy algo mareada, pero me encanta el lugar. ¡Esta mansión es el paraíso después de vivir tantos meses en esa nave! Es muy agradable sentirme limpia y con sábanas perfumadas esperándome en una cama con dosel. ¿Puedo comer algo liviano aquí contigo? No quiero ir al comedor.

—Por supuesto. Yo tampoco tengo ganas de vestirme ni peinarme. Además mi ropa negra apesta, así que ya me he puesto mi camisón de dormir.

—Desde mañana abandonaré el luto —anunció Marina con una decisión que sorprendió a su hermana—. He ordenado que quemen mi vestido negro. Ya no puedo seguir usándolo, lo hice durante casi seis meses. No creo que Lope se incomode cuando me vea desde el Cielo, él sabe que siempre lo llevaré en mi corazón, sin importar el color de mi atuendo.

Dos lágrimas solitarias corrieron por sus mejillas y encontró consuelo en el abrazo de Ysabel.

—Ay, hermana, lamento por todo lo que has debido pasar, y estoy de acuerdo con que dejes el luto. Medio año es suficiente para una muchacha de tu edad, eres muy joven para seguir penando. Debes empezar a divertirse, y si bien Manila no es tan lujosa como la Ciudad de los Reyes, el gobernador ofreció dar una recepción de bienvenida por nuestra llegada. Quizás sean habituales las fiestas aquí y en ellas podrías encontrar un nuevo marido.

—¿Te olvidas de que no tengo dote?

—No lo olvido, pero eres una dama española de sangre pura, eso debe contar en estas tierras tan lejanas donde llegan pocas mujeres de nuestra categoría. A un caballero rico que busque emparentarse con una buena familia la falta de patrimonio podría no importarle. —Marina suspiró por toda respuesta—. Anímate —la alentó Ysabel—. Esto es lo que querías: vivir en una ciudad. Ya me ocuparé de que aquí olvides a Vega y alcances la felicidad.

—Entonces debes permitirme ayudarte a encontrar la tuya —dijo enjugándose una lágrima y torciendo la boca en una sonrisa.

—Eso será más difícil —repuso sombría—. Mi único anhelo era encontrar las Salomón,

fundar ciudades allí y explotar sus riquezas. He perdido la oportunidad.

—¡Podrás hacerlo más adelante! Aún tienes el título de Adelantada, es tuyo hasta que se cumplan seis años desde la partida.

—A Mendaña le llevó veinte años juntar la fortuna necesaria. No tengo posibilidades de hacer lo mismo en apenas cinco. Sólo me quedan unos pocos ducados, que no alcanzarían ni para encargar un guardarropas nuevo. Soy tan pobre como tú, hermana.

—No desmerezcas tus encantos: bien puedes encontrar un marido rico que financie tu aventura.

Ysabel la miró con ceño fruncido por el disgusto y exclamó:

—¡Nunca! Ya he tenido una boda por conveniencia y todavía recuerdo la repulsión que me invadía cuando don Álvaro me tocaba, me niego a repetir tan desagradable experiencia.

—Querida, tu matrimonio no te gustó porque Mendaña era demasiado mayor, podrías buscar un marido más joven.

—Los jóvenes no tienen riquezas.

—Tal vez alguno sí.

—No insistas, Marina. Tengo firmes intenciones de mantenerme viuda para siempre.

—Bien, lo entenderé si ése es tu deseo, pero al menos debes abandonar el luto. No pasarás el resto de tu vida vestida de negro.

—Pero es lo que corresponde —dijo con un suspiro—. Lo llevo desde hace apenas tres meses y medio.

—A mí me parece suficiente. Además tú misma dijiste que no tienes dinero para hacerte nuevos vestidos de luto y esos que trajiste dan pena: sirven para una villa de chozas precarias, no están a la altura de tu cargo en una ciudad tan importante como ésta.

Ysabel la miró dubitativa, y Marina continuó:

—Debemos celebrar haber llegado a tierra sanas y salvas. Tú eres la Adelantada, puedes darte a ti misma ese permiso.

—Mi título no me otorga privilegios ilimitados. Toda la sociedad filipina comentará si no me muestro de duelo por mi ilustre marido.

—¿Y desde cuándo tú te dejas intimidar por las convenciones y los cotilleos? También habrá muchos chismes sobre tu extravagante cargo y no creo que por ellos vayas a renunciar a él.

El desparpajo de Marina le arrancó una sonrisa a Ysabel, que dijo:

—Tienes razón. Te haré caso y te imitaré en este punto: ambas abandonaremos el luto. Tengo muchos vestidos de colores y quiero volver a usarlos. Empezaremos una nueva vida a partir de mañana en esta ciudad, y no nos importará lo que digan.

Marina la tomó por las manos y la obligó a ponerse de pie con la intención de dar un par de vueltas bailando con ella. Pero los mareos obligaron a ambas hermanas a sentarse.

—Quizás después de comer nos sintamos mejor. Pancha, pide que nos traigan la cena —ordenó a la india acucillada en un rincón.

Al terminar de comer el arroz, el pescado y los vegetales desconocidos que les sirvieron, Marina se retiró a descansar. Contagiada por el entusiasmo de su hermana, Ysabel se sentía más animada pero algo incómoda: la habitación era demasiado calurosa. Como Pancha se había retirado con los platos sucios y las ventanas tenían bastidor —una tela de lino sumergida en resina que

permitía el paso de la luz pero no del aire— decidió abrir la puerta que daba al patio para que entrara la brisa nocturna. Pero la bocanada que invadió el ambiente no resultó refrescante sino cálida, húmeda e intensamente perfumada. Ysabel salió al selvático jardín frente a la habitación atraída por ese penetrante aroma, dulce y con un dejo de frescura a la vez. Enseguida lo reconoció: era el mismo de los pétalos que flotaban en el agua en la tina. Envuelta en él, caminó entre las altas plantas buscando el origen. Pasó junto a una fuente de mármol con la imagen de Cupido y se detuvo frente a un espeso arbusto con hojas verdes grandes y delicados brotes blancos. Cerró los ojos e inspiró hasta que la fragancia la invadió por completo. Una sonrisa se formó en su boca y relajó la cabeza hacia atrás, disfrutando del momento, hasta que el sonido de una rama al quebrarse rompió la quietud de la noche.

Sobresaltada, se giró para encontrarse a escasos pasos del alto caballero que la guiara hasta esas tierras, a quien no había vuelto a ver desde la ácida conversación a bordo del *San Jerónimo*.

—Lamento haberla asustado. No esperaba encontrar a nadie en mi jardín —dijo con una voz tan grave como aterciopelada.

—¿Es un jardín privado? Lo siento, no lo sabía.

—No, en realidad todo esto pertenece a mi primo, quiero decir a la gobernación; pero me gusta tanto pasear por aquí que lo considero propio. La invito a frecuentarlo cada vez que lo desee. Y dispondrá de privacidad: partiré hacia las Molucas en cuanto reabastezcan mi nave y estimo que estaré fuera varios meses. Luys me ha dicho que será nuestra invitada de honor en esta casa por un largo tiempo.

—Aún no he resuelto cuánto me quedará. Necesito resolver muchas cuestiones —respondió con tono más seco que el que había deseado usar, pero no pudo evitarlo. La imponente presencia de ese hombre la ponía nerviosa.

—He escuchado que pasó por duros momentos a bordo. No debe ser fácil para una dama enfrentar la viudez y quedar al frente de una flota de conquista en medio de mares desconocidos al mismo tiempo —repuso conciliador.

—Otro hombre más a quien le incomoda mi título... —empezó a decir, pero él la interrumpió.

—No, no me molesta. Por el contrario, lo dije con admiración. Comandar una expedición no es tarea sencilla ni siquiera para un varón experimentado. Vuesa merced debe ser una persona muy valiente.

—Oooh —fue todo lo que pudo decir. El elogio de ese extraño la había dejado sin palabras. Sintió el calor subiendo por las mejillas, avergonzada por haberse equivocado, y agradeció que la oscuridad le guardase el secreto.

—Y demuestra esa audacia aquí también: se anima a salir al jardín de una casa desconocida vestida apenas con un camisón —se burlo él, y el instinto llevó a Ysabel a cubrirse envolviendo el cuerpo con los brazos, mientras enrojecía más aún—. Aunque debo coincidir en que la liviandad de una simple tela es más conveniente para este calor sofocante que un atuendo completo —continuó Castro—. Yo mismo he dejado el jubón en la casa y sólo llevo una camisa. Deberíamos aprender de los nativos tagalos de estas tierras, que apenas cubren algunas partes de sus cuerpos.

—¿Acaso sugiere que nos exhibamos semidesnudos como los indios? —preguntó ofuscada.

—Por supuesto que no, nuestras costumbres y vestimentas nos diferencian de ellos —repuso

con tranquilidad—. Pero sí estoy de acuerdo en utilizar menos prendas. Apenas una camisa sobre la piel es suficiente para ocultar las vergüenzas del cuerpo. Bueno, en algunos casos... Quizás vuesa merced debería elegir telas más gruesas si va a pasearse en camisón por aquí a menudo —dijo sonriente, señalando con el mentón los pechos de Ysabel y fijando la vista en los pezones, perceptibles a través del fino liencillo bajo la luz de la luna.

—¡Santo Dios! —exclamó intentando cubrirse más—. Me he equivocado al salir así, pero como caballero no debería remarcarme mi error, sino disimular para evitarme este mal momento —concluyó enojada mientras se alejaba corriendo hacia su habitación, con las risas de ese maleducado todavía resonando tras de sí.

Nando se quedó un rato más entre las plantas después de que Ysabel se marchara. Se sentía incómodo por haber tratado de esa manera a una huésped especial de la casa, pero no había podido evitarlo: solía pasear entre las sampaguitas con frecuencia, encontrar a esa intrusa en su remanso, con sus largos cabellos sueltos sobre la espalda y apenas un camisón, le había hecho perder los modales. Era auténtica la admiración que le confesara; eso, sumado a los evidentes encantos de la muchacha, había encendido una llama en su interior, pero con rapidez él la había apagado. Había decidido no enredarse más con viudas, y ofender a la Adelantada fue la mejor forma de alejarla, por lo que quedó satisfecho con el abrupto modo en que terminara la conversación. No intentaría conquistar a esa extraña mujer capaz de tripular una flota, sino todo lo contrario: se mantendría alejado de ella.

15

Marzo de 1596.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

—Voy a pedirte un favor muy especial, primo: ¿puedes suspender tu viaje a las Molucas?

—Me sorprendió que me mandaras llamar para reunirme contigo aquí en lugar de esperar hasta la noche para hablar con tranquilidad en el palacio, pero más me asombra esto. ¿Por qué me lo pides, Luys?

—Me han llegado noticias de un posible ataque de barcos japoneses sobre Manila. Los avistaron cerca de la costa norte de Luzón. Me sentiría más protegido si cuento con tu espada al servicio del rey para defender la ciudad.

—¿Estás seguro de que vienen hacia aquí?

—Aún no, pero no quiero que nos tomen desprevenidos. Si te marchas al sur no habrá chances de que regreses a tiempo.

—Sí, lo entiendo —respondió Nando mientras caminaba por el suelo de tierra del despacho de Luys Pérez Dasmariñas en el Cabildo, que era bastante más sobrio que el que usaba en la residencia oficial—. Pero ya he invertido muchos ducados en esta expedición dos veces: hace unas semanas perdí todas las provisiones al cederlas a la hambrienta tripulación de la Adelantada Barreto; ya he pagado por nuevos bastimentos y hoy los están cargando. Se echarán a perder si postergo el viaje.

—Lo siento, primo, pero no puedo compensarte esos gastos con fondos del tesoro real. Te pido que te quedes como un favor personal hacia mí, y por lealtad a nuestro amado rey Felipe, por supuesto.

Nando suspiró con resignación. La petición de su tío Gómez para que ayudara a Luys le estaba costando más de lo esperado. No sólo en tiempo y dedicación, sino también en oro. Su primo se había enderezado, abandonando el alcohol y adoptando una vida a la altura del funcionario español de mayor rango en las Indias Orientales, pero en gran parte eso se debía al apoyo incondicional de Castro, quien siempre estaba a su lado. Si lo perdía, cualquiera podría ser

la reacción y las posteriores consecuencias, y Nando no quería ese peso en la conciencia. Con gesto adusto miró al gobernador a los ojos y vio el suplicante pedido silencioso en ellos.

—Está bien, me quedaré. Pero cuando sea pobre y no tenga ni una moneda de cobre para pagarme una jarra de vino, recuerda lo que he hecho por ti —remarcó.

—¡Gracias, querido primo! Sabiendo que cuento contigo, tengo la certeza de que todo irá bien y venceremos a esos japoneses. Ya podrás ir a las Molucas más adelante. Además, necesitaré todos los barcos disponibles por aquí para agrandar la flota real, incluido el *Sirenas*. Así que no permitiré más salidas de nuestro puerto a partir de hoy.

Nando escuchó sombrío cómo desaparecía la posibilidad de mandar a Sauro Taboada en su lugar.

—Me cierras todas las puertas, Luys —dijo con una mueca—. De verdad me preocupa dejar escapar las ganancias que me brindaría ese viaje.

—Vamos, Nando, no pasarás hambre por perder un buen negocio. Eres un hombre demasiado rico. Estimo que tu fortuna ya es mayor que la que me heredó mi padre.

—Nunca se es demasiado rico —respondió con sequedad, aunque sin negar esa afirmación.

—¿Quiere decir que nunca dejarás de perseguir riquezas?

—Por supuesto que no, la ambición corre por mis venas mezclada con mi sangre.

—Lo sé, por eso llegaste hasta este fin del mundo —dijo entre risas—. Y te agradezco que la postergues por un tiempo para ayudarme.

—Te equivocas en eso. No postergaré mi ambición, aplicaré mi afán de riqueza en otro ámbito.

—No comprendo, explícate mejor.

—Pelearé por el título de Adelantado de los Mares del Sur. Álvaro de Mendaña y Neyra era pariente mío por la línea materna. Al no tener él otros herederos, puedo aspirar a que el cargo sea mío. ¡No me mires así! Lamento que no tengas relación con él, primo.

La cara de sorpresa del gobernador reflejaba su incredulidad ante la increíble capacidad de Nando para buscar el lado positivo a la situación y sacarle algún provecho.

—Imagino que deberás enfrentar a los demás candidatos que aspiran al título de la Adelantada.

—No comprendo. ¿Qué candidatos? ¿Por qué insinúas que el cargo está disponible para otros?

—El piloto, Fernández y Quirós es su nombre, me explicó algunas cuestiones sobre ese codiciado nombramiento. Ese hombre es el diablo en persona. Vino a solicitarme una carta para Su Majestad en la que yo lo recomendase a él mismo para recibir el título que hoy está en manos de doña Ysabel de Barreto. Parece que según el testamento del Adelantado Mendaña ella puede delegarlo a quien desee, o a quien se case con ella, por supuesto. Quirós intenta con desesperación forzarla a cedérselo a él, pero como no lo logra, planea recurrir al mismísimo rey Felipe.

Nando escuchó la explicación con gran interés. Desconocía el alcance del cargo de Mendaña, pero sabía que sin duda le corresponderían todas las propiedades y riquezas que se hallasen durante la expedición, con la excepción del quinto real. Movidito por la ambición, se dijo que el título de Adelantado sería suyo.

—Quizás no me convenga realizar el pedido sucesorio a través de un letrado; sin duda la

correspondencia de idas y vueltas a la España llevaría años hasta ser aprobada por el Consejo de Indias. Ese piloto puede ser todo lo diabólico que te parezca, pero sin duda es un tonto. Hay un modo mucho más sencillo para hacer que una mujer ceda el título.

—¿Cuál?

—Convencerla.

—Ay, querido primo, tus indiscutibles dotes de galán te hacen sentir poderoso, pero esta vez creo que vas a fallar. Dicen, quienes llegaron en el barco con ella, que la dama es tan fría como la nieve. No podrás conseguir el envidiado título a través del amor —dijo burlón el gobernador.

—No, no, no. No estaba pensando en conquistarla, sino en ofrecerle un trato que no podrá rechazar.

Luys alzó las cejas, inquisitivo, pero Nando solo dijo antes de salir:

—Ya lo verás.

Castro apuró el paso desde el Cabildo hasta la residencia del gobernador, al otro lado de la Plaza Mayor. Pensaba hablar con la Adelantada Barreto esa misma tarde. Se habían cruzado en el comedor unas cuantas veces desde aquel encuentro nocturno junto a las sampaguitas, y el trato entre ambos siempre había sido distante. Nando estaba evaluando cómo hacer para transformar la frialdad habitual que se profesaban en una relación más cordial. El mayordomo Datú le abrió la puerta y le indicó la sala a la derecha:

—El señor Basilius está esperando a vuesa merced.

—Iré a verlo ahora, haz que nos sirvan una jarra de horchata, hace mucho calor, pero antes ve a pedirle a la Adelantada una cita: necesito que me conceda unos minutos hoy mismo, si es posible. Dile que a la hora que ella marque estará bien para mí.

Datú marchó tras una pequeña reverencia, y Nando entró a ver a Basilius. Lo encontró de pie frente a la rica biblioteca, analizando los nombres de los libros en los lomos.

—No está allí lo que buscas, amigo. Yo mismo revisé los tomos uno por uno con la esperanza de encontrar el *Codex Gigas* después que lo mencionaste —confesó.

—No esperaba que estuviese aquí, recuerda que mide casi un brazo de largo y no entra en un estante, pero vi algunos otros títulos que me interesan. ¿Crees que tu primo me los prestaría?

—Puedes tomar los que quieras. Luys no los extrañará, y yo sé que estarán en buenas manos.

—Agradezco tu confianza —expresó con un asentimiento—. Ahora dime: ¿por dónde podemos empezar la búsqueda?

—Había pensado en ir a hablar con el párroco de la Catedral.

—¿Con el arzobispo?

—No, el actual prelado llegó hace poco. Se me ocurre que el sacristán podría ayudarnos más; está desde hace mucho y debe conocer todos los secretos del lugar.

—Buena idea, iré contigo.

—No, si voy sólo tendremos más chances de que revele algo importante. Así no parecerá un interrogatorio.

—Bien, pero iré de todos modos y te esperaré afuera: quiero revisar algunos detalles que me llamaron la atención durante la misa el otro día —insistió Basilius.

—¿Qué detalles?

—Los bordados en la túnica de un santo. Creo que son los mismos símbolos que aparecían en

uno de mis libros, copiados del *Codex*.

—De acuerdo. Te sugiero que nos reunamos mañana en la iglesia a la hora de la misa, podremos entrar a la sacristía cuando todos estén siguiendo los rezos. Mientras yo...

Escucharon un ligero golpe en la puerta y el mayordomo se asomó excusándose:

—Disculpe la intromisión, don Nando, pero doña Ysabel respondió al pedido de vuesa merced: dice que lo recibirá en el jardín de las sampaguitas ahora mismo.

—Gracias, Datú. Corre y avísale que estoy en camino —ordenó, y volviéndose prosiguió—, lo siento, Basilius, pero debo irme. Te veré mañana.

—¿Ya tienes un plan?

—Lo tendré cuando llegue a la iglesia, pero ahora debo atender otro asunto importante. Adiós.

Nando salió apurado; la prisa de la respuesta lo había tomado por sorpresa y aún no había preparado lo que iba a decirle a la Adelantada. Debería improvisar.

Al llegar a su jardín favorito descubrió a la figura vestida de color rojo destacándose entre las hojas oscuras. A medida que se aproximaba vio que no estaba sola. Una extraña niña de piel negra y cabellos tan claros como los de él jugaba con un perrito a los pies de la dama. Ambas reían, y las risas quitaban rigidez a doña Barreto. Un pequeño hoyuelo se formaba en su mejilla derecha, suavizándole los gestos habitualmente tan parcos, y el rostro alzado hacia el sol revelaba el comienzo de un cuello delicado por encima de la gorguera. Nando la observó y la sensación que lo recorrió estuvo a punto de hacerlo desistir de su plan. Le resultaría duro pasar muchas horas junto a ella sin que sus intenciones puramente comerciales se convirtiesen en otra cosa. Con decisión apartó esos pensamientos de la mente; seguro de poder controlarse, avanzó hacia donde estaban y dijo:

—Buenas tardes, Adelantada. Le agradezco que haya tenido la deferencia de recibirme con celeridad.

—El mayordomo dijo que era un asunto importante y ahora estoy libre. Lo escucho.

Cuando Nando dio un paso más hacia Ysabel la podenco Perla le interrumpió el paso gruñendo, ladrando y mostrándole los colmillos. Se detuvo, pues no quería librarse de la mascota de la dama apartándola con un puntapié en su presencia.

Ysabel no pudo evitar reírse ante la cara de desconcierto de él, sin poder avanzar por un perro que apenas sobrepasaba la altura de su tobillo. Para iniciar la conversación sin alterar el buen talante de la Adelantada que reía, Nando sugirió:

—¿Podría pedirle a la niña que quite al animal de mi camino, por favor?

Con un asentimiento, Ysabel le indicó a Mía, por medio de gestos, que se llevara a Perla.

—¿La esclava no entiende español? —preguntó Nando mientras los ladridos se apagaban en brazos de Mía al alejarse.

—Se llama Trinidad y no habla nuestra lengua aún, pero no es mi esclava.

—Su criada...

—Tampoco, apenas me acompaña. La encontré en una de las islas donde nos detuvimos durante la travesía.

—Pero si la tomó de una isla alejándola de su familia, le dio un nombre cristiano y el destino de la niña ahora le pertenece, es su esclava —dijo, y se arrepintió al instante ante el gesto de Ysabel. No había buscado incomodarla, pero ella frunció los labios con disgusto, en particular

porque se dio cuenta de que la afirmación era cierta. Con rapidez Nando cambió de perspectiva buscando borrar ese malestar—: Aunque sin duda la pequeña tendrá una mejor vida junto a vuesa merced que entre los salvajes de su tribu.

El silencio de Ysabel no invitaba a continuar. Abatido por haber elegido las palabras equivocadas, Nando decidió cambiar de estrategia: usaría la verdad como arma de ataque para conseguir lo que quería.

—Oiga, lo siento.

—¿Qué siente? —preguntó enojada—. ¿El haberme ofendido comparándome con los traficantes negreros que roban gente para venderla como si fuesen mercancías?

—Lamento que nuestra relación haya comenzado de manera tan poco promisorio. No augura un buen futuro, pero de todas maneras intentaré convencerla de las ventajas de mejorar este vínculo entre nosotros.

—Disculpe, pero no comprendo nada de lo que dice. Apenas nos conocemos, ¿qué vínculo?

—Doña Ysabel de Barreto y Mendaña, he venido a proponerle, con gran respeto, que se case conmigo. ¿Aceptaría convertirse en mi esposa?

La seriedad en el gesto de Nando evitó que Ysabel soltara una carcajada. Apenas se limitó a levantar las curvas cejas, hasta llevarlas casi al borde de su peinado.

—¿Está hablando en serio?

—Por supuesto. No osaría burlarme con un asunto tan importante.

—Yo no tengo intenciones de volver a casarme, don Nando. Me halaga su pedido de mano, pero debo rechazar...

—No, por favor, déjeme explicarle antes de tomar una decisión —la interrumpió—. Vuesa merced me necesita, tanto como yo la necesito.

—Lo dudo —respondió escéptica—. No necesito a nadie en mi vida.

—Permítame decirlo de otra manera: necesita de mi fortuna. Yo puedo financiar por completo una nueva expedición conquistadora.

Esa declaración impresionó a Ysabel. Lo miró con fijeza mientras evaluaba la propuesta y luego preguntó:

—¿Y estaría dispuesto a hacerlo a cambio de un porcentaje de las ganancias?

—No, lo haría a cambio de dirigir esa expedición. Quiero el título de Adelantado. Aunque para conseguirlo deba casarme con vuesa merced, haré el esfuerzo.

—Su pedido pasó de halago a ofensa, caballero. ¿Sinceramente espera que lo acepte con esas palabras?

—Oh, no, no. No me malinterprete, por favor. Quise decir que éste sería apenas un trato comercial: no implicaría comportarnos como un matrimonio.

Ysabel volvió a observarlo en silencio, expectante, y Nando continuó:

—Lo voy a aclarar para que pueda decidir conocedora de todos los detalles: nuestro acuerdo no incluiría relaciones conyugales, ni ninguna de las prerrogativas de las parejas casadas, como celar al otro ni demandar que pasemos tiempo juntos. Seríamos apenas socios. Como esposo yo me haría cargo de todos los gastos: reparar el *San Jerónimo*, además de aprovisionarlo y contratar a la tripulación para el largo regreso a las Indias Occidentales, donde el virrey podría validar el traspaso del título de Adelantado y después yo financiaría una nueva expedición a las Salomón.

Tras una profunda inspiración, Ysabel dijo con frialdad:

—Vuesa merced estaría comprando mi barco y mis credenciales, pero mi persona quedaría excluida de la transacción, ¿entendí bien?

—Así es, y la mía también —asintió Nando—. Y debe saber que en caso de no aceptar, iré al Consejo de Indias para solicitar el título para mí por derecho natural: soy pariente de don Álvaro. Su abuelo era mi bisabuelo, lo que me convierte en una especie de sobrino segundo de Mendaña. Claro que eso podría llevar años y un gran gasto en letrados y sobornos en la corte para acceder a los funcionarios correctos. A ambos nos conviene más que acepte mi propuesta.

—No sabía que don Álvaro tuviera parientes vivos, nunca los mencionó.

—Le aseguro que no le miento, y puedo probarlo.

—¿Y no le preocupa que yo sea mayor que vuesa merced?

—Claro que no, no creo que haya tanta diferencia de edad. Ya tengo veintiséis años.

—Y yo veintiocho —expuso casi desafiante.

—Pues no los parece, es una dama encantadora con quien tendré el gusto de compartir mis expediciones.

Ysabel se giró hacia las sampaguitas y tomó una flor de la planta. La llevó hasta su nariz y aspiró el aliento perfumado con fuerza para tranquilizarse mientras evaluaba toda la información recibida. Sabía que le resultaría difícil defender en la corte la posesión del título para sí misma frente a otro posible heredero, y uno que además tenía riquezas para solventar más expediciones. El rey probablemente se inclinaría por él. Intentó analizar con frialdad esa extraña propuesta que le ofrecía la fortuna para poner el barco en condiciones de navegación y una relación célibe tras la boda, ya que su marido no se comportaría como tal. La oferta era mucho mejor que las opciones que había imaginado desde la desastrosa llegada a Manila como una viuda empobrecida, dueña apenas de un barco semidestruido.

Cuando se volvió, la serenidad de su rostro revelaba que había tomado una decisión:

—Acepto, don Nando. Me convertiré en su esposa ante los ojos de todos, pero llevaremos vidas independientes en la intimidad.

La sonrisa de suficiencia de él indicaba que estaba seguro de que ésa sería la respuesta, pero su instinto le hizo controlar la efusividad en las palabras:

—Agradezco al Señor por haberla inspirado a esta sabia decisión —dijo inclinándose ante ella y tomándole la mano para besarla con delicadeza, en un galante gesto.

—No haga que me arrepienta de ello, señor —exclamó retirándose con brusquedad del puño que la sujetaba y le provocaba un intenso calor en todo el brazo.

—Le garantizo que no se arrepentirá, doña Ysabel. La invito a pasar a la biblioteca para concertar algunos detalles. Me gustaría conocer los términos del testamento de Mendaña con precisión, más allá de los chismes que han llegado a mis oídos.

El tono frío de él al referirse a los pormenores formales llevó tranquilidad a Ysabel, quien por un momento, mientras esos gruesos labios se apoyaban en su mano, había dudado sobre lo acertado de la decisión de casarse. Asintió y caminó a su lado hasta el ala donde estaban los salones principales de la casa, aunque durante el trayecto volvió a vacilar al sentir la imponente presencia de ese hombre en cada uno de sus pasos. Llegó a la biblioteca cargada de incertidumbre. Aprovechó que Nando estaba de espaldas corriendo una silla para santiguarse. Esperaba no estar eligiendo el camino equivocado.

16

Marzo de 1596.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

—¿El rojo de terciopelo? —preguntó Marina extendiendo el vestido fuera del baúl.

—Hmmm, no, demasiado abrigado.

—¿Este lavanda con encajes en el frente?

—Ése es nuevo, lo mandé a confeccionar poco antes de la partida ansiando por alguna fiesta importante en las nuevas tierras que conquistaríamos —dijo con un suspiro—, pero me parece demasiado llamativo para mi presentación ante la sociedad filipina. Es muy escotado para una viuda que acaba de abandonar el luto.

Las hermanas estaban reunidas en la habitación de Ysabel buscando en los baúles un vestido apropiado para la recepción de gala que el gobernador Dasmariñas ofrecería la noche siguiente. La Adelantada era la homenajead y debería mostrarse a la altura de semejante honor.

—Aquí hay uno azul oscuro de seda con amplias mangas dobles, es muy elegante —continuó Marina—, y un color recatado a la vez.

—Sí, creo que elegiré ése. Pero para alegrarlo un poco haré que le agreguen en el talle unos botones de perlas. Podríamos sacar los que adornan un jubón verde. ¿Me ayudas a buscarlo?

—Por supuesto, y si lo deseas puedo coserlos yo misma, para que no sientas la falta de Belita.

La mención de su doncella muerta amenazó con descorrer el velo con el que Ysabel intentaba ocultar en su corazón el dolor por el fracaso de la expedición. Angustias, sufrimiento, pérdidas, todo estaba allí tapado, escondido, sin encontrar paso para la liberación. Esa vez Ysabel tampoco lo dejó salir. Eligió refugiarse en el olvido y con una fuerte inspiración decidió cambiar de asunto.

—Tengo una novedad: voy a casarme, pero no puedes decir nada todavía. Mantendremos la noticia en secreto un tiempo, por respeto al difunto Mendaña.

—¡¡¡¿Casaaarte?!!! ¡Y me lo dices así, como si nada! ¿Con quién?

—Con don Nando de Castro.

—¿El pirata que nos rescató? —preguntó Marina incrédula.

—No es un pirata. Me explicó que comercia con otras islas en estos mares, no sale a robar.

—Tú misma lo llamabas así, le temías. ¡Y ahora has decidido ser su esposa! No comprendo este giro en tu actitud.

—Ahora que no cuentan la opinión de nuestro padre ni del virrey, he estado pensando mucho en mi futuro y Castro ha resultado ser la solución a mis problemas. Es muy rico y me propuso una boda que nos conviene a los dos: él financiará los arreglos del *San Jerónimo* y una nueva expedición a cambio de mis títulos. Y para que pueda cedérselos, debemos casarnos.

—Sigo sin comprender. Hace poco me dijiste que no estabas dispuesta a acceder a otra boda por conveniencia y acabas de usar esa misma palabra al decir que esto les «conviene a los dos». ¿Por qué cambiaste de opinión?

—Por un detalle muy importante: mi futuro marido no me reclamará encuentros conyugales. Mantendremos habitaciones separadas, y sin visitas nocturnas —explicó— y eso me da mucho alivio, representa exactamente lo que quiero: la posibilidad de rehacer mi expedición sin un hombre con derecho a tomar mi cuerpo cuando le plazca.

—¿Cómo estás tan segura de que cumplirá esa parte del trato?

—Él mismo me lo propuso, lo nuestro será apenas un arreglo comercial. Por eso acepté.

—Me cuesta creer que un hombre joven elija rechazar las noches junto a su esposa. O quizás no le gustan las mujeres y tiene otras preferencias —sugirió maliciosa.

—¡Marina! ¡Cómo te atreves a insinuar semejante cosa!

—Vamos, Ysabel, he visto ese tipo de situaciones en el barco muchas veces durante estos meses, ocurrían en todos los rincones. Es probable que él tenga un amante masculino y tú serás sólo una fachada. ¿Acaso tú misma no lo has pensado? ¿Qué otro motivo podría tener para rechazarte? No eres tan vieja aún... —finalizó para provocar a su hermana.

—Me cuesta creer que lo que dices sea verdad. Castro tiene una imagen muy masculina y esa voz tan poderosa resulta muy seductora —reflexionó en voz alta con admiración, aunque enseguida cambió de tono—. Pero si es cierta tu suposición no habrá boda, ¡no me casaré con un depravado!

—¿Cómo harás para averiguarlo? No puedes preguntarle por este tema.

—¡Por supuesto que no! Deberé descubrirlo de otra manera.

—¿Indagarás entre los criados?

—¡No, por Dios Santo! Eso no es algo que se pueda mencionar abiertamente. Hasta me da vergüenza hablarlo contigo. Ya pensaré en otra forma de descubrir las inclinaciones de don Castro antes de llegar al altar.

Después de tantos meses en el mar Ysabel echaba de menos los panes y bizcochos de los cocineros del palacio de Lima. Los duros bodoques que comían a bordo apenas se podían llamar galletas. Había esperado poder disfrutar de una buena pastelería en Manila pero allí no crecían ni trigo ni maíz, había apenas harina de mandioca y los panes que hacían con ella le resultaron incomibles. Cuando preguntó le dijeron que sólo se podría amasar algo de lo que extrañaba cuando llegasen nuevos sacos de harina de las Indias Occidentales, porque hacía rato se habían acabado los del envío anterior. No se acostumbraba al pescado con arroz que los criados tagalos

servían cada mañana en la mesa del desayuno. Ella lo rechazaba, aceptaba algunas frutas y esa espesa bebida dulce que llamaban *tsokolate*, parecida al chocolate especiado picante que había probado en Lima sin gustarle. La combinación filipina que mezclaba los granos amargos con canela y miel le encantaba.

Estaba apoyando la taza en el plato tras saborear el delicioso brebaje cuando entró al comedor Nando de Castro, y poco después llegó corriendo una dama que, demostrando gran incorrección, se apuró para sentarse junto a él y dijo:

—Buenos días, don Nando. ¿Cómo ha amanecido hoy? Yo he regresado recién de la casa de mi padre, quien ya se ha repuesto de su problema de salud.

—Me alegro por ello, doña Clementina. Permítame presentarle a la Adelantada de los Mares del Sur, doña Ysabel de Barreto y Mendaña. Como sin duda ha escuchado, la dama ha llegado a nuestra ciudad en circunstancias excepcionales y se aloja con nosotros.

—Por supuesto, no se habla de otra cosa en las calles de Manila. Las hazañas durante la expedición se repiten y agigantan de boca en boca. ¡Supe que fueron atacados por salvajes caníbales! Me alegra que los hayan matado a todos, según escuché. Encantada de conocerla, doña Ysabel. Doña Clementina de Monteagudo y Taboada a sus órdenes —anunció inclinando la cabeza, con una sonrisa que Ysabel catalogó falta de sinceridad, y le devolvió con la misma moneda.

—Doña Clementina también vive aquí, es la esposa de Sauro de Taboada, a quien vuesa merced ya conoció, doña Ysabel —explicó Nando, mucho más locuaz de lo que se había mostrado hasta ese momento.

—Quiere decir que nos veremos a diario entonces —dijo Ysabel buscando evaluar a esa joven con malos modales y aires de dama.

—Sin duda. Si gusta podemos dar un paseo juntas hasta el fuerte, o hasta la iglesia de San Agustín para que la conozca, no está muy lejos, e imagino que ya asistió a misa en la Iglesia Mayor —respondió Clementina, segura de que la compañía de tan requintado personaje elevaría su nivel social y despertaría la envidia de todas las muchachas de la ciudad.

—No será necesario, doña Clementina, yo mismo llevaré a doña Ysabel a recorrer Manila en los próximos días, ahora que ya se ha repuesto de tan agotadora travesía. Además debe descansar para la fiesta de esta noche, así que no se preocupe por organizarle salidas.

Las palabras de Nando la pusieron en alerta. Aunque Ysabel le respondiera apenas con un movimiento de cabeza, Clementina intuyó el interés de él por la dama y decidió observarlos de cerca. No estaba dispuesta a permitir que esa recién llegada atrapase la atención del caballero a quien ella no había dejado de codiciar.

Con una fruta en la mano, Nando se puso de pie y se excusó:

—Señoras, disculpen que no las acompañe hasta el final del desayuno, pero mis compromisos me llaman. Las veré esta noche en la recepción. Que tengan un buen día —dijo con su profunda voz y una suave inclinación, durante la cual mantuvo la vista fija en Ysabel.

—Veo que ha desarrollado una amistosa relación con don Nando en el poco tiempo que lleva aquí —mencionó Clementina sin poder controlar los celos.

—Don Castro nos rescató en pleno océano. Sin su ayuda mi barco difícilmente hubiera llegado a Manila a salvo. Le debo mucho —concedió, sin dar más detalles.

Las campanadas, anunciando que llegarían tarde a misa, les impidieron continuar con la

conversación. Ysabel marchó apurada a buscar la capa, y luego tuvo que correr para cruzar la plaza hasta la Iglesia Mayor, escoltada por Plumet, como cada vez que salía.

Al llegar divisó la enorme catedral con dos campanarios, igual a la limeña, con su puerta todavía abierta, pero ya no quedaba nadie en el exterior. Sin duda la ceremonia habría comenzado. Esperaba poder entrar con disimulo y ubicarse en las últimas filas, sin llamar la atención debido a la tardanza. Se le ocurrió utilizar la entrada de la sacristía, a un costado, y estaba llegando a ella con pasos veloces cuando tropezó con una figura que se dirigía al mismo lugar: chocó contra el pecho de Nando.

Sorprendidos ambos por el encuentro a pocos minutos de haberse visto en el desayuno, no pudieron evitar soltar una carcajada al unísono. Esa risa borró el acartonamiento habitual que caracterizaba el trato entre ellos.

—Volvemos a cruzarnos antes de lo esperado, sin duda es una señal de que estamos destinados a estar juntos —sugirió él con simpatía.

—¿Qué insinúa? —respondió Ysabel en el mismo tono, con una suave sonrisa.

—Que nuestra boda será bendecida por designio divino.

—Pero vuesa merced no ha olvidado que es apenas un trato comercial... —repuso comenzando a endurecerse.

—Lo sé, lo sé, no necesita recordármelo cada vez que nos veamos, eso ya ha quedado estipulado. Pero eso no significa que no podamos mantener una relación amistosa, así que le propongo, doña Ysabel, que empecemos a tratarnos como amigos.

Divertida por la propuesta, y convencida de que no implicaba peligro alguno para ella, aceptó:

—Bien, seremos amigos, don Nando.

—Además, éste es nuestro destino, tarde o temprano nuestros caminos iban a cruzarse.

—¿Por qué dice eso?

—Descubrí el otro día que ambos somos de Galicia.

—¡Virgen santa! ¡Qué increíble casualidad!

—¡Oh, no! Por eso digo que es el destino: yo creo que no existen las casualidades.

—¿Por qué dice eso?

—Estoy convencido de que todo lo que ocurre tiene un propósito, una razón oculta detrás. Hay una red de conexiones secretas que no podemos explicar, que hace que las cosas sucedan, pero no me parece apropiado llamarla casualidad. La vida es como un camino marcado desde antes de nuestra existencia, y en ese sendero que nos toca recorrer todo está preparado por obra del destino.

—¿Quiere decir que nuestro encuentro estaba previsto?

—Sin duda. ¿Cómo se explica si no que, vuesa merced y yo, habiendo nacido ambos en Galicia, hayamos cruzado al otro lado del mundo para encontrarnos en estas lejanas Indias Orientales? Su boda con mi pariente Mendaña y el viaje hasta aquí fueron para que yo la encontrara, tenía que ocurrir. No fue casualidad. Y agradezco al Cielo que así haya sido.

Ysabel se quedó pensando en esas palabras. Le pareció que Nando estaba a punto de agregar algo más, cuando el llamado de Basilius lo obligó a despedirse. Él se inclinó con gracia y le besó la mano suavemente, con galantería.

—Hasta más tarde, estimada amiga. Discúlpeme pero debo correr.

Sin saber por qué, toda la escena provocó una cálida oleada en el pecho de Ysabel y le dibujó una sonrisa en los labios. Amparada por esa tibieza, entró a la iglesia seguida por Plumet.

Nando se alejó apurado, volteándose para observar a la figura que se alejaba con la cabeza cubierta por una mantilla de encaje. No quería perderla de vista, y tampoco lograba arrancarla de sus pensamientos. Iba a casarse con ella, pero estaba convencido de que sería apenas un acuerdo comercial. La dama era mayor que él y, aunque atractiva, le había parecido demasiado mandona y petulante. Por eso había ideado la condición de la falta de intimidad, para preservarse de una relación verdadera.

Con eso ya resuelto, estaba decidido a tratarla como a cualquiera de los hombres con los que solía comerciar, pero no lo estaba logrando. La presencia de ella le resultaba cada vez más agradable.

La voz de Basilius desde un rincón de la sacristía lo sacó de sus pensamientos

—¡Aquí está! ¡Te lo dije! —exclamó Basilius.

—¿Qué? ¿El libro?

—No, claro que no, es el diseño que divisé de lejos y creí reconocer: ¡yo tenía razón! ¡Es la serpiente ouroboros!

—¿Una serpiente bordada en la ropa de un santo? Es extraño.

—Todo lo relacionado con el *Codex Gigas* lo es —definió con solemnidad el alquimista—. Ésta no es una serpiente ordinaria. Fíjate que está enroscada de manera que se come su propia cola y forma un círculo, representa el ciclo eterno de las cosas, lo infinito.

—¿Y estás seguro de que es la misma del libro que buscas?

—Sin ninguna duda, hasta tiene los mismos colores: verde y dorado.

—Significa que estamos sobre la pista correcta. ¿Reconoces algún otro elemento en la vestimenta? —preguntó Nando mientras él mismo recorría las demás imágenes.

Basilius todavía estaba revisando cuando escuchó a Nando exclamar:

—¡Aquí está otra vez!

—¿En serio? ¿En cuál santo?

—San Agustín.

—¡Es el mismo que la lleva aquí! Eso debe tener un significado oculto.

—Es el único santo que está más de una vez en la sacristía, y en las dos imágenes aparece la serpiente. Creo que eso nos indica que debemos seguir tras sus huellas.

—¿Qué quieres decir?

—Que vayamos a la iglesia de San Agustín, que está en construcción por tercera vez. La capilla original era de cañas de bambú y hojas de nipa, pero se incendió; la segunda fue de madera y corrió el mismo destino, por eso ahora están levantando una de piedras y adobe, junto con el monasterio de la orden —explicó Nando.

—¿Y qué crees que hallaremos allí?

—No lo sé. Iremos a descubrirlo.

Las delicadas notas de los laúdes se mezclaban con las de un violín. El novedoso instrumento había llegado en manos de un músico en la última travesía del Galeón de Manila, y lo tocaba en el palacio por primera vez. El gobernador disfrutaba de la melodía en un círculo junto a su

primo, dos caballeros y la viuda más rica de la ciudad, doña Sebastiana de Almagro y Figueroa, cuando la aparición de una figura vestida de azul oscuro en la entrada principal hizo que dijera:

—Disculpen que me ausente, pero debo escoltar a mi invitada de honor.

Quienes lo rodeaban se abrieron para cederle paso y las miradas lo siguieron mientras cruzaba el amplio salón. Al llegar a donde Ysabel esperaba de pie Luys hizo una profunda reverencia; para entonces unos doscientos pares de ojos seguían atentos los movimientos del funcionario, quien tomó una mano de la primera Adelantada y Almiranta de la flota española y la llevó con delicadeza hasta sus labios. Nando sintió una extraña incomodidad ante lo demorado del saludo. Le hubiese gustado que la boca de su primo no se apoyase en el dorso de ese puño, sino que se limitase a acercarlo a menos de un palmo de distancia, lo que hubiera sido suficiente gesto de cortesía. Pero lo que más le molestó fue entender por qué Luys lo hiciera: Ysabel se veía hermosa.

La piel del rostro, escote y brazos había perdido el tono opaco que le diera el sol durante la travesía. Se veía muy blanca, con un suave matiz rosado sobre los pómulos, y ofrecía un agradable contraste con el vestido azul profundo salpicado por pequeñas perlas. Nando admiró que hubiese elegido ese color que realzaba su belleza y a la vez rezumaba dignidad sin la lóbrega tristeza del negro. Ysabel llevaba el cabello recogido con suavidad: algunas ondas rodeaban con libertad las sienes y caían sobre la piel desnuda de los hombros, jugueteando también sobre las orejas y los impresionantes aretes que de ellas colgaban: delicados caireles cubiertos con pequeños brillantes. Ysabel había elegido llevar ese regalo de despedida que le diera su madre en la partida de la España por su valor emotivo, como no pertenecían a la dote habían sobrevivido al énfasis vendedor de Mendaña en pos de su hazaña conquistadora. Le servían para darse fuerza en ese momento especial en el que se presentaba ante la sociedad dueña de grandes títulos y de un gigantesco fracaso a la vez. Pensó que, afortunadamente, los demás no podían leer su alma: veían apenas el resplandeciente brillo que la iluminaba.

Nando observó la imagen de su futura esposa con admiración. Ysabel transmitía la importancia de su cargo, además de elegancia y belleza. En el momento en que Luys le ofreció el brazo para ingresar a la estancia y ella lo tomó con una amplia sonrisa, alternó el peso del cuerpo de un pie a otro, incómodo por esa cercanía.

—¿Creen que don Luys se casará con la Adelantada?

La voz de Sebastiana verbalizó el miedo que empezaba a formarse en la mente de Nando. Su primo tenía un cargo poderoso, y fortuna como para financiar una expedición también. No quiso analizar qué ocurriría si Luys pretendiese a la Adelantada; agradeció para sí ya haberle hecho la propuesta matrimonial a doña Barreto y que ella aceptara. Sin duda la dama respetaría la palabra otorgada. Le sorprendió descubrir que le molestaba pensar en la posibilidad de que ella fuese a casarse con otro. Aunque no tuviese intenciones románticas hacia doña Ysabel, sería su esposa, le pertenecería. Un poderoso sentimiento de posesión lo invadió.

—¿Ha escuchado algún rumor al respecto, doña Sebastiana? —inquirió un anciano a su lado.

—No, pero ella es viuda y dueña del mayor cargo que ha llegado hasta estas latitudes, y él pertenece a una familia encumbrada, además de poseer el puesto más poderoso de las Filipinas. Sin duda la Adelantada ha decidido abandonar el luto por alguien, y están viviendo bajo el mismo techo; no me extrañaría que pronto recibiésemos la invitación a una boda —insinuó con maldad.

—Si no había rumores sobre el tema, vuesa merced acaba de lanzarlos, doña Sebastiana —repuso Nando con desagrado.

—Ay, querido, no me diga eso. Nada más lejano de mí que los chismes. Apenas expresé mi opinión.

—Te he pedido que no me llames así en público —murmuró cerca de su oído, bajando la voz.

—Y yo te he dicho que siempre hago lo que quiero —respondió en el mismo tono, para continuar luego más alto—, y no habría nada malo en semejante boda, ambos son libres.

—Sin duda, doña Sebastiana, sin duda —asintió el mismo caballero que había preguntado—, y ahora deberán disculparme, iré a contar la novedad a mi esposa, que estará encantada de saberlo antes que nadie.

—¿Ves lo que has hecho? —le dijo Nando con fastidio en cuanto el grupo se disolvió y estuvo seguro de que nadie lo escuchaba—. Ahora todos darán la noticia por cierta.

—¿Y eso a ti te preocupa? ¿Por qué? —indagó mientras formaba un beso con los finos labios pintados de rojo y lo provocaba, semioculta por su abanico.

—Por nada, apenas cuido a mi primo —dijo con un suspiro. No había logrado huir de Sebastiana tal como quería. Desde que regresara a Manila había retomado su relación con ella, visitándola una vez por semana. Sabía que la viuda se molestaría cuando se enterase sobre su boda, porque como nadie sabría del acuerdo de castidad entre él e Ysabel, debería mostrarse como un esposo fiel: la dejaría y se buscaría una amante más discreta y con menos exigencias que Sebastiana, caviló. De cualquier modo, decidió que esperaría el momento apropiado para comunicarle la noticia del matrimonio.

—¿Me sacarás a bailar, querido?

—Si es lo que deseas... —dijo galante y le ofreció el brazo para ir hacia la pista de danza, donde el gobernador y su invitada ya habían inaugurado el baile.

Giraron entre varias docenas de parejas, siguiendo los compases de la música española. Vueltas y reverencias individuales alternaban con pequeños saltos y movimientos en ruedas grupales. En una de esas rondas Nando quedó al lado de Ysabel. Siguiendo la danza, los delicados dedos de ella se apoyaron en su fuerte mano y el roce no le fue indiferente. Una intensa corriente le recorrió el brazo. Duró apenas unos instantes, pero los suficientes como para que él saborease la mágica conexión y quisiera más.

La danza no volvió a unirlos, por lo que al callar la música Castro le sugirió a Luys en voz alta y con gran formalidad:

—Estimado gobernador, ¿me concedería el honor de intercambiar nuestras parejas de baile en la próxima pieza? Me encantaría escoltar en la pista a la ilustre homenajead de esta noche.

—Por supuesto, querido primo —respondió con una reverencia de despedida ante la dama, tras dejarla de pie frente a Nando y extender su mano a Sebastiana, quien no pudo rechazar la invitación del anfitrión.

Nando imitó el galante gesto y cuando los dedos de Ysabel entraron en contacto con los suyos la magia volvió a repetirse. El calor ascendió por su brazo y lo envolvió por completo. Una vuelta de la danza los separó, y su alma ansió por el reencuentro. Uno, dos, tres pasos. Otro toque lo quemó como el fuego. La música los apartó, abriendo un abismo entre ellos. El salón se convirtió en un océano embravecido, en el que la corriente los alejaba sin remedio. Dos, tres,

cuatro giros. La dama de azul se acercaba, Nando temblaba ansiando por el encuentro y, a la vez, temiendo caer bajo su poderoso hechizo. Un salto los puso frente a frente, las miradas encadenadas. Ysabel espió dentro de esos iris del color del cielo, buscando descubrir los secretos que escondían, pero él supo ocultar cualquier emoción. Decidido a no dejarse atrapar por los sentimientos, prefirió poner su alma a resguardo. Sólo podría casarse con ella si tenía la seguridad de no estar formando una pareja con la boda, sino apenas concretando una cuestión comercial. Como siempre hacía, enterró cualquier posibilidad de emoción muy dentro suyo, lejos de la superficie, y sostuvo la inspección femenina sin revelar el torbellino que estaba naciendo en su interior.

Dos vueltas más tarde, a pesar de las paradas frente a frente y las miradas intensas, Ysabel aún no tenía la respuesta que buscaba. Sin querer dar el brazo a torcer, escarbó en la memoria los trucos de seducción que tanto había utilizado en la corte limeña. Suavizó el gesto de la boca e inclinó la cabeza con sensualidad, mirándolo cargada de intención. Aunque su futuro marido se mantuvo indiferente, en un momento mostró una chispa en los ojos que confundió a Ysabel: sintió que la miraba con hambre y que podría devorarla, pero un segundo después la sensación se evaporó, y volvió a encontrarse llena de dudas.

Agradeció que la música terminara y, tal como correspondía, permitió que su compañero de baile la escoltara hasta las áreas de descanso. El contacto de los dedos volvió a calentar las manos de ambos. La magia se repitió ante el encuentro, la piel de uno y otro parecía derretirse entre chispas. Las palmas pegadas sin querer desprenderse, pero ninguno dijo nada. Al llegar a unos amplios sillones, Ysabel se soltó y fue como si hubiesen apagado todas las velas de los candelabros del salón a la vez. La envolvió una fría oscuridad. Disimulando su desasosiego se ocupó de arreglar con cuidado la anchísima falda con verdugado mientras se sentaba. En uno de esos incómodos movimientos se inclinó demasiado hacia adelante y antes de volver a erguirse descubrió los ojos de Castro en las cimas de sus senos, escandalosamente revelados por la pose. En vez de retirarlos avergonzado, él disfrutó de la imagen un rato antes de levantar la vista. Con las mejillas enrojecidas, Ysabel se quejó:

—Es poco digno de un caballero espiar así a una dama.

—¿Incluso si esa dama va a ser mi esposa? —repuso jocoso.

—Por supuesto, pues ambos sabemos que la boda será apenas un acuerdo falto de intimidad.

—Regodearme con alguna visión ocasional no dañará a nadie; quédese tranquila que no la tocaré ni aunque aparezca en mi lecho en medio de la noche —concluyó burlón.

Ysabel vio una posibilidad para aclarar la duda que la carcomía y se animó a decir:

—¿De verdad no lo haría? ¿Acaso no le interesan las mujeres? He escuchado que existen otras inclinaciones y creo que debo saberlo si...

No pudo continuar. Una estruendosa carcajada de Nando tapó su voz.

—Doña Ysabel, le aseguro que no es mi caso. Mi gusto privilegia exclusivamente a las damas, por eso mismo estaba admirando ese encantador escote —explicó con esa grave voz que parecía envolverla y un intenso brillo en los ojos.

Incómoda, Ysabel no pudo catalogar el origen del buen ánimo que la invadiera al escucharlo.

—Y a pesar de ello no requerirá derechos conyugales sobre mi persona —continuó.

—Así es, vuesa merced podría dormir a mi lado, en mi lecho, que nada sucedería entre nosotros —le aseguró con frialdad, y ella no supo si debía sentirse aliviada u ofendida por esas

palabras. Un repentino calor trepó por su cuello hasta las mejillas y con rapidez cubrió la vergüenza con un exquisito abanico.

—Me resulta muy incómodo hablar de cuestiones tan íntimas con un desconocido —dijo desde atrás del perico—, pero quiero asegurarme de que cumplirá su palabra después de la boda y no me exigirá nada, aunque la ley esté de su lado.

Al cabo de un rato en silencio, Nando sugirió:

—Mi palabra de caballero debería bastarle, pero para darle mayor tranquilidad, la pondré por escrito. Le propongo que firmemos un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Uno donde se estipule la ausencia total de intenciones carnales de mi parte. En realidad, debería decir de ambas partes, por si alguna vez vuesa merced me solicita que la visite en la alcoba para atender sus necesidades...

—¡No sea ridículo! Jamás le pediré semejante cosa.

—Pero de esta manera ambos estaríamos resguardados, y con la tranquilidad de saber que nadie se vería obligado a encuentros indeseados.

Indignada por semejante propuesta, Ysabel sintió la propia respiración acelerarse. Ella jamás solicitaría a hombre alguno que acudiese a su lecho. Por eso había aceptado la posibilidad de esa boda, para que los encuentros maritales quedasen fuera de su vida para siempre. Lo pensó unos momentos y decidió que un compromiso por escrito no era una mala idea. Le garantizaría eso que tanto quería, porque aunque él fuese un caballero, sabía que los caballeros también rompían su palabra en ciertas ocasiones. Un pacto firmado, en cambio, le daría tranquilidad.

—Acepto. Prepare el acuerdo que aclare la total abstinencia carnal y ambos lo firmaremos. Nos asegurará que nunca ocurrirá nada entre nosotros.

Nando asintió en silencio, satisfecho por haber logrado lo que quería, pero en realidad algo le incomodaba en esa situación, aunque no sabía bien qué era.

Abril de 1596.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

Lluvia, lluvia y más lluvia. Gruesas gotas caían sin cesar por tercer día consecutivo. El repiqueteo permanente martillaba sobre el ánimo, aplastándolo. Una espesa cortina de agua frente a las ventanas impedía ver a través de ellas. El jardín exterior, tan familiar, ya no existía. Las sampaguitas, los arbustos, la fuente de mármol con el Cupido, el camino empedrado, todo había desaparecido escondido por la inundación. Charcos nacieron y crecieron, se multiplicaron uniéndose hasta formar una gran superficie líquida que lo cubrió todo, un gigantesco lago nuevo que llegaba hasta el escalón frente a su habitación. Si seguía lloviendo el agua avanzaría dentro de la alcoba, invadiéndola. Ysabel nunca había presenciado un diluvio semejante en su vida. Durante la primera jornada se había animado a correr hasta el comedor subida a sus chapines de madera, y aunque llegó mojada pudo comer junto a los demás. El segundo día eligió quedarse en su habitación y comer allí. El tercero, harta del encierro forzoso, intentó salir para ir a almorzar, pero las piernas se le hundieron hasta los tobillos en el líquido barroso que la rodeaba. Quiso avanzar pero el incesante aguacero la empapó en menos de un minuto. Con la ropa pegada al cuerpo, desechó la idea de presentarse así y regresó sobre sus pasos.

Ya se había quitado el vestido con la ayuda de Pancha y llevaba apenas una camisa sobre la ropa interior cuando la puerta de la habitación se abrió con fuerza y en el umbral apareció una figura tan mojada como lo había estado ella.

—¡Marina! ¡Santo Dios! Pareces recién salida de una tina con la ropa puesta. ¡Pancha, más toallas! Ayúdala a secarse, yo terminaré sola.

—Aaah, afortunadamente no hace frío. A pesar de las lluvias el calor es el mismo de siempre.

—Si no fuese así ambas estaríamos camino a enfermarnos. Dime, ¿por qué has venido hasta aquí bajo la tormenta? ¿Ocurre algo?

Marina asintió con la cabeza, antes de que la india se la cubriese con una toalla para frotarle los cabellos con fuerza, y dijo:

—Ya sé qué rumbo daré a mi vida, estuve pensando en estos días atrapada en mi alcoba: entraré a un convento.

La sorpresa de Ysabel le impidió controlar la exhalación que escapó de sus labios:

—Oh, no... ¿por qué? Después todo lo que hemos pasado juntas, no me imagino mi vida sin tenerte a mi lado.

—Pero tú vas a casarte y yo no quiero seguir dependiendo de ti, ni de nadie más. Entregaré mi vida a Dios.

—Entonces no tomarás el velo por vocación sino por descarte. No lo hagas, Marina. No encontrarás la felicidad tras los muros de un convento.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Pues lo supongo. Eres una mujer joven, has viajado, has tenido un marido, conoces la vida en la corte... No creo que te adaptes al silencio de los claustros, a la rutina monacal, a las misas a toda hora. Si me hubieses dicho que quieres hacerlo por amor al Señor te apoyaría, pero tus motivos no sirven. No encontrarás la felicidad en los hábitos.

—¿Y desde cuándo tú sabes tanto sobre la felicidad?! —exclamó enojada—. No la hallaste junto a tu marido ni tampoco después, cuando recibiste los poderosos títulos que ansiabas. ¡Ni siquiera te vi contenta comandando una gran expedición en medio del mar! Tu ambición no fue suficiente para hacerte feliz. Yo al menos fui dichosa al lado de Vega, en cambio tú tienes un corazón vacío, frío, cargado de tristeza, ¡y ninguna autoridad para indicarme mi camino!

Ysabel no tuvo palabras para responder porque su hermana había hablado con la verdad. No había alcanzado la felicidad, no la conocía, y además había fracasado en todo lo que se había propuesto. Abatida, caminó hasta el lecho y se sentó en el borde. Nunca antes nadie había analizado su vida con tanta crudeza, ni siquiera ella misma.

—Tienes razón —dijo después de un rato, con la voz apagada—. Cuando esté casada pediré dinero a don Castro para tu dote y podrás entrar al convento que desees. Ahora déjame, por favor, quiero descansar —concluyó sombría.

—Ysabel, yo no... ¡Perdóname! No quise lastimarte. Lo que dije no es cierto. Tu vida no es tan mala... —murmuró arrepentida Marina al ver a su hermana más abatida que nunca. Si Ysabel le hubiese respondido gritándole no se hubiera asustado tanto. En cambio ese silencio la preocupó, y se arrodilló junto a ella—: nada de lo que dije es verdad.

—Sí, lo es —remató. Se recostó y cerró las cortinas a su alrededor.

Escuchó que Pancha y Marina salían, y el ruido de la lluvia volvió a apoderarse de la habitación. Cerró los ojos buscando alejarse de la realidad, pero el aliviador sueño se le escapaba. Las palabras de su hermana resonaban en su cabeza una y otra vez: infelicidad, corazón vacío, tristeza. Lágrimas silenciosas acompañaban el dolor que le causaba cada repetición. Con profunda amargura reconoció que Marina tenía razón: ella nunca había sido feliz.

El llanto, la lluvia y su dolor funcionaron como un sedante. Una gran pesadez se apoderó de ella y venció a los párpados, ayudándola a evadirse. En medio de la espesura que rodeaba su mente escuchó golpes en la puerta. Pancha nunca tocaba antes de entrar. Ignorando cuánto tiempo había pasado se incorporó y la nombró, pero sólo el silencio respondió. La insistente llamada la obligó a levantarse. Sin siquiera mirarse al espejo, tiró de la falleba esperando encontrar a una arrepentida Marina al otro lado de la puerta, pero para su sorpresa halló a Nando. Se habían cruzado en varias ocasiones en la semana transcurrida desde el baile, siempre rodeados

por más gente. Él le había entregado el contrato cuando estaba acompañada por Marina y ella se lo había devuelto firmado a través de Pancha, después de que Elvira se lo leyera. Así habían resuelto la garantía de la exclusión de intimidad en el futuro matrimonio. Y ahora el caballero elegía ese momento para aparecer bajo la tormenta.

Aunque Ysabel sabía que su aspecto debía ser asustador, se quedó quieta en donde estaba, sin amagar llevar las manos al peinado ni al rostro todavía mojado por el llanto. Apenas tomó la capa que descansaba en una silla para envolverse en ella y cubrir la indecente visión de su ropa interior.

De pie bajo la lluvia, la altísima figura dijo:

—Disculpe que la moleste, vine a traerle un obsequio y a ver si necesitaba algo, pues no se presentó al comedor ayer ni hoy. Aunque su criada dijo que estaba bien se me ocurrió verificarlo, y agradezco al Cielo por ello, porque veo que no lo está. ¿Puedo saber qué le ocurre?

La dulzura oculta en esa grave voz le provocó una puntada en el pecho. La conmovía que ese extraño se preocupase por ella, y más lágrimas brotaron desde las profundidades de su alma herida.

—Por favor no llore... —dijo incómodo, y le extendió un paquete que sacó de debajo de su capa.

Ysabel se dio cuenta de que él seguía mojándose, dio un paso atrás, invitándolo a entrar. Tomó el bulto que le tendía y lo dejó sobre una mesa.

—No puedo evitarlo —respondió entre sollozos.

—¿Es grave? ¿Se ha enterado de alguna mala noticia?

Ysabel no quiso confesar el verdadero motivo de la angustia y eligió mencionar apenas una de las razones de su desolación: el agua que todo lo rodeaba.

—Tengo miedo, nunca había visto un enfado de la naturaleza como éste. Me asusta más que las tempestades que enfrentamos en el mar.

—No debe temer. En esta época de fuertes lluvias es normal que la tierra pierda la capacidad de absorción y que el agua cubra terrenos habitualmente secos, pero nunca sube demasiado. Supe que invadió algunas casas filipinas, pero hasta ahora nunca ha entrado al palacio.

—¿Y si ése nunca dejan de existir? ¿Y si la corriente avanza? Me agobia pensar que el agua me rodeará y me ahogará. Anoche dormí sobresaltada. Me desperté varias veces para tocar el suelo en la oscuridad: sacaba un brazo a través del baldaquino para palpar si había agua alrededor del lecho, y en cada ocasión me costó volver a conciliar el sueño.

La agonía en esa voz temblorosa alcanzó a conmover a Nando. Estaban a un paso de distancia, extendió el brazo y los dedos recorrieron la suave mejilla para arrastrar una lágrima con las yemas. Quería llevarle tranquilidad, transmitirle fortaleza y dejar que se apoyara en él. Descartó la posibilidad de indagar el porqué de esos sentimientos. Se justificó a sí mismo pensando que iba a ser su esposa, su compañera por el resto de su vida, quizás se convirtiesen en amigos; era lógico que se preocupase por la seguridad de la dama. Y deslizó las yemas hacia la otra mejilla.

Ysabel no dijo nada, apenas alzó la vista y lo miró con ojos empañados por el llanto. La fuerza con que él la observaba le hizo recordar que su imagen debía ser desastrosa, y llevó ambas manos a la cabeza mientras exclamaba:

—Parezco una bruja, no estoy presentable.

—Nada de eso, a mí me parece hermosa.

Las dulces palabras en esa gruesa voz la arrullaron y acariciaron su alma herida. Con rapidez intentó secar los restos de las lágrimas, pero sus dedos chocaron con los de él, ocupados en la misma tarea.

—Déjeme a mí —le pidió Nando con suavidad. Ysabel no pudo negarse, aunque sorprendida por la docilidad que provocaba en ella ese hombre. Le gustaba sentir esas manos sobre el rostro. Sin querer cerró los ojos, abandonándose a la caricia.

Cuando las manos de él terminaron de borrar las huellas de tanto desconsuelo, sus dedos continuaron mimándola. El índice corrió desde la sien hasta la barbilla y rodeó la boca, dibujándola. Ysabel sintió el corazón acelerarse y una repentina falta de aire. Entreabrió los labios para aspirar mejor y él aprovechó para recorrerle el inferior con osadía y tirar de él hacia abajo con el pulgar. Ysabel levantó los pesados párpados y las miradas se encontraron. Ninguno dijo nada. Sólo se escuchaban las respiraciones aceleradas bajo el tamborileo de la lluvia.

Al cabo de largos instantes él quebró la quietud acercándose. Los dedos abandonaron los labios para cubrir la nuca de manera posesiva y llevar a Ysabel hacia adelante, hasta el encuentro con su propia boca.

La colisión les provocó un intenso vaivén de sensaciones. Un penetrante cosquilleo cruzó el cuerpo de Ysabel, haciendo que la piel se erizara y las piernas se aflojasen. La mano en la nuca la sostuvo con firmeza impidiéndole caer cuando una lengua invasora tocó la suya. Sintió la presión de la otra mano de Nando en la cintura y en lugar de molestarse por el atrevimiento, agradeció la seguridad que le transmitió, y disfrutó del calor que se irradiaba desde allí. En un rincón de su mente comenzó a formarse la incómoda idea de que eso estaba mal, pero le impidió crecer y apoderarse de ella. Prefirió deleitarse con ese beso, saborearlo como no había hecho nunca antes, porque jamás había sido besada así.

Él tampoco conocía las sensaciones que lo atravesaban. Esas profundas ansias por beber más de la boca dulce que se le entregaba. No quería soltarla. Absorbió los labios suaves y buscó la lengua para acariciarla con la suya. El encuentro fue mejor que lo que había imaginado. Destellos de mil colores se encendieron frente a sus ojos cerrados, en una experiencia inédita y deliciosa. Todo era nuevo para ambos. Ninguno deseaba que terminase, pero de repente la magia cesó. Cuando los cuerpos se alejaron la conexión se apagó. Volvieron a ser dos extraños observándose, de pie frente a frente, con la respiración agitada y la sangre ardiendo, pero cada uno cargado de miedos que les impedían poner en palabras lo que acababan de descubrir: que se gustaban.

—Yo... Yo no debí permitir que esto sucediera; está mal, lo siento —balbuceó Ysabel.

—Yo no lo siento. Esa boca es exquisita, besarla fue un verdadero placer.

Las palabras la hicieron enrojecer y exclamó avergonzada:

—Los placeres no existen, son apenas una excusa de los hombres para justificar la debilidad de la carne.

—Nada de eso. Hay mucho placer en el cuerpo, en las caricias. Sólo hay que saber encontrarlo. Estos besos fueron apenas una muestra, y lamento la brevedad del encuentro. De sus labios bebería hasta saciarme, y me llevaría toda la eternidad alcanzar el hartazgo —murmuró la ronca voz en una caricia envolvente—. Y debo confesar que no me alcanzó con lo que probé: quiero más.

Ysabel sintió que sus aceleradas palpitaciones se desbocaban frente a ese pedido. La mente le

sugería que no lo hiciera, que se retirase, pero el corazón la impelía a decir que sí. Guiándose por lo que marcaba su pecho, dio un paso al frente y extendió una mano. Nando no dudó en tomarla en el puño y llevarla hacia él, atrapándola junto a sí. Mientras sus brazos encerraban la espalda de Ysabel, la boca le recorrió el cuello de uno y otro lado, con delicados toques de los labios. Ysabel contuvo el aliento que pugnaba por escapar de ella, producto del huracán desatado en su interior. Pero cuando los labios de él alcanzaron el lóbulo de su oreja y sintió cómo lo absorbía y lo rondaba con la lengua, ya no pudo controlarse y dejó escapar un gemido.

Eso aumentó los embates de la boca de él, y las manos la recorrieron bajo la capa hasta apoderarse de los generosos senos. Vestida con una sencilla camisa, los pezones reaccionaron ante el íntimo contacto, endureciéndose en las palmas que los apretaban. La suma de besos y caricias la enloqueció. Los botones de los pechos tironeaban, sensibilizados, cuando él los retorció. La sorpresa por lo que sentía la fascinaba, pero a la vez la asustaba. Quería más, pero no se animaba a imaginar lo que vendría. Los encuentros carnales no le gustaban, no quería ninguno más en su vida. El preámbulo amoroso estaba bien, pero era el momento de detenerse, por lo que profirió una súplica:

—¡Santísima Virgen! ¡Por favor, basta ya!

—¿Es realmente lo que desea? —La cuestionó la gruesa voz de ese hombre sin igual—. ¿O lo dice porque es lo que corresponde que exclame una dama cuando le avergüenza que la pasión la domine?

Ysabel dudó. Los besos le gustaban, las caricias también. Nunca había sentido algo así, ese intenso cosquilleo en todo el cuerpo la enloquecía, pero no estaba dispuesta a continuar.

—Porque a mí me fascina verla así —continuó él ante el silencio—, una mujer con sentimientos que se apoderó de la distante Adelantada y la empujó lejos de aquí. Por favor, no permita que ella vuelva; deje junto a mí a la fogosa Ysabel, la que se anima a gemir cuando la beso.

Nando había llegado hasta la habitación de Ysabel preocupado por su ausencia debido a las lluvias. Quería ofrecerle su ayuda, pero al encontrarla llorando algo dentro de él se quebró. Fue como si una puerta cerrada durante mucho tiempo se hubiese abierto para exponer su corazón, y la llave que funcionó en esa oxidada cerradura resultó ser Ysabel. No pesaron en esa especial conexión entre ellos los poderosos títulos de la dama, pues ya los tenía asegurados a través de su futura boda. No, lo que logró abrir la coraza que rodeaba el fuerte pecho masculino fue ella misma, con su ternura y su indefensión, cuando él aprendió a observar dentro de su alma. La frialdad de la Adelantada era apenas una fachada tras la que se ocultaba la verdadera Ysabel, una apasionada mujer que él acababa de descubrir.

En la lucha que cada uno estaba librando contra sus propios fantasmas, Nando la había dejado entrar en su pecho y alcanzar su corazón. Ysabel, en cambio, no se animaba a recorrer con él ese extraño sendero plagado de sensaciones que se presentaba ante sus pies.

—No, basta —dijo finalmente, buscando calmar la agitada respiración—. Ya no habrá más besos entre nosotros. Esto de recién no se repetirá.

—No nos niegue a ambos la posibilidad de entrar en un mundo nuevo, doña Ysabel. Créame si le digo que nunca antes había experimentado chispas tan fuertes en mi interior al besar a una mujer. Esto es excepcional, debemos seguir porque sin duda lo que vendrá será maravilloso.

Obstinada, negó con la cabeza e insistió:

—No fue eso lo que acordamos, don Nando.

—El acuerdo lo firmamos antes de saber lo que podíamos sentir juntos.

—No quiero hablar más sobre ese asunto, para mí el tema está cerrado.

—Le propongo algo: probemos. La respuesta a mis besos me indica que detrás de esa fría coraza hay una mujer apasionada. Permítase disfrutar de los placeres que se ocultan en el cuerpo; permítame ayudarla a descubrirlos, no se arrepentirá.

—Ya estoy arrepentida de lo que ha ocurrido hoy.

—¿Por qué? Si ha sido hermoso, y creo que a ambos nos gustó.

—Porque habíamos quedado en que nuestra relación sería distante, y lo que hicimos fue lo opuesto, parecíamos una pareja de animales en celo —reconoció enrojecida.

—Los humanos somos como animales cuando liberamos la pasión de nuestro interior —expresó mirándola con sensualidad.

—Yo no quiero ser un animal; soy una persona, una dama.

—Jamás puse en duda su estirpe, señora, pero las damas también tienen derecho a sentir.

—No me interesa esa clase de sentimientos.

—Yo creo que sí, permítame demostrárselo. Vuesa merced tendrá siempre la última palabra, ya tiene el contrato de abstinencia firmado, ¿qué más exige para confiar en mí?

—Que lo respete —le lanzó con frialdad.

—Si eso es lo que desea, se hará su voluntad —concluyó con un suspiro, abandonando las intenciones de convencerla—. Buenas tardes.

Durante la imperturbable reverencia de despedida no dejó de mirarla a los ojos, siempre en silencio. Mientras se inclinaba, dos profundos mares turquesas iluminaban el rostro de fuertes facciones con la intensidad de una fogata, transmitiéndole todo su ardor y haciéndola enrojecer. Hasta que él se dio vuelta y salió para perderse bajo la lluvia.

Ysabel se quedó observando las huellas mojadas en el piso de su alcoba con un extraño vacío en el pecho y una dolorosa ausencia en los labios. Había conseguido lo que tenían acordado, pero eso tampoco la hacía feliz.

Abril de 1596.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

Doña Eduviges de Pasco y Menezes golpeteaba con el dedo índice sobre el escritorio frente a sí en la rectoría del Colegio de Santa Potenciana. La dama dirigía el lugar desde hacía más de un año por pedido del gobernador, que había sido muy claro con ella al solicitar su ayuda, por eso no había podido negarse: le había dicho que la necesitaba. La monja que lo administrara desde la fundación había fallecido y a pesar de que la institución funcionaba bajo el Real Patronazgo, no hubo noticias en el último Galeón de Manila de las nuevas religiosas que Dasmariñas había solicitado a la España y el funcionario no quiso poner a monje alguno al frente de una escuela de niñas y asilo de jóvenes damas. Prefirió designar para ello a una respetable viuda, asidua colaboradora de la Casa de la Misericordia. En el Colegio residían sesenta muchachas acogidas por diversos motivos: había huérfanas, hijas bastardas de padres adinerados y también se aceptaban niñas mestizas, descendientes de hidalgos y nativas tagalas, para que recibieran formación religiosa y entrenamiento en el manejo de las tareas domésticas de un hogar español. En algunas ocasiones, militares o marineros que debían partir por largos períodos internaban allí a sus esposas, pagando por el encargo, para que velaran por la seguridad de ellas en su ausencia, solían explicar. Aunque en realidad, como sospechaba doña Eduviges, lo hacían para resguardarse de una infidelidad, convencidos de que allí dentro no podrían engañarlos. *Pero no existe ninguna garantía de castidad, ni siquiera tras los muros de un asilo con protección real*, pensaba la dama mientras sus uñas rayaban ya la madera, buscando solución al problema que le presentara una de las celadoras esa mañana: habían encontrado a un hombre en la alcoba de una muchacha internada por un marido ausente debido a sus obligaciones en el mar. Tras una breve investigación, doña Eduviges descubrió que aquella no había sido la primera visita: la joven dama llevaba allí casi un año y estaba encinta de un par de meses. El visitante se había colado dentro de uno de los cestos en los que ingresaban el arroz a la cocina del colegio, uno de los pocos alimentos que se entregaban con regularidad, dado que las verduras eran de la huerta propia. En lugar de escapar al amanecer, como había hecho otras veces, el hombre se había

quedado dormido. Molesta por la facilidad con que una de las internas había burlado la vigilancia, doña Eduviges desechó pensar en la hora en la cual debería responder ante el marido, un hombre mandón, canoso y barrigón, cuando regresase por la joven que dejara en custodia. Su principal preocupación era decidir si avisar o no a las autoridades para que aprendieran al intruso, a quien en ese momento mantenían encerrado en una habitación. Si lo arrestaban, la noticia volaría en boca de todos y sin duda el escándalo dañaría la reputación del colegio. Doña Eduviges escondió la cabeza entre las manos, abatida, cuando un golpe en la puerta la obligó a recomponerse.

Una criada de rasgos nativos, vestida a la usanza española y con el cabello recogido en la coronilla en lugar de llevar largas trenzas, se asomó para anunciar la llegada de una visita.

—Hazla pasar.

—Buenos días, doña Eduviges. Le agradezco por recibirme con tan poca antelación. Me alegré enormemente cuando ayer respondió a mi pedido con prontitud.

—No debe agradecerme, doña Marina, para mí es un placer recibir a la hermana de la Adelantada en esta humilde institución. Tome asiento, por favor. ¿Desea beber una horchata? Aunque todavía es temprano, el calor en Manila siempre invita a refrescarse con una bebida —pronunció la anfitriona con una sonrisa que ocultó la preocupación anterior.

—Es cierto, le agradezco el convite y acepto gustosa. En el Nuevo Mundo he descubierto frutas exquisitas de sabores que no conocía.

—Estas tierras deparan agradables sorpresas, entremezcladas con difíciles sinsabores: el calor, la precariedad de los edificios, las largas distancias para comunicarnos con la península, los ataques de sangleyes y japoneses, aunque hay que reconocer que algunas tribus de tagalos son bastante dóciles —dijo con tono sapiente, mientras agitaba una campanilla para llamar a la criada. Después de ordenar la bebida, la dama continuó—: Pero no quiero amargarla con detalles que sin duda pronto aprenderá a reconocer, ya que estimo que vivirá en Manila hasta la partida del próximo galeón real, a fines del verano, ¿no es así?

—Pues justamente ése es el motivo de mi visita: me gustaría quedarme aquí, y por eso vine a hablar con vuesa merced.

—¿Y cómo puedo yo asistirle?

—Aceptando mi ayuda para enseñar en el colegio. Quisiera cooperar en la educación de las huérfanas y demás jóvenes.

—Agradezco su oferta, pues siempre andamos necesitando manos extras. A pesar de las misericordiosas damas que se ofrecen a colaborar, hay mucho por hacer. Será bienvenida las veces que quiera participar. No necesita esperar que la invitemos, puede llegarse hasta aquí cuando lo desee.

—No, no, vuesa merced no comprende: quiero ocuparme de manera continua, tener tareas fijas, vivir aquí si es posible.

—¿Desea trabajar? —preguntó incrédula, alzando las cejas en medio de su arrugada frente.

—Está claro que las damas no podemos hacerlo formalmente —murmuró sacudiendo la cabeza—, pero me gustaría quedarme aquí, hasta podría entregar una dote si es necesario.

—Doña Marina, esto no es un convento, no se requiere dote, pero dado su linaje no estaría bien visto que se ganara el sustento impartiendo educación.

—Sé que hay impedimentos a mi idea, por eso he venido a pedir su ayuda —explicó Marina,

con la espalda erguida y las manos juntas sobre la falda—. Si ya tengo su consentimiento el resto será más fácil.

—¿Y qué opina la Adelantada? ¿Aprueba tal elección?

—No necesita saberlo, no requiero su aprobación: soy viuda, puedo elegir mi propio destino.

—Oooh, pero es tan joven —exclamó sorprendida.

—No tanto, ya cumplí los veinte, y estoy buscando darle un sentido a mi vida. Mi marido era el Almirante de la expedición que nos trajo hasta Manila. Don Vega pereció en el viaje —explicó sin poder ocultar el dolor de su voz.

—Lamento escucharlo, pero como no viste luto... —empezó a decir con tono recriminatorio, aunque los labios temblorosos de su visitante junto con dos lágrimas solitarias la conmovieron y le hicieron cambiar de actitud—. No se angustie, querida, sin duda la pena pasará.

—Dudo que el dolor disminuya, siento como si faltara una parte de mi corazón —dijo con un suspiro y la voz rasposa por las lágrimas—. No puedo volver a casarme, dado que pienso todo el tiempo en Lope; y aunque no poseo fortuna propia, no quiero vivir de la caridad de mi hermana. Por eso le suplico que me acepte aquí —insistió tomando esas manos maduras y arrugadas entre las suyas.

Conmovida, doña Eduviges la consoló con un par de palmaditas en los puños unidos:

—Tranquilícese, hija, aquí encontrará un hogar por ser la viuda de un militar español muerto en el mar. Puede mudarse cuando lo desee: bienvenida al Colegio de Santa Potenciana —concluyó, con la seguridad de que estaba haciendo una buena acción con la joven, pero además movida por la certeza de que tener a la hermana de la Adelantada allí aumentaría el prestigio de la escuela y quizás también el estipendio real.

Marina agradeció entre más lágrimas, esa vez de alivio. Se había despertado muy agitada el día anterior debido a un extraño sueño en el que ella y Lope se prodigaban intensas caricias en los cuerpos desnudos. Sentía que le faltaba el aliento a cada toque y que sólo podría recuperarlo cuando él la hiciese suya, pero el ansiado momento no llegaba y cada vez le costaba más respirar. Ya casi ahogada, había sacudido la cabeza con fuerza sobre la almohada para despertar en la soledad de su alcoba. La intensidad de las imágenes había sido muy real, recorrió el ambiente con los ojos esperando encontrar a su amado y no pudo evitar el llanto que marcó la encrespada respiración ante la inevitable ausencia.

Cuando logró calmarse evaluó que la vida monacal no era para ella, no podría entrar a un convento con el alma cargada de deseo carnal por un esposo muerto. Ningún sacerdote la absolvería de esos pecados con facilidad. Con el croar de las ranas como único consejero decidió que tampoco se conformaría con otro marido. Si no era Lope no sería ninguno. Buscaría una salida diferente para el problema. Poco después, en el desayuno, doña Clementina había mencionado la caritativa tarea del Colegio de Santa Potenciana, y la idea había tomado forma en su mente con rapidez. Aunque no sabía escribir, podría colaborar para aliviar la ignorancia de las internas en conocimientos sobre el orden doméstico, modales apropiados para una dama y música. Con esa meta, había resuelto que empezaría una nueva etapa en su vida. Y el primer paso ya estaba dado.

Con cuidado Nando apoyó la suela de la bota entre las piedras desparramadas donde volvería a levantarse el altar para San Agustín. Se le había ocurrido husmear durante el mediodía, cuando

no había artesanos trabajando dentro de la iglesia en construcción por ser la hora del almuerzo. Y si bien podía pasearse a gusto por el lugar, tampoco había nada allí que pudiese indicar algún rastro de lo que estaban buscando. Sólo piedras y adobe fresco se acumulaban en el amplio edificio techado, todavía despoblado de imágenes y detalles religiosos.

—Estamos perdiendo el tiempo aquí —se quejó volviéndose hacia Basilius, y observó que el anciano estaba agachado, estudiando con detenimiento algo en el suelo. Al acercarse lo descubrió escarbando con la punta de la daga que siempre escondía entre sus ropas.

—¿Encontraste alguna pista?

—No sobre el libro, pero hay unas rocas interesantes que me podrían servir para otro fin.

Nando asintió; ya acostumbrado a las excentricidades de su amigo lo dejó recolectando en el lugar. Se asomó al exterior para dar una vuelta y vio que un sacerdote se aproximaba. Para darle más tiempo a Basilius en la búsqueda, se acercó a entablar conversación con él.

—Buenas tardes, padre —dijo sacándose el sombrero frente al hombre bastante mayor que él.

—Si busca confesarse, hijo, debo decir que no es el mejor horario. ¿Puede regresar más tarde?

—Oh, no, no estoy aquí por eso, vine a visitar las obras de la iglesia, soy devoto de San Agustín.

—Pues como habrá visto, es lamentable la lentitud del progreso de la misma —se quejó—. Con este ritmo llevará años terminarla.

—Es una pena, Agustín de Hipona merece recuperar un digno santuario.

—Sin duda, un templo con el respeto digno de tan noble beato, un hombre santo y amante del saber. No sólo su imagen es digna de un lugar donde venerarlo y rezar por él. El enorme lote de libros de la parroquia también debe ser admirado.

—¿Se refiere a que hay una colección perteneciente a esta iglesia? —preguntó con aire inocente, disimulando el gran interés que el dato le provocaba.

—Un caballero devoto los salvó del incendio y están esperando la inauguración del nuevo templo en su biblioteca personal —explicó uniendo las manos y dando gracias al Cielo en un gesto elocuente.

—Alabado sea el Señor por tan oportuna intervención —respondió imitando la devoción del párroco—. ¿Quién fue el caballero honrado por tal designio divino?

—Un riquísimo noble ya fallecido, don Sancho de Figueroa.

Nando alzó las cejas complacido al escuchar el nombre del marido de Sebastiana. No les sería difícil acceder a la biblioteca de la viuda: él podría distraerla mientras Basilius revisaba entre las obras. Determinado a ayudar al alquimista en la búsqueda en todo lo que estuviese a su alcance, empezó a planear la estrategia ni bien se despidió del sacerdote. Para empezar enviaría un criado para avisarle a Sebastiana que la visitaría la noche siguiente. Después se ocuparía del resto de los detalles, pues esa tarde estaría ocupado en el puerto supervisando el inicio de las refacciones del *San Jerónimo*, el barco que pronto sería suyo.

Felizmente había dejado de llover aunque el aire estaba tan húmedo que en la cabeza de Ysabel se formaban pequeños rizos entre las suaves ondas, a pesar de la mantilla que la cubría. Ése era el regalo que Nando le había dado al visitarla bajo la tormenta unos días antes: un exquisito y

amplio mantón de seda azul íntegramente bordado con coloridas flores y terminado en largos flecos que llegaban hasta sus pies. Sin duda había venido de las costas de China, y era como los que vestían todas las damas en Filipinas en lugar de las calurosas capas. A ella le había gustado la original prenda y decidió adoptarla también. Era la primera vez que la usaba y se sentía muy a gusto con ella. Iba contenta envuelta en ese cómodo jardín de seda mientras el bote impulsado por los remos de cinco marineros y Plumet avanzaba hacia el barco. Ysabel no había vuelto a pisar el *San Jerónimo* desde la llegada a Manila. Muchas veces había ido hasta el puerto, pero sólo se había quedado observándolo desde la orilla. En ese momento, a punto de volver a él, sentía un extraño cosquilleo en el estómago. Antes de embarcar en Lima, esa mole de madera le había parecido la maravillosa llave que abriría la puerta de sus sueños. La nave ideal para un viaje de riquezas donde todo estaría bañado con el brillo del oro y de las perlas. Después de los difíciles meses transcurridos a bordo veía al galeón con otros ojos: el *San Jerónimo* se había convertido en una prisión flotante y poco faltó para que deviniese en una multitudinaria tumba. Desde allí, además, había visto cómo los soldados asesinaban a cientos de indígenas indefensos en nombre de «la conquista». Ésa no era la evangelización de fieles que ella ambicionaba; quería riquezas y gloria para sí, pero sin el peso de esas horribles matanzas sobre sus hombros.

Ysabel sacudió la cabeza para alejar los malos recuerdos e inspiró con fuerza cuando la chalupa se acoderó a la nave, justo bajo la escala de cuerdas. No había olvidado los movimientos requeridos para trepar por ella, realizados a diario durante la estancia en Santa Cruz, y demostró que la práctica estaba grabada en su memoria al avanzar sin dificultad a pesar de la fastidiosa falda.

Estaba a punto de alcanzar la borda cuando una figura se asomó desde arriba y extendió una mano para ayudarla a completar el ascenso. Aun con el sol cegándola e impidiéndole distinguir las facciones del hombre, Ysabel supo que la estaba asistiendo Nando de Castro. Reconoció la fortaleza de ese individuo único y se relajó en sus brazos. Permitió que los poderosos dedos le sujetaran la cintura para alzarla hasta ubicarla sobre la cubierta. Ella a su vez, mientras estaba en el aire, le apoyó ambas palmas sobre los anchos hombros. Un intenso martilleo se originó en su pecho y se expandió desde allí hasta los oídos, en una carrera enloquecedora. A pesar de lo inesperado de la sensación, lamentó cuando la voltereta terminó y él la dejó frente a sí. Confirmó que sus dedos tenían poderes mágicos. Otra vez le provocaban extraños cosquilleos con un simple contacto.

—Buenas tardes, futura esposa. Me complace saber que mi regalo ha sido tan de su agrado que decidió usarlo —dijo con gruesa voz mientras sus ojos la recorrían. Le costaba apartarse de ella, del aroma a sampaguitas que la rodeaba. Ese perfume embriagador lo cautivaba, lo seducía, le fascinaba. Hubiera querido besarla en ese mismo momento. Acariciar la delicada piel del cuello con sus yemas y luego proseguir disfrutando de toda ella. Tras una profunda inspiración logró serenarse lo suficiente para continuar la conversación con indiferencia—. Agradezco al destino que nos haya reunido aquí.

—Gracias por el mantón, me gusta mucho. No había tenido ocasión de agradecerle —murmuró y recordó la intempestiva partida de él aquella tarde, por lo que enrojeció y buscó desviar la conversación—. Supe que están por sacar la nave a tierra para comenzar las reparaciones y quise hacerle una última visita a esta vieja amiga. Puede llamarme nostálgica si gusta.

—Una especie de despedida —concedió él—. No la culpo, pasó mucho tiempo en ella. Es lógico que se haya encariñado. Es uno de las características de los hombres de mar: enamorarse de sus embarcaciones.

—No me ofenderé porque me haya llamado «hombre de mar» —respondió con rapidez y una sonrisa espontánea.

—Hace bien, pues fue un halago —expresó él sonriendo a su vez.

—Es el segundo elogio original que me hace; tiene una extraña forma de lisonjear a las damas.

—No a todas, debo aclarar: apenas a vuesa merced —aseguró con lentitud y una mirada intensa que le provocó una ola de rubor.

—Pero hay verdad en sus palabras, pasé muchos días aquí, y momentos muy difíciles —dijo para cambiar de tema—. Además de las trescientas personas que perdimos durante la travesía, otros diez murieron en Manila en las primeras semanas como consecuencia del debilitamiento.

—Lamento escuchar eso —manifestó con pesar, celoso por pensar que ella se refería al dolor por la muerte del Adelantado. Nunca podría competir contra el recuerdo de un difunto, su imagen siempre estaría vívida y presente en la memoria de la dama.

—Y además cuatro marineros decidieron tomar los hábitos —continuó Ysabel antes de que la mirada compasiva de él la afectase— en cumplimiento de promesas: si salvaban sus vidas en esa «Travesía del Infierno», las consagrarían al servicio del Señor.

—Estimo que no me resultará tarea sencilla conseguir nueva tripulación para esta nave con la fama que carga, pero lo lograré —proclamó Nando con seguridad.

—Le recomiendo al piloto, Fernández de Quirós. Es un portugués malhumorado y difícil de llevar, pero un excelente timonel. Sin él no hubiésemos sobrevivido a las tormentas y oleajes que tuvimos que enfrentar. Quienes llegamos a salvo a Manila le debemos la vida.

—Hablaré con él —dijo asintiendo con la cabeza, aunque disgustado en su interior. El Adelantado, el piloto, demasiados hombres sobrevolaban esa conversación para el gusto de Castro. Decidido a cambiar de tema extendió un brazo hacia las cúpulas de las construcciones que se erguían sobre la costa, por detrás del muro—. ¿Sabe por qué se llama Manila?

Ante la negativa de Ysabel continuó:

—Por una flor acuática que crece en la bahía frente a la ciudad llamada *nilad*. La frase tagala *may nilad* significa «donde hay nilad». Y los primeros españoles pronunciaron ese *may nilad* como Manila, dando así origen al nombre.

—Interesante explicación, y más romántica de lo que imaginaba.

—Aunque el rey Felipe le quitó parte del romanticismo al *may nilad* de los tagalos al agregarle otras palabras y bautizarla como «Insigne y siempre leal ciudad de Manila».

Ysabel no pudo evitar reír ante la mueca con la que Nando se burló de la elección real. El sonido acarició los oídos de él, que se sorprendió al descubrir que le encantaría provocar esa risa siempre.

Estaban ensimismados, atrapados por sus magnéticas miradas, cuando un artesano se acercó hasta unos pasos detrás de Castro. Demasiado pendiente de Ysabel, él ignoró esa presencia hasta que Plumet, siempre cerca de su ama, le comunicó:

—Oiga, le están llamando.

—Ah, sí. Diga, hombre —invitó al carpintero, tratando de concentrarse.

—Es que vuesa merced debe definir algunos detalles de la cubierta inferior y del trinquete, es lo que voy a comenzar a reparar primero, luego llevaremos el barco a tierra para ocuparnos del casco —explicó el trabajador.

Nando se volvió hacia Ysabel, molesto por tener que dejarla.

—Deberá excusarme unos momentos, en cuanto pueda le dedicaré toda mi atención.

—No se preocupe, no vine a encontrarme con vuesa merced, ni siquiera sabía que estaría aquí, sino a revisar mi cabina —le soltó con aspereza, volviendo a la frialdad de antaño. Tras una pequeña reverencia alzó los bordes de la falda y se alejó de él. Estaba enfadada. No porque Castro no le brindase todo su interés, sino porque ella misma ya no era necesaria en las decisiones relativas al barco. Los hombres no acudían a consultarla por todo, como en los últimos meses. Se sentía apenas una invitada en su propia nave, como cuando vivía Mendaña.

Ysabel inspiró con fuerza y trató de borrar ese pensamiento de su mente. Castro no era como Mendaña. Sabía que tenía un lugar en ese barco gracias a ella y, además, la fortuna de él resultaba imprescindible para que el *San Jerónimo* no se fuese a pique en cualquier momento. Con resignación, se dijo a sí misma que esa boda era absolutamente necesaria. Además, ya había dado su palabra, no había forma de volverse atrás. Y aunque la hubiese, la intuición le marcó que tampoco quería hacerlo.

Las ideas hacia uno y otro extremo de su vida colisionaban en su mente: Adelantada o esposa de Adelantado. Los cargos no eran iguales. Había tenido ambos y, en el fondo, no sabía cuál prefería. Sentimientos encontrados le atravesaban el pecho. Le incomodaba no ser consultada para las decisiones, pero a la vez le causaba gran alivio que alguien más se ocupase de ello. La responsabilidad extrema de los últimos meses la había agobiado. Concluyó que no le molestaría que el peso recayera sobre otros hombros. Unos masculinos y poderosos, como los del hombre que desposaría. Con una suave sonrisa, reconoció que Castro era muy atractivo. Se sentiría orgullosa entrando a los salones de la corte limeña junto a él. Disfrutaría de la novedad de tener un esposo codiciado por otras mujeres. Además, dejaría que él se ocupase de las decisiones del viaje y ella se tomaría un descanso.

Cuando llegó a la cabina principal le ordenó a Plumet que la esperase afuera. Quería revisar a solas y con tranquilidad los cajones del escritorio. Creía haber sacado todo lo importante cuando desembarcaron, pero deseaba asegurarse.

El rancio olor a humedad la sacudió al entrar. De inmediato abrió los amplios ventanales del espejo de popa y aspiró la fresca bocanada que la rodeó. No quedaban velas a bordo para encender, pero la luz de la tarde alcanzaba para iluminar el lugar. Se dirigió al escritorio y tras abrir la cerradura del mueble con la llave que tenía pasó un largo rato revisando chucherías que Pancha no había creído necesario embalar. Como el filoso abrecartas de Mendaña, grabado con sus iniciales; un sello para lacrar y otros objetos personales del Adelantado. Jugueteeó con ellos un rato entre los dedos y finalmente volvió a dejarlos descansar dentro del cajón. Le diría a Plumet que podía quedárselos o guardarse las monedas que obtuviese por ellos.

Seguía sentada en la enorme silla de madera y cuero desde la que se había gobernado la fallida expedición cuando Nando de Castro abrió la puerta sin llamar. Plumet iba pegado a sus talones e intentó comenzar una disculpa:

—Lo siento, Adelantada. Quise impedirle el paso pero este hombre no se detiene ante un no...

—Está bien, Plumet. No se preocupe. Esta nave ahora le pertenece al caballero, pronto será el nuevo Adelantado, me casaré con él.

—Pero... —comenzó a balbucear Plumet cuando logró alzar la mandíbula, caída por la estupefacción.

—Sin más peros, muchacho. Ya has oído lo suficiente, fuera de aquí —lo apuró Castro señalándole la puerta sin demasiada gentileza. Le incomodaba la constante cercanía del marinero con Ysabel y la excesiva confianza que ella le daba.

La dama asintió con la cabeza y Plumet se retiró en silencio.

Al adentrarse en la cabina, Nando se quitó el sombrero y lo arrojó sobre el escritorio. El agobiante calor hizo que se librara también de la capa, que dejó caer en una silla.

—Le iba a indicar que se pusiera cómodo pero veo que ha decidido hacerlo por su cuenta —señaló Ysabel sin disimular su descontento.

—Apenas me he despojado de cierta formalidad dado que estoy en la intimidad de mi cabina.

—Ésta es mi cabina, y lo seguirá siendo después de la boda. Vuesa merced puede quedarse con la del castillo de proa.

—Estimada, seré el capitán. Éste es el lugar que me corresponde. Aunque, claro está, la invito a compartirlo conmigo si lo desea —susurró insinuante.

Al escuchar esa grave voz hablándole con suavidad, el estómago de Ysabel se contrajo. No pudo decir nada.

—Podría ser nuestra cabina —continuó Nando sin sacarle los ojos de encima, y con lentitud llegó a la orilla del escritorio. Ella se puso de pie de un salto pero no logró alejarse, quedó arrinconada entre la silla, la pared y el pecho de él.

—No, tenemos un trato —le recordó con voz entrecortada.

—Podemos ignorarlo —dijo mientras sus dedos alcanzaban y recorrían la boca entreabierta frente a él. Los labios suaves se hundían bajo las yemas. Presionó con más fuerza, anhelando besarla, acelerándose su respiración.

—Pero me dio su palabra, además de su firma. ¡Debe honrar su nombre!

—Y lo haré. El convenio garantiza que no mantendremos relaciones conyugales por común acuerdo, pero si ambos accedemos ninguno podría reclamar por haber roto el pacto. Somos libres de hacer lo que deseemos, y yo la deseo, doña Ysabel. Sólo Dios sabe cuánto la deseo —reconoció antes de atraparla en un abrazo y cubrirla la tentadora boca con la suya.

Ysabel ya no buscó alejarse. Los largos brazos de él la cruzaron por detrás de la espalda y las palmas se adueñaron de la cintura, pegando los cuerpos y provocándole un cálido ardor que se irrigó hacia todo su ser. Relajó la cabeza hacia atrás y Nando profundizó el beso. Su lengua la invadió, buscando su compañera, y ella devolvió la caricia, moviéndose al compás de él.

—No puede negar que también me desea —le susurró Nando al oído cuando se apartaron para tomar aire, en un breve corte del voraz contacto.

—No lo creo, nunca he deseado a nadie —respondió sosteniéndole la mirada.

—Pues yo escucho otra cosa: lo que me revela su cuerpo en un lenguaje confidencial —sostuvo enigmático.

—Mi cuerpo no habla.

—No hablará con otros, pero conmigo sí —afirmó con seguridad, y luego continuó en voz más baja—. Me cuenta, en secreto, lo que le provoco. Lo hace con un idioma muy especial: el

calor que se desprende de la espalda, la respiración acelerada, los labios entreabiertos esperando mi próximo beso, los botones endurecidos de sus senos que le ganan la batalla a la levedad de la tela...

Al punto Ysabel enrojeció y buscó cruzar los brazos para cubrirse el pecho, pero el abrazo de él la contenía y frenaba sus movimientos.

—No intente ocultar lo evidente: nuestros cuerpos se desean. Cuando la beso sin duda siente que esa hermosa sensación es apenas una chispa, que puede continuar y convertirse en una fogosa hoguera que nos abraze a ambos. Permítame mostrarle lo que viene después —insistió con suavidad mientras su boca se deslizaba de la oreja al cuello, recorriéndola con delicados roces de los labios.

Ysabel no habló. Una respiración cada vez más agitada se lo impedía. Se aferró con fuerza a los hombros de él y, con sorpresa, descubrió que no tenía ganas de apartar a ese hombre de sí, disfrutaba de la cercanía. Nando continuó besándola, pero la gorguera le incomodaba por lo que, sin pedirle permiso, la arrancó con un firme tirón para abrir camino a su boca. Un jadeo de ella indicó que la prenda rota no le preocupaba. Dejó caer la cabeza hacia atrás ofreciendo el escote a las caricias.

Enloquecido por la sutil entrega, Nando se deleitó saboreando con frenesí la suave piel a su alcance. Hasta que quiso más y, mientras la miraba para evaluar su respuesta, empezó a desabrocharle los botones del jubón. Agradeció que no fuesen pequeñas perlas, escurridizas a sus gruesos dedos, sino rollizos alamares dorados sobre la prenda de brocato que pudo liberar con facilidad. Manos presurosas atraparon las cimas que elevaban la camisa y entonces ambos jadearon.

—Ah, Ysabel, le aseguro que nunca antes había deseado con tanta intensidad a una mujer. Cuando la beso mi piel se eriza y mi miembro se endurece, ansioso por poseerla.

—Don Nando, esas palabras son escandalosas, me avergüenzan —se quejó con suavidad.

—No, no lo son. Son verdaderas, no hay motivo para que la turben —logró articular entre los jugueteos de sus labios que encendían la piel de Ysabel—, pronto estaremos casados ante el Señor.

—Pero... ¿y el pacto? —preguntó dubitativa, con todo su cuerpo ardiendo, los latidos de su corazón golpeándole en los oídos, en el pecho y entre las piernas.

—Olvídelo, no tengo dudas de que ambos estamos de acuerdo y nos agrada lo que estamos haciendo.

—¿Y si no me gusta lo que ocurrirá hoy y deseo mantener el trato original? —insistió.

Nando no pudo evitar sonreír cuando la escuchó referirse a la ansiada concreción: estaba afirmando que sucedería. La sangre se le aceleró más aún en las venas. Se deleitó saboreando uno de los rosados pezones que asomaban por la camisa abierta hasta que la escuchó gemir nuevamente y entonces dijo:

—Si después de esta tarde se niega a volver a recibirme, lo aceptaré con sumisión —finalizó y volvió a absorber un pezón, aunque dentro de sí dudaba que ella lo fuera a rechazar. Mientras hablaba sus manos fueron hasta el borde de la falda y comenzó a tironear de las cintas que la sujetaban al jubón. Cuando llegó al cuarto moño no logró deshacerlo e Ysabel lo ayudó:

—Déjeme a mí —dijo, mientras finos dedos trémulos reemplazaban a los de él.

Con rapidez la pesada prenda y el verdugado interior cayeron al piso de madera. Para su

propia sorpresa, Ysabel no se sintió incómoda por estar semidesnuda frente al caballero. Aunque siempre había usado el camión nupcial junto a Mendaña, este hombre era diferente: le provocaba una confianza inexplicable y, a la vez, ansiaba gustarle.

Antes de que pudiera apartar las ropas de los pies, Nando volvió a besarla, arrastrándola a un exquisito remolino de emociones. Cuando creía que las piernas ya no la sostendrían, él la levantó en brazos y la llevó hasta el lecho en el otro extremo de la cabina. Mientras caminaba Ysabel se sujetó de los poderosos hombros y el contacto la hizo estremecerse una vez más.

Cuando la recostó y se echó a su lado a Ysabel no le importó el olor a humedad de las sábanas; escondió la nariz en el cuello de él y dejó que la envolviera esa masculina fragancia que emanaba de la piel mezclada con un dejo de sampaguitas, un aroma único que la hechizó. Cerró los ojos y sintió. Las manos de Nando le recorrieron el costado del cuerpo: desde la axila hacia abajo, deteniéndose para jugar en la cintura, continuar en la curva del trasero y quedarse en los muslos para deshacerse de las cintas que mantenían las medias subidas arriba de las rodillas. Cuando los dedos le acariciaron la piel desnuda de la pierna todos sus vellos se erizaron y soltó un quejido.

—Tengo miedo.

—¿De mí? No me tema —susurró Nando en su oído con suavidad.

Negó con la cabeza y se sorprendió ella misma ante la confesión:

—Me asusta lo que siento, estas emociones fuertes dentro de mi cuerpo; me desconozco.

—Me alegro, significa que gracias a mí está descubriendo cosas nuevas —expresó con dificultad al besarla y, a la vez, desatar los lazos de los calzones de encaje para alcanzar su intimidad sin telas que los separasen. Cuando llegó a la meta, absorbió el gemido de Ysabel que flotó entre las bocas unidas—. Ah, mi distinguida Ysabel, esta exquisita suavidad me atrapa, me llama —dijo mientras sus dedos le recorrían los pliegues secretos.

Por reflejo, Ysabel cerró las piernas ante la novedosa invasión. No le molestaba, pero le resultaba muy extraño. Beltrán había acariciado y besado sus senos, pero nunca le había permitido llegar tan lejos; y Mendaña desconocía en absoluto los mimos. Su anciano marido le introducía el miembro erguido y cumplía con el ritual de apretujarle los pechos unos minutos mientras empujaba sobre ella. Las manos de Castro, en cambio, jugaban en sus partes más íntimas causándole deliciosas puntadas y una inquietante humedad que facilitaba el roce.

La intensidad de los toques aumentó y el cosquilleo también. Ysabel separó las piernas sin proponérselo, ansiando más caricias, y eso provocó un rugido en Nando. El gigante dorado se incorporó, le sacó la ropa interior y mientras él mismo se desvestía ordenó impetuoso:

—Quítate la camisa.

Con la vista fija en ese cuerpo de músculos marcados con un suave vello cobrizo sobre el corazón y debajo del ombligo que asomaba por las calzas, obedeció en silencio, con los latidos acelerados y fascinada por la falta de formalidad de él, que había pasado a un trato más íntimo. Una sequedad en la garganta no le permitía emitir sonidos coherentes, apenas resoplar. En pocos minutos estuvo desnuda a su lado y un repentino rubor la invadió cuando vio que él también lo estaba. Hallarse junto a su miembro desnudo la sobresaltó. Su corazón alcanzó palpitaciones enloquecedoras.

—Eres hermosa —afirmó embelesado recorriéndola con la mirada.

Ysabel quiso cubrirse pero él le apartó las manos, sujetándolas a ambos lados de la cabeza

sobre el lecho, y arrojándose encima de ella. Piel contra piel, los cuerpos se encendieron por dentro. La sangre les quemaba y ante los besos, la temperatura aumentó. La tierna boca de ella respondía a las exigentes demandas sin perder el ritmo. Las manos fuertes de él la recorrían haciéndola olvidar de todo, menos de su presencia.

Después de enloquecerla besándole los pechos hasta hacerla soltar entrecortados chillidos, Nando deslizó sus besos hacia el ombligo. Los suspiros de Ysabel continuaron. Estaba con los ojos cerrados, agradecida por las novedosas sensaciones, cuando las manos de él aferraron sus caderas fijándola a la cama y, espantada, sintió que los besos iban más allá del ombligo. Cuando percibió que la cabellera de él acariciaba el interior de sus muslos buscando llegar a su zona más secreta intentó levantarse, pero las fuertes manos se lo impidieron. Por lo que exclamó exaltada:

—¡Don Nando! ¡¿Cómo se le ocurre semejante cosa?! ¡Deténgase! ¡Soy una dama!

—No tengo dudas de ello, pero las damas también sienten. Déjame regalarte momentos deliciosos.

—¡No, no, no! ¡Esto no está bien! —dijo, y forcejeó para levantarse.

—Oh, sí, está muy bien. Voy a demostrártelo —y antes de que ella pudiera moverse, acercó su boca a donde sabía que estaba su centro de placer y lo rodeó con la lengua.

—¡Oooh! —Sonó el quejido instantáneo.

Nando continuó complacido, dispuesto a que ella olvidase para siempre el acuerdo que habían firmado. La inocultable excitación de Ysabel hacía que la sangre de él ardiera como nunca antes. Deseaba poseerla una y otra vez, y esa posibilidad dependía de cómo resultase ese encuentro, por lo que decidió esmerarse para que ella disfrutase y ansiase recibir más placer. Su boca atrapó la puntita que emergía y la absorbió hasta que la escuchó gemir y resoplar. Luego besó los labios que tenía frente a sí como si fuesen los de la boca de la dama y jugueteó en ellos incansable. Sintió que las caderas femeninas se alzaban del colchón pero la sujetó con fuerza mientras la invadía con la lengua.

—¡Oooh! ¡Ahhh! ¡Por Dios Santo, basta! ¡No puedo más! —pidió Ysabel agitada.

—Pero veo que te gusta, ¿por qué debería detenerme? —preguntó malicioso, espiándola desde debajo del vello púbico.

—Porque... no creo... —empezó explicar, pero los movimientos de él le impidieron seguir hablando—. Mmm... —fue todo lo que pudo decir, mientras miles de pinchazos estallaban dentro de ella y se desparramaban en poderosas oleadas en su interior.

A pesar de las sacudidas de Ysabel, Nando continuó jugando con la lengua en sus sensibles e hinchados pliegues. En cuanto ella se aquietó, trepó por el lecho hasta ubicársele encima. Observando el delicado rostro de ojos cerrados que reposaba con la cabeza sobre la almohada, una extraña ola de cariño lo invadió. Era hermosa, y había disfrutado con él, y ahora seguiría haciéndolo, pensó enardecido, mientras se deslizaba entre sus piernas y más allá.

Ysabel abrió los ojos, sorprendida por lo agradable de la sensación, la invasión le gustaba. Estaba empapada y él se acomodó a la perfección en su interior, causándole con el roce una cálida agitación interna que reconoció al instante: así habían comenzado las exquisitas explosiones vividas un rato antes. ¿Habría más?, se preguntó asombrada, mientras su mirada se conectaba con la de él.

Sin dejar de observarse, ambos cuerpos empezaron a moverse a un mismo ritmo. Nando se retiraba para volver a sumergirse hacia adelante una y otra vez, y las caderas de ella lo

acompañaban, con las rodillas flexionadas y los talones presionando la cama. Los ojos de uno permanecían fijos en el otro, sin querer romper la mágica conexión que los unía. Hasta que Ysabel no soportó más y, cerrando los párpados, arqueó la espalda mientras la agitada marea que navegaba dentro de ella se convertía en una tormenta.

Fascinado por las sacudidas y las palpitaciones que atrapaban su miembro cada vez más profundo hacia el abismo, Nando casi pierde el control. Sentía que había encontrado su lugar en el mundo: estaba en ella. Gozaba viéndola deleitarse y deseaba acompañarla, pero su mente pudo más que el deseo y, con un esfuerzo supremo, en la última convulsión de Ysabel se retiró y derramó su semilla entre los muslos de ella.

Cuando los espasmos acabaron, la limpió con la sábana antes de echarse a su lado. Quería abrazarla, pero temió que ella lo rechazara. Quería explicarle, pero a la vez lo amedrentaba su reacción. Por primera vez le importó lo que una mujer fuese a pensar de él por la costumbre de escabullirse antes de alcanzar el placer, pero para su sorpresa, ella no dijo nada. Estaba demasiado ensimismada en saborear lo vivido, en disfrutar las secuelas de lo que había sentido. Cuando Nando le cruzó un brazo sobre el pecho y descansó la palma en su hombro, a Ysabel la reconfortó la caricia; le hubiera gustado cerrar los ojos y quedarse dormida en su abrazo, por eso se sorprendió cuando él inició la charla.

—Ha sido un encuentro único para mí —dijo junto a su oído y le depositó un beso en la mejilla.

—Sí, fue especial —coincidió en voz baja, vergonzosa.

—Y el primero de muchos —dijo cargado de sensualidad.

—Pero...

—No me dirás que no te ha gustado porque no te creeré. Y no me agrada que me mientan.

—No, no es eso.

—¿Entonces? —preguntó ansioso, con el corazón estrujado por miedo a la respuesta de ella.

—Me da vergüenza reconocerlo, pero es que nunca había sentido algo así. Sabía que existían contactos maravillosos, había escuchado conversaciones de otras mujeres sobre ello, pero pensaba que nunca me tocaría a mí. Agradezco haberme equivocado. Guardaré la memoria de esta tarde para siempre en mi corazón.

—No tiene por qué quedar en un recuerdo. Ahora que lo has probado, el placer será parte de tu vida, de nuestra vida. Pronto nos casaremos y podremos disfrutar de nuestros cuerpos cada vez que lo deseemos; porque yo te deseo Ysabel, como nunca he deseado a nadie —exclamó con énfasis. Y hablaba con la verdad. Era la primera vez que experimentaba la necesidad de seguir al lado de una mujer después de haber satisfecho su apetito carnal; la primera vez que le importaba lo que ella sentía; la primera vez que le parecía tan bella y deseable como inteligente. Ansiaba por su compañía. Los títulos que representaba eran un agregado extra. La tenía allí, entre sus brazos, y la experiencia en la cama había sido gloriosa. La observó embelesado, acariciándola con la mirada y se animó a revelar su costumbre—. Por eso quiero explicarte que nunca dejaré mi semilla en ti, nunca lo hago, no quiero sembrar niños.

—Pues no debería preocuparse por eso conmigo: no logré darle un hijo a Mendaña, tal como era su deseo. No creo que pueda concebir —comentó en un tono neutro, que poco revelaba sobre sus emociones.

Nando no pudo descifrar si eso la aliviaba o le dolía. Observó que estaba con los ojos

cerrados y lo invadió un repentino impulso por besar esos delicados párpados coronados por larguísimas pestañas oscuras. Lo hizo con suavidad y una curva asomó en los labios de Ysabel.

—Aunque ya ha satisfecho sus ansias de mí, ¿quiere más? —preguntó, temerosa de la respuesta.

—Mucho más —respondió con una mueca lasciva y la acomodó entre sus brazos hasta que las bocas quedaron enfrentadas a escasos centímetros—, no te quiero sólo para una noche, Ysabel. Serás mía por mucho más que eso. Para toda la vida.

—Don Nando...

—Shhh —la interrumpió con un beso sobre sus labios—, por favor, dime sólo Nando —murmuró, y continuó besándola, en el preámbulo de otro encuentro en el que aspiraba llevarla a alcanzar el cielo nuevamente.

Abril de 1596.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

La habitación de la dama revelaba mucho de su dueña. Un estilo recargado en el que cohabitaban detalles de indudable valor pero de precario gusto. Más de diez candelabros con múltiples velas lograban el efecto de la luz diurna, aunque ya había pasado la cena. Sobre una mesita alta con ribetes de marfil descansaban unas refinadas jarra y jofaina de porcelana de la dinastía Ming, con los inconfundibles dibujos monocromáticos repetidos en toda la superficie; en el *dressoir*, a un lado, se hallaba un dúo de cepillo y peine de jade, a los pies de un espejo verde, con un trabajado marco. En el centro de la estancia un estrado de madera ocupaba el sitio de honor, donde llamativos cortinados de seda violáceos colgantes desde el dosel envolvían el lecho. Las delicadas telas eran del mismo tono que el terciopelo que enmarcaba las ventanas y en todas se repetían coloridas mariposas y flores, sin duda bordadas por diminutas manos chinas. El dinero de Sebastiana de Figueroa podía pagar lo mejor que el mercado de Macau ofrecía en venta al mundo occidental, y todo ello estaba junto en esa alcoba.

Un exquisito aroma, mezcla de ámbar y sándalo proveniente de un incensario, envolvió a Nando cuando entró al recinto que ya conocía. Había llegado a casa de Sebastiana en compañía de Basilius y cuando el criado Bayani los recibió le ordenó que el anciano lo esperase en la biblioteca mientras él visitaba a la dueña de casa. Fue más que una sugerencia. El tagalo asintió, acostumbrado al imperioso mando que caracterizaba a Castro, y los guió: tras dejar a Basilius en la sala de los libros, lo llevó hasta los aposentos de la dama.

Nando inspiró con fuerza antes de entrar. No quería estar allí. Su alma anhelaba volver a encontrarse con Ysabel. No la había visto desde la noche anterior, cuando la dejara en la puerta de su alcoba después de una ardiente tarde en el barco, aunque desde entonces ella lo había acompañado en su mente, interrumpiendo cada uno de sus pensamientos. No lograba dejar de pensar en Ysabel. Nunca una mujer se había metido tan dentro de él. Hubiera dado cualquier cosa por volver a verla esa noche, pero su deber hacia Basilius pudo más y allí estaba, entrando a la alcoba de Sebastiana. Volvió a suspirar, decidido a entretenerla un rato, pero sólo con

conversación, no tenía intenciones de acostarse con ella. Después del ímpetu de lo que sintiera con Ysabel, su antigua amante no le provocaba ningún entusiasmo.

—Buenas noches, querido. Te estoy esperando ansiosa —escuchó que lo llamaba desde atrás de las cortinas violetas del lecho—, hace mucho que no me visitas.

—Lo siento, Sebastiana. Es que he estado muy ocupado por las reparaciones de un barco y los preparativos para una nueva expedición que estoy organizando.

—Oh, ¿volverás a partir? ¿Cuándo? —preguntó compungida.

—Me iré en cuanto esté lista la embarcación —respondió desde donde estaba, sin acercarse.

—¿Por mucho tiempo?

—Sí, bastante. Iré a Acapulco.

—¡Acapulco! ¡Dios Santo! —exclamó y saltó fuera del lecho, con un revuelo de telas detrás de sí—. ¿Te irás en el Galeón de Manila?

—No exactamente. Mi nave irá en su tornaviaje a las Indias Occidentales, aunque llevaré mercancías para vender en la feria de la Nueva España que recibe habitualmente a la nao comercial.

—Eso significa que estarás fuera más de un año, quizás dos... —murmuró pesados, con un extraño brillo en los ojos y apretando las manos nerviosas sobre sus pechos, que se revelaban por el amplio escote del camisón.

Esos senos que había acariciado tantas veces antes no le provocaban nada a Castro en ese momento, aunque al verlos le parecieron más grandes que lo que recordaba.

—Es posible —respondió sin comprometerse—, no sé cuándo regresaré.

—Oh, Nando, no, no, no. Dime que no es cierto. No soportaré tu ausencia, especialmente ahora.

—Me sorprendes, Sebastiana, tú siempre dices que no necesitas a nadie. Podrás vivir sin mí.

—No, no entiendes. Eso era antes. ¡Todo ha cambiado! —exclamó y rompió en llanto.

Conmovido por las lágrimas, Nando se acercó y le tomó las manos entre las suyas.

—Vamos, cálmate. No es necesario que llores, eres una mujer fuerte.

Después de un rato ella logró controlarse lo suficiente para decir:

—Estaba buscando el momento adecuado para contártelo, pero si te vas a marchar debes saberlo ahora: estoy esperando un hijo tuyo.

Nando se quedó quieto en el lugar, esforzándose por no caer hacia atrás. Sentía como si le hubiesen asestado un puñetazo en el pecho. No era la primera vez que intentaban adjudicarle un niño, y había logrado esquivar la responsabilidad hasta entonces comprando voluntades, pero en las anteriores ocasiones no se había sentido así de incómodo e inseguro. Sabía que estaba frente a una dama con dinero, difícil de sobornar, y eso era peligroso. Además, por primera vez la posibilidad de un bastardo echaba sombra sobre un porvenir que anhelaba: un futuro junto a Ysabel.

—Ya llevo cinco meses sin mis reglas, ya he perdido la cintura y pronto mi barriga empezará a crecer —continuó Sebastiana.

Nando carraspeó y la miró a los ojos antes de soltarle la incómoda pregunta:

—¿Y cómo sabes que es mío?

—No me insultes, querido —respondió con frialdad—. Nadie más ha frecuentado esta casa.

—Pero tú sabes que nunca dejé mi semilla en ti, jamás lo hago.

—Sí, lo sé, pero parece que no siempre lograste escapar a tiempo. Parte de ti ahora crece en mí. Pronto seremos una familia.

Un frío sudor recorrió la espalda de Nando a pesar del húmedo calor reinante.

—Sebastiana, yo... Yo no puedo casarme contigo.

—¿Cómo que no puedes? Yo sé que no estás casado, como le has hecho creer a otras. Pagué por conseguir esa información: eres soltero.

—Pero pronto dejaré de serlo, ya estoy comprometido. Mañana se anunciarán las amonestaciones en las iglesias: me casaré con la Adelantada el mes entrante —explicó, controlando la indignación por las averiguaciones que ella hiciera—. Ya no soy un hombre libre.

La palidez del rostro de Sebastiana fue en aumento durante la explicación de Nando, hasta que finalmente cayó sin sentido en sus brazos.

Con esfuerzo Nando alzó el cuerpo inerte y lo llevó hasta el lecho. Acomodó a Sebastiana con cuidado y se sentó a esperar. No creía que fuese grave ese desmayo, y mientras ella se recuperaba Basilius podría realizar la búsqueda con tranquilidad.

—¡No permitiré que zarpe a tiempo! —enfaticó Quirós cuando Elvira le contó sobre los planes de la Adelantada de casarse para poder reacondicionar la nave y regresar a Lima para revalidar los títulos de su nuevo marido.

—¿Y cómo harás para impedirlo?

—No lo sé con exactitud, pero algo haré. ¡Sabotearé el *San Jerónimo* si es necesario!

—¡Ay, Pedro! ¿Realmente harías algo así para que se hunda y mueran todos en el mar?

—Claro que no, lo dañaría en tierra para que no lleguen a repararlo para la partida. Las naves en tornaviaje deben hacerse a la mar antes de la época de monzones. Si no sale para fines de junio, se verá forzado a esperar hasta el próximo invierno y eso me dará el tiempo que necesito.

—¿Tiempo para qué?

—Para ir yo mismo de regreso y pelear por esos títulos. Iré a ver al rey en persona si es necesario, porque yo conozco estos mares como nadie, ¡el cargo de Adelantado de los Mares del Sur debe ser mío! ¡Me pertenece! ¡No permitiré que me lo roben! ¡Ésa es mi ruta hacia la riqueza! —exclamó golpeando la mesa, desbordado por la ambición.

—¿Y cómo sabotearás el barco? —le preguntó Elvira, buscando tranquilizarlo.

—Existen muchas formas, mi querida. Ya encontraré la más conveniente. Un incendio es demasiado peligroso, podría salirse de control. No quiero destruir por completo una nave tan admirable como el *San Jerónimo*, mi alma de navegante no me lo permite. Pretendo causar apenas un daño temporal, quizás arruine algunas vergas del palo mayor o haga un agujero en la sentina; también puedo romper el timón, ya veré.

—Es peligroso, podrían descubrirte.

—No, nadie sospechará de mí, hasta ahora supe ocultar muy bien mis intenciones.

—¡Por favor cuídate! No quiero que te envíen a prisión por atentar contra una nave de la flota real, no podría vivir sin ti.

—No te preocupes, mi morena, que nada me pasará y tendremos muchas tardes más como esta de hoy.

Mientras hablaba Quirós jugueteó con el largo cabello de la muchacha, una oscura mata color azabache que le llegaba a la cintura, y que en ese momento le cubría la parte superior del cuerpo, permitiendo que los pezones asomaran entre los cabellos. Estaban desnudos en el lecho, en la habitación que le asignaran a él en casa de un militar viudo. El gobernador se había ocupado de que todos los navegantes del San Jerónimo fueran ubicados en viviendas de españoles acordes a su rango. Al piloto le tocó en la de un veterano capitán que pasaba gran parte del día borracho, y a quien no escandalizaba la falta de moral. No le importaba que Quirós recibiera a esa viuda con frecuencia, y hasta hacía bromas al respecto.

—Siéntase como en casa, aquí nadie se enterará del romance. No hay sacerdotes husmeando ni viejas chismosas. Disfrute de esa piel olivácea del Mediterráneo, hombre, mientras que yo debo contentarme con las tagalas del burdel —le dijo entre risotadas.

Así, con el permiso del anfitrión, Elvira visitaba a Quirós casi a diario aunque siempre regresaba a dormir al palacio gubernamental para evitar habladurías. Echada a su lado observó que la luz que se filtraba a través de las ventanas comenzaba a debilitarse y suspiró. No le gustaba marcharse de su lado, y si Pedro boicoteaba la partida del *San Jerónimo*, tardarían más en llegar a la España donde él se ocuparía de su esposa para que pudieran casarse, como le había prometido.

—No comprendo por qué necesitas sabotear la nave. Partamos en ella, y cuando llegues a Lima presentaremos tu diario y ya no le validarán el título por mal desempeño del cargo. No le quedará ni a ella ni a su nuevo marido, mi amor, será para ti —murmuró melosa, buscando convencerlo.

—No puedo arriesgarme, prefiero llegar primero.

—¿Cómo podrías llegar primero?

—En el Galeón de Manila. Saldrá en la fecha ideal, antes de las lluvias. No hay sitio para pasajeros, pero me aseguré un lugar en ella como navegante.

—¿Y yo? —preguntó angustiada, temiendo lo que iba a escuchar.

—Deberás esperar y regresar con la Adelantada el año próximo, mi querida. No puedo llevarte conmigo, no sería apropiado.

—Pero, Pedro... Yo quiero estar a tu lado siempre, como me habías prometido.

—Lo estarás, mi dulce Elvira, lo estarás; pero aún no ha llegado el momento en que podamos mostrarnos en público. Mientras llega, ven acá, déjame ocuparme de espantar tus temores.

En sus brazos la limeña olvidó que todavía estaba casado y que se embarcaría sin ella. Elvira amaba a ese hombre con locura. Vivía por él y para él, creía en todo lo que le decía. Se alimentaba del amor que él le daba, que en medio de su soledad ella lo creía inmenso, aunque en realidad fuesen apenas migajas.

Las campanas repicaban a la salida de misa esa mañana, pero el agudo tono de voz de Clementina traspasó el sonido de los tañidos.

—¡Nando! ¡Nando! ¡Detente! No me hagas correr detrás de ti, estoy tan enojada que soy muy capaz de hacerlo —exclamó mientras avanzaba tras él haciendo equilibrio sobre los chapines de madera.

—¿Qué es lo que quiere, doña Clementina? A su marido no le gustará que me trate con tanta confianza en público —sugirió.

—No me importa lo que diga Sauro.

—A mí sí —la interrumpió con brusquedad—. No quiero lastimar a mi amigo. Así que regrese a su lado, que es lo que corresponde.

—Después, primero debes aclararme algo: ¿por qué anunció el sacerdote las amonestaciones de tu boda? Tú ya estás casado, no puedes pasar por el altar otra vez. ¡Lo contaré en la iglesia! Van a escucharme ¡y no te casarás!

Nando inspiró, buscando paciencia. La joven esposa de su amigo no tenía derecho a interrogarlo, pero él le había mentido para librarse de ella, y ahora aquella falsedad salía a la luz. Algo de remordimiento en su interior lo obligaba a disculparse.

—Lo siento, Clementina, pero debo aclararte que eso no es del todo cierto —explicó con tranquilidad, pero abandonó el trato distante, cansado de los berrinches de la muchacha—. Yo estaba comprometido en la España, había dado mi palabra a otra dama antes de conocerte, por eso no pude casarme contigo.

—¿No estabas casado cuando te negaste a hacerlo conmigo a pesar de haber manchado mi honor?! —exclamó ofendida y cargada de dolor.

—Vamos, Clementina, que tu honra había desaparecido mucho antes de que yo me acercase a ti —no pudo evitar que saliera de su boca la poco galante frase, obnubilado por la furia que le causaba que la muchacha planease impedir su boda con Ysabel—. Además, sólo tu padre y tu tía nos vieron, tu nombre no se vio afectado. Y a pesar de que no fui yo quien tomó tu virtud, me ocupé de conseguirte un marido para convertirte en una mujer decente.

—¡Tus palabras no son de caballero! —protestó enrojecida.

—Y amenazar con acusarme a la Iglesia para ensuciar mi nombre tampoco es digno de una dama. ¿Qué ganarías con ello?

—Lo mismo que tú me hiciste a mí: ¡las —ti— mar —te!— pronunció la última palabra con lentitud, saboreando las sílabas, disfrutando del dolor de él por anticipado.

—Ah, Clementina, soy libre y voy a casarme con doña Ysabel, esta discusión no tiene sentido... —Estaba diciendo Nando cuando la llegada de Sauro lo obligó a callar. No quería herirlo revelándole que su esposa todavía pensaba en él, y que además lo perseguía—. Buenos días, querido amigo. No te vi en el desayuno esta mañana. ¿Cómo has estado?

—Bien, es que salí temprano: fui hasta los galpones cerca del muelle antes de la misa.

—¿Algún problema? —inquirió preocupado, ya que los depósitos a los que se refería le pertenecían. En ellos guardaba parte de las mercancías que iba a llevar a Acapulco, y Sauro era su mano derecha en la administración de los negocios.

—No, no. Fui a verificar que un sector del techo algo endeble no se hubiese roto, me preocupaba que hubiera entrado agua en la tormenta de anoche, pero nada ocurrió. Y aunque resistió muy bien, creo que lo haré reforzar en estos días. No quiero arriesgarme, en ese almacén están los rollos de seda.

—Me parece bien —asintió Nando—, y por la dudas deberíamos cambiarlos de lugar. Haz que lleven la seda a otro galpón y pasa a ése las porcelanas. El agua, si es que entra, no dañará las piezas.

—Sí, ahora mismo iré.

—Es temprano aún y el cielo está despejado. Mejor primero acompáñame hasta lo de Basilius.

—Como quieras —le respondió sonriente, y enseguida se dirigió a su esposa—. Te veré en la casa esta noche, Clementina.

—Adiós, doña Clementina.

—Le ruego que no me dirija la palabra —masculló entre dientes, la voz cargada de enojo, antes de avanzar de prisa para alejarse de ellos, sin saludarlos.

—Lo siento, Nando. No sé qué le ocurre a Clementina, nunca se había mostrado tan descortés antes. Esta noche le exigiré que se disculpe contigo.

—No, olvídalo, amigo. Las damas son así: extraños seres de la naturaleza que el Señor puso en nuestro camino; tan parecidas a nosotros y a la vez tan distintas. Podemos disfrutar de sus cuerpos, de su compañía, deleitarnos con ellas, divertirnos con sus charlas, pero nunca las entenderemos —concluyó encogiéndose de hombros—. No la obligues a disculparse conmigo, no es necesario.

Sauro asintió en silencio. Había mucha verdad en las palabras de su amigo. A pesar de la devoción que sentía por su esposa, no lograba hacerla feliz. Y no entendía por qué.

Mientras hablaban habían echado a andar hacia la casa de Basilius. En realidad, era una de las propiedades de alquiler de Nando, que se había desocupado poco después de la llegada del alquimista, por lo que le había ofrecido que se mudara a ella. Estaba a pocas cuadras de la Plaza Mayor y llegaron con prontitud, pero debieron esperar un buen rato desde que golpearon la puerta. Basilius vivía solo, había rechazado el sirviente tagalo que Nando le ofreciera:

—No soportaría que un extraño hurgara entre mis cosas —había explicado—. Yo mismo me basto para cuidar de mi persona y mantener el orden desde hace años y seguirá siendo así.

Finalmente acudió a abrirles y sin importarle que los bordes de su túnica se arrastrasen por el barro los guió a través del patio invadido por follaje hasta una habitación con una amplia mesa en el centro, donde descansaba un libro mucho más grande que lo habitual.

—¡Lo has conseguido! —exclamó Sauro exaltado cuando lo vio—. ¿Éste es el famoso *Codex Gigas*?

—Así es —asintió orgulloso el anciano, mientras se ubicaba en un alto banco junto a la mesa y tomaba una lupa para analizar la esquina de una página. Lo habían retirado con Nando de la casa de Sebastiana después de que ella pasara del desmayo a un sueño profundo. El anciano verificó que la dama respiraba normalmente y salieron cargándolo entre ambos en la oscuridad.

—¿Ya has descubierto lo que buscabas, aquello que lo hace especial? —preguntó Castro.

—No aún, pero todo en estos folios es particular. Hay muchos detalles encerrados en cada descripción. Ayer, por ejemplo, descubrí que menciona un uso que desconocía de ciertas hierbas para dolencias.

—Me sorprende que una Biblia incluya explicaciones sobre plantas que curan —observó Nando.

—Las sanaciones no están escritas dentro de los salmos, sino encriptadas en las ilustraciones. La obra está plagada de extraños dibujos y en cada uno hay detalles ocultos. En algunos casos son fáciles de encontrar, están señalados por la serpiente ouroboros. Otros son más complejos y aún no he podido descifrarlos.

Nando estiró el cuello para observar la lámina en la página abierta y soltó un silbido.

—Y más aún me asombra esa imagen —dijo, refiriéndose a la tenebrosa figura que la ocupaba: un diablillo con cara verde, cuernos rojos, garras terminadas en cuatro pinchadas

puntas y dos largas lenguas idénticas que asomaban por la boca a través de filosos colmillos.

—Esa pintura es una de las más polémicas de la obra, por la obviedad de lo que representa. Estimo que la Iglesia desconoce su existencia, o el libro estaría en la lista de los prohibidos.

—Pero la Inquisición igualmente podría acusarte de hereje si ve esa figura. ¡Deberás tener cuidado, amigo! —enfaticó Nando.

—Lo tengo. Nadie sabe que el *Codex* está aquí y no tengo criados que puedan descubrirlo por accidente. Así que estaré a salvo.

—¿Es por la presencia de esa extraño elfo que se la considera obra del diablo? —Curioseó Sauro.

—Por algo más que eso. Se dice que este libro extraordinariamente grande fue escrito en apenas una noche y por un solo hombre, dado que la escritura es idéntica y uniforme en todas las páginas. Una tarea imposible para un ser humano. Escritas experimentados calculan que se necesitarían unos veinte años para transcribirlo. Ese detalle, sumado a la imagen que aquí vemos y otros símbolos *non sanctos*, creó el mito que le adjudica ayuda diabólica a su creación.

—Estimo que esos signos son los que más atraen tu atención —repuso Nando.

—Dices bien. En todos ellos se oculta gran sabiduría, el bien más precioso. Dedico cada minuto a estudiar, mi aprendizaje no termina nunca, cuando no estoy leyendo siento que pierdo mi tiempo.

—Lamento haberte interrumpido, Basilius —se disculpó—. Pronto regresarás a tu investigación. Vine a contarte que me casaré y me iré a las Indias Occidentales. Quizás demore un año o dos en regresar a estos mares, pero podrás quedarte el tiempo que desees, ésta es tu casa. Y Sauro estará a tu disposición para lo que necesites, puedes contar con él.

—Te lo agradezco. Me resultaría difícil viajar con un objeto tan grande, necesitaría un séquito para transportarlo. Mi meta es analizarlo y puedo hacerlo en cualquier lugar, y como ya estoy aquí, será lo más sencillo.

—Así será. Y ahora te dejaremos continuar con tu fascinante trabajo, tenemos más asuntos que atender esta mañana. Espero verte el día de mi boda.

—Por supuesto, hijo. Allí estaré —asintió y, lupa en mano, volvió a enfrascarse en la página abierta frente a sí, permitiendo que hallasen por su cuenta el camino a la salida. Tan concentrado estaba que no escuchó los ruidos de ramas al quebrarse junto a la ventana.

Una vez en la calle, Sauro preguntó:

—¿Ahora a dónde? ¿Al puerto? Mandaré que traigan la carreta. ¿O prefieres los caballos?

—No, todavía no. Caminaremos hasta la casa del maestro artesano. Necesito encargarle un obsequio para mi futura esposa.

—¿Al tallador de maderas? —preguntó Sauro pensando en un mueble.

—No, al orfebre. Quiero regalarle una joya única, tan especial como ella —dijo con una sonrisa, y dio unos suaves golpecitos al talego que llevaba colgando de la cintura, provocando el tintineo de las piedras en su interior.

En el camino al taller del artesano Nando recordó la tarde en que se habían amado con Ysabel en el barco. Al salir del lecho él se había agachado para levantar su pantalón y recogió también unas horquillas esmaltadas que ella perdiera en el fragor del encuentro. Mientras buscaba para ver si había más, encontró un anillo con cinco pequeños brillantes enganchado en

un agujero de la madera, entre dos tablones. Lo tomó y se lo dio a Ysabel, lo que provocó que los ojos de ella se llenaran de lágrimas.

—Gracias, era de mi madre —dijo conmovida—, es una de las pocas piezas que sobrevivió a Mendaña. Mi difunto marido me hizo vender la mayoría de mis joyas para sumar más fondos a la expedición y lloré por todas ellas. También derramé lágrimas por este cintillo cuando lo creí perdido, y ahora de nuevo pero es por alegría, gracias —finalizó con una sonrisa mientras las yemas de él le enjugaban las mejillas.

—No deberás llorar nunca más por tus joyas perdidas. Entiendo el valor afectivo de esta que has recuperado, pero ahora que ya la tienes, haré lo posible para que el resto de las lágrimas que viertas sean causadas por la felicidad.

Nando hablaba con sinceridad. Durante el encuentro íntimo había descubierto algo más que el placer carnal: por primera vez había sido una unión de cuerpo y alma. El ardor que lo invadió al abrazarla fue un sentimiento nuevo para él, y ansiaba repetirlo. Calculó que regalarle una joya sería una buena manera de arrancarle una sonrisa a Ysabel. Quería verla reír, porque cuando ella lo hacía todo a su alrededor se iluminaba y un intenso calor le llenaba el pecho.

Mandaría a hacer un collar único para ella, digno de la realeza. Había pensado en un modelo con varias vueltas de perlas que abrazasen el cuello y un rubí gigante en el frente, engarzado en un soporte de oro y rodeado de perlitas mínimas. Tenía las gemas y esperaba que el artesano pudiese armarlo según su idea a la brevedad. Iba a dárselo a Ysabel como regalo de bodas. Quería alegrarla, verla feliz. Además, quizás necesitase calmar el ánimo de su prometida si no lograba resolver la situación de Sebastiana, o si Clementina cumplía con su amenaza de denunciarlo a la Iglesia como ya desposado. Aunque él podía demostrar su soltería, quizás le llevase meses limpiar su nombre. Y ansiaba casarse con Ysabel y empezar su vida como Adelantado a su lado cuanto antes.

20

10 de mayo de 1596.

Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.

—*Ite, missa est* —pronunció el sacerdote para dar por finalizada la misa de esponsales.

—*Deo grátias* —coreó la multitud también en latín.

Ysabel presintió que la emoción que había contenido durante toda la ceremonia estaba a punto de desbordarla. Desde que pusiera un pie en el pasillo recubierto con piedras de la Iglesia Mayor, un extraño cosquilleo recorría todo su cuerpo. Apoyándose en el brazo de su hermano Diego había mirado hacia adelante para encontrar a Nando junto al altar, esperándola muy apuesto, con una sonrisa en medio de la barba dorada. Presentaba una imagen imponente: sus cabellos recogidos hacia atrás, una capa oscura abierta sobre los anchos hombros y una túnica blanca con una insignia roja sobre el pecho, porque era caballero de la Orden de Santiago. Una cruz con las tres puntas superiores con terminaciones similares a la flor de lis, y cuyo extremo inferior semejava una espada. Era el mismo emblema que unos siglos antes habían utilizado los soldados que marcharan a las Cruzadas para recuperar la Tierra Santa: la cruz que clavaban en el suelo para rezar durante su recorrido. Al verlo así vestido Ysabel se enorgulleció de que ese hombre fuera a ser sólo suyo. Era imponente, despertaba su admiración y su deseo, además de provocarle un intenso martilleo en el estómago. Nada de eso le había ocurrido en su boda con Mendaña. Supuso que las diferencias se debían a que en aquel entonces era una inexperta virgen, nerviosa por lo que le tocaría vivir, pero esperanzada por el camino de grandeza que se abría en su futuro. Esta vez, ya una mujer adulta, conocedora de las poderosas sensaciones que le provocaba Nando de Castro cada vez que se acercaba a ella, sabía que le esperaban emociones fuertes y encuentros apasionados a su lado, además de un destino glorioso. Se sorprendió por descubrir que la ambición había pasado a un segundo lugar en su mente. En esta unión le importaba más el hombre que todo lo que él representaba. Aunque había accedido a casarse por su fortuna, al conocer mejor a ese atractivo gigante dorado sus prioridades habían cambiado.

Cuando Nando le ofreció el brazo para salir de la iglesia, lágrimas de alegría rodaron por sus

mejillas, pero las hizo desaparecer con rapidez, no quería quebrantar el contacto de la mirada de él. El calor que esos ojos azules le provocaban al clavarse en los suyos, dedicándole toda su atención, sin mirar a nadie más, la envolvía. Esa conexión la hacía sentir única, especial; sin perderla se apoyó en su brazo y disfrutó de la sensación. Toda la sociedad de Manila estaba allí reunida, pero él sólo tenía ojos para ella. Ysabel no pudo ocultar la sonrisa que se instaló en su rostro mientras cientos de desconocidos se acercaban a saludarlos. Nadie había querido perderse la ceremonia. La Adelantada y el primo del gobernador. Una boda memorable y, además, rodeada por una nube de escándalo: ocurría apenas tres meses después de que la pareja se conociera y a menos de un año de la muerte del Adelantado. Una falta de respeto hacia el honorable difunto por no respetar el duelo, como decían los rumores que circulaban entre los filipinos, salidos de la boca de Quirós y multiplicados en la muchedumbre hasta perderse su origen.

Después de saludar a la multitud reunida en la iglesia, los novios atravesaron la plaza tomados de la mano hacia el palacio gubernamental. Nando apenas pudo contenerse hasta atravesar el portón principal de la residencia. Una vez en los jardines atrapó a Ysabel entre sus brazos y la arrastró hasta detrás de una alta sampaguita para tener algo de intimidad mientras le cubría la boca con la suya en un demorado beso. Ella respondió de inmediato separando los labios y ambos se perdieron en las sensaciones de ese encuentro insaciable. Las manos de uno y otro buscaron sus pares y al entrelazarse hallaron el ansiado contacto mágico.

El calor del beso voraz le quitó el aliento e Ysabel buscó aspirar sin alejarse de él, mientras seguía besándolo con avidez. Eso lo enardeció por completo, Nando le deslizó la mano hasta el trasero para acercarla y ella sintió la presión de su miembro endurecido. Con un destello de lucidez dentro de la pasión que empezaba a desatarse en su interior, se dio cuenta de que habían llegado demasiado lejos.

—No, basta, debemos detenernos.

—¿Por qué? Estamos casados —respondió sin soltarla, arrastrando los labios contra el delicado cuello que surgía por encima del encaje color lavanda del vestido.

—Pero no podemos escabullirnos a la habitación en este momento. Ya se escuchan los pasos de los invitados detrás de las plantas. Deberíamos estar en el salón para recibirlos.

—Lo hará Luys, es un buen anfitrión, no te preocupes.

—Pero corresponde que nosotros también estemos allí.

—Ahhh, el deber... —resopló—. Tienes razón. Dame unos minutos para recomponerme —explicó mientras alejaba las manos de ella con resignación y disponía las ropas de manera que ocultasen su erección.

Ysabel lo observó mientras se acomodaba. Le hubiera gustado hacerlo ella misma. Deslizar sus propias manos por ese cuerpo tan atractivo, poderoso y masculino. Nunca antes había sentido semejante deseo y se avergonzó de inmediato. Nando la vio con las mejillas enrojecidas, los labios hinchados y los ojos brillantes y sonrió, a la vez que levantaba las palmas en el aire apuntando hacia ella:

—Estás hermosa, pero no voy a tocarte porque si lo hago estaremos aquí escondidos el resto de la tarde. Será mejor que pasemos al salón para terminar rápido con ese almuerzo y así poder dedicarnos a lo que nos interesa —afirmó con una mirada cargada de sensualidad, pero de inmediato sintió una reacción y gruñó—. Vámonos ya.

Más de medio centenar de personas había tenido el privilegio de recibir una invitación del gobernador Dasmariñas. Los más ricos vecinos, además de los altos funcionarios, estaban reunidos en el palacete, así como la familia de Ysabel y los principales viajeros de su travesía. Hasta el marinero Plumet estaba en el salón, de pie unos pasos detrás de Ysabel, como siempre, junto al criado tagalo que los abanicaba con unas plumas de marabú. Esa presencia casi provocó la primera pelea entre los flamantes esposos.

—¿Por qué tiene que seguirte a todos lados? —dijo Nando en cuanto entraron al inmenso comedor y el muchacho se ubicó detrás de ella—. Dile que se marche.

—No, Plumet me acompaña siempre, me protege.

—No necesitas protección aquí en casa, estás a mi lado.

—Tienes razón —respondió sacudiendo la cabeza—, es la costumbre. Le diré que marche a comer a la cocina.

—Mejor despídalo. Ayudaré a que consiga empleo en algún barco si lo desea.

—¡No! No puedo hacer eso.

—Claro que puedes. Tú misma acabas de reconocer que no lo necesitas más; yo velaré por ti.

—Pero no puedo echarlo sin motivos. Hemos pasado muchas cosas juntos, Plumet salvó mi vida y la de mi hermana, es especial.

—No me gusta que haya alguien «especial» en tu vida, esposa mía —repuso molesto.

—Oh, no. No lo dije en ese sentido... Pero le debo mucho, no puedo deshacerme de él. No lo haré —exclamó decidida, y alzó la barbilla.

Que Ysabel lo desafiara para defender a aquel hombre no le agradó, pero el gesto de esa boca de color rosado intenso, con los labios salientes hacia adelante y apretados le fascinó. Se imaginó besándolos y su rabia se desvaneció. Deslizó la mano sobre el mantel hasta cubrir la de ella, sentada a su lado en el centro de la larga mesa principal, y se la apretó en un cariñoso gesto.

—Bien, será como tú dices.

Ella agradeció la aceptación con un asentimiento de cabeza y una cálida sonrisa. Sabía que no era fácil doblegar la voluntad de ese decidido gigante. Le agradó descubrir que tenía más influencia sobre él que lo que había imaginado. Eso no sólo le daba poder, sino que lo convertía en alguien más cercano, más suyo.

Durante el resto del banquete la conversación entre ellos fluyó armoniosa. Los platos se sucedieron unos tras otros. Diferentes variedades de pescados, jabalíes, ciervos. Todas carnes exquisitas, cocidas en caldos hechos con verduras de fuertes sabores, y siempre acompañadas por arroz. Con la ayuda de un cuchillo Ysabel probó algunos bocados, luego se enjuagó las manos en el cuenco de plata a su lado. Mientras las secaba con la servilleta, Nando le dijo al oído:

—Me encantaría escurrir tus manos con mi boca, absorber hasta la última gota de agua y dejar en ellas apenas las huellas de mis besos.

Ysabel se sobresaltó por tan inesperada propuesta. Escuchó el repiqueteo de su corazón, que golpeaba con más fuerza ante ese pensamiento. Sin hablar ni mover la cabeza, giró sólo los ojos hacia él en un gesto cargado de sensualidad.

—Si vuelves a mirarme así no respondo por mis actos: soy capaz de sacarte de aquí en mis brazos al instante. En realidad, quiero marcharme ya, ¿qué dices? —pronunció Nando con ardor, haciendo que los latidos de ella aumentaran.

—Aún no han servido los dulces, no podemos retirarnos.

—Tú serás mi postre esta tarde, Ysabel —le anunció la gruesa voz en una caricia secreta. Sin soltarle la mano hizo una seña a uno de los criados para que se aproximase—. Haz que nos lleven dos porciones de *cassava bibingka* a mi habitación —ordenó.

—¿Cuándo, señor? —preguntó el muchacho servil.

—Ahora mismo —decidió. No estaba dispuesto a esperar más.

Ysabel no pudo evitar el ardor que inundó sus mejillas mientras el joven disimulaba la sonrisa durante la reverencia antes de retirarse a cumplir el encargo.

—¿Cómo que ahora? —lo retó, semioculta detrás del abanico.

Sin decir nada, con una seductora sonrisa y ojos sólo para ella, Nando se paró detrás de la silla que ocupaba y la corrió para facilitarle los movimientos, mientras la ayudaba a ponerse de pie. Ysabel no se animaba a decir nada. La vergüenza la inundaba. Todos en el salón los observaban e intuirían cuáles eran sus intenciones si se retiraban antes del fin del festejo. Sabía que era habitual que los novios abandonasen el salón más temprano que los invitados, pero le incomodada que tanta gente estuviese al tanto de su intimidad.

—Ignóralos —le dijo Nando al oído, como si hubiese adivinado sus pensamientos.

—Me resulta difícil seguir tu sugerencia. ¡Todos nos miran y murmuran!

—Entonces concéntrate en mí. Créeme si te digo que no hay nadie más a nuestro alrededor. Este salón está vacío, esta ciudad está desierta, estamos solos en este continente. En nuestro mundo no hay nadie más, apenas tú y yo.

Envuelta por el calor de esas palabras, Ysabel se dejó guiar al exterior de la casa. Mientras avanzaban por los jardines preguntó:

—¿A dónde vamos? Mi habitación está en el patio del sur.

—Lo sé, te estoy llevando a la mía.

—¿Por qué a la tuya?

—Porque tengo una sorpresa preparada para ti. Acompáñame sin desconfiar de mí, querida esposa. Haces muchas preguntas.

—No desconfío, es que soy curiosa; estoy acostumbrada a estar al tanto de todo para poder tomar decisiones, y para eso necesito saber.

—Ahora ya no deberás decidir tanto, yo lo haré por ti. Relájate, déjame cuidarte y hacerte feliz.

Ysabel se quedó pensando en las palabras de él. Representaban, de alguna manera, lo que la había llevado a aceptar esa boda. Oculta debajo de su ambición y de su afán de conquista había una mujer que ansiaba por un hombre que la protegiese. Había sido educada como todas las damas: para convertirse en una devota esposa. Con Mendaña había puesto en práctica apenas parte de lo aprendido, más bien lo había combatido hasta lograr lo que tanto ansiaba. Algo en su interior le sugería que con Castro todo sería diferente. Decidió relajarse.

Al llegar frente a los aposentos de él una voz envolvente le murmuró al oído:

—Cierra los ojos y déjame guiarte al interior, bella Ysabel.

Obedeció con una sonrisa, sintiendo en el pecho cómo resonaba más fuerte su corazón.

Una vez dentro él la llevó hasta el centro de la habitación y dijo:

—Inspira hondo y dime qué es lo que sientes.

—¡Sampaguitas! Y hummm... Hay algo más.

—Sí, ¿lo reconoces?

—No. Me gusta mucho, pero no logro distinguirlo.

—Es canela, ordené que quemaran unas cortezas en el incensario.

—Emana una fragancia exquisita, pero he escuchado que es muy cara. No debiste hacerlo.

—No te preocupes, aquí es mucho más barata que en la España. Además, si mi fortuna no sirve para hacerte feliz, entonces no vale nada. Disfruta de estos perfumes, son para ti.

—Gracias —dijo con una sonrisa.

—Y ahora ven a deleitarte de nuestro postre, que nos está esperando.

Ysabel abrió los ojos y percibió que, con todos los postigos cerrados, decenas de velas desparramaban sombras cambiantes creando un clima especial. Aprovechó que él se alejó hacia una pequeña mesa para observar el lugar con atención. Nunca había estado ahí y quería conocer su mundo. Descubrió que eran dos habitaciones unidas. En la primera, donde estaban, había un escritorio ordenado con prolijidad, dos pequeños sillones y una mesa en un rincón con un exquisito juego de ajedrez de piezas verdes con vestimentas y rasgos chinos. Ysabel tomó un par en las manos con admiración: eran de jade. En otra mesa, ubicada en el centro, alguien había dispuesto algo de comida y copas para ellos. Le sorprendió la presencia de muchos jarrones de todo tipo: de plata, de porcelana y hasta de vidrio, todos rebosantes de sampaguitas. Algunos descansaban sobre la mesa, pero la mayoría estaban en el suelo. Dedujo que no pertenecían al amoblado de la alcoba sino que los había hecho llevar para ella y sonrió contenta. Desde allí vislumbró la segunda estancia, conectada a través de una arcada, con un alto lecho rodeado por cortinas traslúcidas, las de un lado, sujetas a los postes del dosel. Se sorprendió por no hallar una mesa de tocador, con jarra y jofaina y la buscó girándose hacia ambos lados.

—¿Se te ha perdido algo?

—Es que quiero lavarme las manos y no encuentro dónde hacerlo.

—Por aquí —la guió a través de la alcoba de dormir y en la esquina Ysabel descubrió una puerta que no había visto antes. Se sorprendió al encontrar al otro lado una enorme tina de cobre, además del lavatorio.

—Tienes grandes lujos aquí —observó admirada.

—Me gusta vivir bien —respondió con sencillez—, disfruto al darme baños y lo hago cada vez que puedo. No me agrada esperar a que las tinas que usan los demás habitantes de la casa estén libres, así que tengo una propia.

—Bien pensado.

—Te estaré esperando en la mesa cuando estés lista —dijo y salió.

Ysabel asintió y se dirigió al lavabo. Echó agua en la jofaina y después de lavarse las manos se refrescó también el rostro. Se secó con una de las suaves toallas de lino que allí había y lamentó no hallar un espejo, le hubiese gustado revisar su imagen, quería verse bonita para él. Se conformó con pellizcarse las mejillas para darles color y pasó las manos por el peinado para detectar que no hubiese mechones sueltos. Recordó que en su alcoba había dejado preparado un camisón con encajes que planeaba ponerse para recibirlo, pero estaban muy lejos. Debería salir a su encuentro vestida tal como estaba. Inspiró con fuerza para tratar de controlar sus pulsaciones, que se aceleraban cada vez que pensaba en él y en el poderoso cuerpo que la esperaba.

Cuando regresó se sorprendió por encontrarlo sentado en el borde de la cama con un plato a su lado y un paquete envuelto en seda sobre el colchón. Se acercó y observó:

—Creí que estarías en la mesa.

—Cambié de idea. Es hora de darte tu regalo de bodas —dijo con una sensual sonrisa, y extendió el envoltorio hacia ella.

Al quitar la tela y las cintas Ysabel se encontró con un exquisito collar de perlas que realzaban la belleza de un gigantesco rubí.

—¡Santísima Virgen! Es la joya más hermosa que he visto en mi vida. ¿De verdad es para mí?

—Por supuesto, la mandé a hacer especialmente para que acompañe tu esplendor, querida mía. ¿Te gusta?

—Sí, mucho. ¡Gracias!

—Ya no deberás lamentar las joyas que perdiste en el pasado.

Conmovida porque él se hubiese acordado de aquel comentario, sintió que una lágrima inesperada le atravesaba la garganta y le impedía hablar.

—Déjame ayudarte a ponértelo, quítate la gorguera —dijo él, y cuando ella se liberó de la pieza de encaje le rodeó el cuello con ambas manos para abrocharlo en el frente, con el cierre a un lado del rubí. Las perlas nacaradas acompañaban a la perfección el tono cremoso de la nívea piel. Sonrió satisfecho por tanta belleza, pero cuando vio el brillo contenido en los ojos de Ysabel le impidió llorar—. Ah, no, no. No es momento para tristezas, te quiero ver alegre.

—No son lágrimas de congoja, sino de dicha. Me siento mimada.

—Y esto es apenas el comienzo. Ven acá: ahora el postre. Yo mismo te lo daré —explicó mientras cargaba la cuchara y la sostenía en el aire hacia ella.

—¿Como a una niña? —preguntó alzando las cejas con sorpresa.

—Como un halago a una mujer que se idolatra —respondió sacudiendo la cabeza y arrastrando su sensual voz, lo que la convirtió en más grave aún—. Ven, pruébalo.

—¿Qué es? —preguntó algo desconfiada.

—Una delicia filipina. Se llama *cassava bibingka*, pero tú deberás descubrir cuáles son sus ingredientes.

Tentada por el juego, Ysabel se sentó a su lado.

—Parece que tienes planeada una tarde de adivinanzas.

—Entre otras cosas —respondió provocativo mientras le acercaba la cuchara a la boca.

Ysabel permitió que él la sostuviera y saboreó lo que le ofrecía.

—Mmm, deliciosa —dijo después de un rato.

—Lo sé, ¿puedes decirme qué contiene?

—Por su dulzura, lleva miel o azúcar.

—¿Qué más? —dijo asintiendo con la cabeza.

—Conozco este sabor, lo he comido antes, sin duda. Es suave... ¡Ya sé! Esa fruta de corteza dura y oscura que es blanca en su interior, la recogíamos durante las paradas en la travesía. No recuerdo el nombre.

—Esa misma, se llama coco. Y es parecida a ti: dura por fuera pero blanda por dentro si logras abrirla; y con tu misma dulzura. Por eso elegí este postre para que lo disfrutemos juntos —explicó, y tras dejar el plato a un lado, se acercó a ella.

Ysabel se sobresaltó con la explicación de él, que tan bien la describía. Le impresionó que ese hombre pudiera conocerla tanto, pero no pudo cavilar demasiado sobre el asunto. Nando la tomó entre sus brazos y la besó con arte, dibujando emociones en ella. Absorbió sus labios

primero, para después besarla con pasión, sin dejar rincón de su boca por explorar. Firmeza y soltura alternadas la enloquecieron. Vertiginosas sensaciones la recorrieron. La piel erizada, los latidos acelerados, la respiración alborotada. El contacto con ese hombre era mágico. Ysabel se sentía transportada lejos de allí, a una nube de exquisitas sorpresas. Cada toque de él le generaba un arrebató. Su cuerpo se estremecía. La lucidez la abandonaba. Sólo quería sentir.

Después de un rato esa boca insaciable se trasladó al cuello de Ysabel, y las fuertes manos la ayudaron a librarse de la camisa, la falda y el jubón; los zapatos y el verdugado volaron hacia un rincón, luego le quitó la ropa interior y las medias. Nando no se detuvo hasta tenerla desnuda en sus brazos.

—Sí, con toda tu piel a mi alcance, así te quiero disfrutar siempre, Ysabel. Suéltate el cabello.

Mientras llevaba las manos al peinado y lo deshacía, habló la osadía oculta de ella que empezaba a asomar:

—Yo también deseo tocarte.

Antes de que pudiera repetir el pedido, él estaba arrancando sus propias prendas con rapidez. Ysabel, recostada, se deleitaba observándolo. Los brazos se flexionaban revelando una poderosa fuerza, mientras su plano torso se veía interrumpido en suaves desniveles por marcados músculos. Ella ya lo había visto desnudo en el barco, pero seguía maravillándose con ese cuerpo de piel dorada, cubierto por un suave vello claro que según la luz tomaba tintes rojizos. Quería admirarlo una y otra vez, hasta asegurarse de que era suyo.

Cuando él se agachó para quitarse las calzas quedó de perfil. Ysabel alcanzó a ver los poderosos muslos y la curva de su redondeado trasero de un lado, y el empinado miembro del otro. No sabía cuál de las vistas le agradaba más. Sonrió y disfrutó de ambas, aunque enrojeció cuando él la descubrió observándolo bajo las sombras cambiantes de la luz de las velas.

—No debes avergonzarte por nada de lo que ocurre entre nosotros. Si quieres mirarme o tocarme, está bien —dijo con naturalidad—, yo también deseo acariciarte todo el tiempo, y cuando mis manos están lejos de ti, mis ojos las reemplazan. Busco abarcarte toda, siempre.

Mientras hablaba él se había acercado al lecho y estaba de pie en el estrado que lo rodeaba. Ysabel se irguió en uno de sus codos y estiró la mano libre para acariciarlo. Alcanzó a recorrerle el vientre, las caderas y luego llevó la mano al miembro que la apuntaba. Nunca había tocado a un hombre antes. El contacto la desconcertó. Tan firme y tan suave a la vez, lo acarició con ansias por descubrirlo.

Un sonido ahogado escapó de la garganta de Nando y resonó en cada rincón de la habitación. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. A ella le fascinó la poderosa sensación que le daba tenerlo en el puño. La mano de él encima de la suya la guió en firmes movimientos en toda su extensión, y pronto los gemidos masculinos se convirtieron en gruñidos.

—Basta ya, Ysabel. Si continuas no podré controlarme más, y quiero prepararte para que me recibas —murmuró enronquecido.

—¿No puedes hacerlo mientras te acaricio?

—No puedo hacer nada mientras tus dedos me atrapan. Tu poder sobre mí es tan intenso que hasta me impide pensar. Déjame por un momento, por favor. Te aseguro que no te arrepentirás.

Obediente, lo liberó. De inmediato Nando se ubicó a su lado, y le regaló la más exquisita caricia: le recorrió toda la piel con la boca. Centímetro a centímetro, del cuello a los pies, no dejó

espacio sin besar. Cuando volvía en su ascenso sobre el vientre, se detuvo largo rato en el ombligo, hasta que ella exclamó entre jadeos:

—Es una exquisita tortura. Ya no aguanto más.

—Oh, sí, mi querida, resistirás mucho aún.

Después de hablar siguió marcándole la piel abdominal con la boca, mientras sus dedos hurgaban entre los húmedos pliegues secretos. Las caderas de Ysabel se agitaron y alzaron, pero él la sujetó con firmeza. Recorrió su relieve íntimo y, sin anunciarse, introdujo dos dedos juntos en ella. La invasión la enloqueció. Ante cada movimiento de esa mano que giraba su cabeza se sacudía sobre la almohada. Cuando creía que ya no soportaría más, él tomó la punta que emergía de ella entre el pulgar y el índice y la retorció. Ysabel gritó de placer, todas sus sensaciones concentradas en la pelvis. Nando observaba fascinado los brillantes ojos acaramelados, los labios que la lengua humedecía entre suspiros y decidió que ya era el momento de trepar sobre ella.

—Separa las piernas —le ordenó mientras apoyaba su miembro en la húmeda zona donde jugara hasta un momento antes, pero sin invadirla. Se acomodó allí y luego retiró la mano, para llevarla hasta el seno izquierdo mientras atrapaba el derecho con la boca. El vaivén de ese cuerpo encima suyo la enloqueció. La rozaba, la besaba, la excitaba, pero no le daba el ansiado alivio.

Sintió la punta viril resbalando contra ella y esperó la penetración, pero no llegó: Nando se retrajo y volvió a apoyarse en su empapada entrada. Cansada de esperar, Ysabel alzó la cadera y lo atrapó dentro de sí. Un quejido de él le reveló que lo había sorprendido.

—Me parece que me deseas mucho. ¿Me quieres ahora? —pronunció con la voz más grave que nunca y los ojos azules brillantes por la pasión.

—Sí, Nando, por favor —suplicó.

—Pues ya mismo me tendrás, mi querida —exclamó enardecido. Se irguió para tener espacio entre ellos y levantó las piernas de Ysabel hasta ubicarle los pies sobre sus propios hombros—. ¿Estás bien? —le preguntó ansioso.

Ante la afirmación silenciosa de ella, sin dejar de mirarla a los ojos se deslizó en su interior con firmeza hasta sumergirse por completo. El gemido de Ysabel y la forma en que se aferró a él le confirmó que había alcanzado la máxima profundidad, pero no se conformó con eso. Retiró las caderas hacia atrás con lentitud y repitió el avance otra vez; luego una más, y nuevamente a empezar. Lento y profundo, sin prisa y sin pausa. Cada choque de las pelvis aumentaba la cercanía, hasta que Ysabel ya no aguantó más y la sintió estremecerse debajo suyo y soltar un grito gutural, profundo, mientras su cálida abertura pulsaba alrededor de él con fuerza.

Enloquecido de pasión, con ella entregada por completo y tan vulnerable en esa posición, Nando bajó su torso para besarla impetuoso y absorber su éxtasis.

—Ah, sí, así, déjame saber que te gusta —clamó exaltado, internándose en ella con desesperación.

Cuando las lenguas se encontraron y él le recorrió la boca otra vez, en ardiente posesión, un gruñido escapó de su interior y sintió que estaba por estallar en mil pedazos. Aunque antes de la explosión final logró escapar a tiempo, como siempre hacía.

Con impetuosos destellos todavía retumbando en el cuerpo, Nando cayó a un lado de Ysabel y la abrazó. Le hubiese gustado prolongar el enlace para sentirse más cerca de ella, pero antiguos miedos se lo impedían.

Sin quererlo, Ysabel atrajo esos temores cuando, al rato, melancólica, preguntó:

—¿Por qué siempre huyes de mí? Ya me explicaste lo de los niños, pero te dije que no creo que vaya a ocurrir. Además, no sería tan terrible si llegase a pasar. No entiendo por qué te preocupa tanto, ya estamos casados. ¿Acaso no te gustaría descubrir cómo sería la unión completa de nuestros cuerpos?

Una sombra cruzó el rostro de Nando mientras elaboraba la respuesta.

—No huyo de ti, lo hago desde siempre, con todas... —empezó a decir, pero se arrepintió y calló. Aunque ya era tarde.

—¿Todas? Quiere decir que yo soy una más para ti —replicó ofendida, y desenlazó sus piernas de las de él.

—Claro que no, no quise decir eso. Tú eres especial, Ysabel. Eres mi esposa.

—Un detalle que debo agradecer a mis títulos, no a mi persona —recordó molesta.

—Ay, por favor, no nos hagas esto. Ambos sabemos cuáles fueron los motivos que nos llevaron a esta boda, pero eso no impide que ahora podamos disfrutar de nuestros cuerpos de esta manera. Te recuerdo que fuiste tú quien sugirió romper el contrato de castidad.

—Lo sé —dijo a regañadientes, en realidad enojada consigo misma por la situación. Sin habérselo propuesto, le estaba reclamando algo que ella se había negado a ofrecer: compromiso emocional. Nunca habían hablado de sentimientos entre ellos. Y el escape final de él le decía que no se entregaba por completo. Eso no le gustaba, pero eran las reglas del juego que ella misma había aceptado. Debía acatarlas, por lo que reconoció su error y se disculpó—: Lo siento.

—No te excuses, yo me equivoqué al elegir las palabras que utilicé y debo disculparme contigo, no quise ofenderte, perdóname por favor —murmuró y le pegó la boca al cuello para remarcar su arrepentimiento con infinitos besos y cosquillas.

Ysabel asintió y rió entre los brazos que la atrapaban, pero el tema quedó flotando en su mente, molestándole como una herida latente que podría abrirse en cualquier momento.

La rabia hacía arder el estómago de Clementina. No sólo había sido obligada a mantenerse callada, sino que además tuvo que asistir a la boda de Nando. Ella había querido denunciarlo a la Iglesia por intento de bigamia durante las amonestaciones. Aunque no fuese cierto, a él le llevaría un buen tiempo demostrarlo y eso retardaría sus planes de partida. Pero Sauro se lo había impedido: la había amenazado con mandarla de regreso a la casa paterna si ella abría la boca en contra de su amigo. Ser repudiada como esposa frente a toda la sociedad filipina le pareció intolerable y decidió callar. Pero en su interior resolvió que haría algo más. No iba a permitir que Nando abandonase Manila felizmente con su esposa. Se vengaría de él.

Decidió que iría a ver a Pedro de Rojas, quien fuera gobernador interino por unas semanas. Su antiguo amante le debía un favor: ella no le había exigido matrimonio luego de los escarceos amorosos en los que perdiera su virginidad. Y si él no accedía a complacerla en nombre de los tiempos pasados, se dijo que conocía otras formas de convencer a un ser tan lascivo como él. Además, suponía que el hombre debía guardar rencor hacia el hombre que lo expulsara del puesto de gobernador para dárselo a su primo. Sin duda Rojas la ayudaría en su venganza contra Castro.

Fines de mayo de 1596.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

Esa mañana Ysabel recorría las calles de Manila contenta porque vería a su hermana. Iba a visitar a Marina al colegio Santa Potenciana, donde se había mudado unas semanas atrás. Había resuelto ver con sus propios ojos la vida que llevaba en ese lugar. No estaba conforme con la decisión de Marina, aunque como viuda podía elegir su futuro libremente. Ysabel pensaba insistir para que regresase a Lima con ella. A pesar del ofrecimiento de Nando de llevarla en su carreta, eligió ir caminando con Elvira; Plumet las escoltaría. Quedaron en que su flamante esposo pasaría a buscarla por allí a la hora de almorzar. Dijo que quería llevarla más allá del muro que rodeaba Manila, para mostrarle algo. Ysabel supuso que se refería al *San Jerónimo*, cuyas reparaciones deberían estar avanzadas para poder zarpar en un mes, antes de las tormentas, y aceptó.

Estaban a pocas cuadras del destino, ya resignadas al viento húmedo y caliente habitual de la zona, cuando una figura conocida se cruzó en su camino y se detuvo para saludarlas con una reverencia.

—Buenos días, señoras. Qué agradable encuentro, llevaba mucho tiempo sin verlas —dijo el piloto Fernández de Quirós intentando mostrarse amigable.

—Es cierto, Quirós —concedió Ysabel con frialdad—, sin duda vuesa merced frecuente otra iglesia, ya que no quiero creer que deja de cumplir con sus obligaciones morales.

—Por supuesto —respondió tibiamente—, ya he asistido a misa hoy y ahora me dirijo a la zona de los muelles para acertar detalles de mi próximo viaje. Regresaré a las Indias Occidentales en el Galeón de Manila.

Elvira no dijo nada. Ya conocía la desagradable novedad. Escondida detrás de su manto, apenas pasó el peso de un pie a otro, incómoda. Ysabel, en cambio, se sorprendió.

—¡Oh! Creí que había hablado con mi esposo para pilotear el *San Jerónimo* en el tornaviaje.

—Don Castro y yo no llegamos a un arreglo, es mi deseo partir lo antes posible.

—Pero...

—Lo siento, señora, mis prioridades son otras. Que tengan un buen día —dijo desde una

reverencia y se retiró.

—Vaya, debo decir que me sorprende la actitud indiferente de este hombre —exclamó Ysabel.

—A mí no, es un ingrato, y una mala persona —soltó Plumet sin ambages.

—¿Por qué dice eso, Plumet?

—Porque lo encontré hace un par de noches en la taberna y compartimos unos tragos.

—¿Y por eso es malo? —preguntó Ysabel.

—No, es que el alcohol le desvencijó la lengua...

Elvira soltó un respingo, temerosa de que Quirós hubiese hablado demás y ahora la Adelantada fuese a descubrir sus planes.

—¿Y va a repetirnos lo que dijo que le hizo llegar a tal conclusión?

—En realidad me molestó lo que contó porque mi padre también fue marino e imaginé a mi madre en la misma situación que su esposa, y aquello fue lo que llevó a un cambio drástico en mi vida.

—Comprendo —murmuró Ysabel con lentitud.

—No, no comprende —se lamentó Plumet—, porque lo que Quirós reveló es que tiene una amante en Manila y que disfruta retozando con ella.

—¡Ohhh! ¡Pero el piloto está casado!

—Por eso mismo. Me contó casi sollozando que extraña a su esposa y que le hace un hijo cada año, cada vez que la visita. Pero mientras que deja a la legítima aumentando la familia en casa, no pierde el tiempo solo, anda siempre en la búsqueda de nuevos amores, tiene una cualquiera en cada viaje, en cada puerto. Hasta dio detalles de las proezas en el lecho que realiza con su última conquista, aunque tuvo la decencia de no revelar el nombre de la fulana. Todo eso demuestra que es una mala persona.

Elvira empalideció. Su corazón disparó los latidos en una carrera irrefrenable, parecía que iba a estallar. Se sentía ahogada, engañada. Le creía a Plumet. El muchacho le estaba contando lo que su intuición le decía de vez en cuando pero que ella elegía ignorar. Escucharlo la obligó a aceptar la realidad: Pedro no pensaba deshacerse de su esposa, le había mentado. La furia crecía en su interior. Quería gritar, patear, salir corriendo sin detenerse. De golpe el dolor la desbordó y una profunda arcada la sacudió. Con destreza logró correr el velo e inclinarse antes de devolver el contenido de su estómago entre sus pies.

—¡Doña Elvira! ¡Santo Dios! ¿Está bien?

—Sí, no es nada. Apenas algo que me sentó mal. No se preocupe por mí, regresaré a la mansión del gobernador. Continúe con la visita planeada, no haga esperar a doña Marina —dijo con seguridad y volvió a acomodarse el velo sobre el rostro.

Ysabel dudó. Le parecía que debía acompañarla, pero la vio volverse y partir tan decidida que dijo:

—Se repuso con gran facilidad. Sin duda Pancha la atenderá con una tisana digestiva. Vamos, Marina me espera.

Elvira se alejó de ellos con paso firme. Al mismo ritmo del huracán en su interior, su cerebro pensaba a gran velocidad. Evaluaba cómo actuar a continuación. Sabía que tenía que decirle a Ysabel lo del falso diario y lo del sabotaje, que podría estar ocurriendo en ese mismo momento, pero dudaba. Si lo hacía estaría cortando para siempre los lazos que la unían a Pedro: él nunca le

perdonaría que lo traicionara. Más lágrimas invadieron sus ojos. Ella era la que estaba herida, él debería buscar su perdón por haberla engañado.

A medida que recorría más calles, su rabia aumentaba. Quirós no la amaba, apenas satisfacía sus instintos más bajos con ella. Se sentía usada. Él se había aprovechado de sus sentimientos para hacerla engañar a Ysabel. La dama había sido buena con ella, y él la había llevado a mentirle y a falsificar sus dictados en nombre de un amor que no existía. ¡Lo odiaba! Las lágrimas hervían mientras rodaban por las mejillas. La traición era la peor puñalada. Le dolía más la burla de Quirós que la muerte de su marido, años atrás. En medio de ese torbellino de sensaciones, decidió contarle toda la verdad a Ysabel. El sentimiento la alivió. Era lo que correspondía. Lo haría en cuanto la Adelantada regresase esa tarde. Con el corazón partido, pero con menos peso en el alma, avanzó con la vista del ojo descubierto nublada por el llanto. Cruzó la calle sin ver venir el carro tirado por carabaos que le pasó por arriba, a pesar de los fallidos intentos del conductor tagalo por detener a los pesados animales.

Los trinos de los pájaros eran tan altos que se entremezclaban en la charla de las hermanas. Gorjeos de bulbul y chillidos de alción azul acompañaban las risas de Marina e Ysabel, sentadas en la sombra que formaban unas plantas tropicales de densa vegetación. La anfitriona volvió a llenar las copas con la fresca horchata de tamarindo que le trajera una de sus discípulas, de indudables rasgos mestizos pero vestida a la usanza española y con perfectos modales de dama.

—Dime, Ysabel, ¿estás contenta con tu vida de casada?

—Más que contenta, nunca imaginé que podía ser así —dijo con color en las mejillas.

—Deduzco que ni el caballero ni tú han respetado aquel acuerdo de castidad que me habías mencionado.

—Tienes razón, yo misma lo quemé después de nuestro primer encuentro —reveló con una sonrisa cómplice. Ysabel estaba feliz con su nueva vida. Apenas el detalle del escape final de él en sus uniones opacaba en parte su alegría, pero consideró que era un asunto demasiado íntimo para comentar con alguien, hasta con su hermana. Había descubierto tantas cosas nuevas maravillosas junto a su esposo que no sabía cómo evaluar aquello. Saber si era normal o una rareza no le aportaría ningún alivio—. Nando es muy cariñoso conmigo y me siento cuidada a su lado. Se está ocupando él mismo de todos los detalles para la partida del *San Jerónimo*.

—Oooh —pronunció con desilusión Marina—. Se acerca tu viaje de regreso. ¿Cuándo te irás?

—Estimo que dentro de un mes, en cuanto la nave esté lista y carguen las bodegas. Hay que salir antes de finales de junio, por las tempestades que llegan en julio. Por eso mismo he venido a verte: ¡podrías embarcarte también! Estaremos poco tiempo en Acapulco, apenas lo necesario para vender los productos y especias que Nando llevará. Y después de eso iremos al virreinato del Perú. ¡Ven con nosotros, Marina! ¡Disfrutarías otra vez de la vida en la corte de la virreina, tal como querías!

—No, Ysabel, te agradezco el ofrecimiento, pero aquello ya no me interesa. Aquí encontré mi destino: ¡me fascina enseñar! Tengo a un grupo de jóvenes a mi cargo y por los grandes progresos que han hecho, doña Eduvigis me dijo que pronto me dará más alumnas.

—¿Qué les enseñas? Si nosotras no sabemos escribir. Pensé que apenas vivías aquí recluida, como si fuese un convento pero sin los hábitos.

—No, es mucho más que eso, aquí no se instruye en las letras. Es un colegio para señoritas, para que mestizas y españolas sin alcurnia aprendan los modales y los conocimientos necesarios para convertirse en damas. El rey desea una sociedad pura y educada en este rincón del mundo, para eso hay que formar a las mujeres que la integrarán. Aquí aprenden cómo ocuparse de las casas de sus maridos al estilo español y a educar a sus hijos en la buena moral cristiana.

—Ay, Marina, deja esa tarea a otros. ¡Ven conmigo a Lima!

—No insistas, no quiero volver a la corte. Descubrí que esto es lo que más me gusta: ¡aquí puedo ayudar a los demás! A pesar de que nuestro padre nos infundió la ambición, recuerdo que nuestra madre nos inculcó la solidaridad, el interés por el prójimo. De verdad disfruto con lo que hago, Ysabel.

—Ahhh... Te creo. Hace mucho que no te escuchaba hablar con tanta vehemencia. Además, es una de las pocas conversaciones que mantuvimos en la que no mencionaste a Vega. Bien, respetaré tu decisión, ¡pero debes saber que voy a extrañarte mucho! —concluyó sin poder contener un sollozo.

—Yo también te extrañaré, pero el dolor será menor porque ambas sabremos que la otra es feliz —dijo mientras corría hacia ella—. Y mientras estés aquí, espero que me visites con más frecuencia.

Ysabel asintió en silencio, el llanto le impedía hablar. Seguían abrazadas cuando las interrumpió Plumet.

—Doña Ysabel, disculpe la intromisión, pero su marido ha llegado a buscarla.

—¿No te quedarás a almorzar? —preguntó Marina recomponiéndose.

—No puedo, pero vendré otra vez en unos días —dijo y se despidió cariñosamente.

Nando la esperaba afuera, de pie junto a la carreta abierta. Mientras se aproximaba Ysabel se deleitó observándolo. Tan alto y con un porte imponente, con esa piel dorada por el sol, a juego con sus cabellos y su barba. No vestía la capa a pesar de ser un caballero. Se permitía a sí mismo esa licencia en su vestimenta debido al húmedo calor, y a Ysabel le encantó percibir a través de la fina tela de la camisa ese pecho musculoso contra el que tanto le gustaba acurrucarse. Se sonrojó al recordar otras cosas que hacía junto a él y con una sonrisa disfrutó de la sensación de saber que ese hombre tan apuesto era suyo.

—¿Por qué tienes los ojos enrojecidos? Son huellas de lágrimas. ¿Qué ocurrió? ¿Puedo ayudarte a resolverlo, querida mía? —preguntó Nando preocupado cuando llegó a su lado.

—No, nada grave, me entristecí porque Marina no regresará con nosotros, voy a extrañarla.

—Tu hermana ya es adulta, debes dejarla seguir su propio camino —dijo tomándole una mano para reconfortarla.

—Lo sé, sólo tendré que hacerme a la idea. Pronto estaré bien.

—Ven acá, déjame ayudarte a subir —sugirió, y la alzó sujetándola por la cintura sin ningún esfuerzo hasta depositarla en el carro sobre los almohadones que la esperaban.

Como siempre, cuando esas fuertes manos la rodeaban, el corazón de Ysabel se aceleraba. Sin despegar la mirada de la de él se sentó y musitó:

—Gracias.

—No debes agradecerme, me preocupo por tu comodidad, tú eres hoy mi prioridad.

Ysabel se sorprendió por esas palabras. *¿Más que el barco?*, pensó. A pesar de los

apasionados encuentros que compartían, hasta ese momento Nando no había expresado que tuviese sentimientos por ella. Los unían su matrimonio, la pasión que compartían sus cuerpos y la ambición. Ninguno había mencionado algo más.

Todavía seguía pensando en eso cuando la carreta comenzó a moverse.

—¿Y Plumet? —preguntó, al ver que su fiel escolta se quedaba observándolos alejarse.

—Que camine. No lo necesitamos para lo que tengo planeado para esta tarde —respondió Nando sin ceremonia.

Ysabel no dijo nada. Conocía la aversión de su marido hacia el marinero. Estimó que si supiera que en realidad era una mujer su actitud cambiaría, pero era un secreto que no le correspondía revelar, por lo que se quedó callada. Sólo ella y Marina lo sabían, ya que la misma Plumet se lo revelara por sugerencia de Ysabel que no quería tener secretos con su hermana.

El intenso traqueteo de las ruedas por las calles embarradas hacía que Ysabel se sacudiese de un lado a otro sin poder evitarlo. El fuerte brazo de Nando intentaba impedir que se golpeará sujetándola contra él. Agradecida, Ysabel disfrutaba del cuidado y del contacto. A las pocas cuabras Nando frenó los carabaos debido a lo que se veía por delante de ellos y de la boca de Ysabel escapó la frase:

—¡Santísima Virgen! ¡Qué locura! ¡Alguien debe detenerlos!

—No se puede hacer nada —dijo con pesar.

—¿Cómo que no?

—¿Acaso nunca has visto una escena similar en la Ciudad de los Reyes? Es un acto habitual de la Inquisición: la quema de libros.

—Yo no andaba mucho por las calles en el virreinato, vivía siempre dentro del palacio. Había escuchado sobre el tema, pero supuse que apenas quemarían algún libro profano en una chimenea. Nunca imaginé algo así...

—Bienvenida al mundo real, mi querida —exclamó señalando con el brazo la inmensa pira en plena calle, de una braza de ancho y de la altura de un hombre, que les impedía pasar. A través de las llamas y debajo de ellas se divisaban las cubiertas de madera de decenas de libros siendo devoradas, puesto que demoraban más que los folios interiores en arder.

La humareda que llegó hasta ellos llevada por una calurosa brisa hizo que Ysabel tosiera. Sus ojos ardieron y las lágrimas brotaron. En parte por la densa nube, pero también por una extraña aflicción que se apoderó de ella. Aunque no sabía leer, había pasado incontables horas de su infancia junto a su padre en la biblioteca y muchas veces disfrutaban, inseparables, de lo que escondían esos objetos extraordinarios llamados libros. Admiraba las figuras y las historias que él extraía de allí para contarle. Le gustaba el aroma a tinta que emanaba del interior, la rugosidad del papel, pasar las páginas sin saber lo que la esperaba al otro lado. Toda esa magia que encerraban los libros estaba desapareciendo, convirtiéndose en cenizas delante de ella. El llanto no alcanzó para apagar la llama de su desconsuelo.

Antes de que Nando pudiera detenerla Ysabel saltó del carro y corrió hacia los dos sacerdotes que atizaban el fuego con una gruesa rama. Él fue tras sus pasos mientras ella se dirigía al monje de más edad:

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Detenga el incendio! Los libros no hacen mal a nadie.

—No sabe lo que dice, mujer. ¡En ellos hay supersticiones y falsedades del demonio! —exclamó el fraile dominico, que sacudía al hablar unos enrulados cabellos rojizos que

contrastaban contra su hábito negro, señalando la fogata y observando a su interlocutora de arriba a abajo. No la conocía, pero evaluó que estaba demasiado bien vestida, le resultaría complicado acusarla de brujería sin más pruebas que haber defendido esos libros heréticos.

—Basta ya, Ysabel. Vámonos de aquí. No puedes oponerte a la tarea de la Inquisición —pronunció Nando exaltado al llegar a su lado.

—No me opongo, apenas...

Una autoritaria mirada de él sumada a un gesto de silencio la obligó a callar. Enseguida Nando se dirigió al monje:

—Disculpe la inapropiada intromisión, padre. Mi esposa acaba de llegar a Manila y no conocía las disposiciones eclesíásticas con respecto a los libros de contenido prohibido o dudoso, que merecen castigo de fuego.

—¿Ah, sí? ¿Y de dónde vino? Sin duda de tierras herejes para desconocer las normas de la cristiandad.

—Oh, no. Vino de Lima, pero allí vivía recluida, y tras pasar largos meses en el mar océano ahora está descubriendo lo que ocurre en las calles. Le aseguro que su comportamiento no se repetirá. Bendición, padre.

—Eso espero. Dios los bendiga.

En cuanto el sacerdote finalizó el gesto sacro con la mano, Nando la arrastró de allí tomándola de un brazo.

—Lo que acabas de hacer es peligroso. No se puede desafiar a un inquisidor abiertamente. ¡Fue una insensatez! ¿Por qué tenías que pedirle que apagara el fuego? Esos libros ni siquiera eran tuyos.

—Es que me dio mucha pena. Los libros encierran una magia especial.

—¡Baja la voz! —le ordenó con un chistido—. Y deja de hablar de magia cerca de los dominicos o te encerrarán.

—Oooh... —Apenas pudo decir.

La palidez de Ysabel sobrecogió a Nando, y lamentó haberla asustado.

—No te preocupes, exageré un poco para que percibieras tu error. Nada te ocurrirá a mi lado, yo siempre te protegeré, esposa mía —murmuró para calmarla mientras la sujetaba con firmeza por miedo a que se desvaneciera.

—¿De verdad crees que me enviarán a prisión? —preguntó temblorosa.

—Ya te he dicho que no, olvídalo —insistió mientras volvía a subirla a la carreta—. Y ahora deja de pensar en eso, mejor ocupa tu mente con algo más atractivo.

—Como ¿qué? —mencionó desganada.

—Como el paseo que daremos, saldremos más allá del muro y descubrirás un lugar increíble. ¿Alguna vez has visto una cascada?

—No, ¿qué es eso?

—Algo único. Agua que cae sin parar desde lo alto de una montaña.

Sorprendida por lo que escuchaba, Ysabel olvidó el miedo anterior y quiso saber más.

—¿Como un río?

—Sí, pero sin cauce. Las aguas vuelan por el aire.

Entre exclamaciones de asombro y amenazas de no creerle, las descripciones de Nando los acompañaron durante el trayecto de poco más de una hora dentro de la selva. Una vez que el

carro ya no pudo avanzar debido al denso follaje, caminaron.

La amplia falda de Ysabel resultaba un estorbo, se enganchaba entre las plantas y en donde el sendero se estrechaba le impedía continuar. Hasta que a él se le ocurrió decir:

—Hmmm, lo que mantiene al vestido así ancho es el verdugado interior, ¿no es así?

—Sí, ¿por qué quieres saber?

—Porque entonces nuestros problemas se terminaron: quítatelo.

La risa de Ysabel ante su ocurrencia acarició sus oídos. Le encantaba oírla reír, no importaba si lo hacía para mofarse de sus palabras.

—¡Qué tontería! ¡No me lo voy a quitar!

—Es que sin ese nido de alambres y telas que llevas por debajo tu saya será más angosta, y podrás caminar con comodidad entre la espesura verde.

—Pero no es correcto andar sin el atuendo completo.

—Mi querida, nadie podrá verte en esta selva, y a donde vamos también estaremos solos. Luego podrás volver a vestirte, y llegarás luciendo como una perfecta dama cuando regresemos a la ciudad.

Ante esa explicación Ysabel obedeció y se deshizo de la incómoda enagua. Confiaba en él plenamente.

Desde allí avanzaron con más facilidad, y al rato la selva se abrió, revelando ante los ojos de Ysabel un paisaje que superaba con amplitud las descripciones de su marido.

—¡Oooh!

—¿Impresionante, no?

Estaban ante un lago de aguas turquesas tan transparentes que se podían ver las rocas del fondo del mismo y los coloridos peces que por allí nadaban. Pero lo más impresionante era de dónde provenía el caudal que alimentaba ese estanque a sus pies: del cielo.

Ysabel tuvo que mirar hacia arriba y aun así no alcanzó a ver el origen del grueso chorro de agua. Enfrente a ellos una alta montaña rocosa proveía ese salto constante.

—Es maravilloso. ¿Alguna vez deja de caer agua?

—No, no lo creo. Las habituales lluvias cargan el río que hay allá arriba con un abundante caudal.

Los rayos de sol atravesando el agua formaban un pequeño arco iris casi sobre la superficie de la laguna.

—Es hermoso —dijo Ysabel conmovida, y deslizó la mano en la de él, que estaba de pie junto a ella—, gracias por traerme a disfrutar de esta vista.

—La vista no será lo único de lo que disfrutarás aquí —pronunció de manera sensual, aunque alzando la voz para que ella lo oyera a pesar del ruido de la cascada.

Ysabel reconoció el gesto en esa mirada tan turquesa como las aguas y sonrió.

—¿Qué tienes planeado?

—Para empezar, meternos en el agua. Te sugiero que te quites el resto de la ropa.

—¿Al agua? ¿Y sin ropa? ¡¿Cómo se te ocurre?!

—Es que si no te la quitas te arrastraré así como estás cuando termine de desnudarme y te abraza, y no creo que quieras regresar a la ciudad empapada.

—¡Nando! —exclamó ofuscada mientras lo observaba sacándose las prendas una tras otra.

—Te sugiero que te des prisa.

—¡Santísima Virgen! Esto es insólito, jamás pensé que mi marido, un auténtico caballero, fuera a pedirme semejante cosa.

—Hay otras cosas que este caballero también tiene en mente pedirte, mi querida. Espero que haya tiempo incluso para eso.

—Yo no voy a meterme al agua —afirmó decidida.

—Lo harás, sin ropas o con ellas —la desafió jocoso.

—Me da miedo, no sé nadar —confesó, asustada.

—No te preocupes, iremos rodeando la orilla, allá por la derecha, ¿lo ves? Podrás estar de pie en todo momento. Además, yo estaré muy cerca de ti y cuidaré que no te caigas.

Las firmes manos que comenzaron a desabrocharle el jubón disiparon sus dudas: él estaba dispuesto a desnudarla, sería inútil luchar para evitarlo, por lo que decidió colaborar. En pocos minutos volaron cintas, trabas y botones. La pila de ropa en el suelo a merced de hormigas u otros insectos rastreros le preocupó, pero en cuanto se quitó la última camisa el abrazo de él ya no le permitió pensar en esos detalles. La humedad de esos cuerpos desnudos sudorosos por la caminata y el calor agobiante le resultó más sensual que nunca en ese entorno. Nando le deslizó la punta de la lengua por el cuello y la mano entre los pechos, dibujando una línea hasta el ombligo sobre la piel caliente.

—Tu cuerpo es hermoso, me fascina tocarlo y saborearlo.

Apartando apenas una mano de ella, estiró el brazo y arrancó una flor de un arbusto cercano. Con cuidado la colocó encima de la oreja de Ysabel y le pidió:

—Suéltate el cabello.

Atrapada por la magia del momento obedeció y se quitó las horquillas, sin pensar en cómo volvería a peinarse sin ayuda después.

Nando sonrió encantado al tenerla desnuda pegada a sí, con los cabellos ondeados oscuros desparramados sobre los hombros y ese hibisco rojo de grandes pétalos junto al pómulo, dándole color a su rostro. Le acarició la mejilla con los nudillos y disfrutó de ese momento digno del Paraíso. Resistiendo las ganas de besarla, la tomó de la mano y la guió por la orilla hacia donde estaba la caída de agua.

—Ven —le dijo internándose en el lago y arrastrándola con él—, pisa con cuidado sobre las piedras del fondo para no resbalar.

—Pero se ve profundo —respondió preocupada.

—No, apenas te mojarás hasta las rodillas en esta zona, y yo no te soltaré. Tranquilízate y confía en mí.

A medida que se acercaban a la cascada el murmullo del agua aumentaba, para convertirse en un rugido que tapaba cualquier palabra o sonido. Los chillidos de monos, el afinado canto de los pájaros y otros sonidos de la selva, que los habían acompañado hasta entonces, desaparecieron. Con el sol brillante sobre ellos calentándoles la piel, se metieron juntos en las tibias aguas, donde la exquisita transparencia les permitía verse por completo. Se agacharon, sumergiéndose hasta los hombros, con las manos de él sosteniendo la cintura de Ysabel. Una sonrisa le reveló a Nando que ella no temía a nada en sus brazos. Hipnotizado por esa confianza, la atrajo hacia sí y la besó.

Ysabel respondió separando sus labios, invitándolo a un encuentro profundo, a una danza de las lenguas. Maravillados por las sensaciones que cada roce les provocaba, empezaron a girar

abrazados, acercándose hacia la caída. Cuando las gruesas gotas los salpicaron mojándoles los cabellos no les importó: sus bocas no querían despegarse, sólo anhelaban ahondar más y más el contacto.

Los brazos de Nando treparon desde la cintura de Ysabel hasta la espalda para estrecharla contra su pecho mientras la besaba. El roce de la piel mojada en los erguidos pezones hizo que ella se estremeciera y arqueara la espalda para frotarse más en él. Sin dejar de besarla Nando le levantó las piernas para enroscarlas alrededor de su cintura. Su miembro quedó en la entrada de ella pero no avanzó, apenas la acarició mientras seguía besándola, con las respiraciones de ambos aceleradas.

Ysabel nunca había imaginado encontrarse en esa situación. Desnuda al aire libre, abrazada a un hombre dentro del agua, con su boca atrapada por un huracán en forma de beso, con todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo ardiendo, y fascinada por ello. Permitió que su lengua cobrara vida propia y recorrió el interior de la boca de él. Enloquecido por la iniciativa, Nando adelantó su pelvis para entrar en ella apenas un poco. El aliento del gemido que conectó los labios le dijo que Ysabel quería más, pero no accedió a su deseo. Sujetándola por debajo del trasero se puso de pie y salió del agua. Caminó con los cuerpos enganchados hasta la cascada y cruzó por debajo del chorro de agua. Empapados y pegados, se besaron con ímpetu tomando fuerza de la naturaleza. Una vez del otro lado Nando aflojó las manos y dejó que los pies de Ysabel se deslizaran hasta el suelo, saliendo de ella. Volvió a besarla, llevó una mano hasta donde sus cuerpos habían estado unidos y acarició los tibios pliegues. Ysabel se agitó y los dedos resbalaron en la cálida abertura. Nando los movió en enloquecedores giros primero, para zarandearlos en ella después. Hasta que las caderas acompañaron el ritmo y todo su cuerpo se sacudió a merced de esa mano.

Con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, Ysabel relamió el agua que le goteaba por el rostro hasta morir en los labios. Tenerla así, desnuda y mojada, entregada a él sin restricciones, lo enardeció. Apartándola de sí apenas lo suficiente, Nando la hizo girar hasta ubicarla de cara a la pared rocosa. Con cuidado le levantó los brazos para ayudarla a apoyarse en las piedras, mientras él buscaba acomodarse entre sus piernas, pero la diferencia de alturas le impidió alcanzar su propósito. La frustración arrancó un rugido de su interior. La tomó con fuerza por la cintura y la levantó hasta que los pies de ella encontraron apoyo en unas rocas salientes. Entonces sí avanzó pegándose a su espalda e internándose todo en ella en un solo empuje.

Con las manos apoyadas en las piedras, Ysabel lo recibió con una fuerte exhalación. Aunque él no podía escucharla, la inclinación del rosado trasero hacia arriba para facilitarle el acceso le dijo que a ella le gustaba esa escandalosa posición. Sujetándole las nalgas con firmeza salió y volvió a entrar. La inundó, zambulléndose una y otra vez dentro de ella, hasta que sus agitadas respiraciones acompañaron sus ritmos y se convirtieron en una, al igual que sus cuerpos.

Unidos, pegados, tan cerca como era posible, Nando sintió que estaba a punto de estallar pero no quiso salir de ella. Se preparó para el final abrazándola con fuerza por la cintura y mordiendo la nuca. Se movió y removió incontenible. La cubrió por entero sobre la espalda, mientras la llenaba como nunca había llenado a nadie, rugiendo tan fuerte como la cascada y fundiendo sus cuerpos en uno.

Ysabel agradeció que él la sujetase. Los embates la llevaron a sentir que su cuerpo se elevaba en una explosión infinita, y al descender estaba segura de que sus piernas no la sostendrían. Se

recostó sobre la poderosa figura que todavía la abrazaba y disfrutó del momento, ansiando extenderlo. Amarse en silencio había sido tan extraño como cautivante. Una experiencia absolutamente íntima. Con el sonido de las aguas todavía reinando sobre ellos, estiró una mano hacia atrás y le tomó la nuca. Él devolvió el gesto envolviéndole un seno y le besó la coronilla. Luego salió de ella y la giró para mirarla de frente. Quería decirle muchas cosas pero no había lugar para las palabras. Se limitó a transmitirle sus sensaciones en un abrazo interminable, fuerte, con los cuerpos inseparables, los alientos mezclados, las almas unidas.

Cuando finalmente la soltó, caminaron tomados de la mano hacia la orilla. Poco antes de alcanzarla Ysabel resbaló en una de las piedras del fondo del estanque y cayó de rodillas. A pesar de la galantería de él, que la ayudó al instante, al pararse de nuevo no podía apoyar el pie.

—¡Aaay! ¡Me duele mucho!

—¿Qué tienes? ¿Te has torcido el tobillo?

—No, sentí un pinchazo antes de que la piedra bajo mi pie se moviera y ahora me quema; y el ardor me sube por la pierna.

—Déjame ver —propuso ayudándola a sentarse y se agachó para observar el enrojecido talón de cerca. Tenía un círculo blanco marcado en el centro, él lo rozó con suavidad.

—¡Ouch! No me aprietes, por favor. Es una cruel tortura.

—Lo siento, pero apenas te toqué. Me preocupa tu pie, se está hinchando muy deprisa, parece una bala de cañón, ya no se distingue el tobillo y los dedos están unidos, como una sola masa. Debemos buscar a un médico.

—Pero no puedo caminar hasta el carro. El dolor es demasiado fuerte.

—No te preocupes, yo te llevaré.

—Mi ropa... —exclamó con poca energía.

—Primero te cargaré a ti, luego vendré por las prendas y te ayudaré a vestirme, ¿estás de acuerdo?

Ysabel asintió con la cabeza. Se sentía mareada, sin fuerzas para responder. Apoyó la sien contra el pecho de él mientras la levantaba, cerró los ojos y dejó de preocuparse. *Nando se encargará de todo*, fue lo último que pensó antes de desmayarse.

22

1 de junio de 1596.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

Aunque una de sus piernas ardía como si estuviese en llamas, Ysabel sentía mucho frío. Pero no podía mover las manos para cubrirse mejor con la sábana, ni conseguía pronunciar las palabras para pedir que le trajeran otra manta más gruesa. Tenía los ojos cerrados, los párpados le pesaban demasiado, no lograba abrirllos. Tampoco alcanzaba a discernir con certeza si estaba dormida o despierta, pero a pesar de la oscuridad en la que estaba sumida sabía que no estaba sola en la habitación. Escuchaba voces a su alrededor que hablaban como si ella no estuviese allí.

—La temperatura no cede a pesar de los paños fríos —pronunció un timbre que no reconoció—, ya la he sangrado, no hay nada más que pueda hacer. Regresaré mañana.

—¡Pero apenas ha oscurecido! Debe volver antes, al amanecer, y traer alguna solución. ¡Le exijo que salve a mi esposa!

—Lo siento, don Castro. Ya he aplicado un ungüento en la herida pero no sé si funcionará. La vida de la Adelantada está en manos de Dios.

Ysabel escuchó algo de vidrio golpear y partirse con estrépito y no tuvo dudas de que Nando lo había arrojado furioso. Unos instantes después se cerró la puerta y sonó otra voz nueva junto a esa que le era tan querida.

—El sacerdote médico se ha marchado —dijo Sauro.

—Lo sé. ¡Es un inútil! —tronó la voz de Nando y sus pasos alterados retumbaron en el piso de piedras.

—Tranquilízate, amigo.

—¡No! No quiero tranquilizarme, no puedo esperar sin hacer nada. Necesito saber que Ysabel se curará... ¡Ya sé! Ve a buscar a Basilius, pídele que venga. Explícale lo ocurrido, para que traiga algunas de sus pociones, como aquella con la que me salvó en Mogok.

—Pero estamos en mitad de la noche. Cuando amanezca...

—¡Nooo! ¡Ve ahora! —lo interrumpió—. Temo que, si esperamos, empeore.

—Bien, iré ya mismo, pero trata de descansar. No la ayudarás si desfalleces de cansancio.

Otra vez la puerta. Y los pasos suaves de Pancha se acercaron al lecho.

—Mi ama tiene el color de los que no regresan de ese sueño profundo.

—¡Cállate, india maldita! Se va a salvar. Se tiene que salvar...

—Datú dijo que los que pisan el venenoso pez piedra ya no se despiertan.

—¿El pez qué? Que venga ahora y me explique lo que sabe. ¡¡Datúúú!! —gritó.

El mayordomo tagalo demoró en llegar y se hizo escuchar con tono somnoliento.

—Aquí estoy, don Nando

—¿Qué le has dicho a Pancha de un pez con veneno?

—Sólo le dije lo que creo: que la doña Adelantada ha pisado un pez piedra. Se llama así porque es similar a las rocas, se esconde entre ellas y tiene un veneno en las puntas de las aletas para defenderse. Si la doña tiene una marca redonda blanquecina en el pie rojo y caliente, sin duda ha sido eso.

—¿Y cómo se cura? —preguntó Nando en cuanto escuchó la descripción del filipino.

—Es muy difícil de recuperarse —murmuró sacudiendo la cabeza—, apenas unos pocos curanderos tagalos saben echar el veneno fuera del cuerpo.

—¿Conoces a alguno?

—El de mi pueblo murió hace poco y no dejó sucesor.

—¿No hay otros?

—No cerca de Manila. Llevaría semanas ir hasta el norte de Luzón o a Mindanao. No vivirá tanto tiempo...

—¡Noooooo!

El grito desgarrador de Nando fue lo último que escuchó Ysabel antes de perderse en el sopor de la fiebre.

—Aquí le traen el *tsokolate*, eminencia —anunció un sacerdote de menor rango a su superior cuando el criado tagalo golpeó la puerta de la estancia.

—Que pase y lo sirva, mi visitante ya está por marcharse —respondió el obispo sin ofrecer la exquisita bebida al caballero sentado frente a él y forzándolo a terminar la charla—. ¿Tiene algo más para decirme?

—Insisto para que tenga en cuenta mi pedido, señor obispo. Ese hombre es una mala influencia para las almas de esta comunidad cristiana, debe caer el peso de la justicia divina sobre él.

—Ya le he escuchado decir eso dos veces —señaló aburrido—. Mejor vamos a lo que me interesa: ¿qué más sabe de ese libro que mencionó?

—Que es muy grande, tanto que debe ser transportado entre dos personas; y que contiene imágenes diabólicas.

—Eso ya lo ha dicho, don Rojas —clamó impaciente—. ¿Algo más?

—Muchas figuras tienen un halo dorado, y su portada está exquisitamente trabajada. Es todo lo que sé.

—Y no va a revelarme quién es su fuente, ¿no es así?

—No puedo, señor obispo. La dama me hizo prometer...

—Oh, es una fémina. Pues en ese caso debo desconfiar de la veracidad de los dichos. Muchas veces el despecho es el responsable de estas acusaciones. En algunas ocasiones esos chismes nos llevan a descubrir verdaderos herejes, pero en otras se castiga a inocentes. Le concederé el beneficio de la duda y pensaré en su pedido. Ahora, puede retirarse —dijo y extendió la mano para que el hombre le besase el anillo.

—¿Me avisará sobre la decisión que tome? —preguntó ansioso el visitante después del rito.

—¡Por supuesto que no! —exclamó con disgusto y lo despidió señalándole la puerta. Al obispo no le agradaba ese hombre con ínfulas de grandeza. Rojas había sido gobernador de las Filipinas por poco tiempo, días apenas, pero se comportaba como si todavía lo fuese. Su mandato había terminado por culpa del hombre a quien ahora acusaba de hereje. Lo cual le hacía sospechar que el dato no era del todo cierto. Pero había algo que le interesaba en toda esa historia: el libro gigante. Si en verdad se hallaba en Manila el *Codex Gigas*, él lo quería.

Bebió un largo trago del dulce brebaje y pensó en la mejor manera de obtenerlo. No podía enviar a los alguaciles de la Inquisición por él porque en ese caso se vería obligado a quemarlo. Y tenía otro destino para el codiciado libro: su biblioteca personal. No porque coleccionase libros profanos, sino que éstos eran los más caros, los que podía revender a mejores valores en el mercado negro. Vacío la taza de un trago, buscando la forma de hacer llegar esa rara pieza a su sótano, donde la escondería a la espera de los compradores adecuados.

Mientras aguardaba la llegada de Basilius, Nando salió al patio a tomar un poco de aire. Caminaba sin rumbo entre las sampaguitas, sin siquiera percibir el penetrante perfume que las flores soltaban en la oscuridad de la noche. Su mente acompañaba el intenso ir y venir de sus pasos. Por momentos se decía a sí mismo que Ysabel iba a recuperarse y respiraba aliviado; pero al rato lo invadía un miedo atroz al recordar la palidez del delicado rostro, que denunciaba la inminente posibilidad de perderla.

Interrumpió sus rondas la voz del gobernador.

—Me contó Datú que tu esposa está muy mal. Lo siento.

—¡No lo sientas! ¡Ysabel no ha muerto! —exclamó pasándose las manos por el cabello con desesperación.

—Vaya, no imaginaba que fueras a reaccionar así. Recuerdo que hace apenas un par de meses ansiabas casarte con ella por sus títulos. Pues ya está, ya los tienes. No debes preocuparte, Nando.

—Sí me preocupo, porque... porque es mi esposa y la quiero a mi lado.

—Pero si ella muere, seguirás siendo el Adelantado. Ya has alcanzado tu meta.

—¡No digas eso, maldita sea! ¡Quiero que Ysabel viva!

—Es loable que no pierdas las esperanzas, pero debes estar preparado por si Dios decide llevársela.

—¡No me hables como un sacerdote, Luys! Esos seres oscuros no son capaces de ayudarla, sus conocimientos curativos son insuficientes. ¡No sirven para nada!

Dasmariñas percibió la indignación, la impotencia y el dolor de su primo, que lo transformaban en un manojo de ira. Nunca lo había visto tan alterado.

—Tranquilízate, Nando. Tu enojo no ayudará a la Adelantada en estos momentos.

—Es que no soporto verla así, tan indefensa... —Su voz se quebró hacia el final de la frase.

—Y yo no tolero esta nueva faceta tuya, la sensibilidad no es tu estilo, primo. A ver, deja de preocuparte y cuéntame qué fue lo que ocurrió. No entendí mucho del relato de Datú.

Tras inspirar con fuerza para recomponerse, Nando le explicó que un objeto desconocido se había clavado en el pie descalzo de Ysabel, y que el mayordomo tagalo suponía que había sido un pez de púas venenosas que se escondía entre las piedras marinas.

—No comprendo, ¿cómo podría haber estado la Adelantada descalza entre peligrosos peces? —preguntó, pero en cuanto terminó de hablar se respondió a sí mismo: su primo. Sin duda Nando de Castro había logrado lo que pocos caballeros se atrevían siquiera a proponer: trasladar sus costumbres carnales con mujeres livianas a los lechos de las esposas legítimas. O en este caso, bien lejos de las sábanas, para amarse bajo las aguas—. ¿La cascada? —preguntó frunciendo el ceño.

Nando ignoró su mirada de reproche y asintió, pero enseguida lo distrajo la llegada de Basilius.

—¡Qué alivio verte, amigo! ¿Te han explicado lo que ocurrió?

—Buenas noches, caballeros —saludó con una inclinación de cabeza—. Sí, me han relatado algo sobre un veneno y mucha fiebre. Si es tu deseo puedo ver a tu esposa e intentar ayudarla, pero debes recordar que no soy médico.

—Lo sé, lo sé; pero ya me salvaste a mí una vez cuando todos creían que las fiebres me llevarían. Te pido que hagas lo mismo por ella, no quiero perderla.

La mirada suplicante de Castro conmovió al anciano. Asintió y dijo:

—Haré todo lo posible. Traje láudano y otras preparaciones que podrían ayudar.

—¿Láudano? —preguntó el gobernador—. Tengo entendido que es una poción muy cara y difícil de conseguir, una rareza. ¿Cómo la obtuvo?

—Yo mismo lo preparé —respondió con simpleza y un encogimiento de hombros—. Llévame con ella.

A pesar de la humildad de Basilius, Nando sabía que el láudano era difícil de elaborar. Se lo habían explicado después de que se recuperara, contándole las virtudes del remedio salvador. Consistía en una mezcla de alcohol, azafrán, clavo, canela y semillas de opio, cocinada en diferentes etapas en el atamor, macerada varias veces, y que requería de técnicas alquímicas especiales además de las costosas especias, que felizmente se conseguían con facilidad en esas tierras. Los poderes de la poción final eran superiores a cualquier otra conocida: curaba todos los dolores y aliviaba la fiebre. Había sido inventada por el alquimista Paracelso, quien fuera maestro de Basilius, por lo que él sabía obtenerla mejor que nadie. El anciano siguió a Nando hasta la habitación y en cuanto dio una ojeada a la pierna de Ysabel, ya hinchada hasta la rodilla, le pidió a la criada indígena:

—Un brasero con buenas llamas, agua caliente y muchos paños limpios.

Cuando Pancha salió a cumplir el encargo volvió a revisar la herida, esa vez con más detenimiento y frunció los labios en una tosca expresión.

—No pongas esa cara, Basilius, dime que la podrás curar.

—No lo sé, hijo. El láudano que le daré ahora le bajará la fiebre, pero esa pierna no se ve nada bien. Ese color morado no es bueno, y esa hinchazón... Hmmm, lamento no tener buenos augurios.

—Eso mismo ha dicho el médico, ¡tú dime que lo intentarás! —exclamó impaciente, para

enseguida cambiar el tono a una súplica—. Por favor...

—Sí, lo intentaré.

Agarrado con desesperación de esa frase como si fuese una tabla salvadora de la cual sujetarse a flote en un mar embravecido, Nando se dejó caer en una silla cercana al lecho. Desde allí observó cómo su amigo vertía unas gotas de líquido en la boca de Ysabel, para luego dedicarse a la pierna. Buscó el orificio de entrada del veneno en la planta del pie y con su afilada daga, cuya hoja calentó en el brasero llevado por Pancha, realizó varios cortes profundos alrededor del mismo. Nando seguía atento sus movimientos y al ver la sangre temió que Ysabel sufriera, pero ella ni se movió.

—Han pasado varias horas, no puedo extraer todo el veneno. Deberé combatirlo dentro de su cuerpo —explicó Basilius.

Nando asintió en silencio, demasiado abatido para responder. Lo vio agrandar las heridas que había realizado y aplicar en el interior de las mismas una mezcla con un fuerte olor que enseguida identificó.

—¿Pólvora? —preguntó.

—Sí, mezclada con pimienta molida, unas sales y jugo de frutas cítricas, que son ácidos.

—¿No le hará daño?

—Quizás, pero es lo único que puede salvarla. Este poderoso ungüento hará salir lo malo de su cuerpo y entonces, si la dama es fuerte, podría recuperarse. Ahora me recostaré un rato si me ofreces un jergón donde descansar. Debo volver a intervenir las heridas al amanecer.

—Por supuesto, Datú y Pancha te mostrarán una habitación de huéspedes —dijo Nando e hizo un gesto a la india para que se ocupara de ello—. Gracias, amigo.

—No me agradezcas aún, ya veremos cómo se desarrolla todo. Regresaré en unas horas. Adiós.

Después de la salida de Basilius y la criada, Nando no volvió a ocupar la silla junto al lecho de Ysabel, sino que se arrodilló en el suelo a su lado. Él, que desde hacía años había dejado de asistir a misa con regularidad e iba apenas ocasionalmente para que los sacerdotes no percibieran su ausencia, recurrió a la fe para sostenerse en medio de la desolación. Retomando un hábito que hacía mucho había abandonado, esa noche unió las manos y rezó.

Las plegarias fueron su refugio durante horas. Las repitió una y otra vez, dedicadas a todos los santos que recordaba. Cuando los cantos de los pájaros le anunciaron que el amanecer se acercaba, sus oraciones cambiaron de destinatario: pasó a hablarle a ella. Y los murmullos se convirtieron en frases audibles de esa ronca y aterciopelada voz:

—Quiero contarte que antes de conocerte estaba en la búsqueda de algo mayor, que diera sentido a mi vida. Creí que la respuesta eran las aventuras que debía enfrentar en mi eterno afán por riquezas, pero me equivoqué. El destino me reservaba una sorpresa: tú, Ysabel. Tú llenaste mi alma hueca con tu presencia, con tus risas; eres lo que justifica mi existencia. Debes despertar. Regresa ya de ese sueño profundo; nuestra vida juntos está esperándote. Sin ti todo lo que planeo no tendrá sentido. Desde que te dormiste el silencio en mí se hizo eterno. Siento que ya no soy dueño de mi vida, porque me la has robado. Yo estoy allí, contigo, a tu lado en esa oscuridad eterna. Quiero que juntos salgamos de ella, seré tu puente, tu escalera, el camino que te arrastrará de vuelta a la vida. Yo te rescataré de ese abismo, tú me rescatarás de mi agonía. Ven conmigo, Ysabel. Aférrate a mi mano y regresa.

A pesar de sus anhelos, sólo el silencio le respondió. Los párpados coronados por largas pestañas oscuras seguían cerrados, los puños inertes. Sin desanimarse continuó:

—Sé que nada es eterno, que la vida no ofrece garantías de ser para siempre, pero acabo de hallarte. No puedo perderte tan pronto. El milagro de nuestra mágica conexión debe durar más que unos días. Descubrí que nuestros cuerpos encajan a la perfección porque nacieron para encontrarse, para estar unidos. Quiero volver a pegarme a ti y llenarte una y mil veces, y no lo digo por lujuria, lo digo porque... porque te amo. ¡Sí, te amo! Esto es una revelación también para mí, nunca antes había amado a una mujer. Nunca había sentido esta necesidad de estar al lado de alguien para sentirme completo, y nunca había tenido ganas de concebir un hijo. Contigo quiero todo eso. Regresa a mí, adorada Ysabel. Te necesito...

El trino de las aves remarcó el mutismo dentro de la habitación.

Nando dejó caer la cabeza entre las manos, unidas sobre el colchón junto al cuerpo inmóvil, y lloró.

Ya bien entrada la mañana regresó el médico. Revisó el pulso de la enferma y la fiebre. Sacudió la cabeza varias veces y no se molestó en mirar la herida del pie. Dentro de la apatía que se había apoderado de él, Nando lo agradeció interiormente: no se sentía con fuerzas para justificar los cortes realizados por Basilius en dos ocasiones. Pero cuando el sacerdote pidió a su asistente la oliera y la estola, enfureció.

—¡No permitiré que den la extremaunción a mi esposa! —exclamó.

—Eso está más allá del alcance de sus derechos como esposo. No puedo consentir que el alma de la Adelantada parta al reino del Señor sin los sacramentos. La ungiré con los óleos a pesar de lo que vuesa merced diga —respondió con gravedad y extendió la mano para tomar la faja sagrada y colocarla sobre sus hombros—. Estimo que no me sacará de aquí por la fuerza.

—Lo haré si es necesario. ¡Todavía respira! ¡Y va a vivir! ¡Aléjese de ella!

Sauro, que aguardaba noticias en el patio junto con Plumet, escuchó el griterío e intervino:

—Vamos, Nando. Déjalo cumplir con su tarea, es lo que doña Ysabel hubiese deseado —dijo llegando hasta él.

—Por favor, amigo, no hables de ella en pasado, como si ya no estuviese aquí —suplicó cargado de dolor.

—Te entiendo, no lo haré más, pero ahora deja actuar al sacerdote. No la matará con los óleos y una bendición; después de que se marche ella seguirá viva y podrás continuar a su lado.

Nando asintió en silencio. Sauro tenía razón. Aprovechó la intrusión para ir hasta su habitación, necesitaba refrescarse. Recorrió dos patios desolado, incómodo, sin saber bien qué hacer. Se sentía raro. Una vez en la intimidad de su alcoba dio un puñetazo a la pared, pero eso no lo calmó. Inspiró con fuerza y se resignó: entendió que el extraño vacío en su interior sólo desaparecería cuando Ysabel se recuperase. Después de vaciar su vejiga en el orinal echó una mirada a la tina. Le hubiera gustado sumergirse en tibias aguas perfumadas con Ysabel entre sus brazos, y que todo eso que estaba viviendo fuese apenas una pesadilla. Pero la soledad de la alcoba le dijo que la realidad era otra. Ysabel no estaba a su lado, agonizaba. Sacudió la cabeza, se lavó el rostro y las axilas, con prisa cambió su camisa por una limpia y regresó para seguir velando por ella.

Estaba atravesando el jardín que separaba las habitaciones y pensando en que Ysabel debería

mudarse a la de él cuando se recuperase, cuando tres figuras vestidas de negro se cruzaron en su camino, obligándolo a detenerse.

—Buenos días. ¿Don Fernando de Castro y Rivadeneyra?

—Sí, pero ahora no recibiré a nadie. Estoy muy ocupado, con permiso.

—No venimos a solicitar una audiencia, sino a buscarlo. Deberá acompañarnos.

—No, no puedo, mi esposa...

—No fue una pregunta. Vendrá con nosotros, don Castro. Queda detenido en nombre de la Santa Inquisición.

—¿Qué dice? ¡No sea ridículo! Soy un devoto cristiano viejo, mi linaje es impecable; soy caballero de la Orden de Santiago, una distinción que lo prueba.

—Muchos nobles de sangre limpia abrazan las artes impuras y heréticas por influencia del Maligno. ¡Sabemos que vuesa merced es propietario de la Biblia del Diablo! —acusó y se santiguó el monje.

—No tengo nada del diablo, ¡no diga tonterías!

—¡Miente! Sabemos que ese libro profano está en una de sus propiedades, cuando lo encontremos arderá en la hoguera.

—Dado que no tiene pruebas, esta conversación está fuera de lugar. Deben respetar mi título, soy el Adelantado del rey, ¡quítese de mi camino! —tronó imperioso.

—¡El poder del rey no es superior al poder del Señor! ¡Aguardará su juicio en prisión! —anunció e hizo un gesto a sus seguidores.

Antes de que Nando pudiese reaccionar, dos hombres tan altos como él se ubicaron a uno y otro lado suyo, le apresaron los brazos y le colocaron unos grilletes en las muñecas.

—¡No! ¡Suéltense! —Intentó liberarse, pero era demasiado tarde, ya lo estaban arrastrando. Se sacudió buscando escapar, pero un fuerte golpe en la cabeza de parte de uno de los guardias lo atontó.

Mareado y abatido, percibió entre tinieblas que lo estaban llevando, pero no le importó. Poco representaba para él la tenebrosa Inquisición frente al miedo constante que atravesaba su pecho desde el día anterior. Mientras lo llevaban hacia un destino desconocido, en su mente sólo había lugar para un pensamiento: *Ysabel*.

23

Junio de 1596.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

Desde la llegada de Marina al colegio de Santa Potenciana, doña Eduviges delegaba cada vez más tareas en ella. La joven de noble cuna se había convertido en su mano derecha y sin duda algún día dirigiría ella misma la institución. Por eso a la dama no le llamó la atención el largo rato que demoró Marina en atender a su llamado. Había pasado más de media hora desde que mandara una criada a buscarla; debían reunirse para resolver detalles del contenido de unas nuevas clases que impartirían.

Cuando Marina finalmente apareció iba acalorada, con el rostro enrojecido.

—Lo siento, doña Eduviges, estaba ocupada acomodando a la nueva interna...

—¿Qué nueva interna? No recuerdo que alguien fuera a ingresar hoy —dijo alzando las cejas alarmada.

—Sí, lo hablamos hace unos días. Se lo comenté cuando nos llegó el pedido, quizás vuesa merced lo ha olvidado —aclaró, sin prisa pero sin pausa—. Es la esposa de un militar que no podrá regresar a Manila como esperaba, y nos solicitó que cuidásemos de ella. A cambio de una buena paga, por supuesto. Pero no debe preocuparse, ya me ocupé de todo. He ordenado que la instalen en el ala más alejada. Me parece lo más conveniente hasta que se acostumbre a la rutina del lugar. Aquí están las monedas que la recién llegada me entregó por su estadía.

Doña Eduviges asintió, agradecida por la capacidad de esa joven, y guardó el oro en un cajón con llave. Marina resolvía los problemas por sí misma. Antes de que llegara había tenido que ocuparse de todo en persona, ahora felizmente podía delegar tareas en ella.

—Doña Marina, la mandé llamar para que juntas organicemos las clases de modales en la mesa durante banquetes.

—Ay, doña Eduviges, no debe preocuparse por ese tema, ya lo tengo casi resuelto en mi mente, pero no podré juntarme con vuesa merced ahora. Debo ir a visitar a mi hermana, ¿recuerda que está convaleciente?

—Ah sí, me alegra que la Adelantada esté mejor. Llévele una cesta con frutos de nuestra

huerta con mis deseos para una pronta recuperación.

—Así lo haré, le agradezco la atención —musitó Marina, pensando que más que las frutas, su hermana le agradecería las noticias que iba a llevarle.

Desde que despertara de una intensa fiebre de varios días, Ysabel se la pasaba preguntando por su marido. La cura de Basilius había funcionado. Aunque el alquimista tuvo que alejarse tras la detención de Nando, había dejado en manos de Pancha un frasco con láudano y un ungüento para aplicar en el pie de Ysabel. Cuando recuperó la conciencia, Marina fue la encargada de contarle que había sido detenido por la Inquisición. La palidez extrema de su hermana al conocer la novedad la asustó, por lo que se apresuró a agregar el resto de la información: que Nando había escapado de los guardias que lo llevaban a las catacumbas del convento dominico y continuaba prófugo. Eso había devuelto los colores a las mejillas de Ysabel, aunque no acabara de aquietar su angustia.

Marina de Barreto salió de la oficina de la directora del colegio apurada. Quería ir a visitar a la convaleciente, pero antes debía ocuparse de otro asunto de mayor importancia. Con el corazón acelerado recorrió presurosa varios patios, atravesó el ala de las alumnas más pobres y finalmente llegó a su destino: la habitación donde unas horas antes había ubicado a la nueva interna. Golpeó y esperó. Pasó un largo rato antes de que sonara el ruido del cerrojo al correrse y asomara el rostro de una muchacha.

—Soy yo —dijo Marina en voz baja, mientras empujaba la puerta para entrar y volvía a cerrarla de prisa tras de sí.

—Demoró mucho en regresar, doña Marina. Me preocupé. ¿Qué debo hacer si es otra persona quien viene y golpea?

—En primer lugar, la próxima vez sin duda demoraré más en venir, no puedo pasar aquí todo mi tiempo; y en segundo lugar no creo que venga nadie, no hay motivos para ello. Pero si ocurriera, debe hacer exactamente esto que ha hecho: abrir lentamente para ver quién la llama, como una damita educada.

—¡Diablos! Eso me resultará difícil. ¿No puedo sacar mi estoque? —concluyó mostrando el filoso acero de la espada que sostenía oculta junto a su pierna, entre los pliegues de la falda.

—¡Claro que no, Plumet! ¡Y no suelte palabrotas! Es exactamente lo contrario de lo que debe hacer. No condice con ese encantador aspecto. Si no fuera por su falta de modales, hasta podría conseguir un marido —comentó risueña, observando al marinero devenido en dama—. Ahora dígame: ¿dónde lo escondió? ¿Sigue en el baúl?

—No, ya salí de ese ataúd ambulante —tronó una grave voz, que sonó ahogada desde debajo de la cama. Y enseguida los bordes del acolchado se movieron para dar paso a Nando, quien con bastante barullo se puso de pie frente a Marina.

—¡Shhh! —le ordenó su cuñada con un dedo sobre los labios.

—Hago lo que puedo, me duele todo el cuerpo por estar tantas horas acurrucado en ese baúl, es muy pequeño y yo soy demasiado alto.

—No se queje, sin duda es más confortable que las celdas de la Inquisición.

—Es probable que tenga razón; aunque gracias a vuesa merced y al joven... perdón, a la joven Plumet —dijo con una mueca—, no las conoceré por dentro. Ahora cuénteme qué más han planeado, ¡quiero ver a Ysabel cuanto antes!

—¡Nada de eso! Por ahora vuesa merced se quedará aquí escondido.

—Pero debo verla.

—No por ahora, la Inquisición lo está buscando por toda la ciudad y hay espías sin duda en la casa del gobernador.

—¿Y cuándo podré encontrarme con ella?

—Pronto, en cuanto Ysabel pueda salir la traeré aquí. Nadie sospechará.

Nando recorría la pequeña habitación con largas zancadas una y otra vez mientras escuchaba y pensaba. Le costaba controlar la ansiedad. No soportaba estar lejos de ella, su detención era una locura, nunca debería haber ocurrido, y menos aun estando Ysabel enferma. Había sido arrancado de su lado cuando ella más lo necesitaba. Aunque sabía que no era culpa suya, se sentía mal por ello.

—¿Es cierto que está mejorando? ¿Qué tan pronto podrá venir?

—Sí, debe tranquilizarse y esperar. Quizás pueda hacerlo dentro de pocos días.

—¿Y Basilius? ¿A él también lo detuvieron por ser el dueño del libro? Plumet no supo informarme de él.

—Tenían orden de arrestarlo —afirmó Marina—, pero cuando sucedió el altercado con los inquisidores Basilius estaba en la mansión con Ysabel y a ellos no se les ocurrió buscarlo allí. Se quedó junto a ella todo ese día atendiéndola, y cuando mi hermana dio señales de mejoría, desapareció. Aunque el Santo Oficio sigue tras sus pasos, dudo que lo alcancen.

Nando asintió, estaba uniendo todas las piezas del rompecabezas que tenía a su alcance. Poco antes de salir de los jardines del palacio gubernamental, mientras los alguaciles de la Inquisición lo llevaban detenido, una sombra saltó desde atrás de los arbustos y golpeó en la cabeza con un garrote a uno de los guardias. Al instante Nando se echó con todas las fuerzas que le quedaban contra el otro y lo arrojó al suelo. El prelado que iba adelante intentó gritar, pero un certero garrotazo en su boca lo interrumpió. Con las manos engrilladas Nando se puso de pie con esfuerzo para ver quién lo estaba ayudando, creyendo que era Sauro, y para su sorpresa encontró a Plumet, el guardaespaldas de Ysabel.

—Gracias —dijo, mientras extendía las muñecas hacia la llave que Plumet le había quitado al guardia.

—No me agradezca todavía, debemos marchar fuera de los muros de la ciudad, esto recién empieza.

—¿Vendrá conmigo?

—Sí, tendrá más chances de sobrevivir con ayuda que solo.

—Sabe que será muy arriesgado. Si nos atrapan iremos ambos a la hoguera.

—Entonces tendremos que hacer todo lo posible para evitar que nos agarren —dijo con un guiño y empezó a correr—. Vamos, sígame.

Como todavía los hombres del Santo Oficio no habían dado ninguna orden para buscarlo, ya que no imaginaban que intentaría escapar, Castro y Plumet pudieron atravesar los portones del muro que rodeaba la ciudad sin llamar la atención. Luego corrieron en sentido opuesto al puerto: hacia la selva. Como no sabían cuándo sus seguidores saldrían a buscarlos, decidieron evitar los caminos por donde los pastos estaban gastados debido al tránsito. Se internaron entre árboles, malezas y arbustos, y aunque el avance resultó lento, el plan funcionó: el tupido follaje los cubrió con rapidez.

Después de andar varias horas se detuvieron a beber agua de un riacho transparente y

recuperar energías. Plumet fue el primero en hablar:

—Escucho los rugidos de mis tripas. ¿Qué se le ocurre?

—¿Con respecto a comer? Caza aquello que puedas atrapar, muchacho, o súbete a un árbol y descuelga un par de cocos.

—No, decía con respecto a cómo seguir. Yo había pensado que quizás podamos escapar en un junco.

—No, sólo si atravesamos toda la isla, lo cual podría llevarnos muchas semanas, y si tenemos la suerte de encontrar uno esperándonos al otro lado, listo para zarpar con velas y remos —dijo irónico—. Además, no dejaré Manila sin Ysabel.

—Pero escuché que la Adelantada tenía pocas posibilidades de salvarse —murmuró entristecido.

—¡Todavía vive! ¡Eso es lo único que me importa! Me ocultaré en la selva hasta que la situación con la Iglesia se resuelva y pueda regresar junto a mi esposa.

—¿Ah, sí? ¿Y quién le va a resolver los problemas con la Inquisición?

—Confío en que mi primo, el gobernador, haga algo por mí.

—¿Él sabe que debe hacerlo? Quizás piense que vuesa merced ha huido y no va a regresar.

Nando analizó la observación de su acompañante. El marinero tenía razón. Si Luys desconocía que debía defender su inocencia para que pudiese regresar, no se le ocurriría hacerlo. Además, él no quería alejarse mucho de Ysabel, por lo que decidió:

—Acamparemos aquí, y mañana regresarás a la ciudad a cumplir varias tareas. La primera, averiguar sobre la salud de Ysabel. Después hablarás con el gobernador para organizar cómo limpiar mi nombre. No huiré lejos, no voy a permitir que unos sacerdotes malnacidos dictaminen el nuevo rumbo de mi vida.

—Sí, señor.

Nando apenas pudo pegar un ojo esa noche, con el oído atento a posibles pisadas de perseguidores, distraído por los extraños ruidos de la selva, y con la mente concentrada en Ysabel. Al amanecer sacudió a Plumet de sus sueños para enviarlo de regreso a Manila. El adormilado muchacho partió con los encargos y él se quedó esperando noticias. Buscó calmar su ansiedad recogiendo unos frutos, pero ni siquiera golpear con fuerza los cocos para abrirlos logró ayudarlo, no cedía el puño que estrujaba su corazón. Convivió con el dolor todo el día.

Plumet regresó al atardecer, cargando una enorme bolsa de tela sobre la espalda. Parecía pesada, Nando ignoraba qué podía contener, pero eso poco le importaba en ese momento. Lo primero era averiguar sobre el estado de Ysabel, lo corroía la angustia, pero a la vez temía preguntar. Las palabras estaban atrapadas en su garganta. Si ella ya no estaba entre los vivos prefería no saberlo. Se aferraba a la ignorancia para paliar el dolor de la realidad. Hasta que finalmente se animó a indagar. Debería enfrentar lo que el destino pusiera en su camino.

—¿Ysabel?

—Sigue inconsciente, pero la fiebre ha cedido. Según doña Marina eso es una buena señal.

La presión de la garra en su pecho se aflojó un poco, aunque no lo soltaría del todo hasta que ella despertase y el peligro de perderla hubiese pasado.

—¡Gracias a Dios! —exclamó y resopló aliviado.

—Pude llegar sin problemas al palacio y me encontré con doña Marina cuidando a su hermana, hablamos un rato a solas. Le expliqué la situación y debo reconocer que la damita es

muy inteligente. Se le ocurrió un plan para ayudar a vuesa merced a regresar a la ciudad, desde donde podrá dirigir la estrategia para limpiar su nombre mejor que desde aquí —explicó exultante, parado con las piernas separadas. Antes de continuar pasó un largo rato rascándose el trasero.

—¡Habla ya! Dime cuál es ese plan.

—Primero debe cumplir un requisito muy importante, porque voy a revelarle un secreto muuuy privado, y tiene que jurarme por la vida misma de la Adelantada que nunca lo contará a nadie.

—Bien, lo juro.

—Con un poco más de formalidad, por favor, don Nando, es importante.

—Nada es tan importante como la vida de Ysabel para mí. Tienes mi palabra de que no revelaré tu secreto, pero habla ya o te arrepentirás de hacerme esperar, muchacho.

—Bueno, ahí está: a partir de ahora no deberá decirme más muchacho, sino «señora».

Nando alzó las cejas sin entender.

Plumet se sacó el sombrero, soltó sus desgredados cabellos, extendió los brazos y dijo:

—Aquí me tiene, esto es lo que soy. ¿Lo ve?

Pero Nando seguía sin comprender.

—Veo un joven con la cara sucia y mal peinado. ¿Puedes explicarte mejor?

—Que soy una mujer.

—No entiendo.

Para no perder el tiempo discutiendo inútilmente, Plumet optó por ahorrarse palabras: se levantó el frente de la camisa hasta los hombros y desató la faja que le cubría los senos. Cuando éstos se irguieron libres, blancos y redondeados, con femeninos pezones rosados, Nando no pudo evitar exclamar:

—¡Por Dios santo! ¡Eres un farsante! ¡Nos engañaste a todos! ¿Y eso? —preguntó señalando un obvio bulto entre las piernas de Plumet.

—Una media de lana cosida a mis pantalones —explicó mientras se bajaba la camisa—. Pero no engañé a todos: la Adelantada y doña Marina lo saben desde hace mucho, por eso a ella se le ha ocurrido este plan.

—¿Cuál es el plan? —consultó, todavía digiriendo la novedad.

—Doña Marina me recibirá como una interna más en su colegio para damas, y vuesa merced entrará escondido en un baúl como parte de mi equipaje. Ella dice que puede hacerse, pues algún amante desesperado ya lo ha hecho.

—¿El lugar es seguro?

—Ella cree que sí, en el colegio no hay gente del clero que pudiera ir con el cuento en el caso de que lo vieran, pero de cualquier manera haremos lo posible para que nadie lo descubra.

A Nando no le pareció mala la idea. Estaría lo suficientemente alejado de los inquisidores y a la vez cerca de Ysabel para tener noticias de ella con regularidad.

—Bien, lo haremos.

—Doña Marina me pidió un par de días para conseguir un carro y unos baúles. Yo no puedo llegar arrastrándolo. Volveré a la ciudad pasado mañana a ultimar todos los detalles.

Finalmente, una semana después de su escape, allí estaba él, un hombre adulto, dueño de una gran fortuna y poderosos títulos, escondido en un colegio femenino tras las faldas de unas

mujeres. No se sentía orgulloso de ello, pero al menos tendría pronto más noticias sobre su amada.

—Bien, me quedaré aquí —concedió poco después de salir de debajo de la cama—, pero cuénteme algo más sobre Ysabel, doña Marina. ¿Cómo está?

—Mucho mejor. Ayer la encontré despierta, aunque se durmió enseguida alcanzó a sonreírme. Una clara muestra de su recuperación.

Nando sonrió. La garra en su pecho se aflojó un poco más, pero no lo liberaría del todo hasta que la tuviese otra vez entre sus brazos.

—Lo siento, doña Ysabel, pero esta dama no aceptó la negativa e insistió en verla, asegura que vuesa merced querrá conocer la noticia que trae. Le dije que estaba en el lecho y me siguió —se disculpó la india Pancha al entrar en la habitación.

Ysabel observó a la imponente figura, envuelta en un amplio mantón, que asomaba detrás de la criada en el vano de la puerta. Los llamativos cabellos rojizos y el exceso de volantes y encajes eran inolvidables. Recordaba haberla visto en algún evento, quizás el baile o su propia boda, pero su memoria no hallaba el nombre de la dama.

—Está bien, la conozco. Acomódame las almohadas para incorporarme y luego hazla pasar.

Ni bien la india salió, la voluminosa figura se acercó al lecho balanceándose de lado a lado mientras avanzaba. Su extraño contoneo tuvo justificación cuando Ysabel observó cómo la capa de seda se abría para revelar una prominente barriga. Le señaló una silla junto al lecho.

—Tome asiento. Debe costarle estar de pie en ese estado tan avanzado.

—Gracias —dijo exhalando con fuerza mientras se sentaba y luego demoraba para acomodar los muchos pliegues y telas que la envolvían.

—Deberá disculpar mi falta de memoria, aún me encuentro convaleciente, no recuerdo su gracia.

—Doña Sebastiana de Almagro y Figueroa.

—¿Y cuál es esa urgencia que no podía esperar a que yo estuviese disponible para recibir visitas en la sala?

—No sé si mi barriga esperará a que vuesa merced se recupere.

—Entiendo. ¿Y qué es lo que debe decirme?

—Que este niño es hijo de don Nando de Castro —anunció sin preámbulos.

Ysabel sintió que volvía a estar navegando en el océano y su lecho se sacudía a merced de las olas. Se aferró a las sábanas para intentar controlar el mareo.

—Lamento importunarla cuando aún está débil, pero debo resolver este asunto antes del nacimiento.

—¿Qué es lo que debe resolver? Mi marido no está en la casa e ignoro su paradero, la Inquisición lo detuvo y se fugó. Si alguna vez vuelvo a verlo tenga por seguro que le comunicaré que tiene un hijo —sostuvo con frialdad.

—Eso no será necesario, don Nando ya lo sabe —se vanaglorió Sebastiana con una cínica sonrisa.

Ysabel intentaba recomponer su lastimada dignidad pero cada frase de esa mujer la aplastaba

más. Nando estaba al tanto de esa paternidad y se lo había ocultado. La falta de confianza la lastimaba más que la existencia del niño en sí, porque era evidente por el tamaño de la barriga que había sido concebido antes de conocerla a ella.

—Entonces, ¿qué es lo que busca? ¿A qué ha venido?

—A decirle que deberá hacerse cargo de este niño.

—Le he dicho que él no está.

—Lo sé, pero en ese caso corresponde que vuesa merced lo reciba y lo críe.

—¿Espera que yo críe a un hijo bastardo de mi marido? —exclamó incrédula.

—No será la primera ni la última dama que lo hace.

—¿Y por qué no se lo queda? Me sorprende que una madre con recursos para mantener al niño quiera deshacerse de él.

Ésa fue la primera pregunta que hizo titubear a Sebastiana desde que llegara.

—Yo soy viuda, he ocultado este embarazo de la sociedad con un atuendo especial, pero no puedo criar a un niño sin padre. Si lo mantuviese a mi lado la verdad saldría a la luz, y ni toda mi fortuna alcanzaría para limpiar mi nombre. Mi hijo sería un paria. Para un hombre es diferente, es habitual criar bastardos en las casas de los caballeros.

Ysabel aprovechó el momento de debilidad de la dama para tomar las riendas de la charla:

—Déjeme pensarlo, no le daré una respuesta hoy. Le haré saber mi decisión con alguien de confianza. Esta visita ha concluido —dijo, y se giró de lado hasta darle la espalda.

Mucho después de que Sebastiana se marchara, Ysabel seguía en la misma posición, acurrucada con las piernas flexionadas hacia el pecho. La almohada empapada por las lágrimas revelaba que había estado llorando un largo rato, aun sin darse cuenta, adormilada. Se sentía hundida en un abismo. Las hermosas palabras que le dijera Nando mientras ella estaba inconsciente todavía arrullaban su corazón. Lo había escuchado desde las penumbras, y aunque no había podido moverse ni responder, el contenido había llegado a su alma. *¿O quizás lo habré soñado?*, se preguntó desconsolada. Él iba a tener un hijo y se lo había ocultado. Y en ese momento estaba prófugo. Para salvar su vida se había alejado de ella, y era probable que nunca volviese a verlo. Desanimada, cerró los ojos y se tapó la cabeza con la almohada, buscando esconderse en el sopor para huir de la horrible realidad.

Pero su deseo no se cumplió. Al poco rato irrumpió Marina en la habitación. Dejó un cesto cargado con coloridas frutas en manos de Pancha y se dirigió junto al lecho.

—Me alegra encontrarte despierta. Luces con mejor tono en las mejillas, querida, pero tus ojos también están enrojecidos. Estuviste llorando...

—Sí, pero ya me siento mejor.

—Entonces, ¿hoy podrás levantarte? ¿Tu pierna está en condiciones de caminar hasta el salón comedor? Debes empezar a utilizarla para recuperarte.

—Ya se ha deshinchado, pero no tengo ganas de moverme, Marina —confesó con un suspiro—. Nada me motiva a ir hasta allí. Ni siquiera podría charlar con mi dama de compañía, me han contado del trágico final de doña Elvira —concluyó apesadumbrada.

—Es que si no sales del lecho, cada día estarás más abatida.

—Tú deberías entender mejor que nadie cómo me siento y no exigirme que actúe como si nada ocurriera. Cuando desapareció el barco de Vega te refugiaste en el lecho durante semanas.

Ahora soy yo quien sufre por la falta de noticias. No sé nada de Nando, apenas me han dicho que se fugó de manos de la Inquisición, no sé si vive o... —Un sollozo le impidió continuar.

—Oh, querida, no llores —le dijo sentándose en el borde del lecho y tomándole las manos entre las suyas. Y mientras la consolaba se inclinó hasta casi pegar la boca a la oreja de su hermana—, y por favor no grites de alegría cuando escuches lo que te diré, mantente abatida, por si alguien nos está espiando por las ventanas.

Ysabel se sobresaltó ante esas palabras, pero obedeció y se mantuvo tal como estaba. Apenas asintió con la cabeza, instándola a continuar.

—Don Nando está bien, escondido en el colegio donde trabajo; Plumet y yo nos estamos encargando de él. No debes preocuparte.

Aunque no se movió ni sonrió, el rostro de Ysabel se iluminó. Saber que él estaba a salvo le devolvía la voluntad que le faltaba a su cuerpo. Apretó con fuerza las manos de Marina y dijo también muy quedo:

—¿Puedo ir a verlo ahora?

—Podrás venir a visitarme dentro de unos días; doña Eduviges, la directora, sabe que yo estoy aquí y le llamaría la atención que tú fueras a verme hoy mismo —murmuró con sensatez, y luego continuó en voz más alta—. Insisto para que te levantes y comiences a moverte de a poco, para recuperar las fuerzas, así que le diré a Pancha que te prepare un baño y luego te ayudaré a vestirte.

Mientras esperaba que el agua estuviese lista, las ideas bullían en el cerebro de Ysabel. Fortalecida con la buena nueva, se imaginaba el reencuentro con Nando: cómo lo abrazaría, cómo disfrutaría de los besos, le confesaría que había escuchado sus palabras de amor durante las fiebres... Hasta que su sensatez le puso un freno a la imaginación, impulsada por el miedo: él era perseguido por la Inquisición. Su futuro juntos era incierto, y tendrían poco tiempo para hablar. Debía pensar en cómo actuar: ¿le hablaría sobre la visita de Sebastiana? ¿Le tendría que revelar que conocía la existencia de su hijo? Y si él le pedía que se ocupara ella del niño, ¿qué le respondería?

La invadían más dudas que certezas. Lo único que sabía es que Dios la había salvado del veneno del pez para que continuara viviendo. No podía desaprovechar esa segunda oportunidad. Durante toda su vida los demás siempre habían tomado las decisiones importantes por ella: su viaje a la corte virreinal en las Indias, su primera boda, su vida en Guanaco. Luego Mendaña había intentado dejarla de lado antes de embarcarse. Aquella fue la primera vez en la que ella se plantó y torció por sí misma el rumbo de su destino. Ahora, cuando finalmente podía disponer de las riendas de su vida y elegía estar junto a Nando, la Iglesia se lo impedía. Cargada de frustración, decidió que no se dejaría vencer. Había aprendido a imponer su voluntad. Volvería a hacerlo en la búsqueda de la felicidad. Se pondría en marcha en cuanto pudiera salir de la casa.

Aunque la asustaba la ilegalidad del plan que se le había ocurrido, a la vez algo en su alma le decía que estaba haciendo lo correcto. Eso era lo único que le importaba.

Junio de 1596.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

Los cuatro criados tagalos bajaron con cuidado los soportes de la silla de manos que llevaban. Estaban agradecidos por poder apoyarla en la tierra finalmente. La Adelantada les había insistido para que se apurasen, pues debía llegar a la residencia del obispo cuanto antes, y casi habían corrido por las calles llevándola. Fueron todo el trayecto con las cortinas cerradas, para evitar que las pisadas en los charcos salpicasen de lodo a la dama. Una vez en el destino, uno de ellos le ofreció la mano para ayudarla a descender. Ysabel la tomó y se puso de pie para avanzar con paso inseguro, a pesar del auxilio de un bastón. El miedo se enredaba en su andar. Había pasado una semana desde que Marina le contara las buenas noticias sobre Nando. A pesar de sus ganas de correr a verlo de inmediato, le había llevado varios días fortalecerse y poder moverse sin ayuda. Había comenzado con pequeños paseos por el jardín apoyada en Mía, y finalmente estaba lista. Pero antes de ir a ver a Nando estaba decidida a resolver un asunto de gran importancia. Por eso había ordenado a los criados que la transportasen hasta allí.

Tuvo que esperar fuera del despacho del obispo un rato, hasta que un sacerdote de cabellos rojizos le indicó que lo siguiera. Ysabel lo reconoció: era el mismo que había encendido la hoguera de libros unas semanas atrás. Esperaba que la memoria del fraile no fuese tan buena como la suya.

—Su Eminencia vendrá en un momento, puede tomar asiento si gusta —dijo señalando una silla aterciopelada frente a un enorme escritorio de madera lustrada.

—Gracias —respondió, y caminó rengueando hasta sentarse.

La hinchazón de su pierna se había reducido, pero la planta del pie le dolía todavía. Y más después del trajín que le demandara la salida. Se había arreglado con esmero y hasta llevaba la capa de terciopelo con detalles dorados. Quería impactar con su cargo a un hombre de la importancia del obispo; por eso se había puesto el exquisito collar que Nando le regalara el día de la boda, para remarcar su riqueza. Al dolor en el talón pronto se sumaron también unos latidos debajo del tobillo. Estaba empezando a pensar que quizás no había sido una buena idea salir tan

pronto, cuando la distrajo la entrada del prelado.

—Buenos días —pronunció una voz cascada.

—Buenos días, Eminencia. Le ruego que disculpe mi falta de modales, pero no puedo arrodillarme para besar su anillo, tengo una pierna enferma y dolorida —explicó señalando el bastón.

—Comprendo —dijo condescendiente y extendió la mano hacia ella por arriba del escritorio para que cumpliera con el ritual—. ¿Y a qué se debe tan ilustre visita y de una dama aún convaleciente?

—Veo que le gusta ir al grano. Bien, seré sincera: mi marido, don Fernando de Castro y Rivadeneyra, ha sido acusado injustamente y la Inquisición ha ordenado su detención.

—Estoy al tanto de su caso, por tratarse de tan distinguido caballero. Y debo decir que si el Santo Oficio ha decidido arrestarlo sin duda la acusación tiene fundamentos.

—Le aseguro que no en este caso. Don Castro posee sangre cristiana vieja, su linaje se remonta a muchas generaciones.

—Creo que no ha sido acusado de ser converso ni judaizante, sino que su delito fue la herejía. Poseía un libro de adoración al Maligno —dijo y se santiguó.

Viendo que la discusión se extendería sin llegar a dónde ella quería, decidió cambiar de táctica.

—Desconozco cualquier libro como el que vuesa merced menciona, no sé leer. Pero sí sé que en el Viejo Continente el Santo Padre suele entregar perdones por escrito por un buen precio. Y también sé que los emisarios pontificios en las colonias tienen permiso para conceder bulas en su nombre.

Ante la cara atónita del obispo, Ysabel buscó en el interior de su faltriquera, sacó un talego de tela del tamaño de un puño y lo arrojó sobre la mesa entre ellos.

—Son granos de pimienta —continuó—, de la mejor calidad. Eso vale más que el trabajo de un hombre durante toda su vida. Creo que es suficiente para una bula papal que limpie el nombre de mi marido.

Con el rostro enrojecido, el obispo se pasó la lengua por los resecaos y finos labios, lo que a Ysabel le hizo pensar en una iguana.

—Señora, sin duda Su Santidad Clemente VIII se ofendería si llegase a sus oídos esta oferta. Las bulas papales no están a la venta.

—No insinúo que lo estén, apenas digo que esta fortuna ayudará a la Iglesia y vuesa merced puede ayudarme a conseguir lo que necesito —respondió, decidida a no salir de allí sin lo que buscaba—. Además, estamos muy lejos de Roma. Esta conversación no tiene por qué llegar a los oídos del Santo Padre, por lo que no tendrá motivos para ofenderse.

—Sin duda está al tanto de que todas las propiedades del hereje pasarán a manos de la Iglesia si se comprueba su culpabilidad. Por lo que lo que me está ofreciendo en realidad no es suyo.

—Eminencia, he escuchado que no hay pruebas, ya que el libro que menciona ha desaparecido. No dudo que pronto se demostrará la inocencia de don Castro y esta oferta habrá sido innecesaria.

El obispo la observó en silencio un largo rato, pero Ysabel no se amedrentó. Le sostuvo la mirada con el mentón en alto, esperando una respuesta. Finalmente la obtuvo.

—Súmele a la oferta el collar que adorna su cuello.

Sobresaltada porque no quería perder el regalo de bodas, Ysabel llevó las manos al rubí en el frente y lo acarició unos segundos. Luego sin decir palabra, y disimulando el temblor de los dedos, procedió a soltarle el pasador. Dejó las perlas y la enorme piedra roja sobre la madera junto a la pimienta. La libertad de Nando valía más que la costosa joya.

Con una cínica sonrisa coronando un mentón que descansaba en una prominente papada, el prelado buscó los elementos necesarios en el cajón a su derecha y se puso a escribir en el mismo momento. Garabateó sobre un pergamino con tinta roja, le echó arena para absorber los excesos y autenticó la misiva con un sello que pintó con el mismo color.

—Le sugiero que espere a que seque bien antes de enrollarlo —le dijo al extenderlo hacia ella y apoderarse de la valiosa paga en un mismo gesto.

Ysabel le hizo caso y lo llevó sin cerrar, sujetándolo con cuidado en la mano libre, mientras la otra se apoyaba en el bastón para alejarse de allí lo antes posible.

Con el corazón todavía latiendo más fuerte que lo habitual, Ysabel ordenó a los criados que la llevaran en su silla al colegio de Santa Potenciana. Necesitaba ver a Nando, descubrir con sus propios ojos si estaba bien, si no estaba herido, si no había sufrido a manos de los inquisidores antes de escaparse de ellos. Aunque Marina le asegurase que estaba indemne, no lo creería hasta estar frente a frente.

Ya en el lugar, otra vez tuvo que andar un largo trecho arrastrando la dolorida pierna, hasta la sala donde encontró a su hermana. Acalorada por el esfuerzo, se sacó la pesada capa y se la dio a Marina al son de las palabras:

—¿Dónde está? ¡Quiero verlo ahora!

—Shhh, baja la voz. Iremos a la habitación de Plumet, pero trata de no hacer ruido, se supone que nadie recibe visitas allí.

Para que la punta del bastón no golpease contra las piedras del suelo, Ysabel llegó hasta la lejana alcoba apoyada en el brazo de Marina. Llamaron con suavidad y una cara extrañamente familiar les abrió.

—¡Plumet, por la Santísima Virgen! Jamás lo hubiera reconocido con ese peinado y ese... escote —logró completar mientras observaba esa nueva versión femenina de su fiel asistente.

—Adelante, Adelantada, pasen, por favor —respondió enrojeciendo Plumet, incómodo por ese aspecto al que no se acostumbraba.

Ni bien Marina cerró la puerta tras de sí, el acolchado salió arrancado de su sitio, arrastrado por los hombros de Nando al salir de abajo de la cama. Ignorando a las demás damas presentes, lo primero que hizo fue abrazar a Ysabel y levantarla por la cintura, pegada a él.

—Agradezco a Basilius y a todos los santos que estés bien —murmuró junto a la oreja de ella, antes de sumergirle la nariz en el cuello y estrecharla con fuerza, sin intenciones de soltarla.

Incómoda por la cercanía de todos en la pequeña alcoba, y ante lo mucho que se notaba que su hermana y su cuñado tenían tanto para decirse a solas, Marina sugirió:

—Plumet y yo nos marchamos a mi habitación, tenemos costuras para repasar. Te esperaré allí, Ysabel, ven a verme cuando hayan acabado de conversar. Y hablen en voz baja, se supone que no habrá nadie en esta alcoba cuando nosotras salgamos.

Ysabel asintió en silencio, sin despegar la mejilla del pecho de Nando. Y tampoco se soltó cuando escuchó la puerta cerrarse con suavidad. Quería seguir absorbiendo la fuerza que le

transmitía. Él era todo para ella. Su presente, su futuro, su mundo.

—Me alegra tanto que te hayas recuperado, mi adorada Ysabel. No puedo imaginar cómo habría sido continuar con mi vida sin ti. Esa horrible noche creí que te perdía y mi corazón lloró por ti. Te hablé durante un largo rato, buscando que te despertaras, y aunque no lo hiciste y un sacerdote te dio la extremaunción, nunca me despedí. No podía hacerlo, confiaba en que regresarías a mí.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, en mi inconsciencia escuchaba por momentos lo que se hablaba alrededor mío. Aunque no podía moverme, mis manos ansiaban alcanzar las tuyas para decirte que tu amor me ayudaba, que tus palabras me daban fuerzas para recuperarme. Escuchar por primera vez que me amabas fue...

—¡Y es verdad! ¡Te amo, Ysabel! Lamento que lo hayas escuchado inconsciente, y agradezco poder decírtelo ahora mirándonos a los ojos. Y me lo oirás decir una y mil veces más, amada mía: te amo —le dijo estrechándola contra su pecho con fervor, deslizándole las manos por la espalda hacia arriba y hacia abajo, una y otra vez.

—Yo también te amo, Nando, con todo mi ser. Y quiero que disfrutemos de nuestra vida juntos.

—Nada deseo más, mi querida —dijo con un suspiro—, pero me temo que por ahora soy un fugitivo y no puedo...

—¡Oh, lo siento, con la emoción por verte olvidé decirte lo más importante!

—Lo más importante es que te recuperaste, y haber oído de tus labios que me amas.

—Bueno, esto también es de gran trascendencia —dijo sonriente y extendió el pergamino que había enrollado y guardado en la faltriquera.

—¿Qué es?

—¡Una bula papal con tu perdón! Esto limpia tu nombre e impide que la Inquisición te detenga.

Nando tomó el papel y lo leyó con cuidado.

—¡Esto es increíble! ¿Cómo lo conseguiste?

—Fui a ver al obispo; aunque nos costó bastante caro: un saco de pimientas que me dio Sauro, obviamente tuyo, y... —Ysabel llevó instintivamente las manos al cuello, aunque no pensaba decirle que había entregado su valioso regalo. Pero él lo intuyó.

—... Y tu collar —concluyó la frase por ella.

—Sí —dijo con una lágrima solitaria rodando por la mejilla—. Lo siento, no debería llorar, pero era un presente con un valor muy especial porque fue tu regalo de boda. Aunque más vale tu vida —concluyó con decisión.

—No te preocupes, ¡mandaré a hacer otro collar más bonito que aquél! —exclamó con una gran sonrisa—. Lo importante es que estamos juntos. Además me conmueve saber que lo entregaste para salvarme a mí —concluyó inclinándose para besarla.

Ysabel giró el rostro y el beso destinado a los labios murió en la mejilla.

—Te ayudé a escapar porque te amo, pero también por tu hijo —dijo con frialdad.

—¿En serio? ¿Estás...? —preguntó abriendo los ojos, y sorprendido por la alegría que le causaba la noticia. Hasta poco tiempo atrás no se hubiese imaginado feliz por ser padre. Pero al

pensar en un hijo de Ysabel la sensación que lo invadía era gloriosa. Estaba por abrazarla nuevamente cuando ella lo interrumpió:

—No, no estoy esperando. Me refiero al hijo de Sebastiana de Figueroa. Vino a verme y me dijo que esa barriga que luce es responsabilidad tuya.

La alegría de Nando desapareció de repente. Hubiera querido estrujar el cuello de Sebastiana entre sus dedos por haber atormentado a Ysabel con semejante noticia durante su convalecencia.

—Lamento que tuvieras que enterarte de esa manera. Pero no creo que ese niño sea mío, nunca dejé mi semilla en ella. Tú conoces mi costumbre.

Lo detuvo con una mano en el aire.

—Lo sé, pero también sé que no eres infalible, algo pudo escapar a tu control —murmuró tensa, al imaginarlo en la cama con otra mujer—. Lo cierto es que vas a tener un hijo, y aunque sea un bastardo, es tuyo. No podemos abandonarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Que esa mujer lo va a dejar a nuestro cargo, para que lo llevemos con nosotros a las Indias Occidentales. Ella no lo quiere.

—¿Eso a ti no te molesta? —preguntó finalmente, tras pensar en silencio un rato.

Ysabel inspiró con fuerza para calmarse y cuando habló no había enojo en su voz, pero sí tristeza en su mirada:

—Me hubiese gustado ser la primera en darte un hijo. Pero entiendo que fue concebido antes de que nos conociéramos, y creo que debes cargar con tu responsabilidad. No serías el digno caballero del que me enamoré si no lo hicieras.

A Nando lo emocionaron esas palabras. El amor de esa mujer por él superaba su propio orgullo. No quería perderla; y tenía que asegurarse de que ella lo supiera.

—Y a pesar de conocer la existencia de ese niño me conseguiste la libertad... —le dijo conmovido—. Te lo agradeceré toda mi vida y te lo demostraré de mil maneras distintas, empezando ahora.

La estrechó levantándola del suelo, sosteniéndola contra sí, hasta que Ysabel se quejó.

—Nando, ¡me lastimas!

—¡Lo siento! Perdóname, es que no puedo controlarme cuando estoy a tu lado, me enloqueces.

En cuanto dejó de hablar su lengua se escurrió en la boca de ella. Ysabel no se resistió; el contacto la sacudió, esos ardientes besos le erizaron todo el cuerpo. Con los ojos cerrados echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de la sensación. Los labios de él le recorrieron el cuello y se detuvieron en el lóbulo de la oreja un largo rato. Cuando Nando se apartó, vio que finalmente una sonrisa embellecía la expresión de ese rostro que amaba.

Con una intensa esgrima de besos, él la arrastró hacia el angosto lecho ubicado junto a la pared. Cuando Ysabel se dio cuenta de sus intenciones lo detuvo:

—No me parece correcto, no está bien —murmuró señalando la cama con la cabeza.

—¿Por qué no? Es muy acertado para nuestra celebración, y será exquisito, no tengo dudas —le susurró al oído.

—¿Qué celebración?

—Debemos celebrar que estás viva, y que yo vuelvo a ser libre para disfrutar de nuestro amor.

—Pero pueden oírnos. Nadie debe saber que estamos aquí, no quiero causarle problemas a Marina.

—Amada mía, te prometo que seré lo más silencioso posible, pero no me pidas que me aleje de ti ahora que te he recuperado —le suplicó sin poder apartar las manos de ella. Le acariciaba la espalda, la cintura, el torso, los hombros, los pechos. La recorría por entero, cada vez más exaltado—. Te necesito, Ysabel.

El calor de las caricias traspasaba las telas, encendiendo su alma y haciéndola arder por dentro.

—Yo también te necesito —escapó de sus labios sin que pudiera evitarlo, y con la frase se perdieron sus resquemores. Trataría de no gritar, se dijo a sí misma como consuelo, y se perdió en el abrazo que la codiciaba.

En cuanto calló, Nando comenzó a desprenderle el jubón. Los dedos entorpecidos por la ansiedad se demoraban, pero Ysabel no lo ayudó: estaba ocupada liberándose de la falda y su verdugado. Con las prendas alrededor de sus pies, le pidió:

—Ayúdame a salir de aquí, por favor, aún me duele la pierna, no puedo apoyarme bien.

—Por supuesto —respondió y la elevó en el aire, apretando sus manos sobre la fina tela de la ropa interior y llevándola hasta el lecho, donde la dejó caer con suavidad—, ahora permanece recostada. Yo te quitaré lo que todavía te queda.

Comenzó por desatar las cintas de las medias, le sacó una con rapidez y luego se dedicó al pie herido para quitársela lentamente. Debajo encontró las vendas.

—Lamento tanto que te hayas lastimado por mi error, no debí llevarte a la cascada —dijo besándole la pantorrilla ya desinflamada—. Si no te hubieses recuperado, creo que la culpa me hubiera matado.

—No te sientas mal, tú no me clavaste el veneno, y los recuerdos de aquella tarde me dicen que sin duda valió la pena ir hasta allí. Podríamos repetirlo —insinuó seductora.

—Acepto tu propuesta, pero yo te llevaré en mis brazos e iré con las botas puestas.

Ysabel no pudo controlar la risa que se apoderó de ella al imaginar ese poderoso hombre desnudo bajo el grueso chorro de agua y con el calzado, pero al mismo tiempo la imagen le pareció muy sensual y su cuerpo reaccionó con un extraño cosquilleo. Dijo con voz grave:

—Quítate todo ahora, las botas también.

Nando no se hizo rogar. En pocos minutos las ropas de él se amontonaban sobre las de ella en el piso de piedras. Al volverse encontró que Ysabel también se había desnudado por completo. Sus ojos y sus manos la recorrieron con avidez, y pronto sus labios se sumaron a la exploración. El cuello, los hombros, los brazos, los pechos, el vientre; no quedó piel sin besar ni acariciar.

—Has perdido peso —dijo cuando terminó de rodearle las caderas con la boca marcando un camino de besos—, deberás recuperarlo antes de la partida. Te quiero fortalecida para enfrentar la difícil travesía.

—Sí, lo haré, pero ahora calla y bésame más —murmuró entre suspiros.

—Lo digo en serio, tus senos se han reducido. Mira ésta es la prueba —dijo y tomó cada uno en una mano, logrando cubrirlos en su totalidad—. ¿Lo ves? Antes no alcanzaba a cerrar mis dedos sobre ellos.

—¿Ahora ya no te gustan, entonces? —preguntó con un mohín seductor, pero temerosa de la

respuesta.

—Por supuesto que me gustan, pero los quiero como antes. Ya te mostraré cuánto me gustan —la provocó llevando la boca hacia sus pechos y besando los pezones alternadamente. Luego de humedecerlos con la lengua los sopló. La corriente de aire frío en sus sensibles puntas enloqueció a Ysabel. Él lo percibió y volvió a mojarlos y soplarlos, una y otra vez. Al que no estaba en su boca, lo estrujaba entre sus dedos, hasta que Ysabel ya no pudo más. Arqueó la espalda alzando los pechos hacia él y suplicó:

—Por favor... Ahora... ¡Tómalos!

—¿Quieres que los chupe?

—¡Sí! ¡Con tu boca! Lo más profundo que puedas, son tuyos.

No fue necesario que ella repitiera el pedido. Nando atrapó un seno y lo hizo desaparecer entre sus labios y su barba. Ysabel no llegó a verlo. Había cerrado los ojos y apenas sentía cómo la succionaba con fuerza. Todos sus sentidos estaban concentrados allí, y en la sorprendente conexión que había entre sus pechos y su entrepierna. Los besos de Nando la hacían mojarse.

Cuando los dientes la mordisquearon con suavidad y tiraron de ella, soltó un gemido. Eso hizo que él aumentara la fuerza, y los quejidos también se multiplicaron. Viéndola a punto de perder el control, Nando llevó una mano a los pliegues ocultos bajo los vellos, sabiendo lo que iba a encontrar. Sin preámbulos introdujo un par de dedos en ella y los movió, sin aflojar los juegos en sus pechos.

La exclamación gutural de Ysabel le hizo temer que alguien la hubiese escuchado, por lo que le cubrió la boca con la suya y la besó para acallarla, mientras la mano se movía más deprisa en su interior. Eso hizo que las caderas de ella comenzasen a girar en círculos, alzándose de la cama, hacia esa mano provocadora. Nando dejó de besarla para observarla, deleitado con esa imagen, y ella se pasó la lengua por los labios entreabiertos, mientras buscaba aire. El sensual gesto le dijo que estaba lista. Con un ágil salto se ubicó entre las piernas de ella, y mantuvo el peso sobre sus brazos. Con delicadeza apoyó la punta de su miembro en la húmeda entrada unos segundos, y luego retrocedió. Ysabel gimió y buscó acercarse a él.

—No, aún no. Abre los ojos. Quiero que me veas mientras entro en ti.

Con lentitud Ysabel obedeció. Levantó los pesados párpados y fijó su vista en los azulados iris de él. El amor que vio reflejado en ellos la conmovió. Ese hombre sin duda la deseaba, pero también la amaba. Con la respiración agitada, irguió el torso hasta alcanzar la boca de él y lo besó.

—Ahora te veo todo. Podría ver cómo entras desde aquí.

La ardiente invitación pudo más que la voluntad de él de volverla loca haciéndola desearlo. Él mismo ya estaba al borde de perder la lucidez.

—¡Sí! ¡Mírame! ¡Míranos! ¡Disfruta de nuestra unión! —dijo y empujó lentamente hacia adelante, hasta entrar todo en ella. Luego se retiró y volvió a avanzar, los ojos de ambos atentos a la unión, extasiados por lo que veían. Atrapado por la cálida humedad, él aumentó el ritmo, Ysabel se dejó caer hacia atrás y alzó la cadera para recibirlo mejor. El acople fue perfecto. Los cuerpos encajaron con la certeza de que habían sido hechos a medida, y se fundieron en uno. En movimientos rotundos, en sublimes sensaciones compartidas, en el aumento de la tensión hasta límites insostenibles, para finalmente escapar juntos a la exquisita tortura en un vuelo más allá de sus cuerpos. Sacudidas por el placer, las almas se alzaron entrelazadas para caer conectadas en

una alianza infinita.

Con los cuerpos enredados en el lecho, ninguno habló. El silencio que compartían decía más que cualquier palabra. Cuando logró tranquilizar su respiración, Nando le rozó los labios con suavidad, le acarició el rostro y murmuró junto a su oído:

—Agradezco que estés viva y que me hayas devuelto mi libertad. A partir de hoy comenzaremos una nueva vida —dijo y se removió, recordándole que todavía estaban unidos.

Ysabel gruñó por respuesta, con la garganta seca en el sopor en el que estaba inmersa.

—¿Te lastimo? —preguntó preocupado.

—No, amor mío. Tu cuerpo nunca me lastima. Sólo me causaría dolor no tenerte, no sentirte.

—Entonces no debes preocuparte: me tendrás siempre a tu lado, o dentro de ti, Ysabel.

—Estaba pensando que me complace tu cambio de actitud sobre el final de nuestros encuentros. Ya no temes plantar tu semilla en mí. Lo noté en la cascada, pero no llegamos a hablar de ello.

—Es cierto, creo que te debo una explicación —murmuró, pero se quedó silencioso.

—Te escucho —lo estimuló a continuar.

—Hasta que te conocí estaba convencido de que no quería tener hijos.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Creo que se sumaron varios motivos. El más fuerte es que no tuve una infancia feliz, y eso se debió a que había demasiados niños en mi casa. Tuve siete hermanos, y además vivían con nosotros los hermanitos de mi madre: ¡ella tuvo quince! Mi abuela murió en su décimo sexto parto y mi abuelo se quitó la vida por el dolor de perderla. Entonces doce de mis tíos vinieron a vivir con nosotros. Algunos eran más jóvenes que yo, otros de mi edad, lo cierto es que la convivencia no fue sencilla. En cuanto crecí lo suficiente me escapé a las lejanas Indias con mi tío Gómez y mi primo Luys.

—Imagino que no haya sido fácil crecer junto con tantos niños, pero no comprendo tu explicación. En casa éramos nueve hermanos y no por eso se me ocurrió descartar la maternidad.

—Es que mi madre también murió al dar a luz en su último embarazo, igual que mi abuela. La preñez no me trae recuerdos agradables. Además, no quise quedar atado a ninguna mujer por culpa de un hijo, y que eso me llevase otra vez a una casa llena de críos. Así que preferí reducir esa posibilidad al máximo. Descubrí en los libros que en el imperio romano usaban ese truco para evitar los embarazos indeseados, y lo adopté. Pero eso cambió cuando te conocí. En realidad creo que no quería tener hijos porque no te había encontrado aún. Desde que te tuve ansié que nuestra unión fuese total. Y ahora ansío ya haber dejado un hijo en tu vientre. Y si no ha sido hoy, probaré de nuevo mañana, y pasado, y al otro día. Siempre.

Culminó su explicación con un beso en esa tentadora boca y al rato se movió, todavía en el interior de Ysabel, provocándola. Ella lo percibió listo para un nuevo encuentro y le envolvió la pierna sana en la cintura atrayéndolo más hacia sí. Sus palabras la habían conmovido. Y quería disfrutar de él por completo. Se entregó feliz a los sensuales movimientos que se intensificaban a cada segundo. Lo recibió y lo incitó. Buscó cautivarlo, sabiendo que esa vez el hombre que amaba no buscaría escapar.

Julio de 1596.

*Manila, colonias españolas,
en las Indias Orientales.*

El estruendo del palo mayor al partirse y caer arrastrando el resto de la arboladura y las velas había sido tan poderoso como el de los truenos que rugían desde hacía horas. Por eso la mayoría de los marinos que luchaban tirando de los cabos contra la implacable fuerza del viento en la cubierta lo ignoró; pocos buscaron refugio. Uno de ellos, Quirós. El experimentado piloto espió hacia la tormenta que los envolvía y detectó el momento en el que el grueso palo del Galeón de Manila empezaba a desplomarse. Corrió con todas sus fuerzas hacia la popa, pero una de las vergas rotas lo alcanzó en su caída antes de que estuviese a salvo, y lo empujó hacia la oscuridad de las aguas.

En medio de gritos de desesperación, decenas de maderas partidas, astillas y cadáveres caían a su alrededor generando oleadas que no podía esquivar, haciéndole tragar grandes cantidades de agua salada. Quirós se sujetó a un grueso tablón y luchó para no perderlo en cada sacudida del mar embravecido. El zarandeo de las olas era poderoso, le costaba respirar; tanto que el portugués pensó que había llegado su hora. Maldijo a Dasmariñas por haber retrasado la salida de la nave. El gobernador no había firmado la autorización para partir a tiempo. Y julio era demasiado tarde para emprender la travesía hacia el noreste, pues ya dominaban el mar los baguios. Aunque nada había podido hacer como simple pasajero para modificar la fecha del viaje, se había embarcado con la esperanza de sobrevivir a esos típicos ciclones filipinos, y llegar a Lima antes que Castro y la Adelantada, quienes todavía estaban en Manila reparando los daños que él mismo causara al *San Jerónimo*. Estaba decidido a reclamar los títulos de Mendaña para sí mismo. En ese momento, flotando en medio de un mar que quería absorberlo, empapado y desanimado, ya no estaba tan seguro de alcanzar su meta. Se santiguó y rezó un padrenuestro antes de enumerar sus pecados y pedir perdón por ellos.

La corriente lo alejó con rapidez del galeón a la deriva, y aunque se cruzó con algunos marineros nadando y pidiendo ayuda, no estiró la mano para socorrerlos. No sabía si su tabla podría soportar más peso y prefirió no arriesgarse. Se mantuvo a flote durante horas. Oscureció y

amaneció dos veces antes de que la tormenta amainara. Cuando finalmente el mar se calmó y el sol despuntó en el horizonte el portugués, agotado, agradeció que sus rezos preparándose para el purgatorio hubiesen sido innecesarios: un enorme navío de bandera española se acercaba en su dirección. Estaba salvado.

—¡Un nuevo gobernador! ¡Ha llegado un nuevo gobernador!

La noticia pronto se expandió más allá de las calles y alcanzó los pasillos de la residencia oficial. Un criado tagalo corrió hasta la biblioteca, donde Nando estaba reunido con Sauro revisando detalles de las mercaderías que al día siguiente debían empezar a cargar en el *San Jerónimo* para partir en cuanto estuviese todo a bordo. El muchacho se quedó esperando junto a la puerta a que lo invitaran a entrar.

—Deben tener cuidado de no mojar los rollos de seda si llueve al momento de trasladarlos — insistía Nando—. Aunque estén cubiertos con una resistente tela encerada, no quiero que pasen meses humedecidos en la bodega o se arruinarán y perderán su valor. Los mantones van dentro de baúles, que los cubran también. ¡Ah! Y te recomiendo un especial cuidado al mover las porcelanas.

—¿Cuál es tu inquietud? Están en cajas de madera rellenas con virutas. Resistirán a los movimientos de las olas.

—Lo sé, pero también habrá muchas tormentas. Los grandes jarrones no me preocupan pues están en cajas individuales, pero hay otras piezas pequeñas que van juntas, como alhajeros, dulceras, fuentes, salseras, tibores, hasta tazas con platitos donde apoyarlas, y todas son demasiado costosas para arriesgarnos a perderlas. Asegúrate de que las cajas estén bien estibadas y sujetas, que no puedan moverse dentro de la bodega.

—Me sorprende que te inquieten las posibles tempestades. Hemos pasado por muchas.

—Es que esta vez no serán posibles, amigo, sino seguras, y las peores que me tocará atravesar: ha comenzado la temporada de ciclones.

—Y me atrevo a sugerir que quizás esta vez te preocupa más porque además irás con tu esposa. ¿Acaso me equivoco? —Un gruñido de Nando le indicó que había acertado—. ¿Y no puedes sugerirle que te espere aquí? Sin dudas regresarás el año próximo, después de vender tus mercaderías.

—No, no planeo hacerlo de inmediato: voy a ir a Lima a pelear por la legalización del traspaso de los títulos de la Adelantada hacia mí. Y si el virrey no lo resuelve, viajaré a la España. No sé cuándo regresaré. Por eso tú deberás ocuparte de todos mis asuntos aquí, tal como te he enseñado; y por eso no puedo dejar a Ysabel atrás.

—¿No crees que será egoísta llevarla como compañía en un viaje tan arriesgado?

La simple pregunta de Sauro lo incomodó mucho, porque él mismo se había planteado si sería justo exponerla a los peligros de esa imprudente travesía. No dijo nada, porque la respuesta no le gustaba.

Sauro comprendió la angustia de su amigo. Nunca antes lo había visto tan pendiente de una dama; esa vez sin duda se había enamorado. Tal como él se había enamorado de Clementina, y ahora debía sufrir por la ausencia de ella. Cuando Nando se enteró de boca del obispo, gracias a

un nuevo saco de pimientos, del nombre de quien lo delatara, había visitado al traidor acompañado por Sauro. Con la punta de una espada contra su garganta Rojas no tardó más que unos segundos en mencionar que Clementina le diera la información sobre el libro prohibido. Ella los había seguido a la casa de Basilius cuando Nando fuera a anunciarle su boda y el inminente viaje. Sin criados a la vista, a la dama no le había costado colarse al jardín por la puerta mal cerrada y escuchar junto a la ventana lo que los hombres habían hablado. Palabras como «diablillo» y «libro prohibido» le habían revelado que ésa sería la llave para su venganza. Poco después corrió a llevarle esa información a Rojas.

En la misma madrugada en que Nando le reveló la verdad, Sauro había expulsado a su esposa, enviándola de regreso a la casa paterna. Ya habían pasado varias semanas desde aquello, y él la extrañaba a pesar de todo.

Controlando la incomodidad, finalmente Nando prestó atención al muchacho que esperaba junto a la puerta.

—Adelante. Te escucho.

—Ha llegado un nuevo gobernador. Datú me ha enviado a que le informe.

—¿Qué? Eso es imposible, mi primo obtuvo su cargo de manera legal. No pueden destituirlo. ¿De dónde salió esa noticia?

—La trajo un mensajero, que está todavía con don Luys.

Nando salió con pasos apurados hacia el despacho oficial, y a medida que se acercaba escuchó la tranquilidad de la tarde interrumpida por los gritos que de allí partían. Golpeó la puerta y entró sin esperar a que lo invitaran, para encontrar a Luys Dasmariñas muy agitado frente a un soldado con la cara enrojecida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nando.

—Que ha llegado un sujeto de la España que dice traer una designación para mi puesto. ¡Viene a reemplazarme!

—Cálmate, Luys, no ganas nada con gritar. Si trae un nombramiento oficial deberás acatarlo, y hasta ofrecer una recepción en su homenaje.

—¡Maldición! Esto sí que no me lo esperaba. He servido con lealtad a la corona durante estos últimos tres años, y ahora me despachan sin más.

—Quizás haya una explicación. No todos los cargos son vitalicios.

—En estas lejanas y olvidadas tierras casi siempre resultan de por vida. Pocos gobernadores han abandonado este despacho. No estaba en mis planes hacerlo.

—¿Estás seguro de que trae el cargo de gobernador? ¿No será un nuevo Teniente general u otra cosa?

Luys sacudió la cabeza.

—El soldado dice que el hombre hizo que lo llamaran Gobernador durante toda la travesía.

—¿Ah, sí? Pues debe tener un ego mayor que el cuerpo, sin duda —se mofó Nando.

Al muchacho le costó disimular la risa, por lo que Castro dedujo que había acertado.

—¿Cómo se llama ese hombre? —le preguntó.

—Don Francisco Tello de Guzmán.

—¿Su nave ya está frente al puerto?

—Aún no, señor. Nos envió en un bergantín para anunciar su llegada. Y hay algo más que deben saber: el Galeón de Manila naufragó. Hay pocos sobrevivientes. Entre ellos quien dice ser

un piloto del rey, un tal Quirós. La nave del nuevo gobernador los recogió. Y don Tello también ordena que envíen barcos menores en busca de los restos de la nao, para intentar recuperar algo.

—¿Ordena? —intervino la voz de Luys, otra vez fuera de sí.

—Sí, señor. Mandó órdenes para el capitán del puerto, que deben ser cumplidas de inmediato.

—¿Alguna otra noticia que debas darnos? —preguntó Nando, y ante la negativa del muchacho lo despidió con la mano. Quería calmar a su primo antes de que volviera a gritar. No convenía que se repitiera de boca en boca el rechazo de Dasmariñas ante esa llegada.

Una vez a solas le preguntó:

—¿Mantuviste algún intercambio epistolar de mal talante con el Consejo de Indias?

—No, ninguno. En realidad, nunca tuve respuesta de ellos a mi carta.

—¿Quieres decir que gobernaste durante tres años esta colonia sin ningún contacto con la España? —exclamó sorprendido.

—Pues sí. Les envié la noticia de la muerte de mi padre en el Galeón siguiente, que partió a mediados de 1594. También les comuniqué que había sido designado su sucesor. Deberían haberla recibido un año después. Esperaba obtener respuesta en el Galeón que arribó este año, pero no llegó nada a mi nombre. Sí continuaron viniendo las remesas con monedas para pagar los sueldos y demás gastos de la colonia. Y, en cambio, aparece ahora un nuevo gobernador, en una flota especial, para reemplazarme. No hace falta que te explique cómo me siento. Traicionado, decepcionado por la falta de confianza en mí.

—Te comprendo.

—No, no creo que comprendas cuánto ansío una copa de vino. ¡Datúúú! —gritó asomando la cabeza al patio.

—No lo hagas, Luys. Si bebes tu vida volverá a ser un infierno.

—Ya lo es...

—No digas eso. ¿Acaso has olvidado cuando no podías mantenerte en pie? ¿O la horrible sensación que te abordaba cada mañana, cuando decías querer morir para escapar al mal del vino?

—No, no lo he olvidado, pero gracias por recordármelo de cualquier manera. No beberé.

—Me alegra ver que has recuperado la sensatez. Que haya terminado tu labor como funcionario no es el fin del mundo. Tendrás más tiempo para dedicarte a los negocios, y podrás elegir una nueva casa a tu gusto.

—Ésta ha sido siempre mi casa en las Filipinas. Hasta había olvidado que no me pertenece y que deberé dejarla —murmuró con rabia y golpeó la mesa con el puño cerrado.

—Hablando de olvidar, ¿ya has firmado la autorización para la salida del *San Jerónimo*? Te lo pedí la semana pasada, planeo partir en unos pocos días. —Nando buscó cambiar de tema.

—No, aún no. Pero lo haré ahora mismo, y la asentaré en las actas. Quizás éste sea mi último acto oficial —dijo con un suspiro—. Alcánzame ese libro de allí, por favor.

Nando estaba a punto de tomarlo cuando se asomó la india Pancha y avisó:

—Doña Ysabel lo llama con urgencia. Me mandó buscarlo en toda la casa.

—¿Qué ocurre?

—La pequeña Mía está mal. Se cayó y le sangra la cabeza.

Nando se volvió hacia Luys con gesto preocupado.

—¿Estarás bien?

—Sí, sí, vete, te necesitan más que yo. Mi rabia ya se aplacó. Firmaré esto y me pondré al día con otros documentos antes de ceder mi lugar.

Nando corrió, seguido por Pancha, y encontró a Ysabel arrodillada en el jardín de las sampaguitas, con la falda manchada de sangre alrededor de donde descansaba la cabeza de Mía.

—¿Estás bien? —le preguntó en cuanto llegó a su lado.

—Yo sí, es Trinidad quien se ha lastimado. Estaba trepada a ese arbusto cuando un pequeño mono mordió su mano y eso la hizo caer. Está inconsciente y tiene un profundo corte sobre la ceja. Además su piel está grisácea, en una especie de palidez.

—Corre tus manos, la alzaré y la llevaré a su lecho.

—Vamos a mi antigua alcoba, es más cerca —sugirió.

Con la niña cargada en brazos de Nando, Ysabel le ordenó a Pancha:

—Ve a buscar al sacerdote que sabe de medicina, y también haz que me traigan agua caliente.

Mientras la trasladaban Ysabel rezó para que la pequeña se recuperase. La niña había llevado alegría a su vida, no soportaría el dolor de perderla.

Durante un buen rato se dedicó a limpiarle la herida con paños húmedos. Mientras lo hacía observó cómo la frente oscura se hinchaba. A Mía le había crecido una protuberancia sobre el ojo, casi como si hubiese tenido una piedra en la cabeza.

Impaciente por la demora del médico, Ysabel iba y venía hasta el patio para ver si llegaba y se desesperaba ante la ausencia. Finalmente apareció Pancha, sola y cabizbaja.

—¿Dónde está?

—El padrecito dijo que no va a venir, que sólo cura a españoles.

—¿Ésas fueron sus palabras? —exclamó indignada, entrecerrando los ojos.

—Mmm... nnnno. Dijo que su tarea no incluye atender a negros ni indios. Y muchos menos a esa niña, cuyos cabellos dorados revelan que es fruto del pecado entre un español y una india de piel negra.

—¡Cómo se atreve a decir eso! ¿Acaso supone que esta niña no tiene alma? ¡Ha sido bautizada y merece su cuidado como cualquiera de nosotros! Además no es una bastarda, toda su tribu tiene piel oscura y cabellos muy claros, yo misma estuve entre ellos. Iré a hablar con él y ya veremos si se atreve a rechazar el pedido de atención frente a mi persona.

—Cálmate, Ysabel. No ganarás nada con ir hasta allí. Se negará del mismo modo. Mejor ocupémonos de curar a esta niña.

—¿Y quién lo hará? ¿Tu amigo Basilius? No creo que él tenga prejuicios.

—Basilius sin duda la atendería, pero ya no está en Manila, ha desaparecido —respondió Nando mientras negaba con la cabeza—. No se sabe nada de él ni del libro gigante.

—Hay una mujer en la cocina que se da maña para cuidar a los tagalos cuando enferman. Todos dicen que tiene manos con poderes mágicos —sugirió Pancha.

Ysabel consultó a Nando con la mirada y, tras el asentimiento de él, ordenó:

—Ve a buscarla, Pancha. ¡Deprisa!

Mientras esperaban a la curandera, Ysabel cambió los paños mojados sobre la frente de Mía. Acariciaba la piel morena y los rubios cabellos humedecidos con delicadeza. Se había encariñado

mucho con la chiquita. Sabía que los golpes en la cabeza podían matar, y ése había sido tan fuerte que le abriera un profundo tajo. Enjuagando el trapo enrojecido por la sangre, Ysabel ya no controló las lágrimas.

Afortunadamente la mujer que Pancha fue a buscar no tardó mucho en llegar, y avanzó con paso ágil dentro de la alcoba, a pesar de los muchos años que cargaba en su cuerpo voluminoso.

Ysabel se apartó del lecho para darle espacio junto a Mía. Después de levantarle los párpados e inspeccionar los ojos de la niña inconsciente, la anciana rebuscó en un talego que colgaba de su gruesa cintura y extrajo de él unas hierbas molidas y unos polvos. Mezcló todo en una pequeña vasija, escupió en la preparación y volvió a mezclar. Con espanto Ysabel vio cómo la mujer untaba el resultado en la herida de Mía, pero Nando la sujetó por los brazos antes de que pudiera detenerla y le indicó con un gesto que no interviniera. Contra sus instintos, que la empujaban a arrancar la repulsiva preparación de la frente lastimada, Ysabel confió en él. Una vez más, le tranquilizaba que fuera otro quien tomaba las decisiones. La novedosa sensación de tener un hombro donde apoyarse la reconfortaba. Agradeció el poder de mando natural de Nando, la intensa energía que partía de él. No estaba segura de poder obedecerle siempre, pero en algunos momentos, como ése, era una gran ventaja que alguien más se ocupara de todo.

La anciana no se quedaba quieta, actuaba con presteza: estaba encendiendo polvos en recipientes alrededor del lecho. Enseguida se ocupó de mover con las manos el aire cargado de aromas para sahumar a la niña, hasta que unos insistentes golpes en la puerta distrajeran a todos.

Pancha abrió para encontrarse a Datú con cara preocupada.

—Busco a Tgula, es importante.

—Está ocupada con la niña —respondió la india.

—Pero la manda a buscar la comadrona española. Parece que está atendiendo a una dama y necesita ayuda. Confía en los poderes sanadores de nuestra Tgula.

—¿Qué es lo que ocurre? —inquirió Nando acercándose, seguido por Ysabel.

—Requieren la presencia de la curandera, y parece que es urgente.

—¿Cuál es la prisa?

—La comadrona necesita ayuda y es para una dama importante: doña Sebastiana de Figueroa está dando a luz.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ysabel. El tan temido momento había llegado. El hijo de Nando dejaría de ser solo una teoría para convertirse en una realidad de carne y hueso. Pero no iba a permitir que la noticia la abatiera. Ella seguiría siendo la esposa legítima, a pesar del nacimiento del bastardo. Además, confiaba en Nando: sabía que esa mujer no representaba nada para él. Con un esfuerzo inspiró hondo y se paró erguida.

—Tendrá que esperar —repuso Nando, aunque con la voz rasposa, sin la seguridad que lo caracterizaba. No quería que nada le pasara a Mía porque eso lastimaría a Ysabel. Si él se llevaba a la curandera para salvar a su hijo y eso perjudicaba a la pequeña de piel oscura, nunca se lo perdonaría.

—Mandaron a avisar que la dama está perdiendo mucha sangre y está en riesgo la vida del bebé. La comadrona ya no sabe qué hacer.

Esas palabras lo conmovieron. No podía negar que lo perturbaba saber que un hijo suyo estaba por nacer, o por morir.

—Ya he terminado por ahora con la niña. Hay que esperar —dijo Tgula acercándose.

—Que vaya —intervino Ysabel en la conversación por primera vez. Tenía la garganta seca y el pulso acelerado. Le dolía el pecho, pero sabía que estaba haciendo lo correcto.

—¿Estás segura? —le preguntó Nando en voz baja, tomando las manos de ella y estrechándolas junto a sí.

—Sí, ya ha ayudado a Trinidad, es justo que vaya junto a quien la necesita ahora. Y ve tú también si lo deseas.

—¿No te molesta?

—Es lo que corresponde —murmuró y se dio vuelta para volver junto al lecho. Mientras tragaba con fuerza para intentar digerir el nudo que se había formado en su garganta, escuchó que él partía junto a la curandera.

La oscuridad cubrió Manila bajo un manto brumoso. Los sahumeros se consumieron, los grillos en los jardines coparon los sonidos de la noche, y la ausencia de noticias impuso a Ysabel una noche espantosa. Seguía sentada al lado de Mía, todavía inconsciente, y nada sabía de Nando y su hijo. *¿Estaría con vida el bebé? ¿Lo habría salvado la magia de Tgula? ¿Regresaría la anciana a tiempo para seguir prodigándole los cuidados necesarios a Trinidad? Y si no lo lograba...* La angustia desbordaba los pensamientos de Ysabel y las lágrimas escapaban sin permiso por sus ojos. Con la silenciosa Pancha por única compañía, finalmente el sueño la venció.

Al amanecer, Ysabel se despertó. Se había adormecido vestida, en el enorme lecho junto a Mía. Se giró y la observó, pero no notó ningún cambio. Se llevó las manos a la cabeza, sentía el cuero cabelludo dolorido por la tirantez de las horquillas, que había olvidado quitarse. No había planeado acostarse, quería esperar a Nando despierta, pero las duras emociones del día anterior, sumadas a la congoja, la habían doblegado. Se preguntó si él ya habría regresado y si estaría en su habitación. Desde que volviera a la mansión, luego de haber recuperado la libertad por la bula papal, habían pasado todas las noches juntos. Unas veces en la alcoba de uno, otras en la del otro, pero siempre durmiendo abrazados después de amarse. Si en esa primera noche con su hijo ya no estaba a su lado, Ysabel intuyó que habría más cambios en su vida y que le gustarían tan poco como éste.

Estaba frente a la mesa de tocador, lavándose el rostro y enjuagándose la boca, cuando la puerta de la alcoba se abrió sin golpes previos que anunciaran alguna visita. Sólo Nando se atrevería a entrar allí de esa manera. Ysabel se dio vuelta con el corazón acelerado y lo encontró de pie con un bulto entre los brazos y una extraña sonrisa en los labios.

—Buenos días —murmuró con su gruesa voz en un tono muy bajo, y avanzó hacia ella.

—Oooh... Ya lo has traído contigo —exclamó sin poder disimular la sorpresa.

—Sí, la he traído porque Sebastiana falleció. Es una niña. Habrá que conseguirle una nodriza, es muy pequeña, nació antes de tiempo.

—Por supuesto —respondió Ysabel con rapidez, todavía asimilando la noticia de que él tenía en brazos a su hija y se preocupaba por ella. Intentó camuflar el vacío de sentimientos que se apoderó de ella con palabras. Dominada por los nervios, siguió hablando sin parar—. ¿Ya le has puesto nombre? Habrá que bautizarla pronto y sin duda te lo preguntará el sacerdote y...

—Su madre le dio nombre antes de morir, aunque no llegó a verla.

—¿Y cuál es? —preguntó nerviosa.

—Fernanda.

Una sombra cruzó el rostro de Ysabel y un par de lágrimas asomaron por sus ojos.

—Ysabel, no llores, ven acá —la consoló Nando sin inmutarse, todavía sonriente—. Mírala.

Resignada a que debería hacerlo alguna vez, decidió pasar el mal trago cuanto antes y caminó hasta él. Esperaba encontrar una niña con pelusa rojiza como la de su madre, o cabellos dorados como esos que a ella tanto le gustaba acariciar y atrapar entre sus dedos mientras se amaban. Pero al correr la tela que rodeaba a la pequeña cabecita se llevó una sorpresa.

Entre los brazos de Nando, dormida envuelta en un exquisito mantón de seda, había una beba de inconfundibles rasgos tagalos. Con cabellos oscuros, ojos alargados, y piel aceitunada.

—¡Oooh! —volvió a pronunciar Ysabel, pero esa vez acompañó la exclamación con una sonrisa—. ¡No es tuya! —suspiró aliviada.

—Sin ninguna duda —respondió sonriendo a su vez—, y tiene un lunar en la mejilla igual al de Bayani, el criado que siempre acompañaba a Sebastiana. No hubiera eludido mi responsabilidad, pero me alegra mucho saber que mi primer hijo será tuyo, mejor dicho: nuestro.

—A mí también me alegra —dijo, y sintió cómo las lágrimas corrían con fluidez por sus mejillas.

Nando quiso abrazarla pero sus brazos estaban ocupados.

—¡Pancha! —exclamó Ysabel—. Lleva a la niña y ocúpate de que le consigan una nodriza. Debe ser tratada como española, a pesar de su aspecto mestizo. Asegúrate de que todos los que la atiendan sepan eso.

En cuanto la india salió llevándose a la pequeña, Nando la atrapó e Ysabel se perdió en su poderoso abrazo. Sin soltarla le murmuró al oído:

—Si quieres podemos probar engendrar un hijo nuestro ahora mismo.

Ysabel se estremeció, nada deseaba más que dejarse llevar por el calor que nacía dentro de ella cuando estaban tan próximos como en ese momento, levantó el mentón y le ofreció sus labios, pero sin intenciones de ir más allá.

—Me encantaría, pero debo velar por Trinidad. ¿Tgula regresó contigo?

—Sí, dijo que iba a buscar más hierbas y vendría para aquí. Pero podríamos ir a mi habitación —sugirió atrayendo las caderas de ella hacia sí.

—No quiero dejarla —explicó con suavidad, señalando a Mía, aunque tentada por la sensual invitación que leía en el rostro de él, pero Tgula eligió ese momento para golpear la puerta y entrar. Al gruñido de frustración de Nando le siguió una risa.

—Deberemos esperar hasta la noche —se resignó con un suspiro y se despidió con un casto beso en la frente de Ysabel—. Iré a atender unos asuntos, si hay algún cambio en la niña avísame.

—No te preocupes, haz lo que debas, yo me quedaré con ella —afirmó y le devolvió un beso en la mejilla.

El sol ya estaba alto cuando Nando terminó de vestirse. Tras una romántica noche en la que él le había suavizado los miedos a través de abrazos, cariño y paciencia, Ysabel se había retirado antes para ir a ver a Mía, que había quedado bajo la vigilancia de Pancha. Él se dirigió al comedor, esperando encontrar allí a su primo.

—¿El gobernador ya ha desayunado? —preguntó a Datú, mientras se servía unas frutas.

—No, señor. Aún no. En realidad, creo que está muy ocupado: no salió de su despacho en toda la noche.

En cuanto lo escuchó Nando dejó lo que estaba comiendo y partió a buscarlo con una mueca de disgusto. Sin duda imaginaba lo que iba a encontrar, porque no se sorprendió al hallar a Luys profundamente dormido, despatarrado en la silla, con la misma ropa del día anterior, y una copa y una jarra vacías a su lado.

Se acercó y vio los papeles que coronaban la pila sobre el escritorio: la autorización para la salida del *San Jerónimo* aún no estaba lista. Apretó los puños, indignado por la desidia de Luys e intentó despertarlo sin éxito. El hedor que rodeaba a su primo indicaba que la bebida había sido mucha. Al rato se resignó y se marchó, tras ordenarle al mayordomo que lo había seguido:

—Que lo lleven a su alcoba y lo dejen dormir. Avísenme cuando despierte.

Salió de allí furioso. Luys había vuelto a caer en su antiguo vicio. Él no estaba dispuesto a cambiar el rumbo de su vida otra vez para cuidarlo. Ahora que ya no tenía un cargo que lo atara a Manila, le ofrecería la posibilidad de embarcarse con ellos hacia Lima, nada más.

Pasó por la habitación de Ysabel pero tampoco encontró las noticias que esperaba. Mía seguía inconsciente.

—Lo siento mucho, amor mío —le dijo. La vio triste, pero no se animó a sugerirle que debería preparar su ánimo ante la dura posibilidad de que no despertase. Prefirió cambiar de tema —. Ven, demos un paseo por el jardín, te ayudará a despejarte.

Ysabel accedió y se tomó gustosa del brazo que él le ofrecía.

—Gracias por cuidarme y preocuparte por mí.

—No me agradezcas, mi amor. Es mi obligación favorita —dijo llevándose un puño de ella a la boca para besarla—. He estado pensando en Fernanda, la niña de Sebastiana. La pequeña es muy rica. Durante el parto, presintiendo que quizás no sobreviviese, ella llamó a un letrado y reconoció ante él lo que antes estaba dispuesta a negar: a su hijo. Decidió que se llamaría Fernando o Fernanda, y al bebé le dejó su inmensa fortuna, nombrándome su albacea. Como su responsable, creo que lo mejor para ella sería dejarla aquí, para que sea educada en el Santa Potenciana, junto con otras niñas mestizas. Tendría la enseñanza apropiada para convertirse en la dama que estas colonias necesitan.

—No me parece una mala idea.

—Velaré por su seguridad a la distancia, controlando su fortuna con ayuda de tu hermana, si estás de acuerdo.

—Sí, lo que tú digas. Iré a ver a Marina mañana para pedirle que se ocupe de esto.

—Bien, te lo agradezco. Y ya que estamos hablando de esa escuela, hay algo que he estado considerando: sería el lugar ideal para Mía también, si despierta.

—¿Para Trinidad? ¡No! Yo quiero llevarla conmigo.

—Lo sé, pero imagina lo difícil que sería la vida para ella en Lima, donde todos los negros son esclavos. Aquí, con esos cabellos rubios bien puede pasar por mestiza y educarse también en esa institución. Yo me encargaría de los gastos para que reciba el mejor trato, te lo garantizo.

—Ay, no, Nando, no quiero deshacerme de ella.

—No será deshacerte, sino darle una vida digna, que en otro lado no tendría, ni siquiera bajo nuestra ala. Viste lo que ocurrió con el sacerdote que no la quiso atender, la consideró tu sierva. Lo mismo ocurrirá en las Indias Occidentales. Si es educada en el Santa Potenciana, en cambio,

podrá ser una dama mestiza y sin duda en cuatro o cinco años encontrará un marido honrado entre los caballeros solitarios que llegan a estas latitudes, y eso le dará otro estatus dentro de la vida colonial.

El silencio de Ysabel y más lágrimas le dijeron que aceptaba su plan.

—Será lo mejor para ella, créeme —insistió.

Ella apenas sacudió la cabeza como afirmación. No podía hablar. Sentía que estaba perdiendo una parte de su vida, pero Nando tenía razón. Llevarla sería un acto de egoísmo, como el que tuvo cuando la arrancó de su isla natal. Si pensaba en la niña, tendría un mejor futuro en Manila. Eso si llegaba a despertar, se recordó con desolación.

—Bien, con esto ya resuelto, iré a ver si mi primo se recuperó de su borrachera. Necesito que firme unos papeles para que podamos partir cuanto antes, esta semana si es posible. Ya están cambiando los vientos, cada día de demora aumenta los riesgos de navegación.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

—No, amada mía. Pero me siento en la obligación de preguntarte: ¿estás segura de que quieres embarcar? Será un viaje muy peligroso. Ya has visto que el galeón oficial naufragó por las tormentas. Nosotros enfrentaremos vientos aún peores. Entenderé si prefieres quedarte aquí y esperar la nave del año próximo y...

—¡Cómo se te ocurre semejante cosa! —lo interrumpió indignada—. De ninguna manera me quedaré aquí sin ti. Mi lugar es a tu lado, es lo que yo misma elegí. A pesar de las tormentas, iré contigo a enfrentar el peor huracán.

En ese momento no se le ocurrió que el barco era de ella ni tampoco pasaron por su mente los títulos. Ysabel solo pensaba en que no quería estar en ningún lugar sin él; lo que más le importaba era su compañía. Así se lo comunicó con palabras, con su mirada y con los brazos abiertos extendidos hacia él. En pocos segundos el abrazo de Nando la envolvió.

—Me debatía entre la posibilidad de dejarte a salvo o mantenerte conmigo. Pero preferí consultarte, tu opinión es muy importante para mí. Y debo confesar que no me hubiera gustado partir sin ti, eres lo más valioso que tengo. Me alegra que esa haya sido tu respuesta, te necesito a mi lado.

Las palabras se fundieron en besos cuando sus labios se encontraron. No hubo ternura en el contacto, sino avidez, desesperación, la búsqueda de una alianza inmortal. Ambos necesitaban reafirmar la decisión de enfrentar los peores peligros juntos. Iban a arriesgar la vida, lo sabían, pero la unión les daba la fuerza para lanzarse a la aventura.

Nando la besaba impetuoso, su lengua dominando los movimientos e Ysabel entregada al placer que ello le causaba. Las chispas que brotaban entre ellos ya habían dado origen al incendio que los devoraba por dentro. Las grandes manos de él le cubrían los pechos, en el preludio de un fogoso encuentro, cuando unos pasos que se acercaban sobre la grava entre las plantas los interrumpieron.

Con la respiración agitada Nando maldijo en voz baja y luego gritó desde atrás de un arbusto:

—¿Quién es?!

—Soy Sauro. La criada de doña Ysabel me dijo que estabas aquí.

—¡Vete! Regresa después.

—Disculpa la insistencia, pero creo que debes escucharme, es importante.

Nando volvió a maldecir, inspiró con fuerza para calmar su respiración, se acomodó la

camisa por fuera del pantalón para disimular el deseo y echó una mirada a Ysabel para verificar que estuviese presentable antes de salir de atrás de la alta sampaguita que los cobijaba.

—Más vale que sea realmente importante —le dijo en tono poco amigable.

—Lo es: el nuevo gobernador no va a autorizar la salida del *San Jerónimo*, dice que es demasiado peligroso dado lo que él mismo ha enfrentado los baguios y vio los restos del naufragio que ayudó a recoger. Tu primo me acaba de dar el mensaje para ti.

—Al menos ese tonto ha despertado. ¡Maldición! Si hubiese firmado ese papel antes...

El golpe que dio con el puño contra la otra palma abierta no alcanzó para aplacar su rabia.

—Debes tranquilizarte, amigo. No lograrás esa autorización en este estado.

—Lo sé, lo sé, debo pensar cómo actuar antes de ir a hablar con el nuevo gobernador.

—Y deberás pensar deprisa: esta noche se celebrará la fiesta de bienvenida al flamante funcionario. También me encargaron avisarte de ello.

Sólo dio un bufido por respuesta antes de despedirlo con un gesto de la mano y regresar a Ysabel. Pero no la encontró de pie donde la dejara. Volvió hacia la alcoba con pasos veloces y la vio arrodillada junto al lecho de Mía con lágrimas en las mejillas y una sonrisa en medio del rostro.

—¡Ha despertado, Nando! ¡Y sonríe! ¡Se va a recuperar! ¡Mía se va a recuperar! —exclamó.

—¡Qué alegría escuchar una buena noticia en este día difícil! Y también me alegra ver que la has llamado Mía, su nombre original.

—Tienes razón. Durante su inconciencia me di cuenta de que en mi corazón siempre llevaré a la pequeña niñita que me seguía desnuda por las arenas de la isla donde la conocí, y esa niña se llama Mía. Trinidad será la dama criada a la española aquí en las Filipinas, pero conmigo se irá mi cariño por Mía.

La sonrisa de Nando le reveló que la entendía, pero enseguida se pasó la mano por la frente y dijo apurado:

—Me complace verte feliz, pero ahora debo ocuparme de unos asuntos.

—¿Hay más problemas?

—Quizás... Pero los resolveré. Tú no te preocupes, sólo deberás prepararte para una gala esta noche. Ahora mismo mandaré a buscar el nuevo collar que encargué para ti, pónelo. Quiero que todos me envidien por mi bella esposa —dijo y le rozó los labios con suavidad.

Ysabel alzó las cejas sorprendida pero no preguntó los motivos del pedido. A ella le gustaba arreglarse, y se sentía tan contenta por Mía que no le importaría tener una excusa extra para celebrar en una fiesta del brazo del hombre que amaba.

Los laúdes y el violín ya estaban sonando cuando Nando escoltó a Ysabel dentro del salón. La punta de los dedos de ella en la palma extendida de él. Habían prescindido de los guantes, hacía calor y preferían disfrutar del contacto de la piel cuando sus manos se encontraban cada tanto. Les costaba no mantener la proximidad todo el tiempo. Ansiaban por tocarse siempre que podían. Por eso mismo estaban llegando tarde. Cuando Nando, ya arreglado, impecable en su traje de gala azul contrastando con sus cabellos dorados, pasó a buscarla no pudo resistirse. A pesar de la insistencia de Ysabel en que los estaban esperando, cuando él se inclinó para abrocharle un nuevo collar de perlas y varios rubíes, no pudo evitar besar esa delicada nuca que estaba a su alcance. De la nuca pasó al cuello, de allí a los pechos y ya ninguno quiso oponerse a

sus instintos. En pocos minutos se sacaron las prendas, que luego demoraron bastante más en volver a vestir.

Pero ambos coincidieron en que el encuentro había valido la llegada tarde. Una vez más sus cuerpos los llevaron a disfrutar de todo el placer que dormía oculto en el interior de cada uno. Sólo ellos podían despertar esa locura tocándose, para luego enfrentar la intensidad arrolladora que los sacudía inclemente en cada acople perfecto. Como si hubiesen sido hechos uno para el otro.

En ese momento, con la fiesta ya empezada, Nando esperaba que al nuevo anfitrión no le incomodase esa falta. Distinguió a su primo junto a un caballero mayor que él con una amplia sonrisa y demasiado emperifollado: la capa de terciopelo carmesí atraía todas las miradas. Sin duda era el flamante dueño de casa. Se dirigió hacia ellos, aunque sin dejar de lisonjear a Ysabel en el camino:

—Estás preciosa, con un brillo especial en la mirada. He descubierto que te acompaña cada vez que nos amamos. Me ofrezco a regalarte ese ritual de belleza siempre que lo desees.

—Agradezco y acepto la oferta, estimado esposo —respondió provocativa.

Nando no pudo evitar la sonrisa que coronó sus labios. Le fascinaba la sensualidad que destilaba Ysabel. Llevaba un vestido rojo que destacaba sus formas y revelaba las cimas de sus senos en un profundo escote rodeado de encajes. Él no se lo conocía, y estaba encantado con lo que veía. Hubiera preferido regresar a la alcoba en ese mismo momento, pero tenía que resolver ciertas cuestiones antes de poder dedicarse al placer. Dibujó un beso cargado de promesas con los labios y continuó avanzando por el salón.

Al llegar frente al estrado se inclinó sin soltar a Ysabel y dijo a Dasmariñas:

—Espero que cumplas con la formalidad de presentarme, primo.

—Por supuesto. Don Francisco Tello de Guzmán, el caballero es mi primo, don Fernando de Castro y Rivadeneyra, flamante poseedor del título de Adelantado de los Mares del sur, cedido por su esposa aquí presente, doña Ysabel de Barreto Mendaña y Castro.

—¡Oh! La famosa Adelantada. Encantado de conocerla —dijo y se inclinó para besarle la mano.

—¿Famosa? No sabía que mi nombre fuese célebre.

—Le aseguro que en varias naves que hemos cruzado en estos mares se habla de su hazaña. ¡Logró salvar parte de la maltrecha expedición Mendaña nada menos que una mujer! Una verdadera proeza. Merece mis sinceras felicitaciones.

—Muchas gracias —murmuró enrojecida por la lisonja, y contenta por descubrir su notoriedad.

—Y ahora esa gloria podría ser mucho mayor, si la Adelantada logra completar el tornaviaje de regreso a Acapulco en su propia nave. Tenemos todo listo. Sólo es necesario que vuesa excelencia autorice la partida —intervino Nando, aprovechando con rapidez la oportunidad.

—Ah, sí. Ese asunto... Me temo que esa salida no será posible por ahora.

—¿Por qué no? No veo un motivo válido que lo impida.

—Yo creo que sí: me han explicado que ha terminado el período climático propicio para zarpar. Yo mismo he sufrido los ciclones filipinos para llegar aquí y sería una irresponsabilidad de mi parte autorizar a una nave de la corona española a enfrentar aquello.

—Pues no debe preocuparse tanto, el barco no pertenece al rey, sino que es una propiedad

privada unida a la flota real. Si doña Ysabel y yo decidimos embarcarnos será un exclusivo riesgo personal —insistió con menos paciencia y la voz tensa.

—¿Posee el título de propiedad de la nave? —inquirió.

Nando le dedicó una mirada interrogatoria a su esposa y ella asintió.

—Sí, lo tenemos.

—Hmmm, pero no estoy convencido... Don Castro, la vida de todos los habitantes de las islas Filipinas hoy es mi responsabilidad —respondió el gobernador con seriedad, pero sin sacar los ojos del impresionante collar que adornaba el cuello de Ysabel.

Nando aprovechó el brillo de codicia que detectó en esos ojos, se inclinó hasta quedar cerca de la cabeza de Tello y habló en un tono tan bajo que sólo su destinatario pudo escucharlo:

—La joya que adorna el cuello de mi esposa será suya en el momento en el que firme esa autorización.

Sorprendido, el funcionario se estiró hacia atrás. No dijo nada, pero tampoco reveló indignación. Volvió a fijarse en el collar y con tono casual pidió:

—¿Alguien me podría conseguir una copa de vino? He traído varias cajas de un excelente tinto español en mis bodegas, espero que ya lo hayan bajado.

Una vez que un criado le ofreció lo que pedía, Tello alzó el cáliz de plata hacia Nando y dijo:

—Brindo porque tengan una buena travesía, capitán Castro.

10 de agosto de 1596.

Puerto de Manila.

El día anterior Ysabel se había despedido de Marina y de Mía. Las lágrimas habían regado los abrazos. Las promesas de volver a verse alguna vez no paliaban el dolor de la separación. Todavía abrumada, había subido a bordo para pasar su última noche en Manila en el *San Jerónimo*, así estarían listos para partir al amanecer. La incansable Pancha y el fiel Plumet, otra vez vestido como hombre, la acompañaban. Al subir había visto a Quirós ocupado cerca del timón; lo habían contratado como piloto de la travesía.

Con las primeras luces del alba Nando ya estaba en pie. Se asomó a la cubierta y estudió los colores violáceos que subrayaban la línea que marcaba el encuentro del horizonte y el mar. La aureola que rodeaba a la luna la noche anterior le había revelado la cercanía de lluvias. Y las nubes oscuras, del color del plomo, que distinguía en ese momento se lo confirmaban. Estaba analizando qué hacer cuando salió Ysabel, con el mantón de Manila que él le regalara envolviéndola. Se paró detrás suyo y lo abrazó, pegándose a su espalda.

—Percibo tu preocupación. ¿Ocurre algo malo?

—Sí, y no —le dijo tomando las manos de ella y uniéndolas sobre su propio pecho.

—Muy poco clara explicación, capitán Castro —se burló entre risas.

—Creo que enfrentaremos una fuerte tormenta en cuanto salgamos. Quizás nos convenga esperar a que pase.

Ysabel notó la hesitación en su voz y preguntó:

—Si yo no estuviese a bordo también te plantearías esperar.

—No —respondió sin vacilar.

—Entonces no dilates la salida. Te pido que comandes esta nave como lo haces habitualmente.

—Pero será arriesgado —insistió señalando las tenebrosas nubes que aparecían sobre el rumbo que debían tomar—, y no puedo ignorar que tú estás aquí.

—Deberás hacerlo. Todos los días enfrentamos riesgos. Eso es la vida. No sabemos lo que nos espera en la lucha para sortear esos escollos, pero los enfrentaremos juntos. Yo arriesgué todo en busca de un sueño cargado de ambición; y no hallé fortuna pero terminé encontrándote a ti, mi verdadero destino. Hay que animarse a seguir nuevos rumbos, sin importar a dónde nos lleven, pues pueden esconder una sorpresa. Tú resultaste la mía, y agradezco al Señor por ello.

—¿No temes enfrentar terribles tormentas?

—Más temo no estar a tu lado. Si tú estás dispuesto a partir, yo también. Te acompañaré a donde quieras ir. A la Nueva España, a una nueva expedición a las Salomón, a Manila... O a esa tempestad —dijo apuntando al frente.

Un rayo se desprendió de las oscuras nubes para iluminar el cielo y remarcar sus palabras. El estruendo la hizo temblar.

—¿Estás segura? —insistió, señalando la tormenta—. Aún puedes elegir quedarte.

—Elijo estar a tu lado. Te amo, nuestra vida juntos es todo lo que me importa.

—¡Levar áncoraaas! —tronó la poderosa voz de Nando, conmovido por las palabras de la mujer que amaba.

Ysabel se abrazó a su espalda con fuerza, segura de estar en el camino correcto, mientras el barco empezaba a moverse sobre las aguas hacia la zona cubierta por densas nubes negras.

Epílogo

11 de diciembre de 1596.

Acapulco, costa oeste de la Nueva España,

Más de un centenar de improvisados puestos, armados con madera o ramas y alguna lona, se levantaban en la Plaza Mayor de Acapulco y también en sus alrededores, esos empinados recortes del terreno que llamaban calles. En ese suelo desparejo, españoles y mestizos se reunían cada octubre para esperar la llegada del Galeón de Manila, que siempre salía en junio y demoraba entre cuatro y seis meses según los vientos. Si el barco no aparecía, como ya había ocurrido otros años, habría muchas pérdidas: los indianos habrían perdido el viaje hasta allí en busca de mercaderías para revender en esas tierras, y los españoles perderían más aún por no poder llevar costosos bienes a la España. Hasta los mestizos perderían, unos porque no podrían vender las comidas que preparaban para los famélicos navegantes que arribaban desesperados por mejores alimentos que los de a bordo, y otras por la falta de clientes para el burdel. Ese año cientos de ojos habían pasado muchos días oteando el horizonte, hasta que finalmente un mástil con bandera española provocó gritos de algarabía entre todos los comerciantes allí reunidos.

Cuando el gigantesco galeón de trescientas toneladas se acercó a la costa, brazos con paños se alzaron eufóricos en señal de saludo. Sus bolsillos estaban salvados. Pero una voz exclamó:

—¡No es el Galeón de Manila oficial! ¡No es la nave habitual!

—¿Y eso qué importa? Mientras traiga objetos para vender será bienvenido —le respondió alguien, provocando risas y vítores en la ruidosa multitud.

—¿Alcanzan a ver su nombre?

—¡Creo que dice *San Jerónimo*! —contestó el dueño de un catalejo.

—¡Pues bienvenido sea el *San Jerónimo*ooo! —gritó, seguido por un coro de aplausos.

Pocas semanas después de la llegada a Acapulco, don Nando de Castro había vendido la mayor parte del contenido de las bodegas del barco. No tuvo que ocuparse de llevarlo él mismo al Viejo Mundo. Con lo que le dieron allí cuadruplicó la inversión y ganó una gran fortuna.

Al final de esa mañana el capitán y dueño de la nave había regresado a la posada donde se quedaba con su esposa con el rostro adusto.

—¿Qué te ocurre? ¿Alguna mala noticia?

—No lo sé con certeza, pero mi intuición me dice que sí: el piloto ha desaparecido.

—¿Quirós? ¿Crees que le ocurrió algo malo?

—No, creo que se ha fugado de nosotros y me preocupa cuáles podrían ser sus intenciones. Esta mañana fui a buscarlo para empezar a organizar el viaje a Lima, y me contaron que partió hace unas semanas en una nave menor con ese mismo destino. Me sorprende que no me haya dicho nada de sus planes, y que tampoco se haya despedido.

—¿Eso te preocupa?

—Plumet me contó que escuchó rumores entre los tripulantes, decían que el portugués estaba descontento con mi aparición en tu vida, ya que se consideraba el heredero indicado para los títulos de Mendaña.

—Eso es un disparate. Yo tengo el poder legal para designar a quien desee, y te elegí al casarnos. Pero por otro lado me alegra escuchar que la relación entre Plumet y tú ha mejorado tanto que ahora es tu informante.

—Desde que supe que es mujer dejé de preocuparme, antes tenía celos por verlo cerca de ti.

—¿Celos? Ay, mi amor, sabes que no existe otro hombre en el mundo para mí.

—Lo sé, pero era algo muy poderoso que brotaba de mi interior. Me molestaba verlo siempre a tu alrededor. Ahora, en cambio, creo que es el mejor guardaespaldas que puedes tener —dijo y le cubrió la boca con la suya, atrapándola en un cálido beso.

Ysabel respondió de inmediato, como siempre, y las sospechas de Nando sobre el piloto se esfumaron, distraído por una ocupación más interesante: las curvas de su mujer.

Con ávidas manos y boca se lanzó sobre ella como si fuese a probarla por primera vez. Porque hacer el amor con Ysabel era como un nuevo descubrimiento para Nando en cada ocasión. Nunca se cansaba de besarla, de tocarla, de saborear cada trozo de piel a su alcance.

Abrazándola desde atrás, le cubrió los senos con las manos y con los labios le recorrió el cuello haciendo que se erizaran todos sus vellos.

—Eres hermosa, Ysabel, y lo que me provocas es único. Quiero amar tu cuerpo con fuerza, y a la vez cuidarte con infinita delicadeza. Quiero quedarme charlando contigo durante horas después de darte placer. Y quiero dormir a tu lado para volver a amarnos cada amanecer.

—Veo que tienes el poder de alcanzar lo que deseas. Lo que estás narrando es lo que hacemos a diario —murmuró con voz ronca y una sonrisa.

—Lo sé, es que te has convertido en mi mejor amiga.

—¿Sólo eso?

—Eso no es poco. ¡Lo es todo! Creo que el verdadero amor es una profunda amistad a la que se le suma la pasión. Lo descubrí en estos meses a tu lado, porque contigo puedo charlar, reír y divertirme como lo haría con un amigo, pero además puedo sentir y vibrar de una manera única cuando nos amamos. Jugar al ajedrez contigo es mucho más interesante que hacerlo con Sauro. Especialmente si te saco una prenda cuando pierdes alguna pieza —dijo mientras sus dedos insinuantes se deslizaban por las costillas provocándole cosquillas.

Ella rió con ganas, y él continuó.

—Que nuestras naves se cruzaran en medio del mar fue lo mejor que me pasó. Aunque nuestra relación tuvo orígenes poco normales, agradezco que ocurriera, porque mi verdadera vida comenzó en el momento en que te conocí.

—Lo mismo siento yo. Eres mi mejor amigo, mi amante, mi confidente, mi todo. Por eso no me importa en dónde estemos, estoy dispuesta a recorrer los trémulos confines del mundo a tu lado. Si estoy contigo soy feliz.

Nando le dedicó una mirada especial, una que decía que sólo existía ella a su alrededor. Ysabel se perdió en el reflejo de esos ojos hasta que la boca de él la arrastró lejos de allí. A un lugar sin nombre donde apenas habitaban ellos dos y su amor.

Nota de la autora

Doña Ysabel de Barreto Mendaña y Castro existió. Fue la primera y única mujer Adelantada de la conquista, además de una excepcional Almiranta de la flota española en toda su historia. Los títulos los obtuvo de la manera que está narrada en este libro. Hay varias teorías sobre la fecha y el lugar de su nacimiento, pero los más fidedignos indican que fue oriunda de Galicia, nacida en 1567. Al casarse con Fernando de Castro, ella tenía veintiocho años y él veintiséis. Ysabel falleció en 1612, y se cree que descansa en el convento de Santa Clara, en Lima.

Existen diferentes versiones en cuanto a su boda con Mendaña: algunas fuentes la indican en 1585, cuando Ysabel tenía diecisiete años, pero en ese entonces ella aún estaba en España y no es factible que se hubiesen casado allá, ya que llegó en el séquito de la virreina en 1590 junto a las damas solteras. Por eso ubiqué la boda en una fecha que me pareció posible en el Nuevo Mundo.

La historia no le hizo justicia a Ysabel porque todos la conocieron a través del relato de viaje del portugués Pedro Fernández de Quirós, en donde la acusa de ser cruel y capaz de matar de hambre a la tripulación de la nave mientras ella tenía una despensa llena de alimentos a su disposición. La única fuente de ese dato es el propio Quirós, y luego su versión se multiplicó a través de los años como un hecho verídico. El piloto la difamó para obtener los permisos para su propia expedición, cosa que logró. Quirós llegó al virreinato del Perú en 1597 y solicitó ayuda al virrey Luis de Velasco. Con su apoyo viajó a España y consiguió una entrevista con el rey a comienzos de 1600. Allí obtuvo una Cédula real que lo autorizaba a colonizar las islas Salomón.

Nando de Castro también escribió al rey Felipe II solicitando permiso para una nueva expedición. Tras esperar largamente una respuesta que no llegó, en 1609 viajó a la península a solicitar audiencia, acompañado por su esposa y dos hijos de la pareja. Pero no obtuvo lo que deseaba. Quirós había ganado esa batalla, llevándose los permisos que ambos deseaban. Castro recibió, en cambio el título de Gobernador y Justicia mayor de Castrovirreina. Por lo que la familia regresó a vivir al virreinato del Perú.

En estas páginas me tomé la libertad de recrear la historia de Ysabel durante la expedición Mendaña como imagino que podría haber ocurrido. Basé los acontecimientos del viaje en los diarios de Quirós, pero descarté la visión de ese hombre sobre Ysabel, resentido porque una mujer tenía más poder que él.

Don Fernando de Castro y Rivadeneyra tuvo activa participación en la vida colonial de Manila

tras el asesinato de su tío, ayudando a su primo Luys a obtener su lugar como gobernador. Y también es verídico que resultó pariente de Mendaña. Pero el resto de sus aventuras antes de conocer a Ysabel son ficción, basadas en algunos datos sobre él sí comprobados: estuvo preso en una cárcel en Macau por comerciar ilegalmente en sus aguas; viajó a las minas de Birmania en busca de rubíes y fue nombrado caballero de la Orden de Santiago por el rey de España. Y sí: se casó con Ysabel de Barreto apenas tres meses después de conocerla. ¿Por interés? ¿Por amor? Cada uno está invitado a sacar sus propias conclusiones.

El archipiélago al oeste de Manila donde se encuentran grandes cantidades de perlas, y donde imaginé que las buscó Nando de Castro, es el de las islas Paracel. Está ubicado en el Mar de China del Sur.

La isla La Solitaria es hoy Tuvalu; y la San Bernardo es una de las islas Cook: Pukapuka.

El volcán que acabó con el *Santa Isabel* se llama Tinakula. Es un islote volcánico deshabitado, que todavía sigue en actividad y registra frecuentes explosiones.

El capitán Lope de Vega, sobrino del poeta del mismo nombre y marido de Marina de Barreto, fue encontrado muerto junto con su tripulación y los pasajeros. Otra nave española halló el *Santa Isabel* un año después de su desaparición. El barco, con el timón roto, había encallado en un islote deshabitado y sin agua potable. Si lo hubiesen buscado con más ahínco se podrían haber salvado muchas vidas.

La isla Santa Cruz, donde estuvo el asentamiento español de la expedición Mendaña durante más de un mes y donde murió el Adelantado a causa de malaria (en aquel entonces no se conocía la enfermedad causada por la picadura de un mosquito), mantiene su nombre en la actualidad; aunque también se la conoce como isla de Nendö. Se encuentra en el extremo oriental de las islas Salomón (Lat 10° 7' S y 165° 88' O). Don Álvaro falleció en una de las islas del archipiélago que tanto buscaba, sin saber que lo había encontrado. Él sólo recordaba la fisonomía de la isla San Cristóbal, que estaba más hacia el oeste (Lat 10° 7' S y 162° 45' O). Les faltó alrededor de una semana de navegación para alcanzar el tan ansiado destino original.

Las islas Salomón permanecieron sin ser conquistadas hasta 1767, cuando las encontró el explorador inglés Philip Carteret. Quirós tampoco las tocó en su siguiente expedición, que siguió más hacia el sur. En ese viaje encontró unas islas a las que llamó *Australia* (unión de Austral y Austria, la casa reinante en España), creyendo haber alcanzado el tan buscado continente Australis.

El océano Pacífico fue llamado Mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa en 1513. Más tarde Magallanes lo rebautizó Pacífico, por sus aguas tranquilas, pero durante todo el siglo XVI se siguió usando el nombre original.

Por último, quiero aclarar que todos los personajes son reales (excepto Plumet, que salió de mi imaginación, inspirado en la historia de la pirata Mary Read) y los nombres de los viajeros son los originales. Aparecen en la lista de pasajeros de la expedición Mendaña, incluidas la india Pancha y la doncella Belita de Jerez, además de los hermanos de la Adelantada. El único cambio que hice fue el de la hermana de Ysabel: doña Marina se llamaba, en realidad, doña Mariana de

Barreto y Vega. Pero no quise incluir un personaje con mi propio nombre, por eso me permití robarle una letra. Doña Mariana, además, no sobrevivió a la hambruna y a las enfermedades que acosaron a los pasajeros del *San Jerónimo* en el tramo final de la travesía. Todo lo que «vivió». Marina en Manila es apenas ficción. Pero sí existió el colegio de Santa Potenciana, donde se educaba a muchachas de diferentes orígenes a la usanza española. El rey buscaba crear una colonia con características peninsulares en ese alejado rincón del mundo, y durante más de tres siglos lo logró. Hasta 1899, cuando España perdió las islas Filipinas: en un fallido intento por independizarse, el archipiélago pasó a ser una colonia estadounidense.

La información sobre Ysabel de Barreto es bastante escasa. Hombres con cargos menos importantes que los de ella tienen más páginas escritas en rescate de su memoria. Éstos son los libros y publicaciones en los que encontré los datos históricos necesarios para escribir esta novela:

- * The voyages of Pedro Fernandez de Quiros: 1595 to 1606, *Sir Clements Markham*, 1904.
- * Viajes de Quirós, Tomo 1, Historia del descubrimiento de las regiones Australes (*sic*) hecho por el general Pedro Fernández de Quirós, Justo Zaragoza, Biblioteca Ultramarina, Madrid, 1876.
- * Sucesos de las islas Filipinas, Antonio de Morga, 1609.
- * Doña Isabel Barreto: Adelantada de las islas Salomón, Manuel Bosch Barrett, Ed. Juventud, Barcelona, 1943.
- * *The islands of unwisdom*, Robert Graves, 1943. (Llamado en español *Las islas de la imprudencia*, Edhasa, 1984, pero muy difícil de conseguir).
- * El Galeón de Manila, la aventura de los tesoros de Oriente, Arturo Sánchez Sanz, 2013.
- * Las mujeres de los conquistadores, Nancy O'Sullivan-Beare, Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1956.
- * Conquistadoras: Mujeres heroicas de la conquista de América, Carlos B. Vega, 2003.
- * Historia natural y moral de las Indias, don José de Acosta, 1590.
- * Isabel de Barreto: una mujer en el Pacífico, Belén Fernández y Fuentes, Instituto de historia y cultura naval, Madrid, 1995.
- * España y el Pacífico: un breve repaso a las expediciones españolas de los siglos XVI al XVIII, Ana Verde Casanova, Museo de América, Madrid.
- * *A book of Sea Journeys*, Ludovic Kennedy, Collins, Londres, 1981.
- * Mujeres piratas, Germán Vázquez Chamorro, Algaba, 2004.

Agradecimientos

Quiero agradecer a varias personas por su incondicional apoyo y sus valiosas contribuciones:

A Lucas Rossi, mi hijo, que me introdujo en el mundo de la alquimia, aportó ideas y me ayudó en esa parte de la investigación.

A Bruno Rossi, mi hijo, por su constante aporte en todo lo digital, incluido el diseño del mapa de la travesía.

A Carlota Del Campo, mi amiga y mi primera lectora, por los libros que me presta, por su objetiva mirada sobre mis letras y por su constante apoyo.

A Inés Jaime, por los libros y la información que me manda, incansable, y que tanto agrega a la búsqueda de datos.

A Ana Fullone, mi querida amiga, que me hizo llorar de emoción al cumplir su sueño largamente anhelado. Por eso le puse el nombre de su hijita a un personaje que creé justo el día que Mía nació.

A Sofía Usandizaga, mi cuñada, por el asesoramiento y revisión de las escenas náuticas.

A Viviana Rivadeneira, una lectora que me regaló su invaluable cariño en una de las presentaciones de mi primer libro y me acompañó siempre desde entonces. Cuando empecé a investigar sobre Ysabel descubrí que el protagonista de esta historia tendría el apellido de Viviana. ¿Un posible antepasado de ella? Un tío quizás... Lo cierto es que aquí le dedico a Nando, con mucho cariño.

Y por último, pero no menos importante, a mi genial editora: Jessica Gualco, la guardiana de los detalles. ¡Gracias!



Mariana Guarinoni: Es una autora argentina, amante de la historia y de la investigación. Periodista de profesión, trabajó en reconocidos medios nacionales desde 1990.

Fue directora de la revista Vanidades, editora general de Para Ti y Casa Fácil, y redactora en Somos, entre otras publicaciones. Uniendo su amor por la narración y la búsqueda de información, escribe novelas históricas ambientadas en las colonias españolas en los siglos XVI y XVII.